EL CRIOLLO

José Luís Rodríguez Plaza

No existe en Cuba un palmo de tierra que no esté regado con sangre cubana y española (Máximo Gómez)

Capítulo 1º

LA HABANA, DONDE EMPEZÓ TODO

Mi infancia, aislada y plenamente feliz, en la mansión del extremo del malecón de La Habana, se transformó el día en que yo comencé mi preparación escolar en un colegio del centro de la capital. Muy cerca de la catedral.

Todas las mañanas, una vez desayunado y ataviado con aquellas elegantes ropas traídas de España, uno de los sirvientes me llevaba a la ciudad en una ligera y rápida calesa. Aquel cometido no la realizaba un esclavo cualquiera, tamaña responsabilidad recaía sobre uno de los sirvientes de confianza de mi padre, la mayor parte de las veces portando armas. Yo no lo sabía, pero por aquel entonces en la isla tenía lugar una guerra.

Desde 1868 hasta 1878, en la isla de Cuba tuvo lugar una larga y cruel contienda. Posteriormente se le llamó la "Guerra de los diez años". Se trató de la primera de las tres revoluciones que hubo contra la ocupación española. El primer intento serio, fracasado, de independencia.

Por lo que luego comprendí, aquel movimiento realmente no fue popular, lo lideraron los grandes hacendados y terratenientes criollos de la isla. Algunos blandían la abolición de la esclavitud, y la autonomía como argumentos de queja; mientras otros escondían consideraciones menos altruistas, como la reducción o desaparición de impuestos de España, y el libre comercio para con otros países, sin aranceles que incrementasen los precios de sus materias primas.

En el bando opuesto se encontraban los grandes comerciantes, los funcionarios y los políticos, que temían perder sus prebendas derivadas de la metrópoli. Ellos sacaban provecho del trabajo de los primeros al comercializar sus productos, incluso los aranceles para vender a los nacientes y potentes EE. UU. estaban en sus manos.

Aquel movimiento de liberación lo inició un criollo, de nombre Carlos Manuel de Céspedes, que con su famosa expresión: "viva Cuba libre", conocida como "El grito de Yara" (10/10/1868), logró una frase emblemática para los sucesivos movimientos revolucionarios que posteriormente se dieron en la isla.

Céspedes, para dar ejemplo, liberó a sus esclavos e inició un levantamiento que costó sofocar diez años y varios miles de muertos.

Cuando el movimiento sedicioso contó entre sus filas con los esclavos de algunas plantaciones, armados con unos simples machetes de cortar caña, que llamaban mambises (de ahí el nombre de "la revolución de los mambises"), algunos de los grandes terratenientes se asustaron y abandonaron el levantamiento.

Les aterró que aquella revuelta pudiera terminar como la habida en 1795 en la cercana isla de Haití. Aquella que logró el ascenso de los esclavos al poder y la violenta expulsión de la isla de sus patronos de origen francés. En su huida, la mayor parte de los supervivientes emigrados recalaron en Cuba. De esa desagradable experiencia les quedó una inevitable animadversión revolucionaria, que logró permanecer en sus descendientes.

Aquella sangrienta revuelta cubana se llevó la vida de varios de los líderes que acompañaron a Céspedes, él mismo cayó en el campo de batalla. Corrieron idéntica suerte ayudantes suyos como Agramonte o Aguilera, que fallecieron en enfrentamientos contra el ejército español. Por el contrario, otros sobrevivieron y fueron los que, diez y siete años más tarde, de nuevo se levantaron en armas contra la "madre patria". En estos últimos hechos yo participé activamente, y espero saber narrarlos con acierto.

En ambos levantamientos tomaron parte gentes como: Calixto García, José y Antonio Maceo, Máximo Gómez, que ya por aquel entonces fue el general en jefe de las fuerzas, el líder Mármol, Guillermo Moncada y otros muchos que ahora no recuerdo.

Por lo que luego supe, aquella larga guerra costó casi ochenta mil vidas del ejército español y algo más de doscientas mil a los insurgentes.

Como iba diciendo, yo, mientras esto ocurría, comencé mi escolarización. Aunque sabíamos que la conflagración existía, los combates nunca se acercaron a La Habana -Máximo Gómez lo intentó en una ocasión en 1874, pero sufrió una estrepitosa derrota- y debido a ello nunca tuvimos sensación de estar en guerra.

Inicié mis andanzas colegiales en 1876. En aquella escuela apenas estábamos dos docenas de niños, todos hijos de pudientes criollos de la isla. Aunque en Cuba había gran riqueza, pocas personas podían permitirse aquel lujo.

Fue allí donde conocí a Jesús Ortega, primogénito de un notable terrateniente de la caña de azúcar de la provincia cercana de Matanzas, que disponía también de numerosas posesiones en la capital.

Desde el principio logré establecer fuertes lazos de unión con aquel enorme chaval. Por algún escondido misterio de la vida, pocos

días después de conocernos éramos inseparables amigos dentro e incluso fuera de la escuela. Pocos meses más tarde nos contábamos nuestros infantiles secretos y nuestros más inconfesables miedos.

Aunque siempre me han considerado una persona abierta y simpática, por aquel entonces Jesús era el único amigo que tenía. Tras dos años de colegio, la unión establecida entre ambos era tan intensa, que parecía que ni la más gigantesca de las tormentas pudiese quebrantarla.

Pasados aquellos dos primeros años, una nueva compañera comenzó sus estudios en nuestro liceo. Se trataba de una persona que, con el tiempo, pasó a convertirse en un tercer lado de nuestro triángulo amistoso.

Se llamaba Margarita Hernández de Hoz, y ya por aquella época me parecía bellísima.

En su físico se mezclaban rasgos originarios del sur de la península española, con otros seguramente provenientes de la isla caribeña. El pelo, castaño oscuro, le caía hasta casi la mitad de la espalda; parecía lacio, pero llegué a descubrir que algunos días se rebelaba contra esas horas de continúo peinado y dejaba entrever su verdadera naturaleza rebelde, con abundantes rizos en todo él. Sus enormes ojos de color verde, parecían heredados del mar de nuestra isla, que en algunos remansos también utilizaba esa misma coloración; en ocasiones miraban con un halo de languidez, que lograba con ello desarmar al más duro de los seres humanos. Si bien el tono de aquellos ojos, por claro, no parecía andaluz, si lo eran por el contrario su tamaño y su brillo. Los pómulos, redondeados y prominentes, marcaban mucho más su boca. El mentón, fino y estrecho, y un largo cuello de cisne, completaban aquel aspecto de ensueño.

Se puede decir que desde los ocho años me enamoré de ella, por eso podría añadir que, si bien el triángulo pretendía estar unido por la amistad, en mi caso lo sustituí por el corazón.

Recuerdo que se incorporó a la escuela en marzo, unos días después de la Paz de Zanjón. Acuerdo de alto el fuego logrado por el general Martínez Campos, que había llegado a la isla dos años antes, en 1876, al frente de 25.000 hombres con el encargo de terminar la contienda. Realmente logró cumplir su tarea, venciendo a los insurgentes.

Si bien la victoria fue de Martínez Campos y por tanto de España, también es verdad que gracias a aquella paz firmada en Zanjón se lograron mejoras políticas en ningún modo desdeñables.

Lo primero a destacar fue el convenio por el cual, los negros que portasen armas en el departamento central, inmediatamente antes de la firma del acuerdo, serían declarados hombres libres si lo solicitaban. Un segundo punto a tener en cuenta, fue el compromiso,

cumplido dos años más tarde, de abolir la esclavitud en la isla (1880) También se hicieron otro tipo de concesiones a los sublevados como: el indulto general, que casi le costó el cargo al general Martínez Campos debido a las quejas de los grandes e influyentes "peninsulares"; la representación de la isla en las Cortes españolas y una cierta libertad de comercio con los nacientes EEUU.

Como iba diciendo, Margarita no acudió a nuestra escuela hasta la firma del armisticio. Durante la guerra permaneció en la parte opuesta de la isla, en la zona oriental, cuya capital era Santiago de Cuba. Fue fundamentalmente aquí donde tuvieron lugar las hostilidades y por eso ella no pudo desplazarse. Cuando la conocimos, comprendimos que Margarita sí sabía de la guerra. Santiago no había corrido peligro en ningún momento, pero sí sintió las desgracias de la contienda en sus carnes y en sus gentes.

Al parecer, por lo que nos contó, la hacienda en la que vivía fue atacada en una ocasión por los mambises. Con valentía los hombres de la plantación les hicieron frente y resistieron parapetados tras sus muros, aguantaron el tiempo suficiente como para que llegaran las fuerzas españolas y pusieron a los rebeldes en fuga.

Aquella agraciada intervención la realizó un escuadrón de caballería, por lo que supe posteriormente de los "cazadores de montaña". Este suceso caló hondo en la mente de Margarita, logrando que en su adolescencia sintiera adoración por la fuerza de caballería, importante detalle que también influyó definitivamente en el resto de mi vida.

La chica pronto hizo migas con nosotros, así, al cabo de un año, formábamos un trío inseparable. Con el tiempo descubrimos que también nuestros padres se conocían, aunque no fuesen amigos, gracias a lo cual no obstaculizaron nuestra relación e incluso la jalearon.

Con el paso de los años aquel afecto no sólo se mantuvo, sino que se incrementó. El agrado que entre nuestros respectivos progenitores producía nuestra profunda amistad, consiguió que los tres pasáramos largos periodos en las haciendas de unos y otros.

En una ocasión me invitaron a pasar un mes en una de las plantaciones del padre de Margarita, en la provincia del Oriente, muy cerca de la ciudad de Santiago.

Jesús y yo realizamos el viaje en tren, se puede decir que recorrimos la isla de parte a parte. Aquella verdadera visión de la geografía de Cuba me hizo sentirme más orgulloso, si cabe, del lugar en el que había nacido. La belleza de los parajes que atravesamos es difícil de describir, baste decir que son paisajes continuamente cambiantes y vibrantes de vegetación y color. Una continua mezcla del profundo verde de la generosa flora, envuelto por el azul claro

pero intenso del mar que rodea a la isla, y aquel no menos vigoroso del cielo.

Para un chico como yo, que lo más que conocía era la Habana y las provincias cercanas de Matanzas y Pinar del Río, donde tanto mi padre, como el de Jesús poseían plantaciones de azúcar, la visión de la otra parte de la isla fue apabullante. La presencia de la Sierra cercana también nos llamó la atención, su tamaño, su altura y su color, lograron impresionar a dos jóvenes de la capital que lo más que conocían eran pequeños picos de la provincia pegada a La Habana, la de Pinar del Río.

Ambos ya habíamos cumplido los dieciocho años, nuestra amiga lo haría dos años más tarde.

Tras varios días de viaje llegamos a la antigua capital de la isla, desde allí, en una curiosa calesa típica de la zona, llamada "volanta", nos trasportaron hasta la mansión del padre de Margarita.

La Volanta es un carro especial de sólo dos ruedas, con unos largos brazos que descansan sobre el lomo del animal. Los extensos apéndices separan mucho al caballo de las ruedas, y gracias a ello permiten atravesar con bien las dificultades del terreno; de ahí viene el dicho de "llevarnos en volantas".

Nada más llegar comprobamos que la finca del padre de nuestra compañera abarcaba una enorme extensión, seguramente varias decenas de kilómetros cuadrados. Durante casi media hora nos llevaron por un camino que atravesaba una impresionante selva de enormes árboles, cuyo nombre desconozco. Aquella carretera nos condujo ante la presencia de dos grandes mansiones, ambas dignas de un rey. Alejadas, pero satélites a las mayores, apreciamos la existencia de varias casas, humildes, aunque suficientes, que pertenecían a los trabajadores.

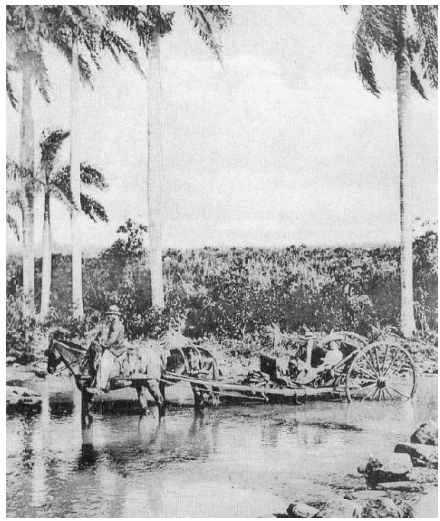
Nos instalaron en la hacienda. Lograron sorprendernos una vez más al llegar a las habitaciones; además de su innegable elegancia, todas disponían de las más avanzadas comodidades, similares a las de cualquiera de nuestras lujosas casas de la Habana.

Al atardecer, una vez acomodados, nos establecimos en el frescor del porche posterior de la mansión. Hablábamos distendidamente al tiempo que disfrutábamos de una limonada, fresca y ligeramente azucarada. La bebida había sido preparada por una de las mujeres del servicio de la hacienda, una señora de unos cuarenta y cinco años que, por lo que nos contó Margarita, llevaba trabajando para la familia desde que la compraron cuando era niña.

Mi comentario sobre la delicia que estábamos bebiendo, hizo que nuestra joven anfitriona nos contase su historia.

- Ahora es libre –comenzó Margarita, cuando la mujer se fue- Mi padre liberó a todos sus esclavos hace varios años, cuando la guerra.

- ¡No existe la esclavitud en Cuba desde el año 1880! –respondió de inmediato Jesús, siempre dispuesto a hablar de temas relacionados con la isla y sus habitantes- Me dijo mi padre que, aunque se ha tardado varios años en aplicar la ley, realmente está vigente desde 1880.



- No lo sabía –dije yo, que en más de una ocasión me sentía inferior a mi amigo, parecía que yo no me enterase de nada.
- Sí –insistió él de nuevo, aumentando aún más mi sensación de ignorancia- antes de eso se estuvo utilizando una ley que se llamaba "de los vientres libres". Consistía fundamentalmente en que: desde el momento de su aplicación, los hijos paridos en la isla por las mujeres aún esclavas serían considerados ciudadanos libres al nacer.

Mientras él hablaba con autoridad y sabiduría, escruté a Margarita; en ese instante centraba sus ojos y toda su atención sobre el rostro de Jesús. No quise verlo, pero debía haber intuido que mis posibilidades hacia ella iban por detrás de las de mi sesudo amigo.

- Yo tampoco lo sabía –añadió Margarita- pero mi padre lo hizo antes, cuando aún no era obligatorio.

En ese momento apareció en el porche una bellísima muchacha. El tono marrón claro de su piel delataba su origen mulato. Con innegable estupidez por nuestra parte, no le prestamos casi atención hasta que Margarita hizo que nos fijáramos en ella. La chica, que tendría unos doce años, traía una bandeja con dulces típicos de la zona; antes de que pudiera depositarlos sobre la mesa, la señorita le interrogó con cariño, casi diría que con amistad:

- Candela, ¿tú sabes desde cuando eres libre?

La mestiza levantó los ojos, que mantenía entretenidos en la bandeja, y nos miró. Su sonrisa lo iluminó todo, sus labios dejaron

entrever unos preciosos y, a mi entender, perfectos dientes blancos. El pequeño agujero que se formó en sus mejillas logró que su mohín apareciese más sincero y apetecible.

- Yo nací libre, señorita Margarita –contestó.
- Y, ¿tu madre?
- Su señor padre la liberó cuando la guerra.

Jesús se dirigió a la jovencita:

- Y, ¿nunca quiso irse tu madre?
- No, señor. El amo es muy bueno con nosotras, siempre nos ha tratado bien. Ninguno de los trabajadores desea irse. Gracias a él, a mí me enseñaron a leer y escribir, ¡sé hasta contar! –concluyó con entusiasmo.

Esperó con paciencia por si alguno de aquellos amigos de su señorita quería preguntarle algo más. Como eso no ocurrió, pidió permiso y se alejó en dirección al interior de la mansión. Jesús la miró alejarse visiblemente alelado, lo que nos dio un nuevo motivo para bromear con él.

Aquella noche cenamos con los padres de mi amiga. La madre, mujer de una exquisita elegancia y de una enorme belleza, que a mi entender había concedido en herencia a su única hija, nos deleitó con una magnífica cena. El aspecto del dueño me chocó, no se trataba de un hombre fuerte o robusto, más bien lo contrario. Medía algo más de un metro ochenta, era muy alto para lo habitual de la isla, y mostraba una delgadez considerable. También es verdad que, posteriormente, en alguna ocasión que yo le vi trabajando con las manos, noté como sus alargados y tendinosos músculos se contraían y superaban en fuerza lo que otros muchos sólo aparentan. Su frente aparecía despejada por la falta de pelo, y su cara, que no sugería simpatía alguna, aunque sí la tenía, estaba presidida por un enorme bigote.

Terminado el segundo plato, un pequeño lechón con un poco de arroz y una salsa con algo de maíz rallado y plátano, fue cuando nos interrogó a ambos. Pretendía conocer nuestros planes una vez concluida la escolarización, me sorprendió su interés, parecía que intuyese que uno de nosotros fuese a ser su yerno, en un futuro no muy lejano.

- Tú, Jesús, ¿qué piensas hacer? Ambos terminái vuestros estudios este año, ¿no?
- Sí, señor –respondió mi amigo, con respeto y prontitud- Mi padre ha logrado que me admitan en una universidad de la república de los Estados Unidos, para continuar allí mis estudios. Seguramente me haga ingeniero.

El hombre sonrió con satisfacción, aquella respuesta pareció agradarle mucho.

- Los ingenieros y demás inventores y técnicos son

imprescindibles si queremos que Cuba progrese. Necesitamos gente que sepa manejar esas modernas máquinas que aparecen día a día -reflexionó.

De inmediato me preguntó a mí. Respondí rápido y con deseos de complacerle con mi respuesta más que Jesús con la suya.

- Yo, el año que viene, parto para España.
- Me parece bien –comentó. Noté que no lo hacía con excesivo entusiasmo- Y, ¿qué piensas hacer?
- Señor –dije con orgullo y seriedad- pretendo ingresar en la Academia General Militar, y convertirme en un oficial del ejército español –supuse que de esa forma quedaba claro mi sincero sentimiento patrio. En mi pensamiento, aquello era lo más noble y respetuoso que podía hacerse: ¡pertenecer al ejército de España!

Cuando concluí la frase miré con ilusión a Margarita, esperaba que ella apreciara y sintiera algo más hacia mí.

- Me parece muy bien –respondió su padre, sin grandes muestras de alegría.
- ¿En qué cuerpo piensas entrar? –me interrogó su mujer.
- Primero debo hacer tres años en la Academia General, en una ciudad que se llama Zaragoza –ellos afirmaron, dando a entender que conocían la existencia de la capital maña- Una vez terminados, puedo optar por continuar en esa academia de infantería, o pasar a caballería en la ciudad de Valladolid, o Artillería en Madrid, la capital.
- Supongo que será caballería tu elección –comentó Margarita, mirándome por fin a los ojos.
- Esa es mi intención, pero no puedo asegurarlo. Además, debo lograr unas calificaciones suficientes para ser admitido.
- Si para que te acepten puede influir en algo tu capacidad como jinete, no creo que te rechacen –intervino mi amigo Jesús- Creo que seguramente eres uno de los mejores de la isla, al menos de los que yo conozco. Aunque, tratándose de los militares, se puede esperar cualquier cosa.

Así como el primer comentario me halagaba, ese segundo me ofendió y solicité de mi amigo respeto a nuestro glorioso ejército. Jesús, por no discutir, más que por otra cosa, se disculpó.

- Lo siento, no pretendía ofender a ninguno de los presentes –en ese instante miré de soslayo al padre de Margarita y no descubrí en su rostro ofensa alguna. Debí haber intuido que no apreciaba especialmente a los militares españoles.

Un momento después fue él quien fijó su atención en mí. Así como en un principio llegué a creer que aprobaría mi elección, ahora descubría que no era así, en los ojos de aquella mirada me pareció descubrir cierta imagen de lástima. No entendí que secreto encerraba aquello hasta varios años después; luego averigüé que aquel hombre,

aunque lo disimuló muy bien, despreciaba mi elección desde lo más profundo de su ser.

Sí sentí que los ojos de alguien se clavaban sobre mí, y no de manera cariñosa o comprensiva; no sé por qué, noté una presión en mi cogote que hizo que me girara.

Ante mi vista aparecieron los preciosos y oscuros ojos de Candela. La niña me miraba con fijeza. Al volverme logré que la muchacha se avergonzara, y se escabullera hacia la cocina.

- ¡Bueno, cuando necesitemos que alguien nos ayude ante un atropello de los militares, ya sabemos a quién podemos acudir! –bromeó de nuevo Jesús. No me hizo ninguna gracia aquello.
- Te insisto en que no le veo la chanza al asunto –dije- No creo que puedas tú alardear de que el ejército de España te ha infringido algún mal.

La madre de Margarita intuyó que aquella conversación debía terminarse, e intervino entre ambos.

- ¿Ninguno de los dos quiere repetir el segundo plato?

Dejamos nuestro conato de disputa y respondimos de inmediato a la señora, comprendimos que la dueña de la casa daba por zanjada la discusión en aquella mesa. Al negarnos ambos, ordenó a la madre de Candela que trajese el postre. Se trataba de un pastel de crema con canela realizado por la mujer de color; no miento si añado que, en lo que yo recuerdo, ha sido el pastel de crema más rico que he probado en mi vida.

Durante el resto de nuestra estancia en la hacienda no se volvió a hablar del tema de nuestro futuro. Pasadas tres semanas iniciamos el camino de regreso a La Habana, varios días después llegábamos a nuestra ciudad.

Por aquel entonces, la capital tenía cada día más movimiento y riqueza. Debido a la generosidad de la tierra las plantaciones producían sin cesar, además, las nuevas máquinas procedentes de Europa y de los Estados Unidos lograban aumentar su rentabilidad de forma espectacular. Todos aquellos productos se vendían casi íntegramente en el exterior; siempre por medio de la metrópoli española, que con ello sacaba un inmenso bocado sin hacer nada. Aquel próspero comercio convirtió a la isla en uno de los sitios más ricos del mundo conocido. Mi padre, y otros como él, se hicieron en aquella época con una inmensa fortuna.

Por la capital comenzaron a oírse frases con acento norteamericano. Los yanquis, atraídos por las ingentes riquezas de las plantaciones de azúcar, café, tabaco y otros productos cubanos, iniciaron una paulatina compra de haciendas y se fueron instalando poco a poco entre nosotros.

A mí, como a los demás chicos, esa novedad nos agradaba, nos

hacía sentirnos importantes.

Un atardecer, mi padre, en una de aquellas largas charlas que manteníamos en el porche de casa ya caído el sol, intentó hacerme ver que el asunto no era tan bueno.

- Los norteamericanos sólo pretenden adueñarse de la isla y de la riqueza que eso conlleva. Ya apoyaron a los mambises en la guerra de los diez años, y seguirán haciéndolo con cualquier intento de independencia de España, que de esa manera les facilite la entrada. Realmente sólo les mueve la anexión, aunque traten de disimularlo.
- Pero su constitución… –traté de exponer, no me dejó continuar.
- ¡Su constitución es admirable para ellos! Yo no creo que Cuba deba ser independiente, está mejor siendo española. La madre patria es la que ha logrado que esta sea la mejor isla del mundo.
- Pero ellos dicen que quieren la libertad de los pueblos –enarbolé yo, con cierta bisoñez- La constitución les da libertad, gracias a ella todos son iguales.
- Hijo, eres muy joven aún –contestó él, con cierta resignación- ¡Nunca todos los hombres serán iguales!, la vida te lo enseñará –hablaba con paciencia. Intentaba enseñarme, aunque de sobra sabía que todo ese tipo de experiencias sólo se aprenden en la propia piel, como con el tiempo comprendí.

Con los años comprobé que mi padre tenía razón. Como yo tuvieron que aceptarlo otros muchos, los que vieron en los norteamericanos la salvación. Todos aquellos que creyeron que, con la anexión a la república americana, o con su ayuda para separarles de España, la libertad y el bienestar de Cuba estaban asegurados.

Esa ignorancia colectiva nos impidió ver los movimientos que se iniciaron por aquel entonces y que dieron lugar a los posteriores enfrentamientos en los que, por desgracia, sí tuve que participar.

Tampoco mi padre estaba plenamente acertado, como mucho tiempo después descubrí. La patria, y sus representantes, perseguían lo mismo que los americanos: sangrar a Cuba y extraerle la mayor rentabilidad posible.

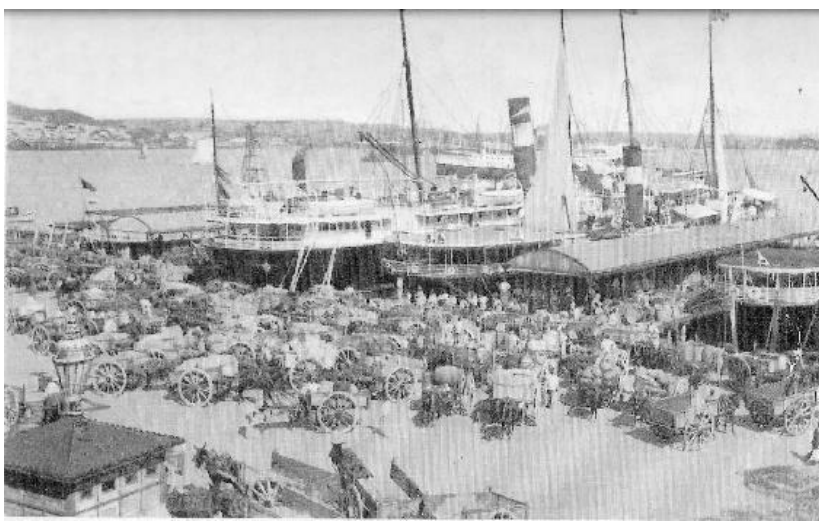
La política de Madrid hacia la colonia, visto ahora con el paso del tiempo, fue profundamente desacertada. Gracias a su falta de generosidad política y económica hacia los criollos, se logró engendrar en ellos, en su inmensa mayoría descendientes directos de españoles, la semilla de un profundo sentimiento antiespañol.

Cuando el proceso germinó, se produjo un movimiento insurrecto que terminó haciendo estallar una nueva guerra independentista dentro de la isla, y una posterior secesión de su metrópoli. Para mi desgracia, esos sucesos los viví en primera persona y me marcaron para el resto de mis días.

Capítulo 2º

ESTANCIA EN ESPAÑA

Llegado el momento, embarqué en un moderno buque en el puerto de La Habana con destino a España. Se trataba de uno de esos nuevos navíos movidos por máquinas de carbón; su perfil aparecía marcado por tres enormes chimeneas. Formaba parte de la flota de la Compañía Trasatlántica, propiedad de un señor llamado Antonio López, que poseía el título de marqués de Comillas.



Mucho más tarde, durante toda la guerra y la posguerra, esta compañía naviera llevó a uno y otro lado del océano a las tropas españolas destacadas en la isla. Aquel esfuerzo expedicionario a través del Atlántico fue uno de los mayores de la historia militar; más de doscientos mil hombres atravesaron el amplio mar, para combatir. Un verdadero hito en la historia militar europea. He de suponer que este asunto tuvo que proporcionar al referido marqués unos enormes beneficios.

Tras quince días de navegación, tranquila y sin problemas, arribamos al puerto de La Coruña. Las primeras imágenes que

contemplé al llegar variaron ciertos conceptos que al parecer tenía equivocados. Esperaba encontrarme ante una enorme capital, no tan grande como la norteamericana Nueva York, pero tampoco tan diminuta como La Coruña. Cualquier intento de comparación de aquella ciudad, con las ricas y prósperas capitales de la isla de Cuba era inútil. La Habana, Santiago, Puerto Príncipe y otras muchas, eran preciosas, prosperas y grandes urbes, que disponían de todo tipo de comodidades. Lo que tenía ante mis ojos sugería pobreza, abandono y nula modernidad.

Gracias a mi salvoconducto pasé los trámites aduaneros sin problema alguno. Mi padre, previsor, al partir me proporcionó un documento firmado por el mismísimo General Arsenio Martínez Campos que lograba simplificar las cosas. El Capitán General de la isla de Cuba era un hombre muy respetado en España. Terminados los trámites me subí a una calesa que, a través de la ciudad gallega, me condujo a mi hotel.

Durante el trayecto el conductor trabó conversación conmigo. Su velocidad al hablar y su cerrado acento gallego me dificultaron mucho la comprensión, aun así, pude seguirle y descifrar lo que me quería expresar.

- Si viene usted de Cuba, supongo que le habrá impresionado la ciudad. Allá –añadió, refiriéndose al otro lado del mar- ya comprendo que no tendrán gran cosa.

Ese fue el segundo extremo que aprendí aquel día al poco de recalar: los peninsulares desconocían realmente qué y cómo era Cuba. Por ello, su orgullo y su ignorancia, eran muy atrevidos.

Por lo que llegué a comprender, para ellos, nuestra isla aún se encontraba habitada por gentes en taparrabos, y, al parecer, desconocíamos la existencia de la mayoría de los nuevos avances que brindaba la modernidad de la metrópoli.

Lo que fui comprobando en mi experiencia española, es que desconocían absolutamente todo aquello relacionado con las Antillas. No sabían, por ejemplo, que mi isla tuvo líneas de ferrocarril en funcionamiento antes que la península; cuando ellos inauguraron su famoso tramo catalán de Mataró, nosotros ya transportábamos la caña desde Matanzas hasta el puerto de La Habana, por cierto, cubriendo una distancia muy superior.

No obstante, a pesar de esta peculiaridad, disfruté de mi corta estancia en La Coruña. Mi acento isleño iba delatándome por donde fuese y ellos, al conocer mi procedencia, me trataban con gran amabilidad; los antillanos españoles éramos, desde luego, bien recibidos. Debo añadir a eso que disponía de más dinero, para mí, para unos días, que lo que muchos del país ganaban en todo un año. Para aquellos yo era rico, cosa que realmente se ajustaba a la realidad,

aunque yo no quisiera manifestarlo. Me consideraban el típico indiano, riquísimo y peculiar, tanto en mi habla, como en mis modales.

La segunda etapa de mi viaje por España la realicé también por mar. Por lo que averigüé, la salida de Galicia por tierra era penosa, dura y larga. Debido a una dificultosa orografía los pasos eran complicados, de aquí provenía el tradicional aislamiento gallego del resto de la península. Siguiendo el consejo de tomar el barco a Santander, me embarqué de nuevo.

Una preciosa goleta de tres mástiles me llevó a la ciudad cántabra en apenas tres días. Me gustó mucho la ciudad, aunque tampoco encontré en ella algo que pudiera impresionarme como habanero de nacimiento. Al conocer que el marquesado de Comillas se encontraba por allí, supuse que el marqués en cuestión dispondría de numerosas y enormes posesiones por la zona, como así era.

Desde allí, pasando por Burgos y Logroño, me dirigí en diligencia a Zaragoza.

Al llegar a la ciudad maña, como me indicara mi padre, encaminé mis pasos hacia la casa de mi tío Antonio Guzmán, hijo del hermano de mi abuela y por tanto primo de mi progenitor.

La casa de mi pariente, en un edificio muy próximo al Pilar, me pareció una buena vivienda para un país y una situación como aquella, pero apenas podía considerarse como una casita para lo que yo estaba acostumbrado en La Habana.

Después de diez minutos de espera, mi tío me recibió en uno de los salones. Los muebles que poblaban aquella estancia, todos ellos de bella madera muy oscura, y el tapizado empleado, entre morado y granate apagado, la hacían aparecer como un lugar triste y lúgubre. Si a aquello uníamos la falta de luminosidad, debido al escaso número y a la estrechez de las ventanas, la habitación parecía un velatorio.

El aspecto del primo de mi padre realmente imponía. Daba la impresión de ser una persona muy seria; su rostro emanaba autoridad, semejante a la de su primo el cubano, que me dirían posteriormente. Me acerqué y le saludé respetuoso.

Permaneció sentado en un principio. Luego, con cierta pereza, se levantó y extendió su mano en dirección a mí; noté como me escrutaba de arriba abajo.

- Hola sobrino –me dijo escueto- Espero que hayas tenido un buen viaje. Estoy contento de tenerte en mi casa.
- Gracias, señor –contesté, con una mezcla de respeto y cierto temor.

Con un gesto de su mano me invitó a sentarme en una silla próxima, él lo hizo en su butacón.

- Bueno, jovencito, ya tengo preparado todo lo que concierne a

tu ingreso en la academia. Dentro de tres días debes presentarte allí. Mientras llega ese día, trataré de enseñarte la ciudad y algunas cosas que debes conocer antes de compartir tu vida con los peninsulares.

En ese momento descubrí en él un esbozo de sonrisa. Gracias a ello, empecé a intuir que tras ese rostro serio y adusto se escondía una persona divertida y cariñosa. Pronto averigüé que estaba acertado.

Pasé aquellos tres primeros días a su lado. Me enseñó la ciudad y me presentó a sus amistades, la mayoría gente influyente dentro de la villa. Confirmé mi primera intuición, y descubrí que mi tío Antonio no era ningún monstruo como aparentaba. Se trataba de un buen hombre, entrañable y generoso, que no había tenido descendencia, lo que poco a poco le había trasformado en un ser huraño y, ciertamente, mal encarado.

En esos días me di a conocer entre la sociedad maña. Para cuando ingresé en la Academia, todas aquellas personas pertenecientes al estrato social alto de Zaragoza, conocían la existencia del sobrino criollo de D. Antonio Guzmán. La familia de mi padre pertenecía a la clase influyente y conocida de la ciudad; mi tío era un importante rentista capitalino, además de dueño de grandes fincas en tierras cercanas a la urbe.

El primer año en la academia general militar de Zaragoza fue duro. Durante aquellos meses abundaron las horas de instrucción y las clases para formarnos como oficiales del ejército español.

El coronel al mando de la academia conocía personalmente a mi tío e incluso a mi padre, por aquel motivo me trató bien y se interesó por mis progresos de forma esporádica. No por ello hizo especiales concesiones a mi persona, extremo que agradecí porque de esa manera evité que mis compañeros me consideraran especial en exceso. Mi promoción se componía de 183 cadetes, y de todos ellos sólo yo provenía de allende el mar. Mi acento me delataba, así como en general mi forma de ser y de expresar; mi tono de voz les parecía más tranquilo y más dulce que el suyo.

Durante aquel año mantuve asiduo correo con mis dos amigos. Fue más intenso con Margarita, que además respondía a mis cartas con prontitud, no como Jesús, que era mucho más perezoso. Mis sentimientos hacia ella aún aparecían algo confusos. Si de mí hubiese dependido, seguramente le hubiera pedido la mano con la intención de casarme una vez terminase mi preparación, pero me parecía prematuro; además, no estaba seguro de que me aceptara.

Terminado el primer año, y puesto que disponíamos de más de un mes de libertad, mi tío me llevó a pasar unos días a Madrid.

La capital sí logró impresionarme. La belleza y lujo de la mayoría de sus edificios y sus grandes avenidas me impactaron; aquello sí era lo que yo esperaba encontrar en mi patria. Comprendí que en este

caso, la comparación entre los dos Paseos del Prado, se inclinaba en belleza y esplendor hacia el madrileño.

Permanecimos en la gran ciudad casi un mes. Durante todo ese tiempo recibí múltiples invitaciones y de forma continua acudía a diferentes fiestas, donde conocí a muchas personas.

Al parecer yo tenía un enorme atractivo para todas aquellas gentes. Mi altura, por encima de la media, y mi cuerpo, musculoso y ancho, gustaba a las mujeres; incluso debía agradarles mucho aquel detalle que yo tanto odiaba, y que consistía en que mi rostro era más bien barbilampiño.

Mis ojos negros, profundos y enmarcados por unas grandes cejas, también debían ser del agrado de las mujeres peninsulares. Otro detalle que parecía atraerles sobremanera tenía relación con la fortuna de mi padre y que, siendo hijo único, a su debido tiempo pasaría a mi poder. Ese Madrid de finales de siglo lucía familias de rango abolengo, pero que en aquel momento carecían de medios materiales; las grandes fortunas estaban en el extranjero o en Cataluña, donde los empresarios textiles hacían el agosto gracias al algodón cubano.

En uno de los bailes me fue presentada una joven que logró prendarme de inmediato. Se llamaba María Cristina, supongo que en honor a la regente, y procedía de una de las familias con fama de ser de las más influyentes de la capital.

Aquella muchacha tenía por aquel entonces cerca de los diecisiete años y era realmente bella. Se trataba de una mujer esbelta para la época; su melena de tonos castaños claros no lucía suelta, siguiendo las rígidas normas capitalinas, pero debía llegarle al menos hasta media espalda. Su rostro, de contornos redondeados, terminaba en una barbilla no excesivamente afilada que triangulaba ligeramente sus mandíbulas; los pómulos, salientes, llamaban rápidamente la atención del que le hablaba. Los ojos, precedidos de grandes pestañas, mostraban un iris de un azul claro, sólo comparable con el color del mar de mi isla, en ocasiones llegué a pensar que eran verdes.

No tenía una conversación inteligente, pero las mujeres de esa sociedad, en aquellos años, apenas se preocupaban de nada que no fuese lograr un buen matrimonio y encargarse del servicio de la casa, por ese motivo aquel detalle no tenía gran importancia.

Esa falta de conversación me hacía acordarme una y otra vez de Margarita, que sí sabía seguir una discusión inteligente. Mantenía su opinión como un hombre, llegando incluso a elevar la voz si lo estimaba necesario. Su educación santiagueña le hacía comportarse más como un joven de sexo masculino, que como una dama habanera. Cabalgaba sentada en la silla como nosotros, y no como en España donde las pocas señoras que sabían montar, lo hacían sentándose laterales al caballo; mi amiga lo hacía a horcajadas, y galopaba más

rápido que la mayoría de sus competidores.

Esos momentos de reflexión y recuerdo me hacían añorar a mis dos amigos cubanos. Les echaba en falta. Gracias a sus misivas sabía algo de su situación. Margarita permanecía en la isla, riñendo con su padre y aprendiendo a llevar la hacienda de su progenitor. Por su forma de ser, jamás hubiera permitido que un hombre dirigiera aquello por ella.

Jesús apenas me contestaba, supe por su última carta que había concluido con bien su primer año universitario en la república americana de los Estados Unidos. Siempre lo había deseado y me alegró que le saliesen bien las cosas. Me preocupó que su pensamiento secesionista evolucionase aún más, y con ello algún día tuviéramos que enfrentarnos; la influencia de su familia, claros defensores de las teorías anexionistas a los Estados Unidos, cada vez calaba más en él.

El padre de Jesús pertenecía a esa corriente de pensamiento que había en la isla que perseguía como objetivo la anexión de Cuba a los Estados Unidos, como un estado más de la Unión. Los anexionistas deseaban la ruptura con España, creían que la metrópoli les impedía un mejor comercio y un mayor rendimiento de sus productos.

Por lo que yo entendía, realmente Madrid sí explotaba en exceso a mi isla; aun así, yo me sentía profundamente español y estaba en contra de la separación de la que, fervientemente, consideraba mi patria.

Existía una segunda corriente de pensamiento, se trataba de aquella que formaban los independentistas. La componían gentes insurgentes de diferentes estratos sociales, aquellos que perdieron la guerra de los diez años, y que aún persistían en su empeño de lograr que Cuba se transformara en un país independiente. Pretendían conseguir lo que había sucedido en otras antiguas colonias españolas. Deseaban una Cuba libre de la influencia española y norteamericana, una Cuba plenamente soberana.

Además de estas dos facciones anteriores, existía una tercera, la de aquellos que queríamos seguir con Madrid. Dentro de esta última corriente, se habían formado dos tendencias. Por un lado, se encontraban los más conservadores, aquellos españoles que mantenían la administración y el control del comercio. Y por otro, los que solicitaban una mayor autonomía, aquellos que deseaban equiparar la isla con una provincia o una región española; incluyendo en ello la representación paritaria en las Cortes de Madrid.

Como comprendí años después, la escasa voluntad de cesión existente entonces en los gobiernos de Madrid, logró que estos bandos fuesen radicalizándose cada vez más. Si los sucesivos gobiernos de la nación hubiesen escuchado a gentes como Pi y Margall, conocido político catalán que propuso reformas autonomistas para Cuba,

seguramente la guerra no se hubiese producido y todo el dolor que aquello trajo podía haberse evitado. Pero no fue así. Madrid, en un principio no hizo caso a estas corrientes de pensamiento y, cuando las presiones autonomistas aumentaron, se enrocó aún más en su inmovilidad.

Los gobernadores de la isla y los representantes del estado se volvieron más intransigentes y con ello fueron dando alas a los dos movimientos que pretendían, con un diferente fin, la secesión de España.

De todas formas, yo, por aquel entonces, no entendí nada de esto, mi vida se limitaba a continuar mi preparación militar y a establecer conexiones más estables con la bella María Cristina.

Mis primeros paseos con la señorita madrileña me permitieron conocerle a ella y a su familia. Otra de las diferencias que descubrí entre la isla y la península, consistía en sus costumbres sobre el cortejo a una dama. En Cuba, el asunto era más relajado, menos encorsetado y más alegre; seguramente el clima y la luz cubanas, así como el alejamiento de la rígida y seria península, tendrían la culpa de la mayoría de las diferencias.

Volviendo a María Cristina. Me gustó más la hija que sus padres, pero supuse que, si prosperaba aquello, y llegaba a casarme con ella, me la llevaría a las Antillas y no tendría que aguantarles nunca más.

Llevaba ya quince días cortejándola y mi regreso a Zaragoza estaba próximo. Antes de que se produjese la separación, deseaba establecer unos lazos más profundos; me daba cierta vergüenza tomar esa iniciativa, pero sabía que debía hacerlo.

- Regreso dentro de cinco días –le comenté, paseando por el parque del Retiro de Madrid, acompañados a escasos dos metros por la nana.

Ella me miró con aquellos profundos ojos azules, y no dijo nada.

- María Cristina, necesito que me digáis si sentís algo por mí. Antes de partir quiero saber si puedo escribiros, y esperar que me contestéis.

La mujer se limitó a mirarme y sonreír. Debían haberle enseñado aquello, porque lo hacía realmente bien. Algo en lo más profundo de sus bellos ojos me dijo que se sentía feliz, pero no lo expresó

- Sí, Hugo. Estaré encantada de recibir vuestro correo, e intentaré corresponderos.

En aquel momento creí ser un hombre muy afortunado, sólo distrajo levemente mi atención el deseo de que una respuesta así me la hubiese dado Margarita... en el caso de que le hubiera hecho la pregunta, claro.

- Os mandaré la primera carta nada más llegar a la ciudad –añadí, emocionado.

- Me gustará que lo hagáis –respondió ella, sin excesiva turbación. Así le habían educado, no debía mostrar sus sentimientos en exceso. Esa forma de ser, a mí, como cubano, me costaba entenderla, pero comprendía que era lo que se estilaba en la nación y debía aceptarlo.

Como le prometiera, nada más llegar a la capital maña procedí a enviarle la primera de una enorme serie de cartas, al menos una por semana.

Si bien yo continué escribiendo con gran frecuencia, sólo recibía una contestación suya muy de tarde en tarde. Las mías, ahora puedo decirlo con seguridad, fueron las cartas de un joven inexperto y enamorado; las de ella, eran las contestaciones de una buena y obediente dama. Noté que de ellas no se desprendía un enamoramiento adolescente, o un amor ciego y pasional, más bien parecían demostrar una educación y obediencia aprendidas desde la infancia, y una pésima y escasísima, o inexistente, preparación académica. Creo que la escritura a María Cristina, le costaba más que a mí el valet, y siempre he sido conocido por mi torpeza en los movimientos que conlleven cierta finura.

Comprendí que eso era así y nadie podía cambiarlo, la mujer no tenía culpa alguna, su forma de actuar simplemente era el resultado de una determinada educación. Seguramente sus escritos eran tutelados por alguien, que le impedía manifestar la más mínima emoción que pudiera considerarse “poco apropiada”.

En algunos momentos me critiqué a mí mismo. Yo daba la impresión de saber lo que quería, parecía realmente enamorado de María Cristina, pero por dentro, en mi interior, reconocía mi absoluta atracción por Margarita. Las dos mujeres me gustaban, pero la española era un triunfo asegurado y la cubana un fracaso bastante probable.

* * *

Mi segundo año de preparación militar fue tan bueno o mejor que el primero. Nuestra promoción ya no era la de los novatos y eso se notaba. Los estudios eran más profundos y la instrucción menor, pronto seríamos nosotros los que mandáramos a las compañías formadas y desfiláramos al frente de los hombres. Poco a poco me iban transformando en un oficial del ejército español.

En aquellas ocasiones en las que, con motivo de alguna festividad logré un permiso, volví a Madrid para estar con María Cristina. Sus padres no pusieron impedimento alguno, y la relación se fue desarrollando sin especiales complicaciones.

Mi vida, entre la academia y la casa de mi tío Antonio, tampoco

sufrió grandes variaciones.

El día anterior a que yo cumpliera veinte años me hizo llamar, deseaba hablar conmigo. En aquella entrevista me interrogó sobre un asunto extremadamente personal.

- Hugo, siéntate conmigo, por favor –me solicitó.

Una vez estuve acomodado a su lado, prosiguió.

- Muchacho, creo que tu relación con la hija de los Umienta –que así se apellidaba el padre de María Cristina- continúa sin novedad.

Afirmé con la cabeza.

- Me parece bien, ya se lo he comunicado a tu padre y no tiene inconveniente alguno en que la situación prosiga –de entrada, me sorprendió aquella noticia, luego comprendí que realmente era lógico. Mi padre había confiado el bienestar de su único hijo a su pariente de España, a mi tío Antonio, lo que conllevaba una importante responsabilidad- No es de eso de lo que yo quiero hablar, aunque sí tiene alguna relación.

Permanecí silencioso, no tenía ni la más remota idea de lo que quería hablarme. En esos dos años, nuestra unión se había estrechado considerablemente. Mi tío nunca tuvo descendencia y vio en mí a ese hijo que nunca llegaría. De esa manera trabó conmigo casi la misma relación que un buen padre, sin las responsabilidades de una esmerada y rígida educación, que yo ya había recibido, y con las confianzas de un joven que ya casi era un hombre. Por esto, sus diálogos conmigo no aparecían severos y disciplinados, sino más de compadreo y camaradería.

- Hugo, tú eres antillano, además de español –añadió, no perdiendo el sentido patrio- y por esos orígenes es de suponer que serás de sangre caliente.

Prosiguió, sin que yo comprendiera a dónde quería llegar.

- Bueno, sé que con la chica de los Umienta no habrás tenido contacto alguno –en ese instante creí saber hacia dónde iba- pero me gustaría saber si lo has tenido en otro sitio, o con otro motivo.

Una vez me soltó aquello se calló. Por fin había planteado la cuestión, y ahora contaba con que yo le ayudara. Mi avergonzado silencio provocó el que hablase de nuevo, su tono cambió, casi parecía enfadado.

- Te pregunto si has estado alguna vez con una mujer.

No había tenido relaciones sexuales nunca hasta ese día y en parte me abochornaba. Tardé varios segundos en contestar.

- Ya comprendo que tu actitud es una respuesta –me atajó él, evitándome con ello una respuesta vergonzante- Por este motivo es por lo que te he llamado. Mañana cumplirás veinte años, y ya es hora de que sepas de qué estamos hablando.

- Lo siento, tío –dije al fin, con la cara sonrojada, por la

turbación.

- ¡No!, no pretendo eso, ni mucho menos, hijo. No es mi intención ofenderte, ni humillarte –su tono paternal logró que me sintiese protegido- Sabes que no tengo descendencia, y que llevo ya casi dos años compartiendo tu madurez. Eso me hace asumir ciertas responsabilidades, de las que estoy seguro de que se ocuparía tu padre, si estuvieses en la Habana.

Me limité a afirmar con la cabeza. Adoraba a mi padre, pero nunca lo había sentido tan próximo y tan cercano como sentía al tío Antonio.

- Un hombre no debe tratar de conseguir de una mujer casadera, lo que sólo puede obtener una vez se haya desposado con ella. Pero tampoco un hombre debe esperar a esa situación, para adquirir la experiencia en esos temas. Debes pensar en tu mujer como la madre de tus hijos, y la señora de tu casa; otras experiencias o situaciones debes saber dónde encontrarlas.

Le seguí mirando un tanto perplejo.

- Sí, sobrino. Tú y yo hoy nos vamos a ir a casa de una amiga, para que conozcas otras cosas, que ya tienes edad de averiguar.

Esa tarde, a eso de las ocho, ya anochecido, salimos ambos a pasear por las calles de la ciudad. Mi tío iba perfectamente trajeado y con bombín. Yo, por indicación suya, dejé el uniforme en casa y me puse camisa de civil, pajarita y una americana oscura que cerraba su último botón muy arriba en el pecho, casi no dejaba ver la camisa.

Callejeamos con marcha seria y elegante, saludamos a diferentes amigos de mi pariente que nos fuimos encontrando, y continuamos nuestro camino hasta llegar a una calle de la zona del Coso. En un elegante portal nos detuvimos, entramos y por la escalera de madera ascendimos al segundo piso. Me sorprendió la naturalidad con la que hicimos todo aquello. Yo, en mi fuero interno, esperaba que a un sitio así se llegaba a hurtadillas y como un delincuente. Esa primera ocasión me mostró que aquello se tenía como algo más natural de lo que yo pensaba.

Golpeamos la puerta y esperamos a que nos abrieran. Una mujer de unos cincuenta años lo hizo un minuto después.

- ¡Buenas tardes, Don Antonio! –exclamó con sincera alegría, y una amplia sonrisa en su boca. Con aquel recibimiento supuse, sin riesgo a equivocarme, que no era la primera vez que mi tío aparecía por allí.

- Hola, Fernanda, buenas tardes –le saludó con respeto y amabilidad, a la vez que besaba su mano. Luego se volvió hacia mí y prosiguió- Te presento a mi sobrino Hugo, es el hijo de mi primo Hugo.

- ¿El que partió para hacer las Américas?

- El mismo.

- ¿Y este señorito es su hijo? –preguntó, sin realmente esperar una respuesta- ¡Bienvenido a mi casa, joven! –añadió, dirigiéndose directamente a mí.

No sin vergüenza me atreví a dirigir la mirada a aquella señora. Observándola detenidamente calculé que estaba más cerca de los sesenta años que de los cincuenta, aun así permanecía bella en cierto sentido. Su vestimenta y su aspecto en nada se diferenciaban del de las mujeres que asistían a las fiestas. ¡No tenía pinta de prostituta!, pensé.

Pasamos al interior. La decoración también me sorprendió, era casi tan seria como la de mi tío, pero mucho más recargada. Un salón con múltiples sofás, sillones y sillas hacía las veces de sala de espera. En el interior de la casa se usaban al menos doce habitaciones para los clientes.

- Fernanda, necesitamos tus servicios. Desearía que mi sobrino tuviese una buena primera experiencia –concluyó.

Ante aquella pública manifestación de mi virginidad, me sentí profundamente avergonzado. Ella me examinó y se sonrió con gesto cómplice. Por espacio de unos segundos permaneció silenciosa y pensativa, después se limitó a añadir:

- Le presentaré a Dolores, creo que el resultado será perfecto.

Nunca más en toda mi vida he sentido mi cara más colorada que en aquel instante.

- Joven, acompáñame –me solicitó aquella mujer. Con los ojos ligeramente entornados le miré a los suyos y descubrí en ellos un precioso color parecido a la miel. Aproveché para indagar algo más en su rostro, y en él encontré unos hermosos pómulos y unos labios que cuarenta años antes debieron volver locos a muchos hombres.

Fernanda, como buena profesional conocedora del negocio, notó mi nerviosismo y mi vergüenza, debido a ello trató de ser amable y cálida:

- Estate tranquilo muchacho, aquí todos los hombres vienen como tú y unas horas después salen como tu tío. Nadie nace aprendido, nosotras te enseñaremos, y el día que debas cumplir, sabrás como hacerlo. Estoy segura de que agradecerás este día.

Sonreí tibiamente, aquella frase me recordó a uno de los sargentos de la academia. Se trataba de un hombre bruto y curtido de unos cincuenta años, que se dedicaba a enseñarnos el manejo de las armas de fuego, y el de la tropa. Se llamaba Facundo Ortega y su cuerpo tenía la anchura de dos como el mío. No tenía estudios, aunque leía y sumaba bien, pero se expresaba con mucha claridad.

Siempre nos decía lo mismo –“ahora no sabéis nada porque nadie nace formado. Pero cuando yo os enseñe, lo aprenderéis para toda la vida”- Realmente así fue, aún pasados tantos años desde que me

enseñó, recuerdo perfectamente como montar y desmontar un rifle Máuser ¡Lo sabría hacer hasta con los ojos cerrados!

La señora me condujo por un largo pasillo y me invitó a entrar en una de las habitaciones. Una vez dentro me indicó que me acomodara y esperase, en breve me atenderían. La espera se me hizo larga, aunque supongo que no pasaron más de tres minutos antes de que la puerta se abriera de nuevo. Por ella entró Dolores.

- Hola –saludó con candidez la joven que acompañaba a Fernanda.

- Hola –respondí, ciertamente sobrecogido. Aquella era una de las mujeres más bellas que nunca había visto. Tenía unos enormes ojos pardos y una melena oscura, casi negra, que caía lacia y brillante por sus hombros. Como ropa, sólo llevaba una bata de seda, y unas prendas interiores con muchas puntillas.

- Señorito Hugo –dijo muy circunspecta Fernanda- le presento a Dolores. Es la más bella de mis chicas y una de las más jóvenes, aun así, dispone de la experiencia necesaria para que vos salgáis de aquí baqueteado para toda la vida.

Se dirigió a la puerta, y en el último instante se giró hacia mí.

- No tienes ninguna prisa, muchacho. Si necesitáis algo, yo estaré en el salón principal con vuestro tío –añadió y cerró.

Una vez hubo salido Dolores supo que tenía que tomar la batuta de la situación; si bien su rostro emanaba candidez e inocencia, la realidad era bien distinta.

Yo sentía la necesidad de hablar y expresarle lo increíble de su belleza, deseaba manifestarle mi admiración más profunda. En aquel momento creí que podía abandonar a María Cristina por ella sin duda alguna. Dolores me sacó de inmediato de mi estupidez. Se acercó a mí y puso su mano derecha al lado de mi bragueta, la movió con suavidad sobre mi pantalón y pocos segundos más tarde logró que aquel inicial amor se trasformara en una irrefrenable atracción carnal.

Recuerdo con verdadero cariño aquella primera ocasión. Con todo lo que ha pasado en mi vida, sigue siendo uno de mis recuerdos más gratos. No he olvidado como aquella mujer me fue dirigiendo en mi primera experiencia, como un experto oficial a un soldado novato a su cargo.

Pasé con ella casi dos horas. Meses después la misma Dolores me confesó haber disfrutado de la virilidad de un joven inexperto como yo. Si bien la primera vez fui rápido en exceso, fui mejorando y la tercera me contuve lo suficiente como para que ella disfrutara.

Como me anunciara Fernanda, de aquella habitación salió otra persona. Mientras terminaba de vestirme me sentía más hombre y más desarrollado. En otro ataque de inocencia y estupidez, aquel día creí que ya no me quedaba nada más por conocer.

No comenté nada con mi tío, ni en el camino de regreso a casa, ni en los días siguientes. Inevitablemente tuve que hacerlo cuando sentí necesidad de volver. El hombre se rio abiertamente.

- ¡Creí que nunca me lo ibas a pedir! –exclamó con una amplia sonrisa- El otro día no me comentaste nada, y llegué a pensar que no habías disfrutado de la experiencia.

- No, tío, no se trataba de eso, sentí cierto reparo en hacer comentarios sobre el tema.

Aquella tarde volvimos. Solicité de nuevo los servicios de la mujer con la que yací la primera vez, pero no pudo ser; según me comunicaron estaba desflorando a otro inocente.

No hubo problema alguno, en esta ocasión me tocó otra de las chicas, Luisa se llamaba. Si bien en un principio me sentí contrariado, después de yacer con ella, comprendí que no.

Con el tiempo agradecí la verdadera intención de Fernanda, negándose a proporcionarme de nuevo a Dolores. La experta madame pretendía demostrarme que no debía enamorarme de ninguna de ellas, sólo se trataba de prostitutas y yo debía, dada mi situación social, cortejar señoritas. Los años también me mostraron lo equivocado de aquella teoría de la dueña, durante toda mi vida he conocido a muchas señoritas, y la mayoría de ellas no valían la mitad que Fernanda y sus muchachas.

Pasó ese segundo año y comenzó el tercero. Mis relaciones continuaban parecido y mi vida no experimentó sobresalto alguno. Aquel alejamiento de mi isla y de mi gente fue lentamente enfriando los sentimientos. Continuaba carteándome con Margarita, aunque más de tarde en tarde, y ya nunca lo hacía con Jesús.

Por otro lado, el tiempo pasado alrededor de María Cristina, casi la había convertido en mi prometida. Este asunto hizo que mi tío me preguntara por ello en alguna ocasión; la familia Umienta deseaba saber en qué iba a concluir la cosa, la niña estaba a punto de cumplir los veinte años.

No tenía muy claro qué hacer, me inclinaba a aceptar la evidencia. La madrileña sería una buena esposa y una estupenda madre, el resto debería proporcionármelo yo mismo. Aun así, mantuve la incertidumbre, decidí esperar.

Las últimas misivas de Margarita me hablaban casi más de Jesús que de otra cosa. Seguramente el aislamiento y la lejanía me hicieron suponer que la partida estaba perdida.

Terminado el tercer curso, se dio por finalizada mi primera fase de estudios y se procedió a mi nombramiento de alférez. Para entonces ya me habían aceptado en caballería y por tanto los dos siguientes cursos debería estudiarlos y prepararlos en Valladolid, en la academia de caballería. Al terminar esa formación, lo haría como teniente de

caballería del ejército español.
Antes de iniciar esa segunda fase, aceptando el ofrecimiento de mi padre, decidí acercarme a casa, y para ello embarqué en La Coruña con destino a la isla de Cuba, a la que llegué doce días más tarde.

Capítulo 3º

UN VIAJE DE IDA Y VUELTA

Hacía tres años que no pisaba mi tierra y vislumbrar su costa logró hacerme vibrar.

Entrar en la bahía de la Habana me entusiasmó, mi espíritu cubano se exaltó. La visión del puerto, desde la barandilla del vapor, me recordó el valor de mi tierra. Por todos los sitios había movimiento. Descubrí, incluso, nuevas vías de ferrocarril que llegaban hasta los mismísimos muelles de embarque de mercancías. Ese gentío y ese movimiento eran muy superiores a lo que uno veía en los puertos de la península. Éramos más ricos y poderosos, concluí con orgullo isleño.

Cuando descendí del barco vestido con mi uniforme de alférez, atraje las miradas de muchos; no sólo no me importó, sino que me hizo sentir bien.

Mi padre me esperaba en el puerto, cuando hube descendido se me acercó y me abrazó con fuerza.

- ¡Hijo mío!, ¡ya eres todo un hombre! –exclamó emocionado. Los ojos le brillaban por las lágrimas contenidas. Creo que aquella fue la primera vez que le veía emocionarse de verdad, hasta ese momento siempre había sido serio y frío.
- Hola, padre. Me alegro mucho de verle –respondí, con el respeto con el que siempre le había tratado. Él volvió a abrazarme con fuerza.
- Diría que estás más fuerte y más grande. Me enorgullece contemplarte –realmente parecía otra persona. Seguramente fruto de su soledad, salvo yo, nadie compartía su corazón. Tenía amigos, sí, y muchos conocidos, pero entre todos ellos ninguna persona que conmoviese realmente su espíritu.

Nos acercamos a la calesa que nos esperaba en el malecón. Los sirvientes cargaron con mis maletas.

- De verdad que pareces más grande y más fuerte –me insistió.

No se lo dije, pero realmente tenía razón. Desde que saliera de Cuba para iniciar mis estudios, mi cuerpo contaba con doce centímetros más, y ya medía un metro ochenta y tres. También es

cierto que por aquellos entonces todas las muchachas de Fernanda decían que era muy guapo. Llevaba el pelo corto, y eso marcaba más mis facciones angulosas. El mentón, amplio, triangular y con un agujero en el centro de la mandíbula, precedía a un cuello ancho y fuerte, acostumbrado a cargar pesos de cualquier tipo. Mis ojos, azules oscuros, estaban enmarcados por unas cejas, en mi opinión, excesivamente pobladas. No llevaba bigote, ni barba, continuaba siendo barbilampiño, y mi nariz, de tamaño moderado, aparecía recta como un huso.

Una vez subimos a aquel grácil carruaje que esperaba partimos en dirección al centro de la ciudad. Pocos minutos después circulábamos por el malecón en dirección a nuestra casa en la zona del "Vedado".

- Te hemos echado en falta –comentó sincero.
- Yo también, padre.

Me miró y se sonrió. Con cierta malicia en sus ojos, añadió:

- Hace dos semanas estuve con tu amiga Margarita –volví mi cara hacia él con interés- Al decirle que venías a pasar unos días, me insistió mucho en que fueses a Santiago a visitarle.

No disponía de mucho tiempo y el viaje de ida y vuelta hasta Santiago podía llevarme una semana. Deseaba hacerlo de no contar con su oposición.

- Me gustaría verla –comenté, en espera de su autorización.
- Me parece bien. Adelantándome a ti, he dispuesto lo necesario para que inicies el viaje dentro de cinco días. Mañana por la mañana le enviaremos por cable un recado con el día de tu llegada.

Le miré a los ojos y sentí agradecimiento. Siempre me había sentido querido por mi padre, pero en aquellos momentos le noté más cerca de mí. Seguramente su edad, y mis tres años de ausencia, habían logrado ablandar su corazón.

Durante los cinco días que compartimos, descubrí que el dinero apenas tenía ya sentido para él, sus sesenta y tantos años le estaban convirtiendo en un viejo.

Mi intención de formar parte de la caballería se debía fundamentalmente a mi amor por los caballos desde pequeño. Sí es verdad que también influyó el que Margarita sintiera esa fuerte atracción hacia los soldados de caballería, pero no fue el motivo principal.

Don Hugo, mi padre, era conocido en la Habana por tener siempre los mejores caballos de la ciudad; al llegar a la hacienda comprobé con gusto que no había dejado de cultivar esta afición. En las caballerizas encontré ejemplares de una belleza y un porte difíciles de igualar en toda la isla.

Nada más descender del carruaje me dirigí a las cuadras, él me acompañó.

- Mira aquel –dijo, a la vez que señalaba la primera de las cuadras- Lo conseguí en los Estados Unidos. ¡Por cierto! –añadió, exclamando- un amigo tuyo me ayudó en la compra.

Me volví interrogante.

- Sí, Jesús. Fue él quien me comunicó su existencia, y quien colaboró en las negociaciones para su adquisición.

- ¿Qué tal está? ¿Cuándo le has visto por última vez?

Mientras me contestaba continuamos el paseo por entre las diferentes caballerizas.

- Ya sabes que estudia ingeniería en los Estados Unidos. Cuando vuelva será un gran profesional, la isla necesita gente como él para prosperar.

No comenté las ideas políticas de mi amigo, seguramente, dadas las de mi progenitor, desde ese momento hubiera disminuido bastante su aprecio por Jesús.

- ¿Cuándo le viste la última vez?

- No hace ni dos semanas, está en la isla.

Me alegró mucho saberlo.

- Creo que ahora pasa unos días en la hacienda de tu amiga Margarita. Supongo que lo verás cuando llegues.

Aquello ya no me hizo tanta gracia, aunque no le concedí excesiva importancia.

Pasé esos días disfrutando de la bondad del clima de mi tierra y de la comodidad de las posesiones de mi padre. A diario disfrutaba de un largo paseo a caballo, para después dejarme caer por las calles de La Habana. Por las mañanas se estilaba pasear por el malecón y por el Paseo del Prado, y tomar un aperitivo de ron por las calles de la ciudad. Después de comer en la mansión del "Vedado", a media tarde, me acercaba de nuevo al centro de la urbe y acudía al casino principal o al club deportivo, novedad venida de la mano de la creciente influencia norteamericana. Me divertía hasta media noche, hora a la que regresaba en mayor o menor estado de lucidez.

El quinto día emprendí viaje hacia la parte oriental de la isla. Me dirigí a Santiago de Cuba, la que fue primera capital cuando llegaron los españoles. Tres días después, a media tarde, descendía del tren en la estación santiagueña. No tuve que esforzarme mucho para saber de la presencia de mis amigos. Margarita y Jesús habían dispuesto un verdadero comité de bienvenida con músicos y todo; se trataba de recibirme, y además hacerme una broma, una de esas que tanto le gustaban a Margarita.

Cuando mis ojos descubrieron a mi amiga, no pude evitar quedarme mudo. Si bien desde crío me había parecido bella, ahora se me asemejó a una diosa viviente. Su pelo castaño continuaba intentando rebelarse contra el peinado y al ir suelto dejaba entrever

algún que otro rizo; sus ojos se veían más verdes y brillantes que nunca, parecían esmeraldas. Yo la recordaba sin desarrollar del todo, pero en este momento era alta, me llegaba a mí al mentón y su desarrollo era completo y, yo añadiría, que perfecto.

Se abalanzó hacia mí y me abrazó con fuerza, su olor me embargó. Comprendí que su amor, su jovialidad y su profundo sentido de la amistad no habían cambiado.

- Hugo, ¡qué feliz me hace poder verte! –la sinceridad de sus palabras no ofrecía duda alguna.
- Lo mismo te digo –respondí. Si he de ser sincero, no contesté con excesivo entusiasmo, aún sobrecogido por su belleza.

Cuando se desprendió de mi cuello, Jesús se me acercó y me abrazó también. Le devolví el apretón con la misma intensidad. Me sentía feliz por volver a reunirme con mis dos únicos y verdaderos amigos.

- ¡Estás estupendo, amigo mío! –me piropeó, como un viejo colega.
- Tú también, Jesús –le noté aún más grandullón, también descubrí que su tripa comenzaba a sobresalir ligeramente.
- Bueno –intervino Margarita- Vayamos hacia casa y por el camino nos cuentas qué ha sido de ti.
- De acuerdo –respondí, dos sirvientes se hicieron con mis maletas.

Nos dirigimos hacia el interior de la isla hasta pasar cerca del fuerte del Caney, para posteriormente ir hacia la costa donde se encontraba la magnífica finca, cerca de la playa de Siboney.

Aquella noche tuvimos una agradable velada en el porche de la mansión. Los padres de Margarita nos acompañaron durante una buena parte del tiempo, cuando la oscuridad era completa nos dejaron. Los tres amigos compartimos una charla animada.

- Bueno, muchachos, -se despidió el dueño de toda aquella maravilla- nosotros nos retiramos. Espero que disfrutéis de una divertida conversación.
- Gracias, señor –respondimos Jesús y yo al unísono, mientras nos poníamos de pie.
- No os mováis –contestó él, amable- Por cierto, Jesús, espero que mañana continuemos la conversación de la mañana.
- Por supuesto, don Joaquín. Estaré encantado de poder ayudarle.

Algo en aquella conversación comenzó a ponerme nervioso, aunque no supe qué. Tal vez fuese el tono de camaradería que ambos empleaban.

- Bien, muchacho, gracias –antes de alejarse, en tono de broma, añadió- De todas formas, si me ayudas, no harás sino mejorar la dote

de tu futura mujer.

Aquella frase dejó helado mi corazón. ¡Margarita y Jesús estaban prometidos!

Mientras sentía cómo el dardo recibido profundizaba entre mi carne, mis ojos buscaron a los de mi amiga. Ella los dirigió hacia el suelo, supo que me fijaba en ella y que no podría soportar; el prometido acudió en su ayuda.

- Queríamos decírtelo ahora, pero se nos han adelantado –trató de disculparse.
- Me alegro por vosotros –mentí, sin permitir que mi tono de voz dejase intuir la verdad de mis sentimientos. Margarita levantó su mirada y la dirigió a mí. Nada más ver mis ojos supo que yo no decía la verdad.
- Nos prometimos hace seis meses –Jesús trataba de continuar la conversación, no comprendí cómo podía no enterarse de la situación- Nos casaremos dentro de ocho meses, en marzo del año que viene.
- ¡Mi enhorabuena! –insistí, sin ninguna sinceridad- Lo que siento es que no podré venir.

Nos sentamos de nuevo.

Jesús me explicó que, después de su primera estancia en los Estados Unidos, comenzó a experimentar un terrible amor hacia nuestra común amiga. Desde ese momento, poco a poco, fueron estrechándose los lazos entre ambos. Nadie lo dijo, pero seguramente mi ausencia ayudó a que Margarita cayera en sus brazos.

Comprendí, mirándole a ella, que realmente mi ausencia, mi pereza epistolar después de unos primeros meses intensos, y su soledad, habían logrado darle el toque final. Intuí que, de no haberme ido a España, a estas alturas tal vez yo podría ser el prometido y no él.

- Me encantaría que estuvieras presente –dijo por fin Margarita.
- Sabes que me gustaría, pero también que no depende de mí, ni mucho menos. El ejército español aún no obedece mis órdenes.

Los dos se sonrieron, parecía que el hielo se iba derritiendo.

- ¡Hablando de eso! –exclamó él- ¡Cuéntanos tus andanzas militares, allá en la madre patria!

Les expliqué mis experiencias castrenses. Sabía que a Jesús no le interesaba en absoluto, para él todo lo que viniese de la metrópoli era odioso. Supuse que, si antes de ir a la república americana a estudiar ya era un anexionista convencido, ahora lo sería mucho más.

Después de casi una hora hablando, poco quedó en el tintero. En mi relato incluí mi opinión de la belleza de España. Les describí Zaragoza y Madrid sobre todo, aunque también añadí la belleza del norte y mi escaso conocimiento del sur. Continué contando cómo era la academia y qué se hacía para aprender a ser oficial del ejército. Al final aproveché para mencionar la existencia de María Cristina, y mi

posible compromiso con ella.

- ¡Cómo me alegro! –comentó de inmediato mi amigo. Margarita se limitó a mirarme a los ojos, estoy seguro de que en ese mismo instante supo que no sentía gran atracción por la madrileña, o al menos no de la misma forma que por ella.
- Me alegro por ti –añadió, sin entusiasmo alguno.
- De momento no es oficial. Es posible que cuando vuelva realice las acciones pertinentes para que así sea. Creo que seguramente sea lo mejor.

No sé si se notó en mi tono, pero aquello era un dardo lanzado hacia Margarita. De nuevo Jesús no pareció darse cuenta de nada.

La velada prosiguió media hora más. Pasado ese tiempo, con la disculpa del viaje, logré irme a mi habitación y allí, en soledad, me lamí la profunda herida que había partido en dos mi corazón.

Aquella noche vi claro que lo que sentía por María Cristina no era verdadero amor y que, seguramente, nunca sentiría nada parecido por ninguna mujer que no fuese mi amada Margarita. También supuse que nunca sería mía, no tenía intención de romper aquella relación, ni aunque tuviese la oportunidad, extremo que de momento estaba descartado.

Los siguientes días se me hicieron bastante cuesta arriba. Abusé de montar a caballo y de cazar, de esa forma se me pasaba más rápido el tiempo y sufría menos.

Tenía intención de estar en Santiago alrededor de quince días, pero sólo estuve seis. En un momento que logré zafarme de la compañía de mis amigos, envié un telegrama a mi padre solicitándole que me llamase a La Habana. Él, sin preguntar nada, lo hizo; aquello me sirvió de disculpa para alejarme de Santiago y de la parejita feliz.

Ambos me acompañaron a la estación de Santiago.

- Lo siento, no sé qué inquieta a mi padre, pero debo acudir.
- Sí, claro. Me da pena que tengas que irte de nuevo. Esperaba hablar más contigo, el tiempo se ha pasado demasiado rápido.
- Sí, es verdad, Jesús.
- Yo también siento que te vayas –supe que Margarita hablaba sinceramente- ¿Cuándo piensas volver a Cuba?
- No lo sé, de mí no depende. Tengo intención de solicitar mi destino de inmediato, en cuanto termine en la academia. Otra cosa será cuándo lo consiga.
- Sigo sin hacerme a la idea de que la próxima vez que te vea serás un teniente del ejército español –el antiespañolismo de Jesús se dejó entrever de nuevo en sus palabras.
- Pues yo espero que así sea –respondí con orgullo.
- A mí me hace ilusión –terció ella- Lo que me da pena es que no te veamos, al menos, hasta dentro de dos años.

- Me temo que así tiene que ser –respondí. Mi corazón pensó que era lo mejor.

Jesús se alejó un momento para asegurar mi equipaje. Aproveché para decirle a mi amiga aquello que no había podido decir en presencia de su prometido.

- Margarita, no puedo decir que me alegre tu compromiso con él –me sinceré- Lo sabes, ¿verdad?

Permaneció en silencio y me miró a los ojos con profundidad. Sus pupilas se clavaron en las mías.

- Hugo, no sabía prácticamente nada de ti desde hacía dos años –su voz sonaba entrecortada- Además, nunca me dijiste o hiciste nada que me hiciese suponer...

En ese momento sentí unas ganas tremendas de tirar todo por la borda; mi corazón me empujaba a dejarlo todo y lanzarme a la lucha por su amor. Mi cerebro me aconsejó no hacerlo.

- Tienes razón, espero que seas feliz con él. Prometo que os escribiré, quiero que nos mantengamos en contacto.

Jesús se acercó de nuevo, la conversación se trivializó al instante. Una hora más tarde inicié mi viaje de regreso a La Habana.

Mi padre entendió los motivos y reconoció no envidiarme. Habida cuenta del estado de las cosas, aprovechó para sacar a colación el tema de María Cristina. El tío Antonio le había contado nuestra relación.

- ¿Qué sientes por ella?
- Realmente le aprecio, sé que puede ser una buena madre y una inmejorable esposa.
- ¿Piensas casarte con ella?

La pregunta era directa y requería una respuesta igual. Noté la diferencia entre “deseas” y “piensas”.

- Creo que sí. Además, la situación actual me ha dejado claro el futuro.
- Recuerda que es un compromiso para siempre, hijo. Será la madre de tus hijos, y por tanto le debes respeto.
- Lo comprendo, pero Margarita...
- ¡No quiero saber nada de eso! –me interrumpió, había logrado ponerle serio- Estamos hablando del futuro, de contraer matrimonio o no hacerlo. De tu familia.
- Ya, padre, pero...

De nuevo me interrumpió:

- Yo me casé con tu madre enamorado, la echo en falta desde que falleció. El que la amara, no fue óbice para que tuviera mis pequeños devaneos, siempre respetando la institución y a tu madre. ¿Me comprendes?
- Creo que sí, padre, creo que sí.

- Antes de tomar la decisión final, quiero que lo pienses. Una vez la tomes, yo la apoyaré.
- Gracias, padre.

Desde aquel día, hasta que partí, no volvimos a hablar del tema.

Permanecí hasta la fecha de mi vuelta a España en la mansión de La Habana. Disfruté de sus caballos por el día, y de los clubes de alterne por la noche. La mañana que embarqué en el buque de regreso a la metrópoli realmente llevaba una tremenda resaca.

* * *

Antes de incorporarme definitivamente a la academia de caballería de Valladolid, pasé por Zaragoza con intención de despedirme de mi tío Antonio. Los tres años compartidos con aquel hombre habían logrado establecer un importante puente de conexión entre nosotros dos, nos apreciábamos mutuamente.

Durante dos días paseamos y conversamos. Antes de la separación definitiva también él sacó a relucir el tema de María Cristina.

- Has vuelto triste de tu casa. Me temo que algo no ha ido bien.

No dije nada, pero evidentemente mi cara me delató.

- Se trata de un asunto de faldas, supongo –le miré y afirmé con la cabeza- Termina siendo siempre lo que más nos afecta. La chica de Umienta… –añadió en referencia a María Cristina- no estás enamorado de ella, ¿no?
- No es eso –balbuceé.
- Hay otra mujer en Cuba, ¿no?

Le miré y afirmé.

- ¿Está enamorada de ti?
- Dentro de seis meses se casa con mi amigo de toda la vida –noté que no había especificado como otras veces “mi mejor amigo”, mi subconsciente me había traicionado.

Mantuvo un instante de silencio, el viejo caballero recapacitaba antes de hablar. Estiró su brazo y apretó su mano sobre mi hombro:

- Los males de amor no son eternos. El tiempo lo cura casi todo, además, por lo que dices no tienes muchas salidas. Tranquilo, el matrimonio te dará una mujer para compartir tu vida, eso es lo importante; encontrar una buena mujer que pueda ser una buena madre, una amante y paciente esposa…

Comprendí lo que quería decirme, pero yo tenía otra idea del amor, del matrimonio, de las condiciones en que quería compartir mi vida con una mujer. Sólo mi tío había oído esa historia de mis labios, y seguramente sería el único que la conociese. No estaba dispuesto a confesarle a nadie que me sentía un desgraciado en amores, un

hombre enamorado de la mujer de su mejor amigo.

Pasados aquellos días, por fin partí para Valladolid. Durante los siguientes dos años permanecería allí, aprendiendo las específicas enseñanzas de mi futura profesión. Cuando concluyese, ya formaría parte activa de la oficialía de la caballería española. Se trataba de la parte fundamental de mi preparación, una vez concluida ya nadie me ayudaría a la hora de mandar tropas, yo tomaría las decisiones.

Cada uno o dos meses acudía a Madrid para ver a María Cristina. La relación con ella y con su familia se fue estrechando. La joven continuaba aparentando no tener muchas luces, aunque en ocasiones intuí que todo aquello parecía un disfraz. Esa primera impresión de mujer tonta, “casadera”, de buena familia fue lentamente variando. Comencé a entrever en ella a una señorita que carecía de la formación académica adecuada, pero no de la inteligencia necesaria para haberla adquirido, de habérsela proporcionado.

Mis sentimientos hacia ella también fueron cambiando poco a poco. Al verla interesada por la lectura, le proporcioné diferentes libros que le hubieran sido retirados, de conocer su existencia.

Al cabo de esos dos años pasó de una lectura torpe y lenta, a una rápida, ágil y comprensiva. Cuando nadie nos entorpecía, discutíamos el último ejemplar devorado recientemente. Ese fue nuestro secreto durante un noviazgo, que fue más intelectual que amoroso.

Supe de Jesús y Margarita por las cartas que recibí. Ella, supongo que queriendo olvidar mi secreto sufrimiento, me escribía con cierta asiduidad. Al principio no contesté sus cartas, pero continuó enviándolas; esa tenacidad logró que yo al fin comenzara a responder.

Conocí su viaje de novios por Nueva Cork y que vivían a caballo entre Santiago, donde ella continuaba aprendiendo a llevar la finca de su padre, y La Habana, donde realmente tenían su casa, cerca de la mansión de mi padre.

Entre sus letras nunca encontré una que me hiciese imaginar o sospechar una mínima o incipiente atracción hacia mí. Comprendí, como me anunciara mi tío Antonio, que aquella fantasiosa idea mía de lograr su amor era algo perdido. Tenía que pensar en mi vida futura,

debía planearla compartiéndola con otra mujer diferente a ella.

Según pasaban los meses y se acercaba el fin de mis estudios, los planes de boda con María Cristina Umienta fueron acelerándose. Yo tenía claro, y mi prometida lo sabía, que solicitaría de inmediato un destino en Cuba; dada la creciente tensión creada entre la metrópoli y la isla, aquello parecía algo fácil de conseguir.

No me preocupaba la política en general, pero sabía que por los mentideros de Madrid se hablaba de problemas con la colonia. La total dependencia política, el aumento de los aranceles de Madrid y todo tipo de trabas comerciales, ahogaban social y económicamente a la isla. Los autonomistas, que apoyaron las iniciales reformas liberales, se vieron defraudados cuando esa cacareada reforma del ministro Maura, presentada en junio de 1893, no se llevó a efecto, motivo por el que el ministro dimitió en la primavera del siguiente año.

Por otra parte, desde hacía varios años, un político cubano incitaba de forma constante a la rebelión. Se trataba de un criollo, hijo de un valenciano, de nombre José Martí. Tras sus primeras confrontaciones con el poder español, vivía desterrado en Nueva York, donde había fundado el partido revolucionario cubano. Recibía ayuda tanto de los norteamericanos, que con ello se acercaban a la isla y a su cacareada "América para los americanos", como de los propios cubanos exilados o desterrados en la guerra de los "diez años", que permanecían y se enriquecían en Cayo Hueso, Florida.

Por lo que decían, de seguir así, podría darse una nueva revuelta. Esta circunstancia lograba que, si un oficial pedía la isla como destino, con gran facilidad se lo concederían. Si además su origen era criollo, las posibilidades se multiplicaban.

Si yo partía hacia Cuba, lo más lógico era hacerlo ya casado con María Cristina. Si lo hacía sin estrechar el lazo sagrado, la joven podría quedarse soltera, de sucederme alguna desgracia.

Lo discutí con mi padre por carta y estuvo de acuerdo, el desposorio tendría lugar en Madrid. En abril de aquel año de 1894 llegó al puerto de La Coruña. Yo personalmente fui a buscarle; debido a sus importantes influencias, no hubo dificultad en lograr un permiso para desplazarme hasta allí.

Permaneció en Europa por espacio de cinco meses, terminado el verano regresó de nuevo a La Habana. Durante aquellos meses desplegó una importante actividad: arregló los flecos de mi boda con la hija de los Umienta, viajó a París, Londres y Roma y estableció contactos tanto comerciales, como políticos con gentes de Cataluña, Madrid y vascongadas.

A finales de septiembre mantuvimos una larga y profunda conversación. Fue en Cartagena, desde donde pensaba partir un día más tarde. Para entonces yo ya estaba casado con María Cristina, y

formaba parte de las fuerzas armadas con el grado de teniente. Fue después de la cena, en el mismo hotel en el que nos alojábamos, en uno de sus suntuosos salones en los que se podía fumar. Por aquel entonces, aquella importante ciudad disponía de muchos y lujosos hoteles donde hospedarse, al ser punto de partida de grandes aventuras marinas, tanto militares como comerciales.

- Bueno, hijo, mañana regreso a nuestra tierra.

Me limité a afirmar con la cabeza.

- Ya sé que quieres ir. Si me guardas el secreto –me guiñó el ojo y sonrió- puedo anunciarte que me seguirás en breve. Un amigo mío ha movido tu solicitud, creo que está de las primeras para que la firme el ministro.

Sonreía mientras fumaba un espléndido puro cubano, apoyó su vieja espalda en el respaldo y se sintió cómodo.

- Gracias, padre.
- No me las des. Tengo mis dudas sobre ello. Ya te he dicho que por Cuba, ahora, no corren buenos vientos –realmente su mesurado consejo había sido que no solicitase mi destino a la isla, ante la posibilidad real de un levantamiento- Espero equivocarme al presagiar que se está fraguando un movimiento sedicioso.
- Bueno, no sería la primera vez. Acuérdate de la guerra de los diez años. Nosotros estamos para evitarlo. España tiene capacidad suficiente como para terminar con cualquier tipo de movimiento levantisco o sedicioso que pueda intentarse.
- Ya, pero no es tan sencillo. Hay gente muy interesada en que, si se da, salga bien. Martí vive en Nueva York y ha fundado un partido revolucionario cubano que recibe apoyo de americanos y cubanos de Florida. Ya hemos hablado en otras ocasiones del interés de los norteamericanos por lograr una verdadera revolución a la que apoyar en secreto, para luego traicionarles. Ellos no abandonan la vieja idea de anexionar Cuba a su país. Si por ellos fuese, ya seríamos otra estrella de su bandera –añadió en referencia a la enseña de barras y estrellas.
- Pero Martí no deja de ser un pensador, un político. Para lograr una insurrección se necesita algo más -mi soberbia de militar no dejaba espacio al pensamiento crítico- ¡Se necesita un ejército!, alguien que lo dirija, armas... -Le miré y, con un tono altanero, añadí:
- Y no me refiero a un ejército como el norteamericano, claro. España no podría temblar ante eso, otra cosa sería ante los británicos, esos sí saben luchar.

Me miró con fijeza, seguramente no le gustó que pensase como un militar, más le hubiera agradado que lo hiciese como un comerciante o un político. El ejército había transformado mi pensamiento en una ecuación de escuadrones, cañones y cargas. Casi todo se podía arreglar

empleando la fuerza, y más, si sólo nosotros la teníamos.

- Por mis informaciones, sé que ha establecido contacto con los revolucionarios de la anterior guerra. Máximo Gómez y Antonio Maceo mantienen intensos lazos de unión con él.

- Aun así, ¡no son nadie!, padre. Si llega el momento, nosotros –dije en referencia al ejército de España- los aplastaremos. ¡Somos inmensamente superiores!

Sus ojos me observaron con cierta profundidad. Cuando comenzó a hablarme no elevó su voz, muy pocas veces en mi vida le oí elevar su voz. Se acercó a mí despegando su espalda del respaldo del sillón.

- Hijo, quisiste realizar tu carrera en el ejército y yo acepté. Es más, hice ciertos movimientos para asegurar tu ingreso –nunca se lo había preguntado, pero ya suponía desde hacía tiempo que mi ingreso en la academia estuvo bendecida y promovida por mi progenitor- Pero eso no puede cambiar la educación que yo te he dado durante tantos años. Los militares sólo tienen en cuenta sus fuerzas para la guerra, y por ello sus mentes se estrechan. He tratado de educarte con unas miras más amplias, con unas ideas más abiertas. No te dejes nunca llevar por el estrecho pensamiento de los cuarteles. Obedéceles y cumple como uno de ellos, a eso te has comprometido, pero en tu fuero interno piensa con más libertad.

- No entiendo porque me dices esto, padre –me sentía ofendido.

- Es muy fácil, Hugo. Nuestra isla no es el lugar idílico que era hace unos años. La política de España como metrópoli no es acertada, y eso es muy peligroso.

- ¡Ya ganamos la guerra de los diez años! –respondí yo, en otro desacertado conato de soberbia.

- Aquella guerra fue diferente, yo la viví, Hugo. Por aquel entonces el descontento era menor, el movimiento sedicioso lo comandaban señores de la isla, no el pueblo. Los esclavos les siguieron porque no tenían nada que perder. Ahora no es lo mismo.

Mi cara debió mostrar mi ignorancia.

- La política de acoso a los productores cubanos, los expolios a sus ingresos por medio de los impuestos y los aranceles comerciales, que impiden todo comercio exterior, han asfixiado a la isla y a la economía de sus gentes. ¡Ahora Cuba es pobre! –exclamó, levantando la voz.

- Pero, padre, eso se puede solucionar, como se hizo con la exigencia de la abolición. Ya nadie se acuerda. Ahora sé que se habla en Madrid de conceder un alto grado de autonomía a la isla. Maura tiene una ley reformadora preparada que solucionará el problema. Los problemas se arreglarán en poco tiempo.

- Es tarde, como siempre. Esta nación ha sido un gran imperio, el león es nuestro símbolo –me aclaró- pero ahora es un león viejo,

perezoso y, créeme, sin garras. La esclavitud que se abolió por ley en 1880, realmente dejó de existir en 1886. Me temo que ahora ocurrirá lo mismo. Para cuando tengan la famosa autonomía esbozada en una ley, aprobada, -recalcó- ya será tarde.

- Aunque así sea, padre, nuestro ejército aplastará a los rebeldes y todo volverá a funcionar –al concluir aquella frase comprendí que realmente en mi cabeza no existía la idea de una Cuba sin España. Años después descubrí que sí podía ser posible, e incluso deseable, para más isleños de los que yo creía.

Poco más añadió a aquella conversación, su última frase hizo referencia a que cuando regresase a Cuba, tal vez comenzara a pensar de otra forma. Mi padre realmente era una gran persona...

Capítulo 4º

REGRESO A CASA

En julio del año 1894 salimos desde la Coruña en dirección a la perla del caribe, a la isla más bella del mundo. Por fin había llegado mi destino como oficial de caballería en la colonia.

Formaba parte, como teniente, de la oficialía del escuadrón expedicionario que el regimiento de Húsares de Pavía enviaba a la isla de Cuba. Dado que aquel destino tenía una duración mínima de tres años, que yo pretendía alargar lo máximo posible, me acompañaba mi esposa María Cristina.

Como siempre, mi padre nos esperaba en el puerto de La Habana, le acompañaban varios de sus sirvientes, de los que ya ninguno era esclavo; le servían a cambio de un salario. Un año antes de que se hiciese efectiva la orden de libertar a los esclavos, él había manumitido a toda su gente, sólo unos pocos aprovecharon la libertad para cambiar de trabajo y zona donde vivir.

A diferencia de la zona occidental de la isla, la oriental, la provincia de Santiago fundamentalmente, se encontró con una gran cantidad de esclavos libertos y sin trabajo. Debido a la crisis provocada por Madrid y su nefasta gestión arancelaria en la isla de Cuba, los dueños de las plantaciones orientales, que desde años atrás estaban pasando por una tremenda crisis, aprovecharon la desaparición de la esclavitud para quitarse cargas. Con la libertad dejaron de alimentar y mantener a una gran cantidad de antiguos esclavos, que desde entonces vagaron por el oriente, esperando a que alguien aprovechase su desgraciada situación para usarlos como arma.

Un año más tarde esa circunstancia se dio y puedo decir que, durante aquella guerra, uno de mis problemas más importantes fue lograr que mis hombres no retrocedieran ante un ataque de los mambises, que no eran otros que aquellos antiguos esclavos que antes de la guerra no tenían donde caerse muertos.

Mi padre, con la prudencia de la que siempre hacía gala, nos cedió una de sus casas. Nos la entregó como uno más de sus regalos de boda.

- Hijo, ya sé que no es una mansión comparable a la mía, en la

que ya sabes que hay sitio de sobra –afirmé con la cabeza- pero he pensado que con el poco tiempo que lleváis casados, preferiríais tener vuestra propia casa en la que profundizar en vuestro amor, sin que yo aparezca siempre por el medio.

- Te lo agradecemos, padre.
- Quiero que sepas, María Cristina –añadió, dirigiéndose a mi esposa- que, si se da la circunstancia de que Hugo tenga que permanecer largos periodos fuera, debido a su trabajo, me honrarías viniendo a vivir a mi mansión, donde te encontrarás menos sola.
- Gracias, señor, así lo haré si llega el caso.

Nuestra nueva vivienda también estaba cerca del Vedado. Se trataba de una bonita casa de dos plantas, con fachada adornada al modo criollo, con balcones y paredes blancas con ribetes amarillos. Aquel estilo, en Madrid, se llamaba colonial.

Durante el paseo por la ciudad, mi esposa no paró de alabar todo lo que veían sus ojos. Como a tantos, La Habana había logrado enamorarle.

Al ver nuestro futuro hogar, su entusiasmo llegó al máximo.

- Querida, la ciudad es bella, es cierto, pero cuando conozcas el resto de la isla ya no te lo parecerá tanto. La hermosura de Cuba, dicen que ese inigualable, por eso le llaman la "Perla del Caribe".
- Hugo, me siento orgullosa y feliz de haberme casado contigo –se notaba la sinceridad en sus palabras- de verdad. A esa felicidad has logrado unir esto, hemos salido de Madrid, de España, aquí seremos más libres, viviremos mejor.
- Mujer, Madrid tiene cosas que aquí nunca podrás tener.
- ¡Politiqueos, tristeza y envidias! –replicó de inmediato. Luego, al darse cuenta de que me había cortado, se disculpó- Lo siento, no quería contestarte.
- Tranquila María Cristina, no pasa nada. Ya veo que la isla comienza a ejercer su influencia sobre ti –añadí divertido.

Me devolvió la mirada, fue cuando descubrí la turbación en su rostro, había cometido uno de los errores más imperdonables en su educación, ¡contestarle a un marido! Llevaban años preparándole para que eso no sucediera. Seguramente la lectura comenzaba a cambiar su forma de pensar, me gustó y me sonreí abiertamente; eso logró relajarla, supo que su error estaba disculpado.

- Mañana a primera hora tengo que presentarme en capitanía. Creo que me concederán dos o tres días libres, si es así, aprovecharé para mostrarte la ciudad.
- Como tú quieras.
- Espero que así ocurra. Mientras, instalémonos en la casa y conozcamos al servicio, seguro que mi padre lo tiene todo previsto.

Al llegar a la casa supe que había acertado plenamente. Aquella

maravillosa mansión iba acompañada de dos lacayos negros, una cocinera y dos sirvientas también negras. Al mando de todo se encontraba un ama de llaves blanca, que nos esperaba en el recibidor.

- Señor, señora –inclinó su cabeza en señal de respeto- me llamo Hortensia y soy el ama de llaves –ambos movimos la cabeza en señal de asentimiento- Ellos –continuó, señalando a los negros que esperaban detrás- componen el servicio que Don Hugo me ordenó organizar.

- Muy bien, Hortensia. Yo soy Don Hugo Martínez de Guzmán Torres, hijo de Don Hugo, y ella es la señora, Doña María Cristina Umienta Salaverria, y estamos encantados de conocerla. Ahora espero que nos muestre la casa y que podamos establecernos, la verdad es que la señora está cansada.

Después de presentarnos a los miembros del servicio, simplemente por sus nombres de pila, nos mostró la mansión. Aunque no se trataba de una hacienda del tamaño y la categoría de la de mi padre, sí era lo suficientemente grande como para empequeñecer la mayoría de las casas nobles de la madre patria. En Cuba las cosas eran así, las gentes que poseían riqueza, la tenían en gran cantidad y podían permitirse cosas que en la península se consideraban inalcanzables.

La mansión con que nos obsequiaba mi padre disponía en sus dos plantas de multitud de estancias. La rodeaba un precioso y cuidado jardín con varios árboles, entre ellos aparecían dos enormes palmeras reales, varios “Yareis” (pequeñas palmeras con las que con sus ramas se trenzan preciosos sombreros) y media docena de pinos añosos y esbeltos. Una tupida muralla de seto de dos metros de altura nos aislaba del exterior.

Atardeciendo, mi padre se dejó caer por nuestro recién estrenado hogar. Sin ningún disimulo se invitó a cenar. Yo le conocía lo suficiente como para saber que su intención era conocer cuanto antes a su nuera. Si lograba gustarle, María Cristina dispondría del mejor aliado con el que podría contar en la colonia. Si sucedía lo contrario, la educación de su suegro saldría a relucir y descubriría en él a un verdadero caballero español, elegante, educado y, sobre todo, distante.

Cenamos con ganas. Mi esposa tuvo su primer acercamiento a las costumbres culinarias de la isla; aun así, debido a la gran habilidad de Hortensia, el choque fue inferior al previsto, pues comenzamos con platos de origen peninsular trasformados a las costumbres isleñas. Las grandes novedades gastronómicas vendrían en días posteriores.

La conversación fue animada durante toda la velada. Al final de aquella noche supe que ella había logrado entrar en el corazón de mi padre, además… ¡por la puerta grande!

- Espero que sea todo de tu agrado –le insistió- Me comentaron

que Hortensia era de lo mejorcito que podíamos encontrar en La Habana. Fue ella la que eligió a los demás.

- Absolutamente todo, Don Hugo –contestó con inmediatez- Nada podría mejorarse.

- A mí, en cambio, me parece que falta algo –intervine.

Mi padre me miró fijamente a los ojos, había logrado sorprenderle.

- ¿De qué se trata, hijo?

- Ahora que ya estamos en Cuba podemos confesarte un pequeño secreto que compartimos –María Cristina no daba crédito a lo que oía. Si hubiese podido, estoy convencido de que me hubiera asesinado en ese mismo instante.

- ¿Cuál es?, si puede saberse.

- A María Cristina le encanta la lectura, y en la casa no veo ningún libro, disponiendo como dispones de una de las mejores bibliotecas de la isla.

Don Hugo entendió la broma. Ella, por el contrario, permaneció silenciosa, tenía miedo a que se conociese tamaño desafuero. No fue consciente de lo alejada que estaba de la península, hasta que vio reaccionar a su suegro. Con una amplia sonrisa dibujada en sus labios, alabó tamaño defecto, que juró mantener en secreto y a la vez acrecentar tanto como estuviera en su poder, que en este tema era mucho.

- Mañana mismo, yo en persona, incrementaré tu desafuero con las mejores novelas de las que disponga en mi biblioteca –su tono de compadreo no le pasó desapercibido a ella, que se vio encantada.

La observé en ese momento y me sentí bien. Aparecía brillante y resplandeciente. Su maravillosa sonrisa era difícilmente comparable con cualquier otra; sus ojos, en verdad, eran más bellos que las aguas que rodeaban Cuba; su esmerada educación y sus ademanes eran realmente inigualables, parecía que mi elección había sido la correcta. En ese mismo instante mi fuero interno me preguntó si no me estaba engañando: me parecía realmente maravillosa, sí, pero ¿qué me parecería cuando volviese a ver a Margarita? Íntimamente temí lo peor.

A la mañana siguiente me dirigí a la Capitanía General y sede del gobernador general de la isla; en aquel momento al frente de Cuba se encontraba el general Emilio Calleja.

Según la estructura de poder de la colonia, el gobernador militar era el máximo mandatario del gobierno de Madrid, con plena potestad en lo tocante a los temas fundamentales de la vida de la isla. Por culpa de la reciente reforma de Abárzuza, los importantes poderes del gobernador, que la mayoría cubana deseaba recortar, aún eran superiores. Las seis diputaciones en que se dividía anteriormente el

territorio cubano, se resumían ahora en una diputación única radicada en La Habana. Con la reforma el gobernador podía, incluso, vetar las decisiones de esa solitaria diputación, si las creía contrarias a las leyes o intereses de Madrid.

Aunque conocía al gobernador en persona, por tratarse de uno de los amigos de mi padre, en aquella ocasión no me presenté ante él. Sí lo hice ante uno de sus coroneles, Ramón Galíndez.

La entrevista tuvo lugar en su despacho. Permanecí firme frente a él mientras estudiaba mis credenciales; una vez terminó, buscó un sobre entre sus papeles y me lo entregó.

- Teniente Martínez de Guzmán, en este sobre se encuentran su nuevo destino y sus órdenes –utilizaba un tono marcial- De momento permanecerá en la provincia de la Habana. Debe incorporarse a su unidad dentro de tres días, mientras, considérese de permiso.
- A la orden, señor –respondí golpeando mis talones.
- Descanse, teniente, descanse. Por favor, siéntese –me indicó en un tono diferente, relajado y tranquilo. Obedecí.
- Teniente, ya sé que no me conoce, pero yo a usted sí.
- Perdone, mi coronel.
- Tranquilo, muchacho. Usted era muy joven, y ... yo también. Sí, soy un viejo amigo de su padre, como él nacido en Zaragoza y destinado allende los mares desde hace ya tantos años que no recuerdo casi ni como es el Pilar –añadió bromeando.

Acercó su mano derecha a una caja y extrajo de ella un puro. Me ofreció uno, pero decline la invitación, no solía fumar salvo en muy contadas ocasiones.

- Querido muchacho, aunque usted sea cubano, seguramente desconoce nuestra situación en la isla.

Hice un gesto dándole a entender que tenía razón.

- Bien, quiero que sepa que en este momento sólo hay dos regimientos de caballería en la isla, el Hernán Cortes y el Pizarro. En total unos mil ochocientos hombres, aunque sus fuerzas se encuentran dispersas por toda la isla, en pequeñas unidades. En esta situación sus funciones se limitan a ser las de vigilancia y escolta. Con ello le quiero decir que no va a tener, como en la península, un acuartelamiento en el que permanecer, no existe tal cosa. Debido a ello, ambos regimientos están bajo la responsabilidad de esta capitanía y de dos coroneles, uno aquí mismo, y otro en Santiago.
- Lo desconocía.
- Bien –encendió una larga cerilla y con ella el magnífico puro que tenía entre sus dedos- En la isla hay un total de quince batallones, unos nueve mil soldados, incluidos los de caballería; un número muy insuficiente si tuviésemos que proteger la isla de un ataque enemigo interior o exterior. Según los cálculos que se hicieron en la guerra de

los diez años, para defenderla con unas mínimas garantías necesitaríamos unos cuarenta mil hombres.

Moví la cabeza en señal de asentimiento, aquel oficial realmente me estaba "poniendo al día".

- Ha de saber que el General Calleja, el excelentísimo gobernador militar, ha solicitado más tropas a Madrid. De momento el ministerio nos ha concedido unos quinientos hombres y nos ha encargado aumentar el alistamiento de nuevos Voluntarios en la isla, que equiparemos como a las fuerzas regulares.

Dio dos nuevas caladas a su puro y se puso en pie, yo traté de hacer lo mismo, pero no me dejó. Con su mano derecha apretó mi hombro izquierdo.

- Usted, muchacho, es cubano y oficial del ejército regular –afirmé con la cabeza- Seguramente, en alguna ocasión, tengamos que encargarle tareas diferentes a las habituales. Su comandante en jefe, el comandante Enrique Bernaola, le explicará cuando se presente. Su base se encuentra cerca, en Santiago de la Vegas, supongo que ya lo conocerá.

Afirmé con la cabeza, se trataba de un pueblo que se encontraba muy próximo a la capital, apenas quince kilómetros.

- Bien, le aviso que es un hombre curtido, y de muy fuerte carácter. Aun así es un gran oficial, tiene mucho que aprender de él. Sufrió las fiebres y, aunque las superó con éxito, sí le han agriado un poco el humor.

Sabía que se refería al paludismo, una enfermedad que una vez contraída podía matarte. Si no lo hacía, tendía a repetirse cada pocas semanas, con importantes ataques de fiebre que doblegaban el ánimo más duro y enérgico.

Partí de la sede del gobernador en dirección a casa. Mi mujer me recibió con una enorme sonrisa, al tiempo que se me acercaba y se agarraba a mi brazo. Desde su llegada parecía una mujer mucho más cariñosa.

- Ya me he presentado y me han dado tres días libres antes de incorporarme.

- ¡Qué bien! –exclamó.

- Creo que ha llegado la hora de que le dejes a Hortensia hacer su trabajo –la mujer me oyó y sonrió- y te vengas conmigo a conocer La Habana.

- ¡Encantada! ¡En cinco minutos estoy lista! –respondió como una colegiala, a la vez que subía corriendo a nuestros aposentos dispuesta a cambiarse.

Cuando estaba a mitad de camino regresó, miró a Hortensia y se dirigió a ella:

- Hortensia, ¿podría ayudarme?, por favor.

- Encantada, señora –respondió el ama de llaves, esbozando por fin la primera sonrisa desde que llegáramos.

Bajó unos minutos más tarde. En un atrevimiento importante para una mujer de su educación, llevaba puesto un precioso vestido blanco, ligero y fresco; seguramente había seguido los consejos del ama de llaves. Me tenían realmente anonadado aquellos cambios tan rápidos experimentados por mi mujer en tan poco tiempo. ¡Estaba desconocida!

Dimos un gran paseo en una calesa, que en esta ocasión llevaba yo mismo. Le fui mostrando las maravillas de los alrededores de la ciudad; después de almorzar, tenía intención de enseñarle el centro de La Habana.

Ella no daba crédito a lo que veía. Por la tarde aún se entusiasmó más con las calles del centro de la ciudad. Lentamente lo recorrimos, vimos el Paseo del Prado, la plaza de la catedral, la sede del gobernador, la calle Obispo, la zona del templete... Desde ese día comprendió por qué la mayoría de las ciudades españolas no me decían nada. La Habana era más grande, más poblada y sobre todo mucho más rica e inmensamente más bonita.

Atardeciendo, nos acercamos a la mansión de mi padre. Nos recibió encantado. María Cristina, sin dudar ni un instante, se agarró de su brazo con naturalidad y le hizo mostrarle toda la casa.

Terminada la cena uno de los sirvientes anunció una visita. Yo estaba en uno de los salones y no supe de la presencia del matrimonio hasta que me los encontré. Mi corazón dio un vuelco al verlos. Agarrados del brazo, sonrientes y con un aspecto espléndido, mis ojos descubrieron a Jesús Ortega, mi amigo, y a su mujer, mi amada Margarita.

Siempre había pensado que era bella, pero aquella noche me lo pareció aún más. En ese momento creí ver su pelo aún más negro y sus ojos más lánguidos y profundos. Tal vez fuese el peinado, pero también sus pómulos aparecían más marcados y sus labios, muy bien contorneados, más deseables.

Saludé con un buen apretón de manos y un sincero abrazo a mi amigo. Ella me besó en la mejilla, noté como sus labios contactaban con mi piel, al mismo tiempo una de sus manos me aferraba el brazo en signo de cariño. Le devolví la cortesía y sonreí ampliamente.

Al presentarles a María Cristina descubrí los ojos de mi amiga clavados en mí, no supe interpretar aquello; mi mente, tratando de animarme, me sugirió que tal vez se arrepentía de su elección.

Terminadas las presentaciones, nos sentamos en uno de los salones e iniciamos una animada charla. Mi esposa lo pasó en grande escuchando nuestras peripecias de infancia; aquellas experiencias eran impensables en la rígida sociedad de la que provenía, pero no así en

Cuba.

Tomamos varias copas mientras conversábamos. La inquietud que me produjo la presencia de Margarita me hizo beber más de lo debido. Al cabo del rato debí dar claras muestras de haberme pasado, mis risotadas eran cada vez más escandalosas y sacadas de contexto. María Cristina, con suavidad, sugirió que nos fuéramos a casa, con malos modos no acepté la oferta.

Les conté que en dos días me incorporaba y que me destinaban muy cerca de la Habana, aunque presumía que seguramente debería moverme por gran parte de la isla.

Jesús nos contó su situación actual y cómo en estos momentos trabajaba, además de en los negocios familiares, para una empresa norteamericana con intenciones de instalarse en Cuba. Su mujer, a temporadas, permanecía en Santiago, colaborado con su padre en la dirección de las plantaciones.

Después de hablar de las grandes novedades implantadas en las fincas del oriente, y de cómo cada día cargaba con más responsabilidad en la dirección, Margarita aprovechó que todos la escuchábamos para preguntar algo a mi esposa:

- Tú, María Cristina, ¿qué tienes planeado hacer? Ya que tu marido estará mucho tiempo fuera, más te vale buscarte un entretenimiento –creí que su curiosidad era sincera.

Mi esposa no respondió de inmediato, no le hacía gracia decir que no sabía hacer nada; además, algo le puso en guardia contra la mujer que estaba frente a ella, dudó en la respuesta. Fue mi padre quien salió en su defensa:

- Hemos estado hablando de eso en la cena. Espero que en un futuro próximo se venga conmigo, para ayudarme en mis asuntos. Es una mujer muy activa, y de otra manera se aburriría, como bien dices.

La conversación continuó hasta altas horas. Durante el viaje de regreso a nuestra casa no cruzamos palabra alguna, parecía que nos hubiéramos enfadado. No fui plenamente consciente de la situación; mi mente, ciertamente acolchada por la bebida, sólo pensaba en Margarita y mi fracaso al no haberla podido conseguir. María Cristina, como le enseñaran en España, no dijo nada y mantuvo un cauto silencio todo el trayecto.

Los días siguientes continué mostrándole la capital y sus bellos alrededores. No volvimos a ver a Margarita, ni hablamos de la velada. Yo no paraba de darle vueltas a mi cabeza. Quería a mi esposa, se trataba de una bellísima mujer y una buena persona, apreciada por todos aquellos que la conocían. Aun así, no podía evitar compararla con mi antigua amada y, en mi interior, salía perdiendo. Aunque me hubiese pasado con el alcohol, no olvidaba los detalles grabados en mi mente y obtenidos de la simple contemplación de su presencia. Estaba

bella, pero además se la veía más resuelta, más atrevida; casi no mencionó la política, pero supuse que su pensamiento estaría cada vez más cercano a los norteamericanos. Reconocí que mi corazón se encontraba totalmente rendido a ella, y supuse que mi vida nunca sería plenamente feliz puesto que me faltaba.

Siguiendo las órdenes, pasados los tres días, vestido con el uniforme de campaña, de rayadillo blanco y azul y con el sombrero Jipijapa en la cabeza, me aproximé al lugar en el que se encontraba mi futura unidad.

Para aquella incorporación acudí con mi propio caballo, un magnífico ejemplar castaño, con unas preciosas y cuidadas crines negras. Si bien el animal era un regalo de mi padre, tanto la silla, como el resto de mis arneses me los había proporcionado el ejército y se correspondían con la uniformidad debida.

Como oficial portaba: sable, que llevaba colgado de la cintura, y una cartuchera con un revolver que se sujetaban con una bandolera; mi graduación, dos estrellas de seis puntas, aparecía en las bocamangas azules en pico de mi uniforme. La silla de mi caballo, como el resto del correaje, era de color avellana y estaba provista de pecho petral para evitar desplazamientos. En aquella ocasión iba sin arma larga; en campaña, al mínimo equipo que ahora cargaba, debía sumarse: un cubre capote y una manta, dispuestos en los arzones delantero y trasero respectivamente; los sacos para la cebada y la paja, dos amplias alforjas de cuero y la carabina, que en la mayoría de las ocasiones iba colgando de la silla.

Llegué a Santiago de la Vega al poco de amanecer. Desde lejos, separado de la urbe, divisé el fortín en que estaba instalado aquel esqueje del regimiento Pizarro de caballería. Como luego supe, destinado de forma continua en Santiago de la Vega permanecía un escuadrón, alrededor de ciento treinta hombres con sus cabalgaduras. Otros setecientos cincuenta, en escuadrones, secciones y escuadras de ocho soldados, se encontraban diseminados por las provincias de La Habana, Pinar del Río, Matanzas y Santa Clara, dispuestos en pequeños fortines y barracones.

Nuestro regimiento, como luego me explicó el comandante Bernaola, vigilaba la zona de occidente desde la trocha que iba de Júcaro a Morón, y el regimiento Hernán Cortés la zona oriente, también desde la misma trinchera.

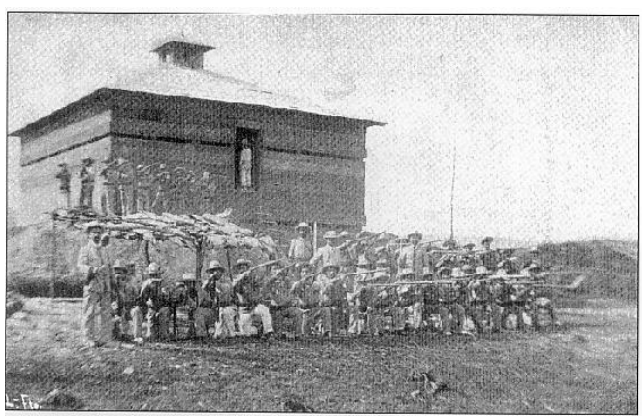
Aquella fortificación cuadrada aparecía presidida por una robusta torre de piedra de unos diez metros, con un añadido de madera de otros cinco, para vigilancia. La atalaya ocupaba una de las esquinas; el resto del perímetro era de recia madera, de una altura superior a los tres metros, protegiendo de esa forma a los ocupantes y permitiéndoles una mayor visibilidad y capacidad de fuego.

Al llegar, uno de los soldados que montaban guardia en la puerta procedió a identificarme. Una vez lo hice, llamó al cabo de guardia. El suboficial, un hombre de unos veinte años, me condujo ante la presencia del comandante que, para mi sorpresa, ya estaba vestido y dispuesto a esas horas.

Deduje que aquella fortificación no estaba diseñada para aguantar grandes acometidas de un posible enemigo. Por el contrario, se trataba de un lugar donde uno o dos escuadrones de caballería podían repostar y descansar con una mínima seguridad, en tiempos de paz.

Enrique Bernaola tenía fama de ser un rudo oficial. Como luego supe, se trataba de un hombre soltero, bilbaíno de buena familia, con aficiones aventureras, que llevaba fuera de la metrópoli desde que se licenciara en Valladolid. Se jactaba de conocer todas aquellas colonias españolas de ultramar en que hubiese algún destacamento de caballería.

Tendría alrededor de cincuenta años, edad suficiente para haber ascendido más que a comandante de no haber sido díscolo y contestatario. Su pelo, cortado muy corto, mostraba unas importantes entradas a ambos lados de la frente; aunque su color era negro de origen, lucía abundantes tonos blancos debido a las canas que poblaban sus sienes. Su mentón, fuerte y prominente, como en tantos vascos, presidía la cara y le daba fuerza y rigidez. Los ojos, oscuros, miraban fijos, sin fisuras; su rostro, en general, mostraba una piel curtida por el sol y aparecía provista de llamativos surcos, por tantas jornadas a la intemperie.



Fuerte Carriles

Le saludé con marcialidad, él me respondió con un gesto que distaba bastante del que le enseñaran en la academia.

- Hola, joven. Bienvenido al fuerte Carriles. Supongo que es usted el teniente Hugo...
- Señor, soy el teniente Hugo Martínez De Guzmán Torres,

anteriormente destinado en el regimiento de Húsares de Pavía y, en la actualidad, adscrito al regimiento Pizarro de la isla de Cuba –solté de corrido, a la vez que le extendía los documentos que portaba y que me entregaran en la capitanía general.

- Muy bien, muy bien –respondió él, casi pitorreándose de mi presentación- Usted no está "adscrito" a este regimiento, ya es uno de sus oficiales. Me dijeron que debía informarle que, de momento, hará también labores de enlace entre el regimiento disperso y la sede del regimiento en la capitanía de La Habana. Ya supongo que cuenta usted con importantes influencias que le mantendrán, como a tantos otros, alejado de las verdaderas labores de un oficial de caballería.

Me pareció ofensivo aquel comentario, se trataba de mi oficial superior y por tanto debía ser prudente, aun así, no pude evitar responder.

- Mi comandante, ¿sostiene usted que pretendo rehuir mis obligaciones?

Se limitó a sonreírse, creo que deseaba que yo entrara al trapo. Sin pensármelo dos veces lo hice y me enfadé de verdad.

- ¡He de decirle que me ofende su insinuación!, señor. Ha de saber que desde mi infancia he deseado pertenecer al ejército español, y sepa, además, que gracias a mi posición social dentro de la isla no necesito los méritos de la caballería para medrar. Si el destino que me han encargado se debe a la influencia de otras personas no lo sé, pero trataré de cambiarlo. Yo he venido aquí para cumplir misiones reales, no para pavonearme por el paseo del Prado –noté que había elevado la voz y pedí disculpas.

El comandante se rio abiertamente.

- Acepto sus disculpas, teniente. Acepte también usted las mías. Creo que mi comentario ha sido realmente desacertado. Veo con agrado que tiene carácter. Siéntese –me pidió en tono más cordial.

Llamó a su ayudante y le ordenó que trajese dos cafés. Una vez hubo salido el asistente, continuamos hablando.

- Estimado Hugo, debo explicarle como están las cosas. Creo que, aun siendo cubano de origen, desconoce realmente como se encuentra la isla a nivel militar.

El subalterno entró con los dos cafés y el olor impregnó de inmediato el despacho.

- Mire, supongo que ya le habrán informado que, debido al escaso número de efectivos de caballería destinados en la isla, tenemos los dos regimientos dispersos en pequeños grupos, por las diferentes provincias –afirmé con la cabeza, sabía algo de eso- En el caso de las líneas del ferrocarril, las unidades que las vigilan son simples escuadras al mando de un cabo primero.

No comenté nada, pero entendí lo que quería expresar. La

caballería española formaba sus unidades en “regimientos”, con unos mil soldados. Cada regimiento se dividía así mismo en dos “grupos de escuadrones”; cada “grupo” habitualmente disponía sus fuerzas en tres escuadrones, de unos ciento sesenta hombres cada uno. Los “escuadrones” tenían tres o cuatro “secciones”, de entre treinta y cuarenta soldados al mando de un teniente y, por último, cada sección se dividía en cuatro “escuadras” con sólo ocho miembros al mando de un cabo primero.

Según lo que me explicaba el comandante, las tropas estaban tan diseminadas casi, como unidades de ocho hombres hubiera. Comprendí que para cualquier oficial del arma de caballería aquello era un desastre; jamás tendría reunida una columna lo suficientemente importante como para realizar una carga. De aquí derivaba que, si bien en infantería había una ingente cantidad de oficiales, en caballería eran más bien escasos. Podía darse la situación, incluso, de que un teniente estuviese al frente de más de una sección.

- Estará conmigo en que esa dispersión de las fuerzas logra una absoluta desinformación y desorganización de la caballería –afirmé con la cabeza- Jamás verá usted una columna formada de más de trescientos hombres –se silenció por un instante, supongo que extrañando algo, y luego simplemente comentó- ¡Qué pena!

- Según lo que me dice, señor. Mi función consistiría en tratar de conectar a unas unidades con otras dentro de mi sección, o del escuadrón.

- No muchacho. A usted, por la influyente mano de alguien, le han concedido ese destino para que haga como tantos otros y no salga para nada de la capital. Si es usted listo, con el telégrafo le vale para realizar su trabajo. Sin apenas salir de la Capitanía General podrá lograr un cometido, que además es probable que le proporcione una medalla o un ascenso en muy poco tiempo.

Supuse que la influencia de mi padre merodeaba detrás de todo aquello. El comandante se levantó de la silla y me indicó que le acompañara. Salimos al exterior, se detuvo a contemplar mi caballo, que le pareció realmente magnífico, y posteriormente me mostró el acuartelamiento.

- Mi comandante, si el trabajo de conectarlos a todos se hiciese realmente bien, su resultado podría ser bueno y útil, ¿no? –le pregunté, a medio paseo.

Se volvió hacia mí, me miró a los ojos fijamente, supongo que para valorar de forma definitiva si hablaba en serio. Después de unos segundos me contestó:

- Por supuesto, teniente, por supuesto. La situación está alterada, todos sospechamos que se está fraguando una revuelta. Si pudiésemos poner en contacto a todas las unidades y estableciéramos

un sistema para su reagrupamiento por escuadrones, por ejemplo, sería importantísimo.

Había logrado despertar su interés. El buen oficial que iba dentro de aquel hombre aburrido y cabreado con todo, seguramente harto de ver tanta incompetencia, aún se preocupaba de hacer bien las cosas.

- Mi comandante, si usted me da su permiso, intentaré obtener el máximo de información. Una vez con ella se la proporcionaré para elaborar ese plan. ¿Le parece bien?
- Joven, hágalo y logrará mi respeto, se lo prometo.
- Si está usted de acuerdo, comenzaré mañana mismo.
- Bien, le proporcionaré una sección para que le acompañe.
- Casi preferiría que sólo fuera una escuadra, con sólo ocho hombres me moveré más rápido y cómodo, y pasaré más desapercibido.
- De acuerdo teniente. Tiene usted mi permiso –con aquella frase dio por zanjada la conversación.

Durante la mañana conocí al resto de la oficialía del fortín, se trataba de tres tenientes, dos de ellos viejos veteranos ascendidos, y dos capitanes. El teniente joven, de una edad similar a la mía, apenas llevaba destinado allí dos meses, se trataba de un compañero de promoción de nombre Javier Robles. Nada más verme se sonrió, se me acercó y me abrazó. Durante los cinco años de academia había nacido entre nosotros dos una estrecha amistad. Tanta había sido al parecer mi influencia, como para lograr que mi compañero solicitase Cuba como primer destino.

- Hugo, ¡qué alegría verte!
- Lo mismo digo, ¡no sabía que estabas aquí!
- Yo, en cambio, suponía que como buen cubano estarías ya destinado en la isla.

Ante ese comentario, aproveché para contarle que el motivo de mi retraso no era otro que el de haber contraído matrimonio.

- ¿Con aquella señorita de Madrid?

Afirmé. Javier había conocido a María Cristina tiempo atrás. Era originario de Salamanca y en una ocasión viajamos juntos hasta Madrid, donde le recogieron para llevarle a su ciudad. Al llegar a la capital le presenté a mi actual esposa.

El comandante nos dejó solos, no sin antes ordenar al teniente Robles que terminase de mostrarme todo aquello. Javier lo hizo con agrado y al final me presentó al capitán Arnaldo Ovelar, un burgalés ocho años mayor que nosotros, rondaría los treinta y tantos. Me saludó amable cuando mi camarada hizo las presentaciones, pero se disculpó de inmediato, al parecer debía partir en dirección a La Habana.

- Es un buen tipo, pero bastante raro. Si algún día necesitas un

favor, te lo hará sin rechistar si está a su alcance, pero se comporta de una forma ciertamente extraña.

- ¿Dónde va?
- No tengo ni idea. Pronto comprenderás –me dijo Javier- que en este fortín mandas casi tanto como un capitán. Los dos tenientes chusqueros no hacen nada, y el comandante y el capitán Ovelar se dedican a ir y venir sin sentido.

Nos acercamos a unos barracones algo mejores que los que usaba la tropa. Se utilizaban como residencia de los oficiales que pernoctaban en el fortín.

- ¿Qué haces aquí habitualmente?
- Este cuartel es una especie de base. Dentro de dos días deberemos partir para sustituir a dos o tres secciones que estén destinadas a lo largo de la vía férrea, fundamentalmente en la provincia de Pinar del Río.
- ¿Y eso?
- Como protección. No tendré que explicarte que esta zona de la isla es especialmente rica. Hay cantidad de plantaciones de caña, tabaco y café, además de minas de cobre y de otras cosas, ¡tienen de todo! –concluyó con admiración.
- Ya, lo sé. Pero nunca hubo intereses rebeldes, esta ha sido siempre una provincia fiel a la corona.
- Tienes razón –afirmó- Pero no vamos porque exista actividad rebelde, sino para evitar asaltos de una importante partida de bandoleros que hay por allí. Ya sabes, querido amigo, donde hay dinero, hay bandoleros. Te recuerdo que nosotros estamos aquí intentando proteger la zafra y el orden.

Debí mirar con cara de desconocimiento, puesto que Javier continuó aclarándome la situación.

- Sí –añadió ante mi cara de ignorancia- hay una partida de unos cincuenta o sesenta hombres que se dedican a atacar las plantaciones de Pinar del Río. Roban, matan y secuestran, dejando arrasado todo lo que encuentran a su paso. Les manda un tal Manuel García, el llaman el “rey de los campos de Cuba”. Se trata de un tío escurridizo y peligroso. Por su culpa, en la mayoría de los ingenios de la zona hay dispuestos pequeños destacamentos de infantería. Mientras, nosotros, la caballería, nos dedicamos a perseguirle sin descanso.

Recordé una tarde en la que estábamos tomando una refrescante bebida de ron con hierba buena, cuando un conocido de mi padre contó su historia. Se trataba de un antiguo trabajador de la tierra que, dada la crisis económica en la que se encontraba Cuba se había quedado sin trabajo y por tanto sin forma de alimentarse.

Eso, en verdad era frecuente. Los dueños de la mayoría de los ingenios habitaban en La Habana y no demostraban mucha sensibilidad hacia

las provincias que les convertían en gente muy rica. La disminución de comercio con los norteamericanos disminuía sus ingresos y, para compensar, despedían a sus trabajadores sin contemplaciones. Los despedidos veían cómo de los ingenios salía casi la misma producción y ellos no tenían qué llevarse a la boca. Esa situación les conducía a atracar y robar.

- ¿Tan difícil de cazar es? –pregunté a Javier
- Sí, se trata de un hombre muy escurridizo. Al principio, hace tres o cuatro años, él y sus hombres se movían a pie. Ahora lo hacen a caballo. Por cierto, que montan muy bien –añadió, casi extrañándose- y no es nada fácil perseguirles.
- En la isla hay mucha gente que monta muy bien –le comenté- tendrás oportunidad de comprobarlo. Mi padre me contó que los mambises, en la guerra de los diez años, galopaban contra nuestra infantería esquivando todo tipo de obstáculos y armados simplemente de un machete.

Vi que Javier se sonreía, no parecía tomar muy en cuenta mi comentario. Le insistí.

- Por lo que me han contado, querido Javier, es mejor que ninguno de los dos tenga la desgracia de ver una carga de mambises. Prefiero que ambos conservemos la cabeza sobre nuestros hombros.
- No puede ser para tanto, amigo. Estoy seguro de que cualquier oficial de nuestra caballería les supera en habilidad. A diferencia de ti, espero poder demostrarlo algún día.

No añadí nada más, pero pasado el tiempo tuve que recordar aquella conversación con mi compañero de armas.

Durante la siguiente semana permanecí a caballo entre el fuerte Carriles y la capitanía General. Le expliqué al coronel Ramón Galíndez mis planes y le agradaron. Noté que al principio se sorprendía puesto que esperaba, como Bernaola, que yo me limitase a dejar pasar el tiempo y ascender sin merito ninguno.

Debido a mi larga y farragosa tarea, posiblemente mi ausencia se prolongaría por más de un mes. Por ese motivo, durante esa semana, intenté estar el mayor tiempo posible con María Cristina.

Cuando salía del despacho de Galíndez me topé casi de bruces con el capitán Arnaldo Ovelar. Le pedí disculpas por mi torpeza, que él aceptó de inmediato de forma mecánica. Un instante después, al reconocer mi cara, me preguntó:

- ¿No es usted el nuevo teniente del fuerte Carriles?
- Sí, mi capitán –respondí.
- ¿Y qué hace usted por aquí, en Capitanía?

Comencé a contestarle, pero, al oír parte de mi plan, me pidió que me detuviera. Con un gesto de su mano me indicó que me callara y le siguiera.

La residencia del gobernador, y edificio que albergaba la Capitanía General de la isla, era una bellísima construcción de planta cuadrada con un hermoso patio interior. Disponía de tres pisos a los que se accedía por una ancha escalera de piedra. Subimos al tercero y último y accedimos a uno de los despachos. En su interior se encontraban otros dos oficiales de infantería, uno de alta graduación, se trataba de un coronel, y el otro un capitán. Ovelar les saludó cuando se giraron hacia nosotros:

- Mi coronel, Ramón, -saludó al de su misma graduación- les presento al teniente Martínez de Guzmán, hijo de D. Hugo Martínez de Guzmán –ambos afirmaron ante la aclaración, comprendí que sabían quién era mi padre.

- Teniente –añadió Ovelar, dirigiéndose a mí- le presento al coronel Mendieta y al capitán Ramón Mendoza.

Yo, que me había limitado a cerrar la puerta y permanecer firme ante la vista de ambos oficiales, saludé con marcialidad.

- ¡A la orden señor!

- Descanse, teniente, descanse –me ordenó el coronel con relajo. Luego, dirigiéndose a Ovelar, preguntó- ¿Qué hace aquí?

- Mi coronel, el teniente está destinado en mi regimiento y le han encargado la función de localizar la situación de todos nuestros efectivos de caballería y hacer de enlace entre ellos. En una palabra, va a recorrer media isla localizando unidades.

Yo no le vi ningún misterio a aquello, me parecía una labor pesada, pero sin mayor mérito. Ellos, por la impresión que me dio, sí le dieron importancia a esa tarea. El coronel se me acercó y me pidió que me sentase a su lado.

- Bueno, muchacho, me gustaría que me contase sus planes. ¿Cuándo tiene planeado partir?

- Dentro de seis días, mi coronel.

- Ya, y ¿quién le acompaña?

No comprendía a qué venía aquel interrogatorio.

- Una escuadra de caballería, señor. Ocho hombres y yo mismo.

- Ya, -afirmó, luego miró al capitán Ovelar- Arnaldo, ¿elegirás tú a los hombres?

- Sí, mi coronel. Intentaré que sean los mejores.

- ¿Tienes algún guía que sea de fiar?

- Buscaré alguno. Creo que entre los Voluntarios habrá algún oficial que podría venirnos muy bien para la ocasión.

Sabía que debía permanecer callado, pero no lo pude evitar.

- Mi coronel, yo pretendía llevar un guía de mi absoluta confianza –el oficial me miró, y me invitó a que prosiguiera- Se trata de la persona de mayor confianza de mi padre, es uno de sus capataces. Conoce a la perfección la provincia de Matanzas, la de

Santa Clara y, por supuesto, la de Pinar del Río.

- Y, ¿dice usted que es de absoluta confianza? –me preguntó el otro capitán.

- Sí, señor. Jamás nos traicionaría, ni a mi padre, ni a mí –no añadí que se trataba de un antiguo esclavo negro, me temo que no les hubiese gustado.

- Ya –los vi mirarse entre ellos, no comprendía nada. El coronel volvió a preguntarme-. ¿Conoce mucha gente su misión?

- No, señor. Pocas personas.

- Le pediré que, a partir de este momento, no añada a nadie más a la lista. Yo hablaré con el coronel Galíndez y le informaré de esta entrevista.

El alto oficial, al mirar mi cara, comprendió que debía comenzar a darme algún tipo de explicaciones de todo aquello. Se sentó a mi lado y fue diciéndome quienes eran ellos tres, qué necesitaban de mí y el porqué de esa entrevista. Una hora más tarde salía de aquel despacho, ninguno de los tres oficiales me acompañó.

Mi esposa permanecía en casa, todos los días paseaba con mi padre que la iba poco a poco introduciendo en sociedad. Al conocer mi próximo viaje comentó la posibilidad de irse a vivir a la mansión de D. Hugo. A mí me pareció bien. Por aquel motivo enviamos un recado para invitarnos a cenar en su casa esa misma noche. Como siempre, él nos recibió con los brazos abiertos. A María Cristina le besó en las mejillas y a mí me dio un fuerte abrazo.

- Hijo, me alegra verte de nuevo. Tienes que contarme cómo así te vas un mes, no lo puedo entender, no encaja...

- Ya, padre, tú lo habías planeado todo para que no tuviera que salir de La Habana, pero olvidaste que tu hijo no se alistó para permanecer en una oficina –mi tono no era desagradable, aunque sí mostraba cierto malestar por su intromisión. No replicó nada, asumiendo de esta manera su culpabilidad.

- ¿Cuándo sales?

- El lunes que viene. Espero estar de regreso en un mes, más o menos –comencé a explicarle. El sonido de conversaciones en el vestíbulo me hizo detener mi comentario, de inmediato supe a quién correspondía aquella voz.

Mi padre nos miró.

- Se me olvidaba deciros que, al saber que veníais, me he permitido la libertad de pedirles a Margarita y Jesús que nos acompañaran a cenar.

En el momento en el que terminó la frase, por la puerta del salón apareció la figura de mi amiga seguida de la de su marido. Al verme sonrió y de nuevo su rostro me pareció más bello que ningún otro. Jesús se adelantó hacia María Cristina y la saludó efusivo, permitiendo

así cierta familiaridad que le hizo sentirse mucho más cómoda. Esa debía ser la idea de mi padre, intentar que su nuera se sintiese a gusto.

Margarita se me acercó y me besó en ambas mejillas sin darle mayor importancia, yo sentí de nuevo la presión de sus labios como si algo quemase mis carrillos. Su mano apretó mi brazo en gesto cariñoso, yo lo sentí como proximidad. Luego se acercó a mi padre y le agradeció la invitación.

- No es nada, en el fondo egoísmo por mi parte. Vosotros, en estos momentos, sois los únicos amigos no militares de mi hijo Hugo, y las personas con las que mi nuera se siente realmente a gusto, creo.
- Es verdad –intervino ella, recatada y educada.
- Gracias –respondió Margarita con su rapidez y desparpajo habitual. Realmente nunca podría disimular que pertenecía a la zona oriente de la isla, la alegre, dicharachera y directa- Eso que comentáis nos honra, aunque lo de Hugo... ya lo sabíamos –comentó con cierto sarcasmo. Todos rieron el comentario. Yo me limité a disimular una sonrisa, en el fondo permanecía aún sin el ánimo de hablar, mi amiga estaba realmente bella.

Durante la cena, como previera mi padre, la conversación fue amena, fluida y divertida. Yo conversaba animadamente con Jesús sobre temas sin importancia, cuando llegó a mi oído la conversación de María Cristina y Margarita. Mi esposa le contaba algo sobre mi viaje, simplemente comentaba la dirección que yo iba a tomar, sin grandes detalles. Tratando de evitar más indiscreción, intervine.

- No creo que mi trabajo sea motivo de conversación en la cena –María Cristina comprendió al instante que, por algún motivo, yo no quería que se hablase de ello. A Margarita no le importo y continuó preguntando:
- Pero, dinos, ¿dónde vas?
- No creo que debamos hablar de ello.

Jesús intervino:

- Pero, ¿qué misión llevas? Realmente un mes por ahí es mucho tiempo.
- Dejarlo, por favor.
- ¡Qué quieres decir! –se choteó mi amigo- ¡qué vas en una misión secreta! ¡Que no nos puedes informar!
- Os ruego que lo dejéis. Sois mis mejores amigos, pero me gustaría dejar el tema.

Debí ponerme muy serio, puesto que logré que todos permanecieran silenciosos durante unos segundos. Fue mi padre el que tuvo que reiniciar la conversación.

- Mi nuera se queda sola durante todo ese mes y se alojará aquí. Intentaremos llevarle a las fiestas que se organicen, tiene que transformarse en una habanera más.

- Por nosotros no se inquiete –intervino Jesús de inmediato- en cuanto sepamos de una, le avisaremos.

Tanto mi padre, como María Cristina, agradecieron el detalle.

Muy pasada la media noche nos retiramos a casa, durante el trayecto, con voz dulce y tono conciliador, se dirigió a mí:

- Desconocía que no se podía comentar tu viaje.

Le miré, aparecía bella a la luz de la luna, estaba arrepentida por haber cometido ese error. Cada día que pasaba me parecía más dulce y adorable. Me sentí un hombre vil.

- No importa. Tú no lo sabías, pero sí, se trata de un viaje que me gustaría que no conociese prácticamente nadie.

- Lo ignoraba, lo siento.

- Yo también, hasta esta misma mañana –le respondí- He recibido la orden de silenciar en lo posible mi periplo. De momento no puedo decirte nada más.

No volvió a preguntar, si en su mente se hospedaba alguna curiosidad, lo disimuló muy bien. Cada vez que yo le racaneaba algún tipo de información, no me inspiraba nunca la necesidad de conocerla, supuse que una vez más se debía a su dura educación; al parecer, en España, lo que una mujer no debía conocer, tampoco lo debía curiosear.

Pasados aquellos días, uno antes de partir, me acerqué al fortín. Para entonces, el capitán Ovelar había seleccionado mi escuadra entre la gente de su escuadrón. Se trataba de seis soldados, un cabo primero y un sargento. Me los presentó uno a uno.

- Ven conmigo, teniente –Ovelar no era un hombre muy marcial, ni muy dado a la pompa.

Llegamos a un barracón, dentro esperaban los ocho soldados, sobre unos tristes camastros se encontraba todo equipo. Por aquel entonces todavía se podía decir que un soldado español estaba bien equipado, no pasarían dos años para cuando yo cambiase esa opinión. En aquel año de 1894 los soldados disponían de buen armamento, vi que aquellos portaban la nueva carabina Máuser española, modelo 1892. En su equipamiento complementario, además de la doble bandolera de donde colgaban las cartucheras y el fusil, disponían de dos uniformes de rayadillo, el sombrero de ala ancha tipo Jipijapa y al menos dos mudas. Como calzado les proporcionaban unas alpargatas que podían cambiar sin problema, y el calzado de cuero, botines con polainas en algunos casos y botas de media caña en otros. Como resto del equipo, en la silla, llevaban una manta y un cubre capote, varias cajas de cartuchos en una alforja personal, un machete, cantimplora, fósforos, tartera, navaja y cuchara. De la silla, delante y detrás colgaban sendas alforjas con grano y paja para el animal.

Al entrar nosotros dos, el sargento dio la orden de ponerse firmes

a los hombres. Ellos obedecieron al instante.

- Hugo, esta gente será la escuadra que te acompañará. De entre los hombres disponibles del escuadrón –yo ya sabía que bastantes soldados estaban afectados por las fiebres- son los mejores. Te presento al sargento José Lucio Murillo.

El interfecto se cuadró aún más, con su mano derecha me saludó con marcialidad. Respondí y de inmediato le ofrecí mi mano para que la estrechara. Noté fortaleza en la suya cuando lo hizo, eso me gustó.

- El sargento Murillo –prosiguió el capitán- es un experto soldado. Lleva ya doce años en el ejército, de ellos seis destinado en Cuba.

Le miré, se trataba de un recio extremeño de unos treinta y cinco años, nacido en Quintana de la Serena, provincia de Badajoz, por lo que días después me contó. Mediría metro setenta y tenía una amplia espalda. Como tantos en Cuba llevaba un generoso bigote y largas patillas que le llegaban al lóbulo inferior de la oreja. Aguileño y ligeramente cejijunto, miraba recto, lo que me inspiró mucha confianza; me dio la impresión de que estaba ante un hombre que sabría conservar la calma en momentos de peligro. Supuse que me enseñaría mucho.

- Sargento –le saludé, él me respondió.
- Mi teniente.

Sus ojos, marrones, me miraron directamente.

- Espero que me ayude usted en esta misión.
- Intentaré serle de la mayor utilidad, mi teniente.
- Bien.

Acto seguido me presentó al cabo primero, Jorge Torrens. Se trataba de un soldado originario de Lérida, reenganchado ya en dos ocasiones; en total llevaba ya nueve años alistado, los cuatro últimos en caballería en la isla de Cuba.

Los seis soldados se fueron adelantando cuando el sargento les fue nombrando, en ese momento no me aprendí los nombres, pero me propuse saberlos al finalizar la primera jornada. Todos ellos me parecieron hombres fuertes y jóvenes, ninguno me dio la impresión de superar los veintidós años.

Terminadas las presentaciones la puerta del barracón se abrió y yo me giré. Mis ojos se encontraron con un enorme hombretón. Se trataba de un hombre joven, seguramente de mi edad o un año mayor. Era muy alto, de amplias espaldas y excepcional fortaleza, aun así mostraba un aspecto noble. Llevaba puesto nuestro uniforme de rayadillo blanco y azul, pero se diferenciaba de nosotros en la bocamanga, que era de color rojo. Se trataba de un oficial de la caballería del “Instituto de Voluntarios de la Isla de Cuba”. Sus compañeros de infantería llevaban las bocamangas de color verde.

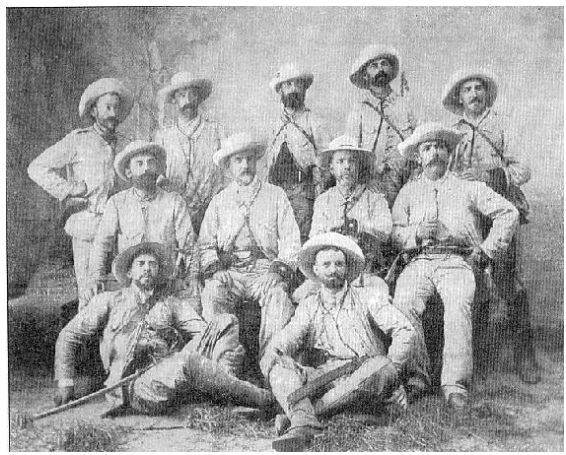
Sabía de la existencia de los Voluntarios y de su importancia en la isla, aunque nunca ninguno de nosotros, los oficiales del ejército regular, los considerábamos iguales.

Ovelar me lo presentó.

- Hugo, te presento a Juan Espínola, alférez de caballería del cuerpo de Voluntarios. Es un experto en el conocimiento de la isla y os acompañará.

No hice ningún comentario, simplemente le saludé con la máxima educación y cordialidad. Él me devolvió una amplia sonrisa, realmente se trataba de un hombre atractivo. No destacaban sus ojos, marrones claros, ni su cara, ligeramente angulosa, pero él expresaba algo, tal vez fuera esa enorme altura acompañada de su gran complexión. Me recordó a la de mi amigo Jesús. Su sonrisa, amplia, mostraba unos dientes blancos y bien cuidados, la mirada desde luego era directa y no se desviaba cuando se la devolvías.

Concluidas las presentaciones nos pusimos a trabajar. Estudiamos el plan de marcha durante un buen rato y fue en ese momento cuando les comenté quien sería nuestro guía autóctono. Se trataba del antiguo esclavo de mi padre y actual capataz principal de sus fincas, el negro Antonio Manchao, nombre del que era fácil suponer su origen.



Mi unidad

Antonio contaba ya cincuenta y cinco años, aunque nadie lo pudiera suponer al verle moverse y, sobre todo, montar a caballo. Se trataba de un negro cuyos ancestros provenían de una zona de África donde todos eran altos y fuertes, Antonio también; decían que podía matar fácilmente a un hombre con sus manos. Nació en Cuba como esclavo; tanto él, como sus progenitores fueron vendidos a mi padre hacía más de treinta y cinco años, desde entonces habían trabajado para él.

En nuestras fincas nunca más se consideró un esclavo, sino más

bien un trabajador. Si bien Don Hugo había hecho una importante fortuna comerciando en la isla, con esclavos como mano de obra, prohibió que en sus instalaciones se maltratase a los negros y ordenó que se les tratara con dignidad. Esa forma de actuar le reportó grandes beneficios, aquellos negros trabajaban mejor que los otros.

Jamás se utilizó el látigo, ni el cepo, ni ningún otro castigo corporal. Gracias a este sistema, según me contó, cuando la revuelta de los mambises, en la guerra de los diez años, ninguno de sus negros escapó para alzarse en armas. La mayoría de ellos, para entonces ya estaban manumitidos.

En los años actuales, en que la pobreza comenzaba a afectar a una importante cantidad de población, sobre todo a los antiguos esclavos ahora libres que ya no eran mantenidos por sus anteriores dueños, todos los negros de mi padre conservaban su trabajo y sus ingresos.

Antonio conocía perfectamente las provincias occidentales porque su señor disponía de plantaciones en Pinar del Río y Matanzas. Su conocimiento alcanzaba también a parte del oriente, ya que su señor extendía sus dominios, asociado a otros, en más de un ingenio azucarero en el valle de San Luis o de los Ingenios y en la zona de Trinidad. Visitando dichas fincas, dueño y encargado habían recorrido en varias ocasiones la zona central de la isla.

Nos proponíamos ir, siguiendo de cerca la línea del ferrocarril y las plantaciones protegidas, desde el fortín de La Habana hasta los valles de la parte sur de Matanzas. No llegaríamos a pasar por aquella hermosa y culta ciudad, porque posteriormente encaminaríamos nuestros pasos hacia Cienfuegos y más tarde Trinidad. Desde aquí nos dirigiríamos a Sancti Spíritus, y concluiríamos muy cerca del Ciego de Ávila, donde estaba la trocha.

A media mañana me acerqué de nuevo a La Habana, Antonio me acompañó. En mi casa me esperaba mi mujer con el petate preparado. A ella le parecían pocas cosas para tantos días, yo, por el contrario, creía haberme pasado, seguro que mis hombres consideraban que su teniente llevaba demasiado equipaje.

Me despedí de María Cristina en el porche, aquella noche tenía intención de pernoctar en el fortín para iniciar la marcha con el despunte del día.

- Te voy a echar en falta –me dijo con indisimulable tristeza.
- Yo también a ti.
- Ya, pero tú tienes una misión que llevar a cabo que seguro que, aunque no me lo hayas dicho, entrañará un riesgo. Eso te mantendrá entretenido.

Le sonreí, con cariño la atraje hacia mí y le abracé; noté como ella se dejaba envolver, estaba deseando sentirse arropada y protegida. Comprendí que, desde que apareciera de nuevo en mi vida Margarita,

mis signos de amor hacia mi esposa habían disminuido. En aquellos últimos días, que yo quería disfrutar a su lado y demostrarle mi amor, me había dedicado más a pensar que hubiera sido de mi vida al lado de la otra mujer, que embelesaba mis sentimientos.

La besé con cariño, aunque no con pasión, y me despedí. Antonio y yo, montados en dos estupendos caballos de mi padre con dos mulos de reata llevando las cosas, salimos en dirección al fuerte Carriles.

Los animales, regalos de mi padre para aquella misión, provenían de los Estados Unidos, se trataba de los que habitualmente se usaban en las grandes praderas que, además de ser rápidos y ágiles, tenían una gran resistencia en las marchas. Podían cabalgar durante días sin problemas, les llamaban algo así como "Quarter".

Esa noche se encontraba de guardia mi amigo Javier Robles. Después de cenar, en el porche de la barraca que hacía las veces de residencia del oficial de guardia, nos pusimos a fumar un puro y a conversar. Un rato más tarde aparecieron el sargento Murillo, Juan Espínola y Antonio Manchao. Al parecer disentían del camino a seguir por la provincia de Matanzas. Espínola la conocía bien y creía que debíamos ir por sitio diferente al elegido por el negro, José estaba de acuerdo con el joven cubano.

- Mi teniente, creo que deberíamos ir por la zona de San José de las Lajas, es mejor camino, yo lo conozco.

No contesté de inmediato, miré a Antonio y le pregunté con la mirada. El hombre respondió con tono pausado, como siempre hacía.

- Señorito Hugo, no es bueno ir por ese lado, salvo que luego se quiera ir a la ciudad de Matanzas o a Cárdenas. Nos adentraríamos en las alturas del Bejucal. Es mejor que nos dirijamos primero hacia Gira de Melena, al sur, y después sigamos el camino del valle.

Yo conocía aquella zona, en más de una ocasión había ido hacia las ciénagas con Antonio a cazar caimanes. Comprendí qué me decía.

- Sargento, Juan, perdónenme, pero creo que Antonio tiene razón. Si fuéramos por donde ustedes dicen, que parece el camino fácil, nos meteríamos sin darnos cuenta en el macizo del Bejucal, que luego tendríamos que descender con el riesgo que conlleva.

El sargento, disciplinado, no replicó. Juan no parecía convencido. Traté de explicarle mejor los motivos.

- Aunque nos retrasemos al principio unos kilómetros, luego lo recuperaremos. Al llegar cerca de las ciénagas, por la zona de San Felipe, podremos trotar durante varios días sin impedimento alguno. Creo que Antonio tiene razón, iremos por la zona de las ciénagas.

- A la orden señor –respondieron ambos, sabiendo que la decisión estaba tomada.

No hubo más conversación sobre el tema. El extremeño tenía perfectamente asumida la disciplina del ejército y obedecía sin

rechistar. Aquello me gustó y me tranquilizó, en una misión como la que llevábamos necesitaba disponer de alguien de quien fiarme sin fisuras de ningún tipo.

Juan no estaba de acuerdo y se le notaba en la cara, aun así, tampoco rechistó. Se limitó a mirarme y sonreírse con aquella bella y cínica sonrisa que poseía.

Javier me comentó algo al respecto:

- Te llevas seguramente al mejor suboficial de este destartalado regimiento nuestro, te seguirá hasta la muerte. A él los soldados le obedecerían aunque les ordenase suicidarse, le admiran y le quieren.
- Me alegro, necesito contar con alguien así. De todas formas te diré que, para fidelidad, la de Antonio. Es el mejor escudero que nadie puede tener.
- No te preocupes por el alférez, es buena gente. Ya sabes, se sienten algo acomplejados al no pertenecer al ejército regular. No es lo mismo –añadió para justificarse y justificarnos a los demás.

Despuntando el alba, aún en oscuridad, comenzaron los preparativos de la marcha. Mi primera orden consistió en que la escuadra se preparase intentando que nadie despertara en el cuartel. Al salir, sólo los soldados que montaban guardia supieron de nuestra partida, Murillo sabía hacer su trabajo.

Además de los once caballos que montábamos, en la expedición llevábamos dos más cargados con alimentos y ropa y tres mulos con material pesado y municiones.

La salida se produjo el 16 de agosto, teníamos algo más de un mes antes de que se iniciase el mes de las lluvias.

Dispuse que Antonio y Juan se fuesen adelantando con el cabo primero y uno de los muchachos, Fernando, un chico de la provincia de Burgos. Los otros cinco soldados, el sargento y yo, marchábamos medio kilómetro por detrás.

Tres horas después, cuando ya el sol lucía con fuerza, llevábamos recorridos casi veinte kilómetros y llegábamos a la zona llana próxima a las ciénagas.

Desde allí, a trote de trabajo, nos dirigimos a nuestro destino de la jornada, un pequeño fuerte que se levantaba a en el pueblo de San Nicolás. En total, aquel día, recorreríamos algo más de sesenta kilómetros. Las marchas, si queríamos conservar con bien a los animales, no debían ser demasiado fuertes, pretendíamos ir hasta la trocha que distaba más de cuatrocientos cincuenta kilómetros y volver. Esa distancia significaba al menos quince días de marcha. A ello debíamos sumar cierto retraso debido a que me habían ordenado elaborar un plano, con los mayores detalles posibles, de nuestro recorrido. Intentaba dibujarlo en las paradas y sobre todo al finalizar cada jornada.

Al día siguiente, el paso de la ciénaga divirtió y asombró a los chicos. Ninguno de ellos había visto nunca un cocodrilo y aprovechamos la ocasión para acercarnos a la zona pantanosa, allí Antonio les mostró algunos. Hubo suerte y para lograr verlos no tuvimos que adentrarnos en exceso en los pantanos. Sin correr riesgos, les permití aproximarse y disfrutar de la experiencia.

Mientras marchamos entre todo aquello me sentí cautivado por la fiereza y belleza de la zona. La vegetación es inhóspita, al tiempo que exuberante y bella. Diferentes aves con increíbles colores nos sobrevolaban sin cesar. Garzas, flamencos y loros, emitían sonidos continuos que se alejaban al fondo, entre las aguas. Vimos serpientes de más de un metro de largas, caimanes e incluso un extraño animal de nombre Manatí, que según Antonio proviene de las aguas marinas y se baña en las dulces.

- El manglar se comunica con el mar por medio de túneles subterráneos. Eso me dijeron a mí –comentó el negro, tratando de explicar la presencia de un animal marino tan lejos de la costa.

Aquel día acampamos en medio de la zona pantanosa. Por allí no había asentamientos humanos de ningún tipo, ni civiles, ni mucho menos militares. La tierra, aunque verde y bella, no da ningún producto con el que se pueda comerciar y nadie, en su sano juicio, se establecería allí.

Estábamos al lado de una laguna que llamaban la del “tesoro”. Según la leyenda, en su fondo se encontraban los tesoros que los indios arrojaron siglos atrás para evitar que cayeran en manos de los primeros españoles llegados a la isla.

Por la noche, una vez montado el campamento y habiendo comido en abundancia, Antonio les contó a los chicos como se cazaban los cocodrilos y cómo su piel era muy preciada en los Estados Unidos. Fue muy divertido ver que poco a poco la camaradería iba uniendo a aquellos diez hombres que me acompañaban.

Comencé mi plano. Poco a poco fui incluyendo señales que pudieran utilizarse de cara a una marcha, o a un reagrupamiento, que era la misión fundamental que llevaba.

Los tres oficiales con los que había hablado en la capitanía me comunicaron las sospechas, fundamentadas, del ministerio del ejército, en concreto de su servicio secreto, sobre la posibilidad real de un levantamiento en Cuba. El tal Martí se estaba moviendo con rapidez en Nueva York y Florida para conseguir dinero y con ello armas y tropas para iniciar la revuelta. Por lo que me habían confesado, la famosa agencia de detectives Pinkerton de los Estados Unidos le investigaba y seguía a petición del gobierno de España.

Mi función, además de lograr la información suficiente para conocer el estado real del regimiento, que me ordenara el comandante

Bernaola, consistía en elaborar un camino fácil y rápido para un hipotético repliegue de unidades de caballería desde cualquier lado de la trocha hacia La Habana.

Nunca me distinguí por mi afición al estudio, muchas materias se me atragantaban, pero sí por mi facilidad para el esbozar imágenes con cuatro trazos; no dibujaba mal.

Dos días más tarde llegábamos a la bella y prospera ciudad de Cienfuegos. Aquella noche dormiríamos en la fortaleza de Nuestra señora de los Ángeles de Jagua, importante enclave que protegía la bahía desde los tiempos de los piratas. Cienfuegos prosperaba de forma continua, sus tierras llanas estaban plagadas de ingenios azucareros, pero también destacaba por su importante producción de café y cacao.

Si bien al principio se trató de un importante emplazamiento militar, alrededor del año 1830 desde la Habana se promocionó su repoblación civil, hecho que en la actualidad se había logrado.

Al atravesarla al mando de mis hombres para dirigirme a la fortaleza, disfrutamos de la belleza de la ciudad; en su diseño se notaba la mano de las cincuenta familias francesas que la habían iniciado. Las calles, perfectamente paralelas, se cruzaban con amplias avenidas; aquello, unido a la incesante construcción de bellísimos edificios, hacía sospechar que en pocos años sería una de las ciudades más importantes de la isla.

Nos acercamos al puerto, que se hallaba presidido por un castillo artillero de gruesos muros. Allí, aun anocheciendo, la actividad era febril. Varias embarcaciones de gran tamaño cargaban productos para exportar, en su mayoría se trataba de comercio con los Estados Unidos, aunque también se enviaban productos a Jamaica y Puerto Rico.

Al mando del fuerte se encontraba un teniente coronel. Me presenté a él con mis credenciales y las órdenes de la Capitanía General. Esos documentos lograron que se nos atendiera bien. Dentro del cuartel se encontraban dos de las secciones del regimiento, las comandaba un capitán, al que acompañaban dos tenientes. En cumplimiento de mi misión, hablé con el oficial superior, que me detalló sus tareas habituales. La mayoría se referían a patrullar de forma continua los valles entre Cienfuegos y Trinidad, que se encontraban poblados de ingenios, y a proteger del ataque de los bandoleros a las caravanas que se dirigían a la ciudad. Por lo que me dijo, en muchas ocasiones esas persecuciones sobre los ladrones, que abundaban por la zona, les obligaban a penetrar en la sierra próxima, la de Escombray, lo que hacía que las marchas pudieran prolongarse durante días.

Les favorecía lo bien dotada de infantería y artillería que se

encontraba aquella zona. Dentro de la fortaleza se hallaban acantonadas dos compañías de fusileros y dos baterías completas. Debido a ello, sus salidas no provocaban que aquella próspera ciudad se sintiera en ningún momento desprotegida. Si en un momento dado, en algún sitio de la isla se necesitaban dos secciones completas de caballería, Cienfuegos podría pasar sin ellas.

La mañana siguiente, perfectamente pertrechados de nuevo, salimos en dirección a Trinidad. En este caso, dejando a nuestra izquierda las altas montañas de la sierra de Escombray, marchamos paralelos al mar Caribe, cuyas maravillosas aguas azul turquesa pudimos contemplar durante toda la jornada.

Atardeciendo llegamos a la también bellísima población de Trinidad.

La ciudad, con un importante número de habitantes, superior a las veinte mil personas, había sido una de las más ricas y prósperas de la isla. Una vez más, por culpa de los aranceles establecidos por Madrid, el comercio con Estados Unidos, principal comprador de sus productos, se había dificultado. Los norteamericanos no estaban dispuestos a consentirlo y por ello trataban de introducirse en la zona. La prosperidad de la ciudad ahora aparecía estancada, algunos de los grandes hacendados habían procedido a vender sus plantaciones a los yanquis, lo que a su vez provocó que el dinero saliese de la ciudad en dirección a la república vecina. Por esta situación la población de alta alcurnia disminuía, y eso perjudicaba a la villa; de seguir así, en pocos años desaparecería su gloria. Debido a la crisis comercial existente vimos demasiadas personas hambrientas y ociosas por los caminos. Comprendimos que la zona, tarde o temprano, se poblaría de bandoleros y gentes desesperadas.

Recordaba haber estado con mi padre en dos o tres ocasiones cuando tenía catorce o quince años. Siempre nos alojábamos en la hacienda de unos amigos suyos, la familia Iznaga. Tenían una enorme plantación presidida por una altísima torre de campanario, la mayor de la zona, desde la que se podía ver enormes distancias y controlar a los esclavos en las plantaciones.

Sabía que Trinidad era la base de varias patrullas de nuestro regimiento. El valle de San Luis, poblado por una ingente cantidad de ingenios azucareros, debía protegerse de asaltantes y demás delincuentes, para eso se usaba a nuestra caballería y a fuerzas de la Guardia Civil.

Nos dirigimos a una pequeña guarnición que hacía de base. Se trataba de una pequeña granja con un barracón para los animales y otro para la tropa, insalubre y lleno de mugre, las condiciones de aquel sitio me parecieron penosas.

- ¡Sargento! –llamé. Él suboficial estaba hablando con los hombres

a diez metros de mí, acudió de inmediato.

- Mi teniente –respondió, al tiempo que me saludaba con marcialidad.

- ¡Este sitio es una pocilga! Los hombres no pueden pernoctar aquí –estaba indignado.

El sargento no comentó nada. Me acerqué a Antonio y le pregunté qué sabía de la zona.

- Señor, sí que tiene el padre de usted un ingenio cerca, pero no tanto como para ir a dormir, se encuentra a media jornada.

- Ya.

- Eso sí, en la ciudad dispone de un almacén de descarga, se trata de un edificio que está en muy buenas condiciones.

- Y ¿es de mi padre?

- Sí, Don Hugo.

- Bien, llévanos, dormiremos allí.

Una vez llegamos al almacén, comprobé que realmente estaba bien, como dijera Antonio. Mientras los hombres ordenaban un poco y se establecían, yo salí a dar una vuelta.

Mi uniforme de campaña estaba polvoriento y sucio, lo noté por las miradas de los viandantes, aquello me avergonzó un poco. Disponía de otro más limpio en el petate, que decidí ponerme la tarde siguiente, puesto que tenía intención de permanecer al menos dos días en Trinidad.

Oír mi nombre me hizo volverme. La voz que lo había pronunciado era inconfundible para mí. Antes de ver a la persona que me llamaba, supe de quien se trataba, aunque me sorprendió que se encontrara tan lejos de su lugar habitual.

- ¡Margarita! –exclamé según me giraba. Al terminar de darme la vuelta mis ojos la descubrieron. Me pareció que estaba más guapa que nunca. Hacía calor y ella lucía un fresco vestido blanco de lino con tirantes, que le resaltaba el tono ligeramente oscuro de su piel y el color castaño de su melena.

- ¡Hola, soldado!

Me acerqué y la besé en la mejilla. Aproximarme a ella me hizo recordar una vez más su olor, aquello me turbó, como siempre. Me devolvió el beso con rapidez, estampándome uno en mi mejilla, sentí que me ruborizaba y traté de disimularlo.

- ¿Cómo así aquí? –le pregunté.

- No recordarás, pero mi familia también dispone en Trinidad de dos ingenios y he venido para ver cómo van y fiscalizar un poco sus cuentas. Además, ahora tengo casa, hace dos años Jesús compró aquí una preciosa.

- No lo sabía –respondí escueto- pero me alegro mucho de que así sea. ¿Jesús está también?

- No, se encuentra en los Estados Unidos, en viaje de negocios. Tú, ya veo que estás trabajando –comentó, mirando mi sucio aspecto.

- Sí, acabo de llegar con mis hombres, llevo más de una semana de viaje.

- Recuerdo que tu mujer me comentó algo del viaje el último día que cenamos juntos.

No dije nada, pero lo recordé perfectamente.

- Supongo que mi aspecto no es el mejor, ¿no?

- No importa, aun así, estás muy atractivo –bromeó.

Continuamos hablando un buen rato. Terminó invitándome a cenar a su casa, como dos antiguos colegas, yo acepté.

Al regresar al almacén en el que estaba mi escuadra hablé con el sargento y le dije que por la noche no cenaría, no dijo nada. Antonio, que estaba a su lado, me miró con fijeza, por algún motivo desconfió. Me dirigí a él.

- Antonio, necesito que me hagas una tarea, ¡sólo tú podrías lograrla! –añadí, exagerando el tono.

Una hora más tarde, como yo suponía, el negro se presentó ante mí con una camisa nueva, limpia y perfecta, y mi uniforme de paseo de rayadillo planchado e impoluto. ¡Así ya podía cenar con dignidad!

Al atardecer me dirigí a la cita. De nuevo mi paseo por la ciudad también despertó las miradas de los viandantes, aunque en esta ocasión fueron de admiración ante la impecable presencia de un oficial de caballería en uniforme de paseo. Además del ros en la cabeza, llamaba la atención mi chaquetilla de rayadillo con bocamangas azules en pico y cuellos del mismo color. Los botones de plata, las hombreras plateadas y los números del regimiento en mi cuello brillaban con intensidad. No llevaba el revólver, pero sí el sable con fiador en hilo de plata.

Las gentes de aquella zona no estaban acostumbradas a vernos así, sino con nuestro uniforme de rayadillo de campaña y el simple sombrero de Jipijapa.

Cenamos juntos en el comedor, después, una vez se hubo retirado el servicio, salimos al porche para disfrutar de la placidez de la noche y su agradable temperatura.

Apenas había bebido, no quería perderme ni un detalle de aquella velada; esa cena, para mí, era como una primera cita. De nuevo un sentimiento de traición emergió en mi corazón. Me sentía atraído hacia Margarita de forma inconfesable, sin poder evitarlo estaba perdidamente enamorado de ella.

Pensé en María Cristina, sentí que con aquella cena le traicionaba, no por mis acciones, sino por mis sentimientos.

Hablamos y hablamos. Ya muy entrada la noche, me retiré.

- Mañana me gustaría que repitiéramos –me invitó. Acepté sin

dudar- ¿Mañana podrás dar un paseo conmigo?

- Bien, seguramente por la mañana esté ocupado, pero regresaré a la hora del almuerzo. Podríamos pasear a media tarde, si te parece bien –ella no lo sabía, pero hubiese hecho cualquier cosa por cabalgar a su lado. Quedé en recogerla por la tarde.

Esa noche me costó conciliar el sueño, mi cabeza me castigaba y daba vueltas y vueltas a lo sucedido. Mi conciencia debía estar alterando todos mis pensamientos; al final, a muy altas horas, logré dormirme.

Por la mañana patrullé con mis hombres por diferentes ingenios, incluido el de los Iznaga, donde fui recibido por el dueño, viejo amigo de mi padre.

Viendo que podía retrasarme a la cita, después del almuerzo le expliqué bien claro a Espínola lo que buscábamos. Debíamos localizar puntos adecuados para concentrar tropas, y zonas con fácil acceso en caso de repliegue de las unidades de caballería. Cuando estuve seguro de que lo había entendido, les dejé a él y a Murillo al mando y partí.

Aquella noche dormirían al raso, no regresarían a Trinidad, de esa manera ganábamos tiempo. Quedamos en reunirnos de nuevo a la mañana siguiente, en el ingenio de los Iznaga.

El paseo con Margarita fue maravilloso. Mi amiga, como casi siempre que montaba a caballo, apareció ataviada con pantalones marrones oscuros, botas negras y una amplia y fresca blusa de lino blanco. Trotamos, galopamos y fuimos al paso. Reímos y hablamos sin parar y en más de una ocasión nuestras miradas se cruzaron. Mi corazón se aceleró al pensar que aún podía haber algo entre nosotros.

Para disimular mi turbación y mi nerviosismo hablé de mi misión, ella mostró interés por el tema, lo que logró que me relajara. Sin darme cuenta, al final de la tarde Margarita sabía de aquello casi tanto como yo, incluida la existencia de unos planos con los caminos y pasos utilizables por la caballería de la parte occidente de la isla.

Cenamos juntos y, una vez terminamos, repetimos la charla animada en el porche sin más luz que la de las estrellas y la luna. Cada vez que su mano me rozaba o tomaba la mía para mostrarme algo, mi corazón latía con fuerza.

Fue al despedirnos, ya dentro de la casa, cuando todo se complicó; yo me disponía a besar de nuevo su mejilla, cuando ella interpuso sus labios en mi camino. Aquel beso fue intenso y se prolongó por unos instantes. Cuando nos separamos, durante unos segundos, no supimos qué decir ninguno de los dos. De nuevo nuestros labios se fundieron, los brazos entrelazaron los cuerpos y anduvimos a tientas por la habitación. Terminamos deteniéndonos en un diván donde nos acomodamos. Si no hubiese sentido su pasión, yo no me hubiese atrevido, pero fue Margarita la que me fue desprendiendo de la ropa

que llevaba; en poco tiempo, sin mediar palabra alguna, note que mi torso estaba al descubierto.

Los besos continuaron, mis manos, con cierta torpeza debida al nerviosismo, trataron de hacer lo mismo que ella. Cuando noté que mis dedos rozaban por primera vez uno de sus pechos una inmensa excitación me inundó. Me sentí tan nervioso como aquel primer día en Zaragoza, sólo que en este caso el deseo se unía al amor que yo sentía por aquella mujer.

Fue ella la que se quitó la blusa que cubría su pecho, la visión de sus senos logró una mayor excitación. Me miró a los ojos, brillaban y sonreían, aceptaban y deseaban aquello tanto como yo.

Antes de que ninguno de los dos pudiéramos hablar, los cascos de un caballo a galope distrajeron nuestra atención; sin duda se dirigía hacia nosotros. Salté del sofá de inmediato y me vestí, debía impedir que nadie descubriera aquella situación. La honra de Margarita nunca quedaría en entredicho por mi culpa. Antes de salir al porche me giré por última vez, mis ojos contemplaron algo que supuse que no volvería a ver en mucho tiempo, comprendí que aquella oportunidad perdida no regresaría con facilidad. El sonido de los pies del caballo se detuvo frente a la casa.

La oscuridad reinante me impidió saber en un principio de quién se trataba, unos instantes más tarde, cuando ya se encontraba frente a frente conmigo, descubrí el negro rostro de Antonio.

- ¡Antonio! –exclamé, ciertamente sorprendido.
- ¡Señorito Hugo, tenemos un problema, supuse que podría encontrarle aquí! –exclamó nervioso.

No presté atención a ese último comentario, aunque hacía ver que el negro sospechaba el porqué de mi ausencia esa tarde.

- ¿Qué sucede?

Margarita apareció a mi espalda, Antonio le saludó con una inclinación de su cabeza.

- Señorita Margarita –dijo con respeto.
- Hola Antonio. Por favor, desciende del caballo, se nota que vienes cansado. Iré a por un vaso de agua.

El antiguo esclavo obedeció y se bajó del animal sudado.

- ¡Ha sucedido un poco antes del anochecer! –prosiguió excitado- ¡Ya casi terminábamos la jornada, fue en el ingenio de Santa Rosario! –No dije nada, no lo conocía, sólo sabía que estaba en la lista de los que teníamos que visitar
- Antonio, por favor, ve al grano.
- Dos de los chicos, obedeciendo al sargento, se acercaron a la casa mientras nosotros permanecíamos en la entrada de la hacienda, a unos quinientos metros.

Margarita apareció con una jarra de agua y una copa. Le alargó un

vaso al sirviente, que lo aceptó agradecido.

- Prosigue, Antonio.

- Al llegar a la casa descendieron de los caballos y los oímos gritar llamando a la gente del ingenio. De entrada no contestó nadie. Uno de los dos permaneció con los caballos y el otro se acercó a la puerta. Al golpearla se oyó un único disparo y el chaval salió despedido hacia atrás.

- ¿Cómo dices?

- Sí, mi señor, el muchacho está muerto. Al acercarnos conocimos el porqué. La hacienda estaba siendo saqueada por una banda de bandoleros. ¡La de Manuel García!, nada más y nada menos.

- ¿Qué pasó después? –indagó Margarita a mi lado.

- El sargento ordenó rodear la casa y se produjo un intercambio de disparos. Yo, sin mayor espera, salí hacia aquí para buscaros.

- Has hecho bien, Antonio, gracias.

Mis ojos se cruzaron con los de mi amiga, supimos que la separación era inevitable. Sentí que el corazón se me rompía cuando me despedía de ella:

- Lo siento, debo irme de inmediato.

Ella no contestó, simplemente afirmó con la cabeza.

Tomé mi sombrero y salí corriendo en dirección a las cuadras. Unos minutos más tarde aparecí de nuevo frente al porche, en este caso montado a caballo.

- Adiós –me despedí, con cierta tristeza.

- Ve, no te preocupes. Lo comprendo –respondió ella con resignación- Antonio, ¿tu caballo está bien?

- Sí, señora, aguantará bien, se trata de un animal muy fuerte, es un regalo de Don Hugo.

Aquella noche me separé de Margarita y no la volví a ver en bastante tiempo. Esa velada permaneció en mi memoria como uno de los acontecimientos más importantes que me habían sucedido en toda mi vida. Desde entonces, el deseo de un nuevo encuentro me persiguió sin cesar. Aquella fecha quedó más grabada en mi memoria que la de mi boda. El ataque contra mis hombres truncó lo que podía haber sido un importante cambio en mi vida.

Galopamos y trotamos durante casi dos horas. Cuando llegamos a la finca, uno de mis hombres nos dio el alto. Me identifiqué y unos instantes después estaba al lado de José Murillo y de Juan Espínola. El sargento me explicó la situación.

- El chico ha fallecido –me contó en primer lugar- se trata de Jaime, el asturiano. No pude evitarlo, nos cogieron por sorpresa.

- Tranquilo, José, usted no tiene la culpa. Yo soy el responsable.

- Mi teniente, tampoco usted hubiera podido evitarlo. Nos pilló totalmente desprevenidos, nada nos hizo sospechar este drama.

- ¿En qué situación estamos?
- No sabemos cuántos son. Permanecen dentro de la casa y nos amenazan con matar a la gente que se encuentra en el interior, si intentamos entrar.

No dije nada. Miré en dirección a la casa y vi como dos antorchas iluminaban su silueta, no se veía nada más.

- Los demás, ¿están bien?
- Sí, uno de los bandoleros está gravemente herido. Jorge, el cabo primero, le acertó –intervino Juan-. Tenemos sus caballos y por tanto no pueden huir. Insisten en que se los devolvamos o matarán a la gente de la hacienda. Suponemos que tienen presos a varios trabajadores; los señores del ingenio y sus hijos se encuentran en La Habana.
- Bien. Hablaré con ellos –dije, a la vez que me ponía de pie y me encaminaba hacia la casa.
- ¡Señor, no haga eso! –me conminó de inmediato el sargento- ¡Son gente sin principios, le matarán si tienen ocasión!
- Algo hay que hacer –me limité a responder para justificar mi acción.

Llevaba la bandolera del revolver en la silla, la extraje y me la cargué sobre el hombro izquierdo. El cordón que colgaba de la culata de mi Smith and Wesson me lo rodeé al cuello.

Prevenido, pero con paso firme, me acerqué a la casa. Cuando distaba quince metros de la puerta, oí que alguien en su interior me gritaba:

- ¡Soldado, aléjate o disparamos!

Levante los brazos, estaba cerca de una de las antorchas y se veían mis manos desarmadas.

- Soy el teniente de caballería Hugo Martínez de Guzmán Torres. Represento a la autoridad en este lugar y les ordeno que se rindan.
- ¡Ni lo sueñes, soldado!

El tono meloso de aquella voz se me grabó en la memoria. Comprendí que, si bien se trataba de un tono habitual en Cuba, dulce y melodioso, también mostraba cierto sentido irónico.

- Yo tengo varios prisioneros, y de momento no ha habido heridos. Si me das los caballos y dejas que me vaya, no habrá daños.
- Sabes que no puedo hacer eso. Has matado a uno de mis hombres y debo arrestarte y llevarte conmigo a La Habana.

No hubo respuesta. Después de unos tensos instantes de silencio, la puerta principal se abrió. Por ella surgieron los rostros de tres mozalbetes amordazados y atados. Se trataba de tres chavales mestizos, la blancura de sus ojos sobresalía en la oscuridad.

- ¡Soldado! –dijo de nuevo aquella voz desde el interior- Tengo encañonados a estos tres chicos, pero tú tienes la oportunidad de

salvarlos. Si me das los caballos y dejas que nos vayamos, no les sucederá nada; si te niegas, les doy candela ahora mismo.

- ¡No! –exclamé. Estaba seguro de que aquella voz hablaba en serio, miré a los ojos de los tres mozalbetes y descubrí temor en ellos. Supe que iba a ceder.

El sargento se acercó a mi lado, Juan y Antonio también.

- Mi teniente, no tenemos otra salida. Una vez huya, podemos seguirle y darle caza.

- Señorito Hugo, por lo que yo sé, si de verdad se trata de Manuel García, les matará de todas formas. Es conocida su crueldad.

Noté el gesto de afirmación de Juan Espínola.

- Tienen razón. Se dice que es la persona más sanguinaria de la isla. Para él, los chicos no son nadie.

Permanecí meditabundo. La voz me sacó de mi abstracción:

- ¡Soldado!, el tiempo está pasando y mi paciencia tiene un límite.

No respondí. Un disparo desde el interior fue el nuevo acicate de la situación.

- ¿Está alguien herido? –pregunté.

- No, señor. Ha disparado al lado del pie de uno de los chavales.

De nuevo la voz me amenazó:

- Soldado, la próxima vez apuntaré a una de las cabecitas que tengo aquí. ¡Decídete ya!

Me volví al sargento y afirmé con la cabeza. Murillo dio la orden a sus hombres. Trajeron seis pequeños caballos cubanos, de bastante menor alzada que los procedentes de España, aunque también más resistentes y ágiles.

Uno de los muchachos los acercó hasta la casa.

- ¡Déjalos ahí! –indicaron desde el interior.

Cumplido su cometido, el soldado se retiró tras los arbustos, a unos veinte metros de la casa; recogió su carabina y se colocó de nuevo en situación de hacer fuego.

Unos instantes después los seis bandoleros salieron de la vivienda, la noche no estaba clara y no acerté a distinguir sus caras, sólo sus siluetas. A su lado permanecían los tres muchachos que les hacían de escudos.

- Muy bien soldado –dijo, dirigiéndose a mí de nuevo- Soltaré a los chicos a una legua de aquí, ya sabrás donde. No pienso hacerles ningún daño, como te he dicho. Si descubriese que nos sigues, no me quedaría más remedio que matarlos -se rio abiertamente, sus hombres también lo hicieron.

Aproveché para calcular su estatura y su envergadura e intenté grabarlos en mi memoria, por si lograba escapar. Entre risotadas y gritos eufóricos, los seis jinetes se alejaron a galope en dirección norte,

hacia la sierra de Escambray.

Una vez desaparecieron de nuestra vista, corrimos hacia la casa. El horror que descubrieron mis ojos me hizo sospechar que había cometido una gran equivocación. En el suelo, inmóviles, yacían cuatro hombres, dos jóvenes y dos mayores, todos aparecían con un amplio tajo en el cuello. Una vieja y una mujer de mediana edad habían corrido la misma suerte. Descubrimos a dos jovencitas amordazadas, con claros signos de haber sido violadas y vejadas.

En ese instante intuí que los tres muchachitos secuestrados tenían los minutos contados; aquel bandido y su gente no parecían sentir piedad por nada, ni por nadie. Ese era el famoso "rey de los bandidos", un ser sanguinario y violento sin parangón.

Di orden de que dos de mis hombres permanecieran con las muchachas y el resto se vino conmigo, debíamos darles caza lo antes posible.

Salimos al galope tras ellos, en dirección a la sierra. Según avanzábamos el camino se angostaba y serpenteaba de cara a la ladera. Tras media hora de persecución, llegando a uno de los picos más elevados, distinguimos unos arbustos ardiendo en la lejanía. Aquella debía ser la señal que nos había insinuado.

- Estamos cerca de un cortado, esto no me gusta – comentó Antonio a mi lado.

No dije nada, daba lo mismo, los chavales corrían un riesgo tan importante que sólo me preocupaba encontrarlos.

Al llegar a la zona de la fogata descubrimos una cuerda, uno de sus extremos estaba atado a un árbol y el otro se perdía por el precipicio. Salté del caballo y me dirigí hacia el extremo desaparecido, mi amigo negro estaba a mi lado. Sólo con asomarme supe que de la cuerda pendían los tres chicos, se encontraban suspendidos a unos treinta metros del suelo, me miraron y de nuevo la blancura de sus ojos se clavó en mi mente. Fue entonces cuando me hice cargo de la situación. A un metro y medio por debajo de donde nos encontrábamos la cuerda estaba cortada y a punto de romperse del todo. De esa manera el bandido pretendía frenarnos definitivamente.

Di las órdenes pertinentes a mis hombres. Antonio, más afectado que lo que nunca le había visto, sujetó la maroma e intentó jalar de ella hacía sí. La cuerda se desgarró aún más, ¡así nunca podríamos salvarles! Antes de que pudiéramos tenerlos a nuestro alcance se rompería completamente.

Estiró su brazo tratando de llegar a los chicos, pero le fue imposible. Corrió hacia un caballo, cogió una cuerda y se la ató a su cintura; por lo que me explicó, intentaba descolgarse y sujetarles. Parecía la mejor solución.

Desgraciadamente fue tarde, los movimientos asustados de los

niños provocaron que, antes de que pudiéramos lograr el rescate, la cuerda se rompiera del todo y los tres se precipitaran al vacío. Sus pequeños cuerpos quedaron tendidos en el suelo, inmóviles; no dudamos que aquel golpe los había matado.

Antonio, suspendido en el aire, maldijo y se revolvió, los había perdido por apenas veinte centímetros. Cuando de nuevo le subimos y estuvo a mi lado mire su rostro, se encontraba poblado de lágrimas, unas debidas a la pena y otras a la ira contenida.

Tardamos más de una hora en recuperar los cuerpos de los chavales. Como suponíamos, ninguno de los tres permanecía con vida.

- Bien –dije, realmente abatido- volvamos al ingenio y luego a Trinidad. No podemos seguirles, no los encontraríamos, nos llevan mucha ventaja y conocen bien la zona.
- Lo siento –me dijo el sargento a mi lado- Nunca creí que esto pudiese terminar así.
- Lo sé, José. Yo tampoco sospeché que esa gente podía ser tan cruel. Estos pobres –añadí, señalando a los tres zagales- no les habían hecho nada, no era necesaria tanta crueldad.

Murillo afirmó, estaba realmente afectado. Juan tampoco añadió nada, me impresionó ver su cara, estaba realmente compungido. En ese momento descubrí que sí podía llegar a sentir algo por los demás.

- Sí le digo una cosa, sargento. –comenté serio- Tenemos una misión que cumplir, pero cuando la terminemos le juro que perseguiré a ese forajido hasta darle caza. Si puedo, lo atraparé con mis propias manos.
- Yo le ayudaré, señorito –intervino Antonio. Su voz aún se quebraba con la emoción- Le juro que no descansaré hasta encontrarle y hacerle pagar lo que ha hecho.

Cabizbajos, llegamos a Trinidad al amanecer, llevábamos con nosotros los cuerpos de los asesinados, incluido el de Jaime, el asturiano. Entregamos a las dos muchachas y los cadáveres a las gentes de la ciudad y recogimos nuestras cosas. Según mi plan, al mediodía partiríamos en dirección a Sancti Spíritus, a unos sesenta kilómetros, dormiríamos en el camino y llegaríamos al día siguiente.

Antes de comenzar el viaje me acerqué a la hacienda de Margarita. Dos de sus sirvientes me informaron que había partido al alba, creían que en dirección a Matanzas o La Habana.

Las siguientes jornadas proseguimos nuestro trabajo. La matanza de los bandidos y la pérdida de Jaime afectaron a la alegría del grupo. No hubo ni un momento en que los hombres estuvieran tranquilos; desde aquella escaramuza, nunca más se confiaron fuera de un fortín.

Nuestra llegada a Ciego de Ávila se produjo cuatro días más tarde. En las cercanías de aquella ciudad se encontraba nuestro destino final, la trocha de Júcaro a Morón. Se trataba de una gran línea de defensa

que dividía la isla en dos. Había sido construida en la guerra de los diez años por el entonces gobernador de Cuba, el General Arsenio Martínez Campos.

La trocha era un ancho carril horadado en la tierra, despejado de vegetación y totalmente cubierto de alambre de espino con zanjas a ambos lados. Abarcaba toda la anchura de la isla en esa zona, unos sesenta y ocho kilómetros. Además de tener un pequeño ferrocarril para trasladar hombres y artillería de una zona a otra, disponía de más de treinta edificaciones militares defensivas, ya fuesen fortines o blocaos de madera, con unidades de infantería y caballería.

A lo largo de la trocha se encontraban buena parte de los hombres del regimiento Pizarro.

Durante varios días tomamos nota de todos ellos y de su disposición, aprovechamos también para conocer bien la trocha. Perteneciendo a la caballería, seguramente en más de una ocasión deberíamos atravesarla persiguiendo bandidos o sediciosos.

Recibí órdenes de acercarme a Ciego de Ávila, a las afueras de la ciudad se encontraba un importante cuartel al mando del general Castillejo. En su interior, además de varias baterías de artillería, algunas de ellas dispuestas para ser trasladadas por ferrocarril, estaba guarnecido un regimiento de infantería. Disperso en la trocha, en tiempos de paz, había al menos otro.

Me esperaba un mensajero con un correo personal proveniente de La Habana. Abrí el sobre y lo leí, lo enviaba el capitán Ovelar, pero llevaba estampada también la firma del coronel. En él se me comunicaban nuevas órdenes para el regreso; debíamos prolongar nuestro estudio del terreno y la elaboración de los caminos por la zona norte de la isla. Se pretendía que fuéramos a Santa Clara y a Matanzas, encontrando y marcando un paso fácil para caballería e incluso la posibilidad de transporte de mercancías. Suponían que, dado que se me solicitaba algo no realizado hasta ese momento, tardaría al menos tres semanas en regresar a la capital, el tiempo justo para evitar la época de lluvias. La zona de Pinar del Río quedaba relegada para otra ocasión.

Juan Espínola se quedó en la trocha. Debía incorporarse a su unidad que patrullaba cerca de allí, al otro lado, en la zona oriental de Cuba.

Se despidió de mí con un fuerte abrazo.

- Me ha gustado servir a sus órdenes, teniente.
- No le he dado muchas, Juan. Me parece que no he necesitado hacerlo.
- Aun así me ha gustado. Es un orgullo saber que nosotros los cubanos podemos llegar a ser tan buenos oficiales como ellos –noté cierto despecho.

- Le recuerdo que “ellos” y “nosotros” somos todos españoles, y por tanto podemos formar parte del ejército al mismo nivel.
- Ya, pero...
- Bueno, Juan. Después de estas semanas ya sé cómo es usted y que estos comentarios, que en otros serían dudosos, en su persona simplemente son algo críticos.
- Será así, señor.

Le di la mano y nos despedimos. Supuse, con acierto, que no pasaría mucho tiempo antes de que volviéramos a vernos.

Regresamos a La Habana a mediados de septiembre. Uno de los chicos, Eusebio, ilicitano, se había quedado en un hospital de Matanzas aquejado de fiebres. En total, la unidad había perdido dos hombres desde que saliera cinco semanas antes.

El sargento y los chicos me acompañaron hasta la capitanía general, allí se despidió de mí:

- Mi teniente, ¿ordena usted alguna cosa más?
- No, sargento, no. Bueno sí, -le dije a la vez que le daba unos cuantos reales- dígales a los hombres que esto es de mi parte. Pásenlo bien en mi nombre. Espero que en pocos días nos veamos en el cuartel.
- Gracias, mi teniente. Espero que así sea. –noté algo en su cara que me llamó la atención. Él iba a alejarse, pero se volvió y me habló- Señor, aunque al principio me pareció usted muy joven y supuse que no sería muy bueno en el mando, ahora pienso que es un buen oficial. Estoy deseoso de salir de nuevo de misión con usted.
- Gracias, Murillo. Así será si me asignan una, y me dejan elegir la compañía.

El suboficial sonrió y se alejó en dirección al castillo de la Real Fuerza donde esperaban los demás.

Antonio también aprovechó para separarse de mí; desde el altercado del valle de San Luis apenas hablaba.

- Bueno, Antonio –le dije ya a punto de entrar en la capitanía- Gracias por tu inestimable ayuda. Por mí ya puedes regresar con mi padre.
- Si, señorito Hugo. Volveré con su padre, supongo que teniendo en cuenta el mes en el que estamos, querrá que me acerque al ingenio de Viñales. Estaré allí si usted me necesita.
- Gracias, Antonio.

Vi que no terminaba de irse, necesitaba decirme algo más, le invité a que hablase.

- Señorito, yo me iré a Viñales, obedeciendo las órdenes de su padre.
- Si, ya me lo has dicho.
- Quería saber si su promesa era de verdad.

- ¿A qué te refieres?
- A la que hizo usted cuando se nos escapó el bandolero.

Recordé que había jurado atraparlo con mis propias manos.

- Sí, Antonio, iba en serio.
- Por lo que yo sé, en esta época del año suele esconderse por la zona de Pinar del Río. Voy a intentar localizarlo, me preguntaba si estaría interesado en que le avise si lo encuentro.

Lo que me pedía Antonio tampoco era tan fácil, podía darse esa situación en un momento en que yo no pudiera ausentarme de mi trabajo, intenté explicárselo.

- De todas maneras, si lo encuentras, mándame recado. Te juro que, si me lo permiten, acudiré a tu llamada con verdadero interés.

El negro me miró, escrutó mis ojos tratando de vislumbrar sinceridad, supongo que la encontró y se quedó conforme, un instante después se giró y se alejó.

Me encaminé al despacho del coronel Mendieta e informé a los tres oficiales que allí me esperaban. Durante más de dos horas contesté a sus preguntas. Unas se referían a los caminos delineados y las señas que yo había dibujado en ellos y otras a mis opiniones sobre los destacamentos. Al parecer querían hacer copias de mis planos para usarlos si eran necesarios. Por lo que me explicaron, tampoco se les podía dar gran publicidad; si llegaban a manos de un posible enemigo, podrían utilizarse para preparar emboscadas a nuestras tropas.

También me preguntaron por el ambiente reinante, tanto a nivel del estamento militar, como del civil. Deseaban conocer lo exaltados que podían estar los ánimos.

Por último, indagaron mi opinión sobre la trocha.

- Supongo que tuvo su gran función en la guerra –me refería a la de los diez años- pero me ha dado la impresión de que ahora está un poco vieja y destartalada.
- Así pensamos nosotros –respondió de inmediato el coronel- Está anticuada y es permeable por infinidad de puntos. Para que sea útil, tal y como está, necesitaría al menos veinte mil hombres y no los apenas dos mil que la vigilan ahora.
- En mi opinión –añadí- deberían edificarse más blocaos. Se lograría una mayor dispersión de las unidades y al tiempo se conseguiría que los soldados no durmieran al raso y estuviesen mejor protegidos de las enfermedades y de un posible ataque.

El capitán Ovelar se sonrió:

- Teniente, en mi opinión, tiene usted madera de oficial. Le veo con verdaderas aptitudes. Su juicio es acertado y es el mismo que hemos expresado en un informe que se encuentra encima de la mesa del capitán general, D. Emilio Calleja. Esperemos que lo lea y le parezca bien.

Concluido el interrogatorio me permitieron ausentarme. A la mañana siguiente, antes de irme al fuerte Carriles, debía pasar de nuevo por la Capitanía.

María Cristina me esperaba en el jardín de la mansión de mi padre; al verme se levantó, sonrió abiertamente y corrió hacia mí.

La estreché entre mis brazos y la besé, la emoción logró que las lágrimas se deslizaran por sus pómulos. Un instante después, repuesta, comenzó a preguntarme por mi viaje y a contarme atropelladamente sus experiencias.

Miré a mi mujer, se la notaba profundamente enamorada de mí, recordé la velada con Margarita y me sentí un traidor. Si aquella noche no se hubiese presentado Antonio, ¿qué hubiese ocurrido? Deseé decirle la verdad. Explicarle que sentía un tremendo cariño por ella, aunque estaba enamorado de otra, pero me contuve. Aquel no parecía el mejor momento.

Aquella noche después de cenar, mi padre se ausentó, tenía reunión en un café de la calle Obispo. Llevaba años acudiendo a esas tertulias en las que se reunían lo más florido de la población criolla de la capital. Fundamentalmente se hablaba de política, aunque siempre había un lugar para comentar algo de mujeres, de toros e, incluso, de negocios.

Una vez se hubo ido, María Cristina quiso salir a pasear por el jardín.

- Estoy muy contenta de que hayas regresado. No te iras de nuevo, ¿no?
- No lo sé. Este es mi trabajo, debo obedecer las órdenes que me dan, lo sabes.
- Sí, cariño, lo que pasa es que te echo en falta.

Noté que aquella conversación pretendía llevarnos a algún sitio, no se debía al azar.

- Bueno –prosiguió- dentro de poco no me sentiré tan sola cuando te vayas.

No comprendí a qué se refería. Mi rostro mostró mi ignorancia, ella por el contrario usó la mejor de sus sonrisas, estaba realmente bella en aquel momento. Mi mente comenzó a compararla con Margarita, todo se detuvo cuando añadió una frase:

- Hugo, dentro de seis meses ya no me quedaré sola. ¡Estoy embarazada, cariño! ¡Vamos a tener un hijo! –exclamó al tiempo que se abrazaba a mí.

Supe que debía alegrarme, o al menos parecer que lo hacía, pero en realidad me sentía mal. Aquel jarro de agua fría me había caído cuando menos lo esperaba. No sabía si quería a mi mujer, y ya iba a ser la madre de mis hijos..., sonreí y creo que María Cristina se lo creyó.

Paseamos un buen rato. Ella hablaba sin cesar, me contó sus planes y sus ilusiones, yo casi no la escuché, sentía que todo se venía abajo. Desde mi encuentro con Margarita en Trinidad mi vida había cambiado, estaba seguro de que me quería tanto como yo a ella. Un hijo, ahora, arruinaba todos mis planes; estaba claro que no podía dejar a mi esposa, de momento, no.

- El otro día me encontré con tu amiga Margarita –me comentó- Quedé en llamarle, una vez que tu regresaras.
- ¡Ya! –me limité a comentar.
- Me contó que su marido está fuera, en los Estados Unidos, y que no regresará en unas semanas. Le dije que viniese a cenar. ¿Te parece bien?
- Sí, claro que sí.

Aquello alimentó al gusano que me corroía por dentro. Mi propia mujer me invitaba a relacionarme con la persona que amaba.

Durante los siguientes días volví a mis actividades castrenses. Le entregué al comandante Bernaola una copia de los dibujos de los caminos y parte de la distribución de nuestro regimiento. Me lo agradeció y después, como los de Capitanía, se interesó por mi opinión sobre la situación en la zona central de la isla.

- Me gustaría que dentro de un mes recorras la zona de Pinar del Río y establezcas algo parecido a esto. Teniente, ¡has hecho un buen trabajo!
- Gracias, mi comandante. Sabrá que perdí un hombre en un enfrentamiento con unos bandoleros.
- Sí, lo sé. Me llegó tu cable desde el Ciego de Ávila. Ya se ha enviado un informe a su familia en España. Lo siento, por lo que sé, se trataba de un buen soldado.
- Lo era.

Bernaola me invitó a que le relatase lo sucedido. Cuando llegué al final comprendió mi amargura sobre el tema, a nadie le gustaba que las cosas terminaran como lo habían hecho.

- Mi comandante, espero que, si llega la ocasión, me deje ir a por él. ¡Me encantaría atraparle con mis propias manos!
- Si se da la oportunidad, cuenta con ello, teniente. Aunque he de avisarte que lleves cuidado, dicen que además de sanguinario y escurridizo, es un gran tirador.

Durante semanas no hubo una gran actividad. Nos llegaron ciento cincuenta soldados para incorporar al regimiento. Se trataba de reclutas que provenían de la península; muchachos que no disponían de los duros necesarios con los que pagar su exención del servicio militar, ¡menos de trescientos! La mayoría no habían subido jamás en un caballo y hubo que enseñarles como se hacía. La dura instrucción a la que debíamos someterles tuvo que esperar a que pasasen las lluvias.

Una de aquellas noches cenamos con Margarita. Verla de nuevo frente a frente logró que mi corazón latiera aceleradamente. Cuando se acercó a mi mejilla y me besó estuve a punto de explotar, el roce de sus labios me pareció el gesto más sensual experimentado en mi vida. Mi esposa no fue consciente en ningún momento de la atracción existente entre nosotros dos, es más, cuando terminó la velada me insistió en que acompañase a mi amiga hasta su casa.

Vivía en el centro de la Habana, cerca de la catedral. Atravesamos la ciudad en un pequeño coche de caballos, el trayecto nos permitió estar cerca el uno del otro. Margarita me comentó que su marido no vendría al menos en dos semanas. Supe comprender la indirecta, debía buscar una disculpa y acercarme a su casa, de esa manera podríamos estar juntos. No dije nada, simplemente me acerqué y le besé en los labios. El coche de caballos escondía nuestros movimientos y nuestros rostros, pero mi caballerosidad no podía permitir que nadie nos viese, por ello el beso fue intenso pero corto, casi fugaz; aún con el escaso tiempo que duró, me permitió confirmar que aquella mujer sentía por mí exactamente lo mismo que yo por ella.

- Cuando puedo venir a verte –susurré.
- Pasado mañana, estaré sola, a las ocho de la tarde. Ven a casa por la puerta trasera.
- Así lo haré.
- Te abrirá Candela, que es de mi absoluta confianza.

Cuando llegamos, la puerta de su casa se abrió y de ella surgió una bellísima mulata, de inmediato la identifiqué como Candela. Los años habían mejorado su aspecto, ahora estaba ante una de las mulatas más bellas que había conocido; su piel, de color castaño claro, hacía resaltar sus ojos en la oscuridad. Me miró cuando me despedía de Margarita y me saludó.

- Buenas noches, señorito Hugo.
- Me preguntabas por ella, ¡aquí la tienes! Esta es Candela, diez años más mayor que cuando tú la conociste.
- Ya veo. Me alegro de volver a verte, Candela.

La muchacha agradeció mi amabilidad con una sonrisa, luego ambas se introdujeron en la casa.

Cuando aquella noche regresé, mi mujer ya dormía. Aproveché para salir al jardín, beberme un ron con hierbabuena y fumar un buen puro; no solía hacerlo, pero aquel era un momento especial. De nuevo se dibujó en mi mente la idea de abandonar a mi esposa, aunque me atormentaba pensar en aquello. Después de dos copas, cuando los vapores etílicos me envolvieron, decidí acostarme.

Capitulo 5º

EL PLAN DE FERNANDINA

A primera hora de la mañana siguiente, antes de que saliese en dirección al fuerte Carriles, dos soldados vinieron a buscarme. El coronel Mendieta, de la capitanía general, deseaba verme de inmediato.

En el despacho me esperaban los tres oficiales de siempre: Mendieta, Ovelar y Ramón Mendoza. Aparecían serios y cariacontecidos, al lado del coronel que estaba sentado tras la mesa de su despacho. El capitán Ovelar me invitó a sentarme.

- Teniente –me saludó el oficial de mayor graduación.
- Mi coronel.
- Le necesitamos.
- Usted dirá, mi coronel.

Se levantó y salió de detrás de la mesa. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de pelo oscuro, escaso, muy corto y con importantes entradas; mediría un metro sesenta más o menos, y tenía anchos hombros.

- Mire teniente, usted ya conoce que nuestra función es investigar los movimientos sediciosos o los intentos de agresión a nuestra patria.

Afirmé. Sabía que los tres pertenecían a algo así como el servicio secreto del ejército.

- Bien, necesitamos un hombre joven, de confianza, a ser posible cubano y que sepa algo de inglés. Como verá, ¡usted es nuestro hombre!

No me moví de la silla, ni hice comentario alguno, sabía que ahora venía la explicación de aquello. José Ovelar se me acercó.

- Mira, Hugo. Han llegado hasta nosotros insistentes rumores y noticias más o menos fidedignas informándonos de que se prepara una rebelión –le miré estupefacto, él continuó- Sí, algo se está tramando en los Estados Unidos, pero no sabemos exactamente qué.

El coronel tomó de nuevo la palabra.

- Nosotros tres somos españoles nacidos en la península, pero usted no –apreció el matiz del coronel, en ningún momento dudaba de

mi españolidad-. Necesitamos infiltrarle entre los sediciosos, para que intente averiguar de qué se trata exactamente. Por esto nos es imprescindible contar con un cubano, alguien cuyo acento pase desapercibido entre los insurrectos. En una palabra, le necesitamos a usted.

Continué en silencio, nunca se me había pasado por la imaginación actuar sin mi uniforme. ¡Me pedían que espiara! Los miré a los tres, no me ordenaban nada, simplemente pedían mi ayuda. Me levanté y me cuadré:

- Mi coronel, será para mí un orgullo servirle a usted y a España, sea de la manera que sea. Estoy a sus órdenes.
- Gracias, muchacho –me respondió, a la vez que se me aproximaba y con un gesto me invitaba a que relajara mi posición- A partir de ahora le doy la bienvenida a nuestro pequeño y discreto grupo –añadió, estrechándome la mano.

Durante una hora me explicaron el plan. Consistía en que me desplazara a Cayo Hueso, en la Florida, tierra que el año 1762 entregamos a los ingleses a cambio de La Habana, perdida once meses antes. Una vez allí, haciéndome pasar por uno de los insurrectos de la isla -teníamos a dos de ellos a punto de arrestar- entablaría la conexión con los independentistas, e intentaría averiguar cuándo y cómo se planeaba atacar la isla.

- Ni que decir tiene, teniente, que la misión es peligrosa, estará solo en una zona hostil. Si le descubrieran, nada podríamos hacer por usted. No queremos que se arriesgue en exceso, ni que trate de sabotear o impedir el ataque, simplemente consiga información.
- Lo entiendo. Mi coronel.
- Dígame.
- ¿Podría llevar a alguien conmigo? –los tres me miraron, yo les aclaré- Me refiero a un negro, de esa manera pasaría más desapercibido.

Se miraron entre ellos. Ovelar tomó la palabra.

- Supongo que hablas del mismo que te acompañó a la trocha –afirmé con la cabeza- Mi coronel, se trata del negro de confianza de su padre, es un hombre que antes entregaría su vida, que traicionar a Hugo.
- En ese caso me parece bien, incluso creo que, como dice el teniente, se trata de una gran idea, una buena tapadera.

Desde aquella misma mañana ya no fui libre. De nuevo vi como mi relación con Margarita se veía impedida por los avatares de mi profesión.

De inmediato se procedió al arresto y detención de uno de los conocidos sediciosos. Al mediodía, de forma discreta, fue conducido a las mazmorras del castillo de la Real Fuerza, en la entrada del puerto.

Se inició un interrogatorio en el que no tuvieron que emplearse a fondo. El tal Roberto Fuentes, conocedor de la posible pena que le impondrían habida cuenta que aún no había hecho nada, cantó de inmediato.

Su castigo, en este caso, consistiría en el destierro por una temporada determinada, unos tres años, a una isla canaria o a la península. En caso de no colaborar, fácilmente se le acusaría de algún importante delito por el que incluso podía pagar con la vida.

Nos contó que no sabía nada en concreto, sólo debía entrevistarse con dos cubanos en Cayo Hueso, en la Florida, y recibir órdenes para un posible desembarco. Uno de los hombres se llamaba Serafín Sánchez y era uno de los seguidores de Martí en Cayo Hueso. Del otro nos dijo que ni siquiera conocía su nombre, pero debía ser un enlace con los norteamericanos.

Nos contó los pocos detalles que sabía de la operación, supuse que decía la verdad puesto que quedó preso en el castillo en espera de mi regreso. Si nos había engañado, y con ello un oficial del ejército fallecía o caía preso, él sería de inmediato ejecutado por alta traición.

Dos días más tarde, el veinticinco de noviembre, al mediodía partíamos en dirección a los Estados Unidos. Nos embarcamos en un cañonero torpedero de la armada, de nombre Nueva España. Se trataba de un buque de unas seiscientas toneladas, rápido y marinero, que disponía de varias piezas de artillería y de dos tubos lanzatorpedos.

Diez horas más tarde, ya anochecido, fuimos desembarcados cerca de la costa americana. En un bote de remos nos acercamos hasta la orilla mientras veíamos como nuestro cañonero se adentraba de nuevo en el mar. En el plan se establecía que regresaríamos a Cuba por nuestros medios, la armada no podía recogernos.

Cayo Hueso es el último de los cayos de la Florida y se encuentra completamente deshabitado en su extremo sur. Escondimos la embarcación entre unos manglares y nos dirigimos a la zona habitada.

En aquel islote se encontraba una de las más prósperas colonias de cubanos exilados. Se dedicaban fundamentalmente a elaborar y distribuir tabaco, debido a ello, disponían de un gran puerto con un importante tráfico mercante.

Nos manejamos con facilidad entre todos aquellos tabaqueros que, al oírnos hablar, e identificarme como Roberto Fuentes, de inmediato nos consideraron de los suyos, aunque no nos conocieran. Comprendí que no estaba ante gentes desconfiadas y de malas artes, eso me disgustó; me hubiera agradado más encontrarme ante delincuentes y bandidos, me hubiese facilitado considerarlos mis enemigos.

El pueblo, en el que vivían varios miles de personas, había crecido con cierta anarquía y se extendía en algunas zonas ocupando gran

parte de la anchura del cayo. Disponía de al menos tres cantinas, donde los trabajadores se reunían al final de la jornada y se emborrachaban a base de buen ron cubano. Tras cinco días entre ellos fui conociéndolos. Como más tarde supe, muchos entregaban mes a mes parte de su salario para que Martí organizase la rebelión contra España; de nuevo me costó tenerlos como enemigos. Me encontraba ante personas que al menos creían en lo que hacían y estaban dispuestos a sacrificarse por ello.

Como en nuestra querida isla, conocí a dos tipos de gentes. Por un lado, estaban aquellos expulsados por los españoles que pretendían volver para luchar por una Cuba libre, eran independentistas acérrimos. Por el otro se encontraban los que deseaban que fueran los soldados norteamericanos los que conquistasen la isla, y la convirtieran en otro miembro más de la federación, anexionistas convencidos.

De momento, en Cayo Hueso, ambos bandos parecían dispuestos a ayudarse; cuando España estuviese fuera de la partida, entonces discutirían entre ellos.

Yo, Roberto Fuentes, pertenecía al primer grupo, a aquellos que iban a organizar y llevar a cabo la sedición; los otros, pensé, y el tiempo me dio la razón, se aprovecharían de los primeros, se les notaba más pragmáticos, y menos altruistas.

Antonio apenas abrió la boca en todos aquellos días. Me temo que, como a mí, le costaba ver entre toda aquella gente, muchos de raza negra o mulatos, enemigos a los que combatir o traicionar.

Establecí contacto con uno de los oficiales de la futura revuelta, se trataba de aquel que nos dijera Roberto, el tal Serafín Sánchez.

Me recibió en el almacén trasero de uno de los bares del pueblo, en la entrevista me anunció que en pocos días debía regresar a Cuba. Mi misión consistiría en coordinar la resistencia de los sediciosos en la zona de La Habana, como ya estaba negociado. En pocos días llegaría mi enlace dentro de la isla, que me daría las últimas instrucciones. No pregunté de quién se trataba ya que intuí que Roberto Fuentes lo conocía. Por lo que insinuó Serafín, pertenecía a la nobleza criolla de la isla, además de ser un hombre con muy buenas relaciones con los yanquis. El tal Roberto nos había mentido en el interrogatorio, si lograba regresar a Cuba, pagaría aquella mentira con un destierro más largo.

La máxima información que pude obtener fue que el ataque se produciría antes del día doce de diciembre, aunque no me aclaró ni la fecha exacta, ni el lugar.

Al día siguiente, por la noche, bebí con uno de sus ayudantes, un tal Eugenio López de Queralta. Bebimos, reímos y cantamos viejas canciones cubanas hasta altas horas de la madrugada, al final logré

emborracharlo. Su conversación, por efecto de los vapores del alcohol, fue ya más fluida y deslenguada. En su forma de expresarse noté cierta envidia hacia los criollos y una escondida codicia, que por lo que dijo pensaba explotar una vez triunfase la secesión. Visto este carácter, me propuse estimular sus indeseables objetivos, con los posibles beneficios que ambos obtendríamos con la expulsión de los españoles, y así logré saber más.

Gracias a aquella charla de borrachos, averigüé que el plan preveía la salida de la expedición desde el puerto de Fernandina, cercano a la ciudad de Jacksonville y distante de Cayo Hueso unas doscientas setenta millas.

El enemigo invadiría Cuba a bordo de tres buques cargados de armas y municiones. Desembarcaría un número superior a los seiscientos hombres. Una vez en la isla, los diferentes comités sediciosos establecidos, se levantarían en armas.

Por lo que me confesó, en el plan estaban incluidos gentes como Antonio Maceo y Máximo Gómez entre sus generales, y el famoso José Martí como líder político de la revuelta, que también tenía previsto embarcarse y formar parte de la expedición invasora.

Lo ideal de la situación hubiese sido saber en qué lugar exacto se pretendía desembarcar, simplemente con esperar en la orilla hubiéramos terminado con la revuelta, pero me fue imposible averiguarlo.

Los dos días siguientes intenté obtener la información que necesitaba, pero no lo conseguí. Al parecer, sólo Martí, Maceo y Gómez conocían aquel importantísimo detalle.

Insistir en mis preguntas dentro de Cayo Hueso sólo me hubiera traído complicaciones, incluso Antonio me lo avisó.

- Señor Hugo, si seguimos interrogando a los cubanos nos descubrirán. Si eso ocurre, estoy seguro de que dudarían en darnos muerte.

- Sí, Antonio, sé que tienes razón. Lo que pasa es que debemos intentar saber algo más. Con lo que tenemos es poco, casi tan poco como lo que se sabe en La Habana.

- Sería mejor que nos conformásemos con lo que tenemos y regresemos. Sus jefes en Cuba ya sabrán como detenerlos, seguro, señorito.

El negro tenía razón, aquella situación podía complicarse en cualquier momento. Si aparecía mi enlace, aquel criollo que debía darme las últimas órdenes, se descubriría todo el engaño. Es más, corría un serio peligro si me cruzaba con algún sedicioso que conociese a mi padre o a mí mismo, y mi pertenencia al ejército.

El día dos de diciembre la gente comenzó a ponerse nerviosa. Por las calles cada vez se veían más hombres sin aspecto de cultivadores

de tabaco; no hacía falta ser un lince para sospechar que aquella gente formaba parte de un pequeño ejército.

Los tres barcos que iban a emplearse en la operación saldrían del puerto de Fernandina cargados con el armamento y la munición. Al día siguiente atracarían en Cayo Hueso, donde embarcaría la tropa que esperaba en el islote. Con ese plan, los gobernantes norteamericanos podían argumentar su absoluto desconocimiento de la operación y, de esa manera, no verse comprometidos diplomáticamente ante España o los demás países.

A última hora de la tarde de ese día, uno de los hombres de Serafín me dijo que el jefe me esperaba en uno de los almacenes del fondo del puerto. Aquello no le gustó nada a Antonio. Comprendí que en aquel momento debíamos partir de Cayo Hueso definitivamente.

La huida podía tener dos direcciones: una, elegir un transporte en dirección a Cuba, multitud de barcos hacían la travesía de forma diaria; o dos, acercarme a Fernandina, y tratar de averiguar algo más.

Haciendo caso omiso de la invitación de Serafín, nos acercamos al puerto. Antonio, con habilidad, se movió entre la gente de su color y les preguntó si alguno de aquellos barcos fondeados se dirigía al norte. Un mulato le informó que uno de los navíos del fondo del puerto, de bandera portuguesa, con la marea partiría en dirección a Savannah y Charleston. Al parecer aún necesitaba marineros.

- Señorito, ni usted ni yo sabemos navegar. No sé si es buena idea embarcar.

- Te comprendo, Antonio, pero me temo que no tenemos otra salida. Ese velero tardará día y medio en arribar a puerto, es la forma más rápida de llegar. Además, en cuanto vean que no nos presentamos a la cita de Serafín, sospecharán y comenzarán a buscarnos, ¡debemos irnos!

Mi fiel escudero no añadió comentario alguno. Le preocupaba embarcarse y le ofendía que yo tuviera que pasar por un simple marinero; para él yo era un señorito, una persona a la que adoraba y servía con gusto.

Nos acercamos al contramaestre del navío, un velero de tres mástiles que probablemente navegaría a más de diez nudos con buen viento. El hombre, portugués, hablaba perfectamente el español, no en vano el noventa por ciento de sus marineros hablaban ese idioma. Aun sabiendo nuestra absoluta ignorancia en el tema marinero, no nos puso pega alguna para embarcar.

- Si no sabéis navegar no importa, cargaréis bultos y tiraréis de drizas. No es problema, yo personalmente os haré trabajar.

Mirando su rostro descubrí en él a un hombre realmente rudo, sus ojos me mostraron a un marinero que lo había visto y vivido todo; no creí que hubiese muchas cosas que ablandaran su corazón. Llegué a

suponer que pocos años antes, seguramente, trabajaba como negrero, su mirada despectiva hacia Antonio no dejaba lugar a dudas.

Mi precipitada huida de Cayo Hueso me impidió conocer al criollo traidor. De no haber sido así, mi vida no hubiera sido la misma; seguramente aquella noche la salvé, pero también puse los cimientos de un futuro gran disgusto.

* * *

La travesía en el Viana do Castelo, que así se llamaba el barco en honor al lugar de nacimiento de su armador, fue realmente dura. Pocas horas de navegación necesité para descubrir mi absoluta ignorancia sobre temas marineros. Un oficial del ejército, al salir de la academia General, suele saber algo de las otras armas, caballería, infantería o artillería; no así de la armada, de la que desconoce todo.

En cuanto los demás marineros comprendieron que éramos los más inexpertos, comenzaron a mofarse y encomendarnos los más duros trabajos de a bordo. Bajamos al menos cincuenta veces a la sentina, cambiamos parte de las mercancías de una cubierta a otra, ayudamos al cocinero y tiramos de driza cuando se nos solicitó. Tras veinte horas de singladura, yo no podía ni con mi alma. Antonio continuaba a mi lado tratando de protegerme de alguna manera.

- Señor Hugo, me ha dicho un negro que este barco no va a Fernandina –me informó realmente sorprendido y angustiado.
- Lo sé, Antonio. Va a Savannah, un importante puerto a unos ciento cincuenta kilómetros más al norte de Fernandina, luego continúa travesía hasta Nueva York.
- Y, ¿qué vamos a hacer?
- Una vez lleguemos a puerto, debemos desembarcar y llegar por otros medios a Fernandina. Allí intentaremos averiguar cuáles son los barcos de los rebeldes. Una vez sepamos eso, informaré a Cuba y el resto lo harán ellos.

El negro miró con admiración a su señor, siempre le había profesado cariño, desde crío había sido un buen muchacho. Ahora ya no era un chico, estaba ante un verdadero hombre, con agallas e iniciativa. Realmente el señor, pensó en referencia a Don Hugo, había acertado en la educación del vástago.

- Antonio, en este cinto que ves –dije, mostrando el cinturón de cuero que llevaba en la cintura- llevo mucho dinero. Son dólares. Cuando desembarquemos te daré una parte importante con la que intentarás regresar a Cuba.
- No señorito, yo no le dejo a usted solo. Prometí acompañarle y ayudarle, nunca permitiré que se quede solo.
- Antonio, necesito tu ayuda. Estoy seguro de que tú puedes

pasar desapercibido en el puerto y embarcarte en cualquier mercante que se dirija a La Habana o a Matanzas.

- Pero, ¿y vos?

- No te preocupes, creo que también me las puedo arreglar. Tu llevarás un mensaje a mis jefes; mientras, yo intentaré saber algo más.

El siervo movió negativamente su cabeza, no le gustaba la idea, pero, como siempre, estaba dispuesto a obedecerme. Le insistí:

- Antonio, te prometo que volveré sin un solo rasguño. Pero, por favor, haz lo que te pido –él afirmó con un gesto.

Día y medio después de salir de Cayo Hueso avistaron Savannah. El barco portugués esperó hasta media tarde para entrar en puerto.

Los dos cubanos se acercaron a la cubierta superior, el contramaestre se cruzó en su camino al ver que se dirigían a la borda.

- Vosotros no podéis ir a tierra. Sólo lo hará la mitad de la tripulación, a los demás os tocará en la siguiente escala.

- Ya, pero necesito bajar –respondí, al tiempo que cambiaba mi anterior aspecto, sumiso y acobardado, por un talante mucho más altanero y agresivo- Puedo pagarte si me dejas.

- ¡De este barco no baja nadie sin mi permiso! –en ese momento el portugués sacó un revólver de su pantalón y me apuntó- ¡Regresad los dos a vuestro trabajo!

- No queremos trabajar más, nos vamos.

- ¡Eso no ocurrirá mientras yo pueda impedirlo!

Intenté buscar una salida antes de tener una pelea. De momento el contramaestre no había dado la alarma, si lo hacía, seguramente una parte de la tripulación se nos echase encima.

- Mira –insistí mostrándole varios billetes de dólar- Si me dejas bajar, te los doy, es un buen pago por la travesía.

- No, chico. No sabes a quien estás intentando engañar. Creo que me vas a dar esos billetes, y además permanecerás en el barco, algo me dice que no eres trigo limpio. Voy a dar la alarma y te voy a cargar de grilletes hasta que sepa a quien entregarte.

- Te pido que no lo hagas, seguro que podemos llegar a un acuerdo. Tengo más dinero en tierra.

- He oído que los cubanos intentan algo contra los españoles, y que los españoles tienen espías por aquí. Me parece que tus manos y tus ademanes no se corresponden con los de un trabajador de los muelles.

Supe que la situación ya no podía mejorar, sólo empeoraría en muy poco tiempo. Miré a los ojos del hombre que me amenazaba con el revólver, sonreí, y un instante después le solté un tremendo puñetazo a la nariz. El contramaestre quedó aturdido, pero no cayó al suelo, de nuevo nos encañonó.

En ese momento Antonio saltó sobre él y lo derribó, ambos

rodaron por el suelo, en eso sonó una detonación. Miré al amasijo que ambos formaban preocupado. Me alegró ver la cabeza de mi amigo levantarse, la bala había alcanzado al portugués.

Los marineros se acercaron al oír el ruido. Ambos comprendimos que nuestros problemas no hacían sino empezar.

- ¡Antonio, debemos irnos de inmediato! ¡Rápido!

Se incorporó de inmediato y me siguió, un instante después ambos saltábamos por la borda. En la caída oímos gritos desde el barco y varios disparos que no nos alcanzaron, la oscuridad de la noche nos protegía.

Nadamos hasta la orilla, apenas nos separaban de ella cien metros. Una vez fuera del agua nos escondimos en los muelles y esperamos a que la situación se calmara.

- Antonio, tenemos que separarnos. Ahora más que nunca debemos hacerlo. Buscarán a dos hombres, un negro y un blanco, es mejor ir cada uno por su lado.
- Bien, señor.
- Debes llegar a Cuba y trasmitir mi mensaje al capitán Ovelar. Gracias amigo –concluí, a la vez que le abrazaba con cariño.
- Señorito Hugo, tenga cuidado. Usted también debe regresar, hay una madre que espera tenerle a su lado cuando vaya a parir a su hijo.

Hugo no dijo nada, aquel era el primer momento en que se acordaba de María Cristina. Antonio acertaba una vez más, seguramente su esposa no era motivo suficiente para espolearle a regresar, pero conocer a su futuro hijo sí lo era.

- Regresaré, te lo prometo. Díselo también a ella.

Un instante después el militar se perdía entre las sombras de la noche.

El antiguo esclavo permaneció escondido hasta el alba. Luego se movió por los muelles y preguntó a otros de su color que por allí pululaban por un barco que zarpase en dirección a Cuba. No se entendió con la mayoría, muy pocos comprendían el español. A media mañana logró averiguar que un vapor partía en dirección a Puerto Rico y que haría escala en la misma Habana.

Supuso que debido al lujo del navío le iba a ser imposible ir con un pasaje, disponía del dinero suficiente, pero todos sospecharían de un negro andrajoso que tuviera dinero para comprar algo tan caro. Decidió comprar la voluntad de alguien que le embarcara como polizón. Se acercó a la zona de carga del vapor y de inmediato distinguió a uno de los mandos, que ordenaba que las mercancías fuesen izadas a bordo. Antonio se le acercó y le preguntó si podía ayudar.

- Si quieres puedes, pero sólo te daré una moneda. Estamos a

punto de terminar.

- Mi señor, necesito ir a Cuba. Tengo dinero, si usted me escondiera... –comentó al tiempo que le mostraba al menos veinte dólares.
- ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?
- Tengo cuarenta dólares.
- Bien, dámelos.
- No, señor, ahora la mitad y el resto al llegar.
- De acuerdo –respondió con una sonrisa el sobrecargo- sube por esa rampa y baja hasta la sentina. Deberás ir allí escondido durante dos días, que es lo que tardaremos –notó la cara de sorpresa del negro y añadió- Sí, los nuevos vapores van muy rápidos. Éste, en concreto, navega a más de veinte nudos.

Antonio obedeció de inmediato, algo le decía que aquel hombre le daría problemas y no se equivocó.

Mientras esto ocurría en el puerto; dentro de la ciudad, Hugo se movía lo más rápido que podía. De entrada, se acercó a un comercio y compró ropa nueva. No podía continuar vestido como un pordiosero en su nuevo plan. Disponía de mucho dinero y se gastó una parte en bañarse, vestirse elegantemente y cenar.

Hablaba suficiente inglés como para desenvolverse con facilidad entre los norteamericanos; además, en ese país, los dólares abrían todo tipo de puertas.

Supo que andaban buscando a dos pordioseros que habían matado al contramaestre de un barco, si los atrapaban, esa misma noche colgarían de una cuerda. Se cruzó en varias ocasiones con las autoridades de la ciudad, ninguno de aquellos policías mostró el menor interés por una persona de su alcurnia.

No pretendía dormir allí, a la luz del día tal vez alguien se fijase en él y comenzasen los problemas. Bebió en un bar y escuchó diferentes conversaciones, en una de ellas captó lo que andaba buscando. Dos ciudadanos hablaban de caballos, uno decía haber vendido varios ejemplares a una caballeriza esa misma tarde. Hugo se propuso hacerse con uno de ellos.

Paseando por la ciudad se acercó al establo de la conversación y accedió al interior. Dentro encontró media docena de ejemplares realmente preciosos. Un muchacho le preguntó qué hacía allí.

- Hola, chico –contestó con gesto educado, casi remilgado- quería comprar un caballo y me han informado que los mejores los vendían aquí.
- Sí, así es. Son de mi padre.
- Ya, y ¿podría hablar con tu señor padre?
- Está en casa.

- ¿Puedes ir a buscarle? Quiero comprarlo ahora y no estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

El muchacho dudó un instante, una moneda lanzada al aire le decidió.

Tardó veinte minutos en regresar, le acompañaba un hombre de unos cincuenta años.

No tardaron mucho en negociar, regateó lo justo como para no levantar sospechas, pero pagó más de lo que valía el animal. Media hora después, salía montado en el mejor. El vendedor se despidió de él, Hugo le mencionó como su destino la ciudad de Charleston, saldría a la mañana siguiente.

- Que tenga buen viaje, señor.

Se movió por la ciudad en dirección contraria a la salida de Charleston; una vez estuvo en el camino que podía llevarle hacia Fernandina comenzó a trotar.

Cabalgó hasta altas horas de la madrugada, por lo que él sabía, le separan unos ciento cincuenta kilómetros de su destino, pretendía hacerlos en menos de dos jornadas.

Llegó a Fernandina al anochecer del segundo día. Buscó un hotel y se hospedó en él. De nuevo escuchó a la mayoría de las personas expresarse en español, no en vano en aquella zona la influencia española permanecía reciente.

Después de darse un baño decidió pasear por el puerto, intentando con ello lograr algo de información. Después de dos horas no había conseguido averiguar nada; agotado, cayó rendido en la cama.

Se despertó al poco de amanecer. Se movió por el hotel con sigilo, en el patio encontró ropa vieja, usada, y se hizo con ella. A media mañana deambulaba por el puerto con su nuevo disfraz. Estaban a siete de diciembre y no lograba la información necesaria.

Una vez anochecido entró en una de las tabernas cercanas al muelle. Se sentó en una mesa, y escuchó las diferentes conversaciones.

Pasado un buen rato entraron tres hombres blancos acompañados de dos negros y un mulato. Por el acento supo de inmediato que se trataba de cubanos. Se les veía contentos.

Hablaron de diferentes temas que no llamaron la atención de Hugo, hasta que uno de los blancos mencionó algo que sí despertó su interés.

- Bueno, compañeros, ¡José viene mañana! Por lo tanto la salida será pasado mañana con el alba. Ya están avisados los del Cayo.

Uno del grupo le indicó que bajase el volumen y el resto de la conversación fue imposible de escuchar. No importaba, Hugo ya tenía la información que quería. Disimuladamente salió del local antes de que lo hicieran los cubanos, intentando no levantar sospechas.

Esperó en un callejón cercano hasta que los seis hombres salieron,

de lejos, protegido por la oscuridad y la distancia, comenzó a seguirles. Para su suerte dirigieron sus pasos directamente a los muelles.

Hugo supo que en pocos minutos conocería los nombres de los barcos que pretendían invadir Cuba, con esa información intentaría abortar la expedición.

No tuvo que aguardar mucho para lograr su objetivo. Los seis hombres se acercaron a un magnífico yate anclado allí, a su lado se mecían otros dos de la misma envergadura. No le costó mucho distinguir que hombres armados los custodiaban discretamente.

Leyó los nombres de las embarcaciones y los fijó en su memoria, pasados unos segundos estuvo seguro de que no los olvidaría en toda su vida.

La primera parte del plan había finalizado. Ahora comenzaba la segunda, para lo que necesitaba que Antonio hubiese realizado su cometido.

Corrió hacia la entrada posterior del hotel y se cambió de nuevo de ropa; cuando salió de la habitación y apareció en la recepción, era de nuevo el criollo cubano.

A paso rápido se movió por las calles de aquella ciudad, pretendía enviar un telegrama a La Habana, como quedara con Antonio.

Entró en la oficina de telégrafos. En un correcto inglés preguntó si se había recibido un telegrama para él. Utilizó su nombre real, el de Roberto Fuentes a esas alturas podía ser peligroso.

- No, señor. No se ha recibido ningún cable para usted.
- Por favor, compruébelo otra vez –se estaba poniendo nervioso, aquello tiraba toda la operación por tierra.

El funcionario, un hombre de mediana edad, calvo y con un pequeño bigotito, giró su cabeza en señal de queja; dos dólares que le ofreció el cubano le hicieron cambiar de parecer. De nuevo se enfrascó en la búsqueda, miró todos los estantes y cajones de la oficina, pero no encontró nada.

- Lo siento, señor, no hay nada para usted.
- Gracias de todas formas –respondió educado, al tiempo que salía de la oficina.

José Martí

Estaba abatido, todo su esfuerzo podía perderse si no lograba comunicar con su gente en la isla. El plan consistía en que Ovelar le enviase un telegrama y una dirección a la que dirigirse; con ella, de forma discreta para no levantar sospechas de ningún tipo, él respondería con los nombres de las embarcaciones y la fecha prevista, el resto era cuestión del servicio secreto. No tenía experiencia y no se le ocurría una forma diferente de ponerse en contacto.

Durante la noche no logró dormir, al poco de amanecer salió de nuevo del hotel. Se encaminó al puerto y vigiló lo que sucedía alrededor de los tres barcos. Lo que contempló logró disolver hasta la más mínima duda. Protegidos por la soledad del alba, varios hombres cargaban cajas en aquellos yates, por el tamaño no dudó que muchas de ellas portaban fusiles Remington norteamericanos. Analizó sus posibilidades de cara a lograr un sabotaje y supo que no tenía ni una.

Abatido, se dirigió una vez más a la oficina de telégrafos. Estaba otra persona al cargo, le interrogó igual que a su compañero y la respuesta que obtuvo fue idéntica.

- Lo siento señor, no hay ningún telegrama para usted.

La angustia le atenazaba. ¡El tiempo se le echaba encima!

- Querría mandar un mensaje.
- Por supuesto señor, ¿a dónde?
- A La Habana.
- ¿Dirigido a quién?

Al final fueron dos, uno a nombre de Arnaldo Ovelar y otro para Antonio Manchao. En ellos refería una grata noticia: había comprado tres caballos, dio el nombre de cada uno, uno era yegua, y se los entregaban esa tarde o a la mañana del día siguiente.

El telegrafista envió los recados y cobró a aquel señor tan extraño.

- ¿Cuándo podré tener respuesta?
- No lo sé señor. Puede pasarse dentro de dos horas, es posible que la hayamos recibido.

Salió y de nuevo se acercó a los muelles. La carga estaba punto de

concluir, los hombres habían terminado. Sin dejarse ver permaneció largo rato en el lugar. Entre aquellos, trató de distinguir a alguno que no le pareciera especialmente avispado.

Una hora más tarde vio alejarse a dos en dirección a uno de los bares del puerto, les siguió a una distancia prudencial.

Como la vez anterior se sentó cercano e intentó escuchar su conversación. Después de un buen rato continuaba sin saber nada.

Se levantaba con intención de acercarse a la oficina de telégrafos, cuando entró por la puerta un hombre al que reconoció de inmediato, se trataba del famoso José Martí. Varios de los clientes de la tasca se le acercaron y le abrazaron con entusiasmo. Sin saberlo, se encontraba en un bar rodeado de sediciosos que, de conocer su profesión, seguramente le hubieran dado muerte en ese mismo instante. La euforia de los clientes le ayudó en sus planes, uno de ellos se dirigió sin ninguna discreción al caudillo:

- ¡Señor, todo listo para partir esta noche! -En ese instante Hugo se fue del garito.

Por seguridad, al salir a la calle, miró a ambos lados. Llamaron su atención dos trabajadores del puerto, que se encontraban a unos dos metros, que miraban de forma algo indiscreta al interior del local. Mientras se alejaba, miró de reojo tratando de averiguar si aquellos le seguían a él o no, un minuto más tarde desechó todas sus sospechas.

Se encaminó nervioso hacia la oficina de telégrafos ¡Le quedaban apenas doce horas para detener la expedición! Preguntó al oficinista, que le confirmó que no había mensaje alguno para él; ¡la situación no había variado ni un ápice!

No tenía salida, le era imposible sabotear aquello. Desconocía otra manera para ponerse en contacto con su gente, y no podía salir de allí y arribar antes que los revolucionarios a Cuba. ¡La invasión se iba a producir y él, mientras, estaría en los Estados Unidos!

Una hora más tarde se acercó al hotel dispuesto a salir de allí y encontrar algún lugar donde embarcarse para regresar a la isla antes que las tropas invasoras. En el vestíbulo se cruzó con dos hombres que de nuevo llamaron su atención, se le fijaban bien las caras y por eso estuvo seguro de haberlos visto antes. De nuevo el sentimiento de sentirse observado, y por lo tanto en peligro, le invadió. Se sentó en el recibidor del hotel y los estudió con disimulo.

De entrada, sospechó que aquellas dos personas no podían ser de Florida, le llamó la atención la vestimenta que portaban, parecía inglesa. Su memoria le devolvió las caras de aquellos en otra situación y logró reconocerles. Estuvo seguro de que se trataba de los mismos hombres que unas horas antes aparecían en el puerto simulando ser estibadores. Aquellos que miraban con escasa discreción al interior del bar donde estaba Martí.

Sin dudarlo se dirigió a ellos:

- Perdones señores, ¿no nos conocemos? –preguntó en español.

Ellos, en un principio se vieron sorprendidos, un instante después le contestaron, hablaban con acento nordista, de Boston o Nueva York.

- No, señor, no recuerdo haberle conocido, lo siento –respondió el más alto de los dos, un hombre de unos treinta y cinco años, con pinta de haber visto de todo en su vida.

Hugo se dirigió de nuevo a ellos, ahora lo hizo en inglés.

- Yo creo que sí, algo me dice que ustedes y yo tenemos un negocio en común.

Los dos hombres intentaron zafarse de aquel extraño, él no se lo permitió.

- Su trabajo es parecido al mío –añadió. Eso logró que le mirasen de nuevo- Es más –continuó en inglés- incluso puede que yo mismo sea su cliente.

- Perdón, señor, pero no le entiendo, le ruego que nos deje. Le insisto en que no le conocemos –respondió de nuevo el mayor de ambos. El otro, bastante más fuerte, y armado, se dispuso a la espalda del hombre elegante- Nosotros no trabajamos para nadie.

- Perdone que insista. Me gustaría hablar con ustedes de forma ligeramente más discreta –concluyo con cierto retintín.

Los norteamericanos se miraron, el mayor de ambos hizo un gesto afirmativo a su compañero.

Se acercaron a un discreto bar dispuesto en el interior del mismo hotel. Se sentaron en una de las mesas y pidieron tres cervezas.

- Miren, señores. Yo estoy en este puerto por un asunto muy grave, que me atrevo a sospechar que tiene algo que ver con ustedes – no obtuvo respuesta alguna, supo que debía arriesgarse al máximo- Señores, sé que ustedes trabajan para una agencia de detectives, y que su labor es seguir los pasos de un cubano e informar a Nueva York de sus andanzas.

Los dos le miraron sorprendidos perdiendo su inicial compostura, luego se miraron entre ellos. ¡Hugo lo había logrado! Sus rostros no dejaban lugar a dudas, ¡había acertado!

- ¿Quién es usted? –preguntó el que parecía llevar la voz cantante.

- Miren, lo que les voy a confesar podría costarme la vida, no obstante no tengo otro remedio, ustedes son mi única salida.

- Perdone que le insista, ¿quién es usted?

Hugo notó que su corazón se aceleraba. Si aquellos hombres repetían lo que les iba a decir, al menos medio centenar de cubanos tratarían de darle muerte.

- Soy un oficial del ejército español destinado en Cuba –sus interlocutores, en este caso, no movieron ni un músculo de sus rostros

ante la confesión- Estoy aquí, para tratar de impedir que la persona a la que ustedes investigan organice una expedición para invadir la isla.

No hicieron comentarios, él prosiguió:

- Sé que ustedes pertenecen a la agencia Pinkerton de Chicago. Siguen e informan a su oficina de los movimientos del señor Martí, que esta mañana ha entrado en una taberna de los muelles. Supongo que lo sabrán, y si no es así se lo confirmo yo ahora mismo, que el cliente que paga ese seguimiento es el gobierno de mi país.

Bebió un poco de cerveza y esperó que hablasen, como no lo hicieron, continuó:

- Sé que esta noche el propio Martí embarca en uno de los tres yates que permanecen anclados en el puerto. En el interior de las embarcaciones hay un importante cargamento de armas y municiones, y en Cayo Hueso esperan casi un millar de hombres para ser embarcados.

- Aunque todo lo que dice sea cierto, incluido lo tocante a nosotros, no sé en qué le podemos ayudar. Por lo que nos dice, usted es un espía.

- Sí, es cierto, como lo es todo lo demás, incluido lo referente a ustedes. He tratado de ponerme en contacto con mi gente y no lo he logrado. Necesito que lo hagan por mí.

- Sigo sin comprender.

- Miren, ustedes pueden mandar un telegrama informando a su oficina de Washington lo que acabo de contarles. Desde esa oficina pueden avisar a la embajada española en Washington, que pagará generosamente la información a su empresa y sabrá como detener todo esto.

Los dos hombres le escrutaron, no estaban decididos del todo. Hugo sacó la faltriquera y de ella extrajo una importante cantidad de dólares de plata.

- De todo lo que tengo, sólo necesito lo justo para pagar el hotel y poder embarcar de regreso a Cuba una vez finalice este asunto. El resto es de ustedes… si hacen lo que les pido.

La visión del dinero doblegó definitivamente las últimas reticencias; una vez más, la codicia movía a los hombres.

Salieron del hotel y se acercaron a la oficina de telégrafos. Hugo permaneció separado de ellos para no levantar sospechas. Dos horas después tenían la contestación, la oficina de la capital informaría de inmediato a su cliente. España, sin duda, pagaría generosamente ese favor, los agentes de Fernandina recibirían una felicitación de su compañía y alguna otra ventaja con todo aquello.

Permaneció apostado en las inmediaciones del puerto acompañado por los dos hombres. Durante varias horas nada sucedió. El tiempo corría en su contra, si en una o dos no ocurría algo, la

expedición se pondría en marcha.

- Lo siento, señor –le consoló resignado el detective más fuerte, el que hasta aquel momento no había hablado- Me temo que hemos fracasado.

Hugo agradeció la frase con un gesto de su rostro. Se notaba abatido ante aquel desenlace, después de todo lo que había intentado para evitarlo.

En eso apareció Martí rodeado de varios de los suyos, al parecer se disponía a subir a una de las embarcaciones. Fue en aquel momento en el que comenzaron a oírse dos sirenas de barco, un instante más tarde aparecieron en las proximidades del muelle dos torpederos de la armada norteamericana. Al mismo tiempo, por las cercanías del puerto, se desplegaron varias unidades del ejército. Hugo sonrió, ¡lo habían conseguido!

Los soldados se movieron con rapidez y en pocos segundos rodearon a los cubanos. Los hombres de Martí comprendieron de inmediato qué sucedía y escondieron a su caudillo; unos segundos después, con disimulo, lo alejaban de la zona. Para entonces la pareja de detectives ya habían tomado el dinero de Hugo y desaparecido tras el cabecilla sedicioso. El oficial español contempló una escena que logró hacerle sonreír, ¡su misión había sido un éxito!

Aquella expedición logró abortarse el día ocho de diciembre y se le llamó el “plan de Fernandina”. A los rebeldes cubanos aquello les costó todas sus armas y más de cincuenta y ocho mil dólares que engrosaron las arcas estadounidenses.

Aquel fue el primer intento serio de atacar Cuba; unos meses más tarde se prepararía uno nuevo, que sí lograría cuajar en la isla.

Hugo permaneció dentro de los Estados Unidos dos días más. Una vez se hubieron dispersado los sediciosos, al fracasar el plan, él embarcó en un vapor en dirección a La Habana.

Al llegar a la capital se dirigió de inmediato a la capitanía. El coronel Mendieta le recibió de inmediato.

- Muchacho, no puedo proponerle para una medalla debido al tipo de operación realizada, pero de alguna manera este éxito constará en su expediente y solicitaré que se le proponga para un ascenso.

- Gracias, mi coronel.

Narró con detenimiento todo lo sucedido, incluido el problema con Antonio, que esa misma mañana averiguaron que se encontraba encarcelado en La Habana en espera de ser juzgado y seguramente ajusticiado por ladrón y polizón.

Por lo que les contó el negro una vez le soltaron, el sobrecargo le escondió durante la travesía y llegados a la ciudad le denunció como ladrón. Debido a su color de piel, y lo extraño de su forma de actuar, disponía de mucho dinero para ser un polizón, creyeron al oficial del

buque y no al clandestino, que insistía en que era inocente y que tenía que hablar con un capitán español. Durante todos esos días nadie le hizo caso.

Pasada media tarde, Hugo regresó a su casa. Uno de los sirvientes, al verle, mencionó su nombre, de inmediato se oyó un grito en el interior de la mansión. Un instante después, a la carrera, apareció su mujer. Su rostro aparecía envuelto en lágrimas por la emoción. Si bien le pareció bella, como siempre, notó que había adelgazado y que su maquillaje no lograba disimular las ojeras que se dibujaban cerca de su nariz.

- Hugo, cariño –le saludó al tiempo que besaba tenuemente sus labios- He sufrido mucho, Hugo. ¿Dónde estabas?
- Fuera, en una misión secreta. Lo siento –le dijo, al tiempo que le envolvía entre sus brazos. María Cristina lloró abiertamente.

Durante varios minutos permanecieron así, ninguno dijo nada, sólo se abrazaron.

A pesar de su estado de gestación, aquella noche hicieron el amor. Ella se entregó como nunca lo había hecho, él se sintió completamente pleno. Valoró sus sentimientos hacia ella, llegó a creer que realmente eran fuertes y sólidos, aunque no explosivos como sucedía con Margarita. Se castigó así mismo por pensar en la otra mujer incluso en aquella situación.

Capítulo 6º

¡FELIZ AÑO 1895!

María Cristina no disfrutó mucho de aquella primera navidad en la isla. Acostumbrada a España, la ausencia de frío y nieve, le hicieron echar en falta la península; además, no disponer de una mujer allegada en su situación, le entristecía.

Intentando agradarle, accedí a asistir a diferentes fiestas que tenían lugar por esas fechas en La Habana. Para celebrar la entrada del año acudimos a la más famosa de todas, la del Casino Principal. Nadie que desease ser considerado socialmente en La Habana dejaría de acudir a ella.

Dada su importancia, los asistentes lucían sus mejores galas, tanto mujeres como hombres. Yo vestía el uniforme de gala de los Húsares de Pavía; mi mujer, María Cristina, apareció despampanante con un precioso vestido azul claro que combinaba perfectamente con el color de sus ojos.

Cuando entramos despertamos los comentarios de gran parte de los presentes, en verdad formábamos una buena pareja. Departimos amigablemente con diferentes personas hasta que mi padre se nos aproximó y me robó a mi esposa para bailar con ella. Aproveché la situación para acercarme a un grupo de compañeros de armas, entre ellos se encontraba el capitán Ovelar.

- Hola, Hugo –me saludó, saltándose la disciplina y extendiéndome la mano. Yo le correspondí.
- Hola, Arnaldo. ¿Qué tal?
- Bien, comentando la situación con estos compañeros que han venido de Santiago –me respondió y acto seguido pasó a presentarme a aquellos. Se trataba de dos capitanes y un comandante destinados en la zona oriental de la isla. Por su uniforme, las bocamangas de color rojo le delataban, supe que uno de los capitanes pertenecía a la infantería de los voluntarios de Cuba.
- Bella mujer la suya, teniente –comentó galantemente el comandante Roberto Bermúdez, recién me lo presentaron.
- Gracias, señor.
- Ovelar me ha dicho que es usted un hombre muy valiente.

Creo que tuvo usted una importante intervención hace unas semanas –no especificó más, aquello me hizo suponer que los tres oficiales pertenecían también al servicio secreto.

- No fue nada, mi comandante.
- Creo que fue bastante, pero este no es lugar para comentarlo. Voy a estar una semana en La Habana, me gustaría que habláramos pasado mañana en el despacho del coronel Mendieta. ¿A las doce le iría bien?
- Sí, señor. A las doce en punto estaré allí.

Acordada la cita, a partir de entonces la conversación fue ligera y superficial.

Mientras yo conversaba con unos y otros, tanto militares, como criollos y hacendados, mi mujer disfrutaba bailando sin cesar. En varias ocasiones, cuando nuestras miradas se cruzaban, ella me sonreía, realmente María Cristina estaba enamorada de mí.

En una de sus vueltas, cuando por enésima vez sus ojos iban a coincidir con los míos, descubrí que su rostro se denudaba, algo que había visto le había logrado trastornar; nadie que no la conociera lo hubiera descubierto, pero yo sí.

Me giré con disimulo y miré en la dirección de sus ojos, los míos se encontraron con los de Margarita. Mi cerebro pensó con celeridad, la presencia de mi amiga alteraba profundamente a mi mujer, María Cristina había comenzado a sospechar mi atracción fatal hacia ella.

Nada más descubrirme, se me acercó. Una vez más creí encontrarme ante la mujer más bella y sensual del mundo, mi corazón volvió a latir con fuerza a cada paso que ella daba en mi dirección. Un instante después me besaba la mejilla y se me abrazaba.

- Hola querido, aún espero tu visita –apostilló con voz tenue, al tiempo que su mano apretaba cariñosamente mi brazo. Luego, con tono normal, añadió- ¡Mi buen amigo! ¡Hacía mucho tiempo que no te veía! –estampó dos besos en mis mejillas con naturalidad.
- Hola Margarita –respondí- ¡De verdad que ha pasado mucho tiempo! Jesús, ¿está contigo? –lucía un precioso y atrevido vestido rojo. Difícilmente podía encontrarse algo así en la isla, seguramente provenía de París y lo había adquirido su marido en los Estados Unidos.
- Sí, en el salón, haciéndose con una copa –respondió, su tono me sugirió que habían discutido- Saludo a los presentes y me vengo contigo, ¿vale? En cuanto tengamos un momento nos escapamos y charlamos tú y yo.

No dije nada, a varios metros vi de nuevo los ojos de mi esposa, otra vez aparecían tristes. Ella no se acercó y yo tampoco lo hice, la presencia de mi vieja amiga lograba distanciarnos. No sabía cómo podía intuir el riesgo de la rival, ante ella nunca había sucedido nada.

Por unos instantes pensé en hacer caso omiso a la invitación de Margarita, pero en cuanto se me acercó de nuevo deseché la idea. Con aquello, el primer día del año, herí el corazón de María Cristina.

Pocos minutos después se nos acercó Jesús, en su mano derecha llevaba una copa de champán francés; por lo que intuí, dentro de su cuerpo había varias más. A diferencia del mío, su aspecto había variado bastante en los últimos años. Yo me conservaba delgado y en buena forma, él, por el contrario, había engordado de forma ostensible y el pelo comenzaba a abandonar sus sienes. Aunque se trataba de un hombre tremendamente fuerte, estaba obeso, al menos pesaría 100 o 110 kilos.

- ¡Buenas noches, aguerrido soldado español! –exclamó al verme, Margarita le miró con desprecio- Hola –añadió con sonoro retintín, saludando a su mujer.
- ¡Estás borracho! –respondió ella.
- Ya lo sé, ¿y? Esta noche es para eso, ¿no? ¿Dónde está tu bella mujer, Hugo?
- Bailando, allí –le respondí, señalando la sala contigua.

Me miró, no sabía que les había pasado, pero la bronca había debido ser enorme.

- No le dedicas el tiempo suficiente, por el contrario, lo haces con mi esposa –estaba borracho y temí que en cualquier momento dijese una incongruencia por la que yo habría de ofenderme y enfadarme- Si no fueses mi mejor amigo, tendría que sospechar algo.
- ¡Puedes callarte de una vez! –le respondió Margarita enfadada.

La miró con fijeza, vi como contraía su puño derecho, por un instante creí que lo iba a descargar sobre ella, me preparé para evitarlo. La presencia de María Cristina y su cariñoso saludo logró disolver la tensión de la situación.

- Hola –dijo, al tiempo que besaba las mejillas de mi amiga primero y luego se volvía hacia Jesús- ¡Cuánto tiempo sin verte, Jesús! Hemos estado bastantes veces con tu mujer últimamente, pero nunca coincidimos contigo.

El hombre se giró hacia ella y le sonrió, una de las características de mi esposa era la de ser una persona absolutamente adorable.

- Tienes razón, y me entristece perderme tu compañía. Los negocios me hacen estar continuamente de viaje, la mayor parte de las ocasiones a los Estados Unidos.
- ¡Qué envidia! Me encantaría conocer Nueva York, dicen que es una ciudad enorme, mayor que Madrid.

Jesús se sonrió abiertamente, tomó a mi mujer del brazo y hablando con ella se acercó a la sala cercana. Unos segundos más tarde platicaban amigablemente, él continuaba bebiendo sin cesar. Margarita sólo aplazaba su problema, incluso luego podría ser peor.

Como adivinando mi pensamiento comentó:

- Siempre es igual. Si sigue así, esta noche se dormirá en cualquier lado y me dejará en paz.

No quise preguntar nada más, comprendí que su vida no debía ser muy feliz. Hasta ese momento nunca lo hubiera sospechado, en las otras ocasiones en que habíamos estado juntos siempre me habían parecido una pareja bien avenida.

No pudimos estar solos ni un momento en toda la velada, sentí sus labios sobre mi piel dos veces más aquella noche, una al cambiar de año, y otra al despedirnos; entonces sí me animó a visitarle:

- Tenemos que vernos, Hugo.

Afirmé con los ojos, sin emitir sonido alguno.

La siguiente semana hubo múltiples reuniones en capitanía y yo asistí a varias de ellas. De forma extraoficial se nos avisó que las tropas debían estar en alerta, se temía un inminente levantamiento. Gracias a Murillo, los muchachos acuartelados en el fuerte Carriles ya eran unos expertos jinetes; con el tiempo, aquellos formarían mi columna y deseaba que fuese la mejor. Entre los que habían sido destinados a otras unidades, y los caídos por alguna de las enfermedades que afectaban a las tropas, tales como la fiebre amarilla o el paludismo, sólo quedaban setenta hombres. ¡Unos estupendos setenta hombres!

Noté a mi amigo Javier Robles algo envidioso de mí; si bien aún teníamos la misma graduación, yo asumía muchas más responsabilidades que él. Por ese motivo, cuando a primeros de febrero llegó la orden para que uno de nosotros se acercase en misión a Pinar del Río, él solicitó encarecidamente la jefatura. Bernaola accedió sin problemas. La misión consistía en sacar de su madriguera a varios bandidos que acosaban sin cesar las plantaciones.

- Ten cuidado, amigo –le aconsejé pie a tierra, cuando él, subido en su caballo, mandaba formar a la columna.

Antes de responder me sonrió, se le notaba contento de poder cargar con aquella tarea.

- Tranquilo estimado Hugo, soy más listo, mejor jinete y mejor tirador que cualquiera de esos destripaterrones. Pienso darles caza y traerlos a todos presos a La Habana para que los ajusticien.

Me acordé del bandido Manuel García y una cierta intranquilidad se apoderó de mí, intenté hacerle partícipe de mis conocimientos:

- Hay uno que es especialmente peligroso, se trata de...

No me dejó terminar.

- Hugo, en esta ocasión yo llevo el mando, no pienso hacerlo peor que tú. Sé a quién te refieres, me lo contaste.

Comprendí que pensaba que lo infravaloraba.

- No lo dudo, sólo quería decirte que es un hombre muy

peligroso, mató a uno de mis hombres.

- ¡Te digo que ya lo sé! ¡Me lo has contado cien veces! –exclamó enfadado. No me gustó el tono, me llevé la palma de la mano derecha a la sien y le saludé militarmente.

- Suerte –me limité a responder, visiblemente cabreado. La sección, de treinta hombres, salió del fuerte en formación.

No supe nada de ellos en los siguientes diez días, al cabo de ellos recibimos un cable en el que nos explicaba que se dirigían al antiguo fuerte que se encontraba muy cerca de Viñales. En ese valle se encontraban las mejores plantaciones de tabaco de toda Cuba. Mi padre era socio de varias de ellas, de hecho, mi amigo Antonio, vivía en esa zona la mayor parte del año.

Durante la ausencia de Javier Robles, a mí me tocaron más guardias en el fuerte y aparecí mucho menos de lo habitual por mi casa. En alguna ocasión María Cristina se acercaba a visitarme en una volanta, comíamos juntos y luego regresaba. De Margarita recibí varias notas, me apremiaba a reunirme con ella. Le respondí por medio de gente de confianza, en ese momento me era imposible; en una de las respuestas le expresé mis ardientes deseos de estar con ella, creo que fue un gran error.

El día diez y seis de febrero recibimos un nuevo cable procedente de la zona de Viñales, no portaba buenas noticias. Bernaola me llamó a su despacho. Al entrar le vi preocupado, no me habló, simplemente me tendió el papel. Lo tomé y lo leí:

"Importante enfrentamiento con bandidos. Teniente Robles herido grave, unidad con veinte muertos".

¡Aquellas no eran malas noticias, eran horribles!

- ¡Por favor, capitán, déjeme ir! ¡Robles es mi amigo!

Me miró y permaneció pensativo, se le notaba afectado por la noticia, se trataba de sus hombres.

- Es arriesgado...

- Lo sé, señor, pero deseo ir. ¡Alguien debe proseguir la misión, señor!

- Bien, estoy de acuerdo, llévese a algunos hombres con usted.

- Así lo haré, partiré de inmediato –Bernaola afirmó con la cabeza.

Salí del despacho dando gritos y órdenes. El primero que acudió a mi lado fue el sargento Murillo.

- ¡Sargento!

- Mi teniente –respondió, cuadrándose a mi lado.

- Elija a diez buenos hombres con sus respectivas monturas y pertréchelos convenientemente para una larga marcha.

- ¿Cuándo partimos, señor?

- ¡Hace una hora! –le respondí, él comprendió el mensaje.

Una hora y media después los hombres estaban listos para partir, reconocí entre ellos a mis viejos camaradas del anterior viaje.

- Señor, los hombres están dispuestos.
- Gracias, sargento. Que monten, partimos de inmediato.

Me acerqué al despacho del capitán y le informé que salíamos en ese momento. Aproveché para solicitarle que enviase a alguien a mi casa e informase a mi mujer de mi urgente misión.

- No te preocupes, Hugo. Lo haré yo personalmente.

Aquella noche pernoctamos a cuarenta kilómetros del cuartel. Al día siguiente realizaríamos una larga marcha, atravesaríamos gran parte de la provincia de Pinar del Río hasta llegar a Viñales.

Anocheciendo nos instalamos en un almacén sito en uno de los cafetales de los hermanos Soroa. Se trataba de un puesto usado habitualmente cuando se iniciaba una expedición al extremo de la isla. La zona en la que nos encontrábamos comenzaba a conocerse con el sobrenombre de "Soroa". Todo ello se debía a que esos dos hermanos vascos, Lorenzo y Antonio Soroa, procedentes de Guipúzcoa, habían ido comprando poco a poco todos los ingenios cafeteros de la zona. Actualmente su imperio se extendía por más de tres mil hectáreas de fincas de café.

Si bien disponían de un pequeño ejército propio para defender sus instalaciones, otrora atacadas por los bandidos, siempre estaban encantados de tener a miembros del ejército español entre sus ingenios. Los dos vascos ponían a nuestra disposición un almacén y un granero para pernoctar, y todo el grano y alimento que pudiéramos necesitar mientras estuviéramos en su valle. A los oficiales, habitualmente, se les invitaba a dormir en una de las mansiones, en las que casi siempre había alguna fiesta o celebración. Yo, en esta ocasión, decliné el ofrecimiento, nuestra parada era puramente técnica para dormir y descansar; al alba emprenderíamos de nuevo la marcha. Seguramente, si nos dábamos una buena paliza, como yo tenía previsto, llegaríamos al anochecer del segundo día.

Los Soroa conocían mucho a mi padre, incluso habían hecho negocios con él en muchas ocasiones; cuando uno de sus encargados vino a vernos y a preguntarnos si necesitábamos alguna cosa, les envíe un saludo de su parte. Dos horas más tarde un grupo de jinetes con un carromato se nos acercó, portaban un banquete especial para los soldados del hijo de Don Hugo Martínez de Guzmán, con los saludos de Lorenzo y Antonio Soroa.

Una vez hubimos cenado, di las órdenes pertinentes para que se montase la guardia y los muchachos durmieran. Algunos de ellos estaban especialmente nerviosos, jamás habían entrado en combate; por el contrario, los que ya habían viajado conmigo, se les notaba tranquilos.

José Murillo, el sargento, se me acercó una vez hubo dispuesto la guardia. Era un hombre ordenado, marcial y valiente.

- ¡Sargento! –le dije al notar su presencia.
- Mi teniente, los chicos ya descansan.
- Muy bien, usted también tiene que retirarse y dormir un rato. Sabe que mañana será un día muy duro.
- Ya, lo sé. Quería hacerle una pregunta.
- Dígame.
- Se trata otra vez del bandido García, ¿no?
- Eso parece.
- Ese hombre es muy peligroso, y, por lo que dicen, en esta zona dispone de muchos hombres.
- Sí, eso tengo entendido. Espero que cuando llegue la hora sepamos enfrentarnos a él.
- Estos muchachos son buena gente -añadió, señalando con un gesto a los hombres que dormitaban- Alguno tiene miedo, pero cuando llegue el momento, estoy seguro de que no nos fallarán. Yo los he preparado.
- Esté seguro, sargento, responderán –afirmé tratando de dar seguridad a mi suboficial, que por lo visto lo necesitaba. Sonrió, me saludo y se alejó en dirección a la zona en la que tenía dispuesta su manta.

Al amanecer, el sargento Murillo puso en marcha de nuevo a la tropa. Antes de que se acercara al lugar donde yo reposaba, los ruidos de los hombres ya me habían despertado. Almorzamos algo de panceta de cerdo y café. Media hora más tarde iniciábamos otra vez la andadura.

Cabalgamos durante todo el día. Debíamos atravesar la sierra del Rosario para lograr descender al valle de Viñales; oscureciendo, lo logramos.

Nos acercamos hasta el pueblo y, una vez en él, nos encaminamos al fuerte. Después de presentarnos al oficial al mando, me acompañaron a uno de los barracones. Mi amigo Javier Robles estaba allí sobre un camastro, un médico intentaba ayudarle; al cruzarse mis ojos con los suyos comprendí que todo estaba perdido y que sólo era cuestión de tiempo.

Me agaché al lado del colega herido y mencioné su nombre al tiempo que tomaba su mano izquierda, la única que le quedaba, gran parte del brazo derecho lo había perdido en el enfrentamiento. Robles abrió sus ojos, no tenían vida, no hacía falta ser galeno para saber que aquel hombre se moría.

- Hugo –me dijo, con apenas un halo de voz.
- Amigo –intenté que no saliesen lágrimas de mis ojos, pero no pude.

- Tenías razón –su respiración se entrecortaba, intente evitar que hablase, pero él no me hizo caso- La carga de los mambises, Hugo...
- Descansa, amigo.

Me soltó la mano y señaló su brazo derecho ausente.

- Me lo quitó el jefe de ellos de un tajo –jadeó, su cuerpo se contrajo, seguramente un calambrazo de dolor lo recorría- Tenias razón. Creí ser mejor que los mambises y eso les costó la vida a mis hombres – las lágrimas aparecieron en su rostro, no lloraba por su vida, sino por la de sus soldados.
- Tranquilo.

Me agarró del brazo con fuerza y se incorporó un poco, en un último acto de vida.

- ¡Tienes que atrapar a ese cabrón! Es un ser sanguinario y cruel, mata por placer, como me avisaste –me limité a afirmar con la cabeza, por desgracia ya era tarde para darme la razón.
- Lo sé, amigo. Te prometo que le daré caza y, si no se entrega, yo mismo le daré muerte.
- Cuidado, Hugo, es traicionero y... –noté que se quedaba mudo. Sus ojos se abrieron al máximo y tiró de mi brazo hacia él en un último intento de aferrarse a la vida, supuse. Un segundo después noté que la presión de la mano desaparecía y que todos sus músculos se relajaban.
- ¡Médico! –grité. El doctor se me acercó, le tomó el pulso y se volvió hacia mí.
- Lo siento. Ha muerto.

En ese instante, sabiendo que ya ningún mal podían hacer, dejé a mis lágrimas salir sin ningún freno. Lloré amargamente, aquel que estaba a mi lado era un amigo además de un compañero de armas. Habíamos estado juntos de forma continua los últimos seis años. Me sentí profundamente triste, me acordé de María Cristina y la eché en falta, en esta ocasión me hubiera gustado tenerla a mi lado para que me confortara y ayudara. El recuerdo de Margarita ni siquiera se me pasó por la imaginación.

A falta de mi mujer alguien intentó consolarme apretando su mano sobre mi hombro, por el rabillo del ojo vi el color de su piel, no era blanco, sino profundamente negro. Me giré y descubrí el rostro afectado de Antonio Manchado. ¡De nuevo estaba a mi lado!

Más Tarde, cenando, uno de los cabos de la sección de Javier Robles, me contó lo sucedido.

Al parecer les habían emboscado en el valle de Viñales, cerca del cuartel. El teniente había dejado a un tercio de sus hombres en retaguardia a la entrada del valle; él, con una veintena, se había adelantado. Los de la retaguardia debían seguirles a una distancia prudente. De pronto apareció una partida de cinco negros que

dispararon contra los militares; la unidad al mando del oficial inició una persecución a galope tendido. Los mambises montaban bien y les mantuvieron la ventaja con facilidad. Dejaron de verlos al llegar a un mogote, una de las elevaciones de tierra típica de la zona y únicas en la isla. Se trata de unos pequeños montículos diseminados por el valle, de unos treinta metros de altura y de pequeña superficie, se encuentran poblados por una riquísima vegetación.

Cuando los españoles llegaron al mogote, lo rodearon creyendo que pronto caerían sobre su presa; para cuando descubrieron la trampa fue tarde. Escondidos tras la elevación se encontraban quince hombres más que abrieron fuego sobre ellos; al menos diez soldados cayeron de sus monturas. Una segunda descarga de las armas de fuego de los bandidos derribó a otros cinco, entre ellos al teniente.

En cuestión de segundos sólo seis españoles estaban en condiciones de luchar. Todos se reagruparon en torno a su oficial que, herido, daba órdenes sin cesar. Los mambises se subieron a sus monturas y se les echaron encima.

Montaban como verdaderos demonios, era tal la velocidad de sus caballos que atinarles no era labor fácil; para cuando los soldados se dispusieron a abrir fuego, ya los tenían encima.

Los negros llevaban en su mano derecha un machete. Varios de ellos lo descargaron sobre los hombres que permanecían en pie. El teniente, al parecer, hizo fuego sobre uno de los bandidos y le alcanzó en un hombro. En ese momento, el jefe de los mambises, el "principie de los bandidos", Manuel García, descargó su machete sobre su brazo cortándolo por encima del codo. El teniente Robles se quedó paralizado ante aquello, incapaz de reaccionar. Un instante después recibió una potente patada en la cara que lo derribó al suelo.

Los militares españoles fueron asesinados a machetazos uno tras otro, sin ningún tipo de piedad. Por las mutilaciones que hicieron a aquellos pobres soldados, la matanza debió ser una carnicería con la que debieron disfrutar.

Para cuando llegaron los demás soldados, prevenidos y dispuestos al combate, sólo permanecía el teniente con vida. Aquello era la última tortura, pretendían dejar vivo al oficial para que su conciencia le torturara, al tiempo lograban desanimar a la tropa que no confiaría tanto en sus mandos a partir de ese momento.

- Las heridas infringidas al teniente eran muy importantes y supusimos que no podría sobrevivirlas.
- Gracias, cabo –concluí. Acto seguido me dirigí al negro- Por favor, Antonio, localiza a la banda de ese energúmeno e infórmame, tenemos que atraparle de una vez.
- Lo haré, Don Hugo –fue su escueta respuesta, un instante después salía de la sala y se perdía en la oscuridad.

Durante los dos días siguientes cabalgamos sin cesar en busca de la pista de la banda de Manuel García. A altas horas de la noche de la segunda jornada regresamos al fuerte de Viñales. Los hombres estaban cansados así que ordené al sargento que les distribuyera en los barracones de inmediato, al amanecer saldríamos otra vez en su busca.

Al mando de aquel pequeño acuartelamiento se encontraba un viejo teniente chusquero, sus hombres se encargaron de realizar la vigilancia nocturna. De madrugada, el cuerpo de guardia dio la alarma, todos nos despertamos y tomamos las armas temiendo un ataque.

Al salir del barracón me informaron que un negro intentaba entrar. De inmediato comprendí que se trataba de Antonio y di orden de que le dejaran acceder al recinto.

- ¡Sé dónde están! –exclamó con nerviosismo, nada más verme- ¡A dos horas de caballo de aquí! Si nos damos prisa, podemos cazarles dormidos –por primera vez en mi vida le vi nervioso.
- De acuerdo –dije. Luego, en alto, llamé al sargento- ¡Sargento Murillo! –el suboficial apareció a nuestro lado – Ordené a los hombres que se preparen, ¡partimos de inmediato! ¡Hemos localizado a ese hijo de puta!
- ¡Bien! –exclamó él.
- Esta vez no se escapará, pagará todas sus maldades –aseveré.

Diez minutos después salíamos del fuerte, llevaba veinticuatro hombres, conmigo veinticinco. Todos portábamos una carabina Máuser de las nuevas, de las de 1892, arma alemana de muy largo alcance y enorme precisión; yo, además, llevaba el sable y mi revolver Smith & Wesson en la cintura.

Galopamos a oscuras durante bastante tiempo; las primeras luces del alba aparecieron cuando nos encontrábamos en una zona elevada del valle, gracias a ello pudimos contemplar algo único. La tenue luz de ese primer sol sobre Viñales, nos mostró el colorido y la belleza única de aquel lugar, juré que en otra ocasión volvería para experimentar de nuevo aquella sensación.

Al final de la zona elevada, Antonio hizo que nos detuviéramos, al parecer estábamos cerca.

- Se encuentran en esas dos chozas –comentó, señalando dos sencillas viviendas de veguero, debajo de nosotros, al fondo de la plantación.

Examiné la situación; debido a su localización, nuestro ataque por sorpresa se complicaba, seguramente por eso habían elegido aquel refugio. Las dos humildes casas se encontraban en la parte más extrema de la plantación, con una vegetación selvática a sus espaldas, correspondiente a las primeras estribaciones de la sierra de

Guaniguanico. Sólo podíamos atacarlas por delante, lo que podía provocar que fuésemos descubiertos antes de tiempo y gracias a ello que algunos de aquellos bandidos pudieran escapar.

Hable con el sargento y los dos cabos que me acompañaban, dividiríamos nuestras fuerzas en tres escuadras; Antonio, dos soldados y un cabo se internarían en la zona selvática para cazar a los que trataran de escapar.

Nos desplegamos. Antes de que estuviéramos todos en posición, uno de los vigías de los caballos sintió algo raro y dio la alarma. Ante eso, nos abalanzamos sobre la casa de inmediato, aunque no lo suficientemente rápido como para evitar que algunos bandidos se hiciesen con sus armas.

Hubo varios disparos, uno de los míos cayó, pero a cambio vi sucumbir a varios enemigos. Los bandidos portaban antiguas carabinas Remington de un solo tiro, inferiores en potencia a nuestras Máuser con cargadores de cinco cartuchos. Durante tres o cuatro minutos disparamos a discreción, nuestra rapidez de disparo se impuso. Ordené un alto el fuego al descubrir que desde una de las casas se enarbolaba una bandera blanca.

- ¡Salgan con las manos en alto y en fila de uno a uno! –grité desde mi posición, a unos treinta metros de la puerta.

Los bandoleros obedecieron y comenzaron a salir. Se trataba de hombres de mediana edad, con aspecto de pordioseros, aquellos no parecían gentes que vivieran de atracar y matar para enriquecerse. Cuando tuvimos delante de nosotros a quince de ellos di la orden de acercarse a tres de mis soldados; los demás permanecimos atentos, encañonando a los prisioneros.

Lo que ocurrió en ese instante no se pudo evitar. Mis hombres conocían lo ocurrido a sus compañeros unos días antes y tenían mezclados sus sentimientos: por un lado, les atenazaba el miedo a morir; por otro, la venganza por los caídos

Sonaron tres disparos, que en principio nadie supo de donde procedían, eso hizo creer a mi gente que les atacaban y, sin pensárselo dos veces, abrieron fuego sobre los hombres que acababan de rendirse. Diez de ellos cayeron muertos y el resto heridos.

- ¡Alto el fuego! –grité, un instante después se detuvo el tiroteo- ¡Que nadie dispare! –insistí.

En eso sonaron otras dos detonaciones. Ahora sí supimos de donde procedían, ¡de la zona selvática! ¡Del lugar en el que se encontraba Antonio!

- Sargento, miré si algún prisionero continúa con vida –le ordené, al tiempo que me subía en un caballo y me dirigía a la parte trasera de la casa.

Oí ruido de cabalgaduras alejándose. Al llegar vi que uno de mis

hombres yacía muerto y los otros dos, a su lado, parecían heridos. Salté de la montura.

- Señor –me habló uno de los heridos, no parecía nada serio, un rasguño en una pierna- Han sido dos hombres. Se habían rendido y nos han mentido. Antonio dice que uno es el jefe.
- ¿Dónde? –llegué a preguntar.
- Han ido en aquella dirección –con su dedo me mostró el interior de la espesura - El negro les sigue –me aclaró.

Examiné por encima al otro muchacho y tampoco me pareció una herida grave, le habían alcanzado la pierna sin tocar el hueso. Monté de nuevo en mi caballo. Antes de alejarme les di una orden.

- Acérquense a la parte delantera, ya no hay peligro. Diga al sargento que voy tras ellos, que asuma el mando.
- ¡A la orden, señor! –me respondió el primero de los dos.

Apreté mis piernas contra el lomo del animal logrando que se pusiera en marcha. Nada más adentrarme en la parte espesa, comprendí que por allí ni los mambises podían galopar. Durante media hora avancé lo más rápido que pude, las ramas rotas y las huellas, visibles fácilmente en aquella tierra húmeda, me señalaron el camino seguido por los que me precedían.

Mantuve la persecución en silencio por espacio de una hora, cada vez las huellas de cascos me parecían más frescas, en eso sonó un disparo y luego otro. Espoleé a mi caballo y, enarbolando mi revolver, me encaminé hacia el lugar del que procedía la detonación.

No había recorrido más de cuatrocientos metros cuando me encontré con el cuerpo de uno de los bandoleros, tenía un tiro a la altura del corazón. Estaba muerto.

Unos metros más adelante descubrí una mancha de sangre, la seguí y poco después me topé con la entrada de una gran cueva. Salté del caballo y me adentré en ella.

Debido a la espesura de la selva la luminosidad en ella era escasa, eso hizo que mis ojos se acostumbraron pronto a la penumbra. Avancé unos veinte metros y vislumbré el cuerpo de Antonio tendido en el suelo. En un principio creí que estaba muerto.

- ¡Antonio, Antonio!

Aquel rostro negro abrió levemente uno de sus ojos, pero no dijo nada; su brazo izquierdo tenía un balazo, aunque no parecía serio.

- ¡Antonio! ¿Estás bien? –le insistí, él no respondió.

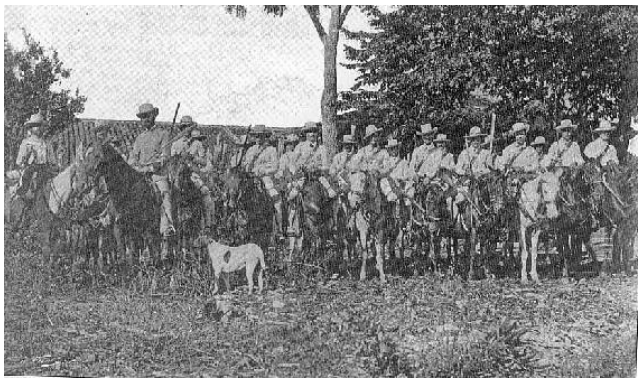
Iba a hablar de nuevo, cuando noté que mi amigo movía su brazo derecho con rapidez y me apuntaba con un revolver; antes de que yo lograra reaccionar, Antonio me apartó con su mano izquierda herida e hizo fuego.

El estampido fue tan cercano que logró dañar mis oídos. Me giré de inmediato sin comprender nada, fue entonces cuando descubrí a un

hombre que se derrumbaba a mi espalda y caía de bruces, enarbolando un machete en su mano derecha. Antonio esperaba el ataque de aquel asesino y me había usado a mí de cebo.

Reaccioné y me incorporé. Armado y con cierta prevención, me aproximé al cuerpo y comprobé que estaba muerto, el disparo de Antonio había perforado su cráneo entrando por medio de los dos ojos.

- Gracias, me has salvado la vida.
- O usted a mí, señorito Hugo. Sin su presencia, seguramente me hubiese matado sin acercarse –respondió él, al tiempo que sonreía. Antonio había cumplido su promesa de meses atrás y estaba orgulloso.



La caza del "príncipe de los bandidos"

De esa manera, el 24 de febrero de aquel año de 1895 creí que había participado en una fecha clave y que pasaría a la historia. Desconocía aún que realmente aquel día sí iba a pasar a los anales, pero no debido a mi acción, sino a otro motivo. En esa misma jornada, en tres zonas diferentes de la isla de Cuba, se producía un levantamiento armado contra el orden establecido. Aquel 24 de febrero de 1895 tuvo lugar "el grito de Baire", se trataba del inicio de la revolución contra la ocupación española, del inicio de la tercera y definitiva guerra contra España.

Capítulo 7º

¡COMIENZA LA GUERRA!

Una vez logré coger los cuatro caballos y cargar en ellos a los dos muertos y a Antonio, me dirigí hacia el cuartel de Viñales. A medio camino me topé con una escuadra que había salido en mi búsqueda. Me alegro encontrarlos.

Cuando llegamos al fuerte hubo vítores y celebración. Los hombres se enorgullecieron de haber participado en el final de aquel sanguinario bandido, y de paso, con ello, vengar la muerte de sus compañeros caídos.

El teniente al mando de la pequeña fortificación aparecía serio, en un principio creí que se debía a la envidia por mi triunfo, luego descubrí que nada tenía que ver. Una vez me saludó, me invitó a que entrase en su despacho. Fue allí donde me mostró el último cable recibido:

- "Teniente Martínez de Guzmán regrese urgente al acuartelamiento. Levantamiento sedicioso en Santiago, Matanzas y La Habana. En principio abortado en la capital. Ordenamos regreso inmediato. Teniente Carazo diríjase a Pinar del Río en espera de órdenes".

Ambos nos miramos, ese cable no traía buenas nuevas. El teniente Carazo, seguramente para animarme, habló de tiempos pasados.

- Tranquilo, ya les hemos vencido otras veces, sólo se trata de cuatro muertos de hambre. Será como la guerra chiquita –concluyó. No puso el ejemplo de la de los diez años, ese hubiera sido un recuerdo poco animoso.

Pasados unos días, ya en La Habana, descubrí que esa era la idea imperante en nuestro ejército. Hasta varios meses más tarde, muchos engreídos oficiales españoles pensaron que aquello era un pequeño levantamiento de unos pocos, que finalizaría sin mayor esfuerzo. Me temo que se equivocaron de plano.

Dos días después, al anochecer del veintiséis de febrero, cumpliendo las órdenes recibidas, llegábamos a nuestro cuartel en Santiago de las Vegas. Portábamos con nosotros el cuerpo del bandido.

Nuestra misión había sido un rotundo éxito y ese orgullo interior

se notaba en mis hombres. Yo estaba relativamente apesadumbrado por las noticias, aun así, en el fondo, también estaba encantado.

Cuando llegué a casa salió a recibirme mi mujer con la misma ilusión de siempre. Noté que su tripa había comenzado a engordar, el traje que llevaba iba más suelto en la cintura para remarcar menos ese detalle. La ilusión al verme se volvió a dibujar en su rostro. Yo también me alegré de estar de nuevo a su lado y creo que se me notó. Me condujo al salón, nos sentamos y mientras bebíamos una limonada fría, le pedí que me contara lo sucedido.

- No sé grandes cosas, cariño. Por lo que me dijeron, han detenido a un tal Julio Sanguilly y buscan a un hombre que se llama Juan Gualberto Gómez.

- Ya –no añadí nada, pero yo sabía quién era el tal Gómez. Se trataba de un conocido periodista independentista de la capital. Hacía ya tiempo que mis amigos del servicio secreto le tenían vigilado- De todas maneras, mañana preguntaré en Capitanía, debo ir a primera hora.

- He pasado esta mañana –añadió con la alegría de una niña, estaba claro que mi presencia le daba vida- y se notaba muchísima actividad, bastante más de la habitual –hice un gesto de comprensión dada la situación, y ella prosiguió- Por toda la ciudad se ven patrullas militares. El puerto está guardado por dos barcos grandes y hay corrillos comentando cosas por todos los sitios.

Intuí que, como mi esposa, muchos estarían casi encantados del levantamiento. En una ciudad como La Habana, segura e impenetrable, aquello daba motivo de comentario y conversación de corrillo y café. Seguramente ninguno pensaba que aquello pudiera traer mayores problemas que cuatro o cinco pequeñas escaramuzas de nuestro glorioso ejército con aquella chusma de los independentistas, a fin de cuentas, cuatro muertos de hambre.

Por la mañana, con el amanecer, me dirigí a capitanía. En el despacho del coronel Mendieta me reuní con otros oficiales, allí no se respiraba el clima de euforia y tranquilidad del resto de la capital.

Tanto el coronel, como los demás me saludaron con sincera camaradería; estaban interesados en que les contara mis andanzas casi tanto como yo en que me comentaran la situación actual.

Visto que ellos eran más, comencé a relatarles la ”cacería” del famoso bandolero. Salió a relucir la participación de Antonio y todos se acordaron del negro que me ayudara en mis correrías por los Estados Unidos. Traté de ser breve, tanto en el relato, como al contestar a sus preguntas. Una vez finalicé, les pedí que me describieran lo sucedido y la situación actual.

- Bueno, supimos de la insurrección un día antes, gracias a ello pudimos detener a dos de los jefes del levantamiento en la zona de

occidente –comenzó a contarme Arnaldo Ovelar- Se trata de José María Aguirre de Valdés, y de Julio Sanguilly, que, por lo que nosotros sabemos, se trata de un espía americano, aunque no lo podemos demostrar. Me temo que como tiene pasaporte americano, será difícil juzgarle –añadió de forma premonitoria. El juicio de este sedicioso fue uno de los importantes enfrentamientos entre España y los Estados Unidos, que condujeron a fomentar su posterior intervención.

- ¡Eso sería el colmo! –exclamó furioso Ramón Mendoza- ¡Sabemos que es un espía y debíamos fusilarlo!

El coronel se limitó a sonreír, conocía las enormes diferencias de carácter de sus dos oficiales y en el fondo le hacían gracia. Mendoza era un hombre valiente, atrevido, con iniciativa, dispuesto e improvisador, pero tremendamente visceral, lo que en muchas ocasiones iba en contra de su trabajo actual. Ovelar, por el contrario, era discreto, paciente, concienzudo, pero menos "hombre de acción".

- Me temo que será así, estimado Ramón –le respondió Mendieta, zanjando la cuestión.

Ovelar continuó:

- Sabemos que al frente de toda la zona occidental estaba Juan Gualberto Gómez, pero se nos ha escurrido entre los dedos. Hubo ciertas reticencias en capitanía –añadió, haciendo referencia al gobernador Calleja y a su pasividad inicial- y para cuando se dio la orden, el pájaro había volado.

- ¡Hombre, una buena noticia es que aún tenemos localizado a Martí! –intervino el coronel- Mientras no se acerque a Cuba debemos pensar que la verdadera revolución no ha comenzado.

Miré a Ovelar y comprendí de inmediato que no estaba en absoluto de acuerdo. Debía obediencia a su coronel y mantenía la disciplina, pero no coincidía en sus apreciaciones.

- A Maceo lo tenemos perdido, estaba en Costa Rica y creemos que aún sigue allí, pero no lo hemos podido confirmar –añadió Mendoza.

- El capitán General Calleja va a decretar hoy en Oriente el estado de guerra. Hemos tenido varios pequeños enfrentamientos. Un tal Pedro Pérez, un independentista que escapó de la cárcel de Santiago, está al frente de varias partidas. Una de ellas, la que manda alguien que se apellida Tudela, apenas una docena de hombres, atacó el 24 el fuerte de Jatibonico, un pequeño acuartelamiento con un cabo y seis hombres y lo tomó. Esa nimiedad les ha dado alas y hemos de cortarlo cuanto antes.

En toda la conversación yo no había dicho nada, me limitaba a afirmar con la cabeza, suponía que al final recibiría una orden.

- Toda la zona oriental es peligrosa. Ya lo fue en la de los diez años –añadió el coronel- Ahora ha sido la zona de Baire donde ha

comenzado, pero se le ha sumado de inmediato toda la provincia de Santiago, allí hay muchos sediciosos.

Ovelar nos ofreció una bebida fría, me miró e hizo la petición que suponía me querían hacer.

- Querido Hugo, no es imprescindible y comprendemos que acabas de regresar de una misión peligrosa y que abusamos de ti, pero nos encantaría que nos ayudases.

Todos me miraron, me conocían ya lo suficiente como para leer en mis ojos. De entrada, no miré a ninguno de ellos, dudaba, suponía que la nueva misión me volvería a alejar de casa y por tanto de mi mujer y la tranquilidad habanera. Por otra parte, yo estaba en el ejército para eso, en aquello consistía mi trabajo.

Miré al coronel tratando de averiguar hasta cuanto de importante era la misión. Mendieta tenía unos bonitos ojos grises, acostumbrado por su trabajo, mantenía una firme mirada y apenas parpadeaba. Le contemplé un instante e intuí que la misión era peligrosa y necesaria, miré a los otros dos y hablé:

- ¿De qué se trata?

Creo que todos respiraron. Debido a la confianza que tenían depositada en mí, sospechaban que no les iba a decepcionar.

Me explicaron con detalle en qué consistía el trabajo. Ramón Mendoza quería acompañarme, aunque la mayor parte del tiempo trabajaríamos separados. Por supuesto, como siempre, aprovechando mi acento vernáculo pretendían infiltrarme en las filas de los sediciosos.

- Sólo necesitamos unos cuantos detalles, algo que nos permita atajar este levantamiento cuanto antes –me decía Ovelar- Seguro que en pocos días estás de vuelta.

- No creo que sea así y lo sabes –terció de nuevo Mendoza- Al menos estaremos fuera mes y medio. Tienes esposa y puedes negarte, buscaríamos otro y seguro que encontramos a alguien.

Casi me ofendió aquella frase, supongo que en eso consistía la trampa de los dos oficiales.

- Iré de todas maneras, soy un soldado y obedeceré las órdenes como cualquier otro.

Ahora me doy cuenta de lo joven que era.

- Bien –concluyó por fin el coronel- Saldrán ustedes dentro de tres días, les acompañarán cuatro hombres de confianza, todos deben ir sin uniforme. Usted, Hugo, será lo que es, un cubano e irá sólo acompañado por un hombre. Los demás intentarán seguirle y ayudarle en caso de necesidad.

- ¡A la orden, señor!

- Usted, Mendoza, establecerá un sistema de correo para que el teniente pueda comunicarse. La información le llegará a usted que la

reenviará aquí a la mayor brevedad; nosotros se la pasaremos a la capitanía general. Trabajarán solos, ni siquiera sus compañeros de armas en oriente deben conocer su presencia.

Se interrumpió un momento y nos miró a ambos. Desde que empezara a hablar permanecíamos firmes, aquello ya no era una conversación relajada, sino las órdenes de una misión, dichas por todo un coronel.

- Señores, tengan cuidado, les quiero a todos de vuelta aquí –finalizó con un gesto de cordialidad.

Aquella noche salí a cenar con mi esposa, no tuve valor para comentarle nada, fue una agradable velada que no quise enturbiar. María Cristina estaba hermosa y resplandeciente por la felicidad, no calló ni un instante. Me contó los cambios habidos en nuestra casa y de los que yo ni siquiera había sido consciente. Comentó cómo muchos días paseaba con mi padre y que gracias a ello podía alardear de conocer La Habana y los alrededores casi mejor que yo. Pasada la media noche, encantados, nos levantamos y nos dispusimos a regresar a casa.

El cambio en el rostro de mi mujer al enfilar la salida del casino me hizo girarme para saber qué ocurría. Una vez más mis ojos descubrieron a Margarita, iba acompañada por dos oficiales, dos comandantes, y estaba despampanante. Al vernos se acercó sonriente, primero besó a mi mujer en la mejilla.

- ¡Querida que bella te veo! –le dijo- Hacía ya varios días que no nos veíamos.
- Sí, tienes razón.
- Hola, Hugo –añadió, volviéndose hacia mí y estampándome un tenue beso en la mejilla. De nuevo su olor y el roce de sus labios lograron alterarme. En un tono casi inaudible me recriminó "aún estoy esperándote"; luego, con voz normal, prosiguió- ¡Debes ser el militar que más trabaja de la isla! ¡Siempre que pregunto por ti, no estás!

Sonreí ante esa forma suya de expresarse, después de todos aquellos años apenas había cambiado en algunas cosas.

- Pues sí. Tu bien sabes que siempre he sido muy trabajador.
- ¡Qué te traerás entre manos! He oído que hay cubanitos malos que quieren pegarse con vosotros.

No dije nada.

- No te pongas así, es broma –ahora utilizaba un tono serio- He oído que ha habido un levantamiento en Santiago.
- En la provincia, no en la ciudad –le aclaré- Es poca cosa –añadí, tratando de no darle importancia.
- Bueno, veo que estáis de velada de enamorados y a mí me esperan –miré y vi que los dos oficiales ya no estaban, seguramente le esperaban dentro- ¡Iré a visitaros! –cuando María Cristina comenzó a

andar miré a Margarita, ella me devolvió la mirada y me guiñó el ojo, de nuevo la incertidumbre y el deseo alteraron mi bienestar.

El resto de la noche ya no fue igual, yo me apagué un poco y María Cristina se sumergió en su estoica tristeza. Tal vez uno de los males de nuestra relación estaba ahí, ella no se atrevía a reñir, temía perderme, y debido a ello mantenía con estoicismo cualquier contratiempo.

No hicimos el amor, debido por un lado a la situación creada por el encuentro con Margarita, y por otro a su estado, algo le incomodaba, no estaba del todo bien.

A la mañana siguiente me levanté tarde, tenía permiso para ausentarme del servicio debido a mi nueva misión, extremo que mi esposa desconocía. Al observar que no me incorporaba a mi acuartelamiento, intuyó que algo sucedía.

Apareció por el jardín cuando yo comenzaba a desayunar.

- ¿Te vas otra vez? –sus ojos expresaban languidez, eran como los de un animal triste o herido.

Afirmé con la cabeza. Me sentí mal.

- Me han ordenado... –comencé, ella me interrumpió.
- No necesitas darme explicaciones, sé que me casé con un militar y que tu vida es así.

De nuevo sentí amor por ella. Su comprensión ante la situación, seguramente simulada, me hacía sentirme mejor, con menos sensación de culpa y traición.

- No sé cuánto tiempo voy a estar fuera –le confesé.
- ¿Me escribirás?
- Si.

Se acercó a mí y se arrellanó entre mis brazos como un gato.

- Te mandaré recados de cómo estoy. Si puedo, también algún telegrama.
- No te dejes matar, Hugo. Te quiero y te necesito.
- No te preocupes, no es fácil acabar con tu marido –bromeé.

Un minuto después ella se reincorporó.

- ¡Venga, desayuna! ¡El café se te va a quedar helado! –después se ausentó en busca del ama de llaves, con la que ya se llevaba a las mil maravillas. ¡Como con todo el mundo!

Esa tarde hablé con el sargento Murillo, quería que él fuese mi hombre de confianza. Aquel extremeño nunca podría pasar por cubano, pero sí por un jornalero cualquiera. Le expliqué lo poco que sabía de la misión, no le hizo gracia renunciar a su uniforme, pero me respondió afirmativamente.

- Mi teniente, ¡con usted yo voy donde ordene!
- Gracias, José, gracias. Saldremos mañana en el tren. Nos reuniremos en la estación a las tres; recuerde, sin uniforme y sin

armas.

- Allí estaré, señor.

Aquella noche, después de cenar, María Cristina y yo charlamos en el porche, nos acompañaba mi padre.

- Hugo –me dijo él.
- ¿Sí?
- He hablado con tu esposa y, si no tienes inconveniente, creo que sería bueno que se viniera a casa mientras estás fuera.
- Me parece bien –contesté.
- La ciudad está agitada. Aunque se diga que esta revuelta es poca cosa, no sé, la gente no está tranquila.

Me parecía prudente la opinión de mi padre, en muchas ocasiones el pueblo es más consciente de los peligros que aquellos que tienen la obligación de conjurarlos.

- Estoy de acuerdo, en tu casa estará más protegida.
- Así me parece.

Ella se levantó y se ausentó, supuse que a confirmarle al ama de llaves que al día siguiente se trasladarían. Aquella ausencia la aprovechó mi progenitor para interrogarme.

- ¿Qué pasa realmente, hijo?
- No sé gran cosa, padre.
- Antonio me contó lo de vuestra misión en Pinar del Río y esa locura norteamericana. ¿De qué se trata ahora?
- Nada importante, padre, sólo una salida hacia la trocha.

Me miró fijamente a los ojos. Desde pequeño había utilizado esa técnica para conocer la verdad, sabía que no podía mentirle cuando me hacía eso.

- Vale, ya supongo que no debes informarme de algunas cosas, pero me preocupa tu situación –antes de que yo pudiera intervenir, él continuó- Sabes que me informo bien, y mañana no sale ningún destacamento en dirección al oriente. ¿Me puedes explicar que es lo que estás haciendo?
- No, padre, no puedo.
- De verdad, Hugo, ¿se trata de un asunto militar?
- Sí.

No me interrogó más y yo tampoco le informé más. No me hacía ilusión tener a mi familia en esa ignorancia. Por suerte, María Cristina no sabía nada de todo esto, de otra manera hubiese sospechado lo peor.

Aquella velada se continuó en nuestra alcoba. Esa noche sí hicimos el amor y además con apasionamiento. Desde que residíamos en Cuba, la pasión de mi mujer había variado. Si bien al llegar se trataba de una mujer melindrosa y ciertamente pasiva, ahora me encontraba ante una persona activa, sensual y fogosa; supuse que los

aires caribeños tenían la culpa.

Me encontré con José en la estación, como yo, iba discretamente vestido. Miré a mí alrededor y descubrí a Mendoza con sus dos hombres, tampoco portaban distintivo alguno de su pertenencia al ejército, es más, vestían con ropas blancas de algodón de las utilizadas por los trabajadores de las plantaciones. Sentí ciertas ganas de reír al ver a semejante oficial vestido de aquella guisa, pero me aguanté.

Nos sentamos en un compartimiento y esperamos a que el tren se pusiera en marcha. En principio yo sería un joven criollo y él un ayudante.

El viaje en ferrocarril me trajo recuerdos de mi juventud: unos gratos, como el primero de mis dos viajes a la finca de Margarita, y otros decepcionantes y deprimentes como el segundo.

En esta ocasión nada tenía que ver, se trataba de una peligrosa misión militar. Debíamos averiguar dónde estaban, cuantos eran y de qué pertrechos disponían aquellas fuerzas rebeldes del oriente. Para recabar esa información tendríamos que acercarnos bastante, si uno de los sediciosos descubría nuestra verdadera identidad, podíamos darnos por muertos.

Durante gran parte del viaje tuvimos compañía en el compartimiento, cerca ya del paso de la trocha logramos quedarnos solos.

- Sargento, recuerde, ya no pertenecemos al ejército.

No dijo nada, sólo afirmó moviendo la cabeza.

- Cuando pasemos la trocha, habida cuenta de la situación, seguro que alguno de los soldados nos interroga. Le pido, por favor, que no se altere y lo eche todo a perder.
- No se preocupe mi teniente.
- No, José, mi teniente, no. Llámeme Don Hugo si quiere, pero nunca mi teniente.
- Sí, señor, así lo haré.

Según nos fuimos acercando a la trocha comenzamos a ver numerosas tropas, me sentí orgulloso de pertenecer a ese ejército, a los muchachos se les notaba alegres, disciplinados y ordenados. Con el paso de los meses mi opinión cambió de forma radical. Un año después, aquellos mismos soldados estaban desanimados, enfermos y mal pertrechados, ... pero en aquel momento no era así.

Como suponía, al llegar al Ciego de Ávila, ciudad que se encuentra en la mitad de la trocha que va de Júcaro a Morón, varios soldados subieron a los vagones y pidieron la documentación a la gente.

Cuando llegaron hasta nosotros nos levantamos, para entonces en nuestro departamento había otros tres señores, seguramente cubanos. Los militares, dos muchachos de no más de veinte años, jóvenes reclutas que no debían llevar más de tres meses en la isla, nos

solicitaron la documentación. Sin alterarnos les mostramos nuestras identificaciones falsas, elaboradas en la misma capitanía general.

- ¿Dónde se dirigen ustedes?

Me adelanté al sargento y contesté:

- Vamos a Puerto Príncipe.
- El motivo, ¿cuál es? –volvieron a interrogarme. Noté un ligero tono prepotente, temí que José saltase y les pusiera en su sitio.
- Si no nos explica el motivo de su viaje, no podrá continuar –aclaró el segundo.

Noté que Murillo comenzaba a ponerse nervioso, aquellos dos chicos brillaban por su falta de educación.

- Soy dueño de varias fincas en Pinar del Río y me dirijo a Puerto Príncipe para hacerme con unas cuantas cabezas de ganado.

En ese momento entró un cabo primero.

- ¿Ocurre algo? –consultó a sus hombres.
- No, señor, preguntábamos a estos hombres.

Nos miró y repitió el mismo interrogatorio.

- No entiendo por qué me preguntan tanto ustedes, soy un simple ciudadano que hace un viaje dentro de la isla.
- Sí, lo que pasa es que estamos en guerra, ¿sabe? Al parecer hay un grupo de criollos cubanos, como usted –añadió despectivamente- que quieren levantarse contra España.
- Yo soy leal.
- Está bien –respondió al fin- Pueden seguir.

Un instante después los tres soldados salían del departamento aquel, nosotros nos sentamos con cierto mal sabor. Los tres compañeros de vagón nos observaron con detenimiento, uno de ellos hizo un discreto comentario:

- Algún día esto se acabará –afirmó, yo aseveré con la cabeza, pero no añadí nada. Los tres cubanos se sonrieron y tampoco comentaron palabra alguna.

Continuamos el viaje casi una hora más tarde.

Desde Ciego de Ávila hasta Puerto Príncipe se extendía una enorme explanada. Aquella provincia se dedicaba casi en exclusivo a la ganadería y a la agricultura, sus ingenios eran famosos y muy ricos. En tiempos pasados estuvieron plagados de esclavos.

Desde la trocha hasta Guantánamo, históricamente, hubo mayor utilización de esclavos. Seguramente, debido a eso, el sentimiento rebelde y sedicioso estaba más inserto en parte de su población. Yo, en mi ignorancia y juventud, no veía motivo alguno para rebelarse contra la metrópoli, apenas me había enterado de las injusticias que aún sucedían. En mi cabeza no cabía la simple idea de que la isla quisiera gobernarse a sí misma.

Atravesamos las grandes explanadas contemplando fincas e

ingenios de enorme riqueza, ya entrada la noche llegamos a Puerto Príncipe.

La ciudad nos recibió acogedora, como siempre.

Aunque su nombre expresa una idea, realmente engaña, se trata de una capital de interior, el mar se encuentra a más de sesenta kilómetros.

Puerto Príncipe, en algunos momentos conocida como Camagüey, fue una capital marítima hasta que sus pobladores, allá por el año 1530, cansados de los ataques y pillajes piratas, la asentaron en su emplazamiento actual. Impresiona y sorprende, se le nota poderosa y rica debido a su floreciente comercio.

Paseamos por sus calles buscando un hotel que yo ya conocía, José, a mi lado, marchaba epatado ante la belleza de aquel lugar.

- Ya veo que le gusta, José.
- Sí, señor. En Badajoz, la capital cercana a mi pueblo, Quintana de la Serena, no hay edificios tan altos y bonitos –me respondió, intentando explicarse.

No quise aclararle que aquella urbe era mil veces más rica que la suya. De nuevo me encontré ante una vieja situación, los españoles que llegaban a Cuba, por lo general, pensaban así. Para ellos una colonia, en principio, era algo inferior, sospechaban lo mismo de sus habitantes. Como consecuencia de esa ignorancia, en Madrid se habían tomado en muchos casos medidas injustas que afectaban a la vida de muchas gentes. Aranceles excesivos, monopolios comerciales, falta de representación política y otros muchos aspectos que seguramente nos habían abocado a aquella guerra que al parecer se nos avecinaba.

Las bellas, ricas y enrevesadas calles de la ciudad casi lograron que nos perdiéramos, al final logramos llegar a nuestro destino.

Nos encontrábamos registrándonos en la recepción, cuando sentí que alguien tapaba cariñosamente mis ojos y no emitía palabra alguna. No tuvo que hacerlo. Aquel olor, inconfundible para mí, me informó que la persona que hacía aquello no era otra que Margarita. Dije su nombre en alto y me giré de inmediato.

- ¡Margarita!
- ¡Hola!
- ¿Qué haces tú aquí, en Puerto Príncipe? ¡Qué alegría verte! –añadí, no dejándole responder.
- Hola –repitió ella, con una amplia sonrisa en su boca- Ya ves, camino de Santiago –añadió.

Me giré hacia mi acompañante y traté de presentárselo.

- Mi acompañante es...
- Ya lo conozco, no recuerdas, ¡le conocí en Trinidad! –alargó su mano hacia José para que este la besara- Creo recordar que usted era

un sargento, -se quedó pensativa un instante y añadió- ¿Murillo, tal vez?

José afirmó con la cabeza sin esbozar palabra. El extremeño, aunque no educado con finura, destacaba por su cortesía y discreción que, en el caso de las mujeres, yo supuse que se trataba de timidez.

- Sí, es el sargento José Lucio Murillo.
- Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? Además, sin uniforme.

Comprendí que nos estábamos introduciendo en un atolladero, sujeté a mi amiga del brazo con cariño y la aparté del mostrador dos pasos.

- Debería decirte que soy un hacendado que viene a comprar ganado, por favor no me hagas más preguntas.

Me perforó con sus enormes ojos verdes, una vez más su belleza me dejó desprotegido. Un instante después, entre sus salientes y perfectos pómulos se esbozó una sonrisa pícara.

- ¿Me intentas decir que estás actuando de espía? ¿De verdad estás espiando a los rebeldes?

No contesté, ella sonrió aún más, creí que en cualquier momento iba a lanzar una carcajada que hubiese sido comentario de todo el hotel. Al final se contuvo.

- Por favor, Margarita.

Comprendió que se lo pedía en serio. De nuevo nos acercamos al mostrador, José Murillo se defendía como podía ante las preguntas del recepcionista. Nada más estuve a su lado, me encargué de todo.

Una vez resueltos los papeles, José subió a la habitación con las maletas. Él dormiría en una comunitaria de la planta baja, con otras cuatro personas.

Margarita me invitó a que nos acercáramos al café del hotel.

- Tú, ¿qué haces aquí?

Le noté que dudaba antes de contestar, ese detalle no se observaba habitualmente en mi amiga que contestaba con absoluta inmediatez. Mi cabeza ya hacía cábalas sin cesar, en mi fuero interno pensé que esa noche tal vez concluyéramos aquello que tan difícil se nos ponía siempre. Intenté sospechar que esa posibilidad también le pusiese nerviosa a ella.

- He venido con Jesús –soltó al fin. Un jarro de agua fría y decepción cayó sobre mi cabeza- Tiene unos negocios en la zona.
- No lo sabía –dije sin especial interés.
- En esta ocasión tampoco podrá ser, como no lo fue en la última.
- Te mandé recado, debía partir en la persecución de un importante bandolero.
- Ya, lo leí en el periódico –me miró a la cara y añadió- Recuerda: yo leo los periódicos, monto a caballo como los hombres,

llevo mis propios negocios...

- Lo sé –respondí- pero no estoy acostumbrado. María Cristina nunca haría ninguna de esas cosas.
- ¡Oh!, claro, ¡tu fina mujer de la capital! –utilizaba un tono sarcástico, algo que yo nunca había sentido- Ya, pues ya sabes que soy diferente, ¡yo soy de Cuba, no de España! –concluyó.

No entendí muy bien que pasaba.

- Debo irme, Jesús me espera. Esta noche cenamos con unos amigos en su mansión. Mañana partimos en dirección a Santiago, si vas, ¡tal vez nos volvamos a ver!
- No, yo no voy a Santiago –le mentí.

Me miró de nuevo a los ojos, supe que ella sabía que le estaba mintiendo.

- Hubiera sido mejor no preguntarte, de no querer escuchar una mentira de tus labios.

No respondí. Ella se puso en pie y yo le seguí de inmediato.

- Me voy, querido.

Se me acercó y pegó sus labios en mi mejilla. Una vez más, noté que se me clavaban en la piel y me marcaban como al ganado. En aquel momento hubiera logrado cualquier cosa de mí, de nuevo la sensual atracción que sentía por ella me hubiera hecho perder la cabeza. A duras penas me repuse.

- Me ha encantado verte.
- No lo tengo tan claro en esta ocasión –bromeó.
- Sabes de sobra que me alegro, de saber que te iba a encontrar aquí, hubiese venido aún sin misión alguna. ¡Margarita sabes que estoy loco por ti, y siempre lo estaré!

Se limitó a sonreír y darme un nuevo beso; en esta ocasión, disimuladamente, rozó mis labios. Luego se alejó.

Me quedé mirándola mientras se alejaba. Al día siguiente, cuando recapacitara, me sentiría un vil traidor y un hombre desgraciado, pero en aquel instante sólo mi deber me impedía salir tras ella y llevármela conmigo.

A la mañana siguiente nos encontramos discretamente con Mendoza y sus dos hombres. Sabían que en la zona se encontraban dos líderes sediciosos, que tramaban un levantamiento en la provincia. Por este motivo preferían quedarse y tratar de abortar cualquier nuevo levantamiento, nosotros debíamos seguir. Nos reuniríamos con ellos quince días más tarde, establecimos una hora y un lugar.

Nos quedaban doscientos setenta kilómetros hasta Santiago, seguiríamos en tren hasta Holguín, el resto lo haríamos a caballo.

Durante los siguientes días seguimos el plan establecido. Una vez superamos Holguín cambiamos de aspecto. Intentábamos pasar por gentes del campo, para ello nos hicimos con dos viejos caballos y con

ropas vastas de algodón. En nuestro viaje hacía Santiago nos movimos por caminos y pueblos transitados. Aprovechamos para escuchar y enterarnos de lo máximo posible, pronto descubrimos que la zona oriental era un hervidero.

Supimos que el día 27 de febrero el general Calleja había decretado el estado de guerra en toda la provincia, habida cuenta de las informaciones que recibía sobre la magnitud de la revuelta.

Llegado el momento, acudimos al encuentro con nuestros compañeros. Lo hicimos a las afueras de un pequeño pueblo distante pocos kilómetros de la capital; se trataba de uno de los lugares más bonitos de toda la isla, se llamaba Siboney. Pasadas las doce de la noche José creyó escuchar que un caballo se acercaba, nos parapetamos tras unas palmeras y esperamos. Un instante después, apareció ante nosotros Mendoza. Iba solo.

- ¡Capitán! –le saludé.
- Hola, amigos –respondió al vernos salir del escondite.

Después de un estrechó apretón de manos, nos sentamos sobre un tronco caído y nos narró su viaje.

- Logramos localizar a los levantiscos –nos contó- Está claro que no son profesionales, su discreción es mínima. Su líder se entregó a nuestras tropas y ha sido desterrado a Ceuta. Se trataba de un conocido médico, un hombre del que nadie hubiese sospechado que poseía espíritu revolucionario.

Aquel comentario no logró que mi sargento recapacitase, no le dio mayor importancia, pero a mí sí me hizo pensar, no sólo aquella noche, sino otras muchas. ¿Por qué un hombre de ciencia, alguien pacífico y dedicado a curar a las gentes, se metía en semejante

fregado? ¿El pueblo sentía algo de lo que yo no era consciente? Mendoza proseguía su relato, yo logré abstraerme de mis pensamientos, y continué escuchando.

- Antes de mandarle a La Habana le interrogué. Me contó que formaba parte de un movimiento bien organizado y no de una cuadrilla de bandoleros como se informó en la prensa. Al final cantó que el levantamiento llevaba ya varios meses preparándose, y que la idea original era que se diera en toda la isla a la vez.

Me hizo gracia aquel comentario, estaba claro que el fracaso era importante. Media isla, realmente toda la zona occidental, apenas conocía nada de todo aquello. Aun así no las tenía todas conmigo, la otra media comenzaba a agitarse. Sí era verdad que podía decirse que se trataba de apenas unos centenares de hombres dispersos por la provincia, pero si alguien lograba organizarlos, tendríamos problemas.

- Eso es bueno –comentó José Murillo con idea de triunfo- en pocos días nada quedará de todo ese movimiento.

Mendoza le miró y frunció el entrecejo.

- No opino como usted, sargento, soy bastante más escéptico. El médico también me contó que todo el armamento y la munición provienen de los Estados Unidos. Al parecer hay un cubano que trabaja para ellos, podríamos decir que tenemos uno de sus espías camuflado entre nosotros.
- ¿Un cubano?, ¿Te dijo algo más?
- No. Él no lo conocía, sólo me dijo que se trata de un verdadero cubano, alguien de aquí. Uno de los negros que le acompañaban largó un poco más –me miró y añadió una pequeña aclaración- Si he de ser sincero, con el negro fui un poco más contundente –supuse que el prisionero habría recibido una buena paliza.
- Y, ¿qué dijo?
- Me contó que un importante hombre les había visitado y les había dado armas. Lo describió como un hombre alto, de fuerte complexión y cubano. No le había visto la cara y por tanto no me la describió.

Los tres nos quedamos con aquello, uno de nuestros rivales era un cubano, rico, alto y fuerte, ... ¡no era mucho para empezar!

Nosotros, por nuestra parte, le contamos lo poco que habíamos logrado averiguar.

Mendoza tenía claro que el plan debía seguir su curso. No nos dejaríamos identificar como militares de momento. José y yo nos moveríamos juntos, la zona elegida fue la de Bayamo, lugar donde se encontraban aquellos que se habían revelado primero.

Ramón Mendoza quedó en reunirse con nosotros pasados otros veinte días. Si teníamos algo urgente, debíamos enviar un cable o un mensaje al fuerte del Caney, cercano a Santiago, donde él se

encontraba.

Siguiendo sus órdenes, intentando averiguar algo, nos movimos entre las poblaciones cercanas a Bayamo. Aparentamos ser trabajadores, así que en algunas plantaciones nos ofrecieron trabajo por peonadas. En varias ocasiones intuimos movimientos de mambises, se trataba de pequeños grupos de cuatro o cinco jinetes que se desplazaban de pueblo en pueblo; no hicimos nada, aún no era el momento.

Lentamente nos fuimos desplazando por toda la provincia. En la zona de Baire entablamos conversaciones con diferentes gentes. Incluso, en una ocasión, nos ofrecieron formar parte de un grupo, pero preferimos pasar por cobardes y rechazamos el plan.

Alrededor del veinte de marzo, en una de las cantinas en las que bebíamos habitualmente, alguien se fue de la boca y habló de la próxima llegada de uno de los líderes sediciosos, se trataba del negro Antonio Maceo. Aquello sí era suficiente motivo como para ponernos en contacto con Mendoza.

Desde cerca de Baire, a unos setenta kilómetros de Santiago, nos dirigimos a la capital, para ello tuvimos que hacernos con dos caballos que robamos en una plantación.

Una vez estuvimos con el capitán, le contamos la noticia. Mendoza recibió la información con nerviosismo.

- ¿Maceo? ¡Coño!, ¡eso sí es una buena noticia! Voy a enviar un cable ahora mismo a La Habana, ellos le tienen vigilado y nos dirán desde donde viene. Creo que estaba en Costa Rica. Consultaré a uno de los oficiales de la marina, en Santiago hay al menos cinco o seis torpederos anclados en su bahía.
- La pena es que no conocemos la fecha.
- No importa, espero lograr la orden de Habana para que, desde hoy mismo, se patrulle sin cesar la zona con la intención de avistarle.

Nos separamos aquella misma noche, el sargento y yo regresamos a la zona en la que estábamos infiltrados. Por su parte, por lo que más tarde supe, el capitán logró todo lo que se propuso. Según los marineros expertos, si alguien quería desembarcar viniendo de Costa Rica, lo lógico era que lo hiciese en la zona oriental, pero alejado de Santiago y de nuestras patrullas. En aquella zona había dos posible sitios: Baracoa o Guantánamo.

Por lo que después llegué a saber, de nuevo nuestro servicio secreto logró abortar el viaje de Maceo y veintidós más. Pagando al capitán de su embarcación, lograron que el buque que les trasportaba, con dirección a Nueva York, les dejase colgados en Isla Fortuna, en las Bahamas. Un hombre del carácter del “titán de bronce”, que con ese apodo ha pasado a la historia, no iba a detenerse por algo así. Unos días después, de nuevo embarcaba en una goleta, de nombre “Honor”,

con dirección a Cuba. Desembarcó en la isla el 29 de marzo.

El plan de Mendoza funcionó en parte, varios buques de diferente importancia comenzaron a patrullar la zona de Baracoa.

De forma imperdonable, uno de nuestros torpederos descubrió la incursión con retraso y no pudo evitarlo; sí logró, por el contrario, dar aviso a las tropas de tierra, que se pusieron inmediatamente en marcha.

El comandante Pedro Garrido, al mando de un batallón de infantería y arropado por un escuadrón de caballería, inició la cacería. Durante tres semanas persiguieron a los insurgentes sin descanso. De los 22 desembarcados sólo sobrevivieron doce. Uno de los fallecidos en los primeros enfrentamientos con nuestras tropas fue uno de los forjadores de la rebelión, de nombre Flor Crombet.

Aún con toda la operación de caza, Maceo se nos escurrió, y el día 21 de abril se proclamó jefe del oriente.

Antes de que el negro santiagueño lograse desembarcar yo tuve que ausentarme de la zona oriental. Los hechos se produjeron de forma precipitada, fue Mendoza el que logró localizarnos por la zona de Bayano, donde de nuevo nos encontrábamos infiltrados el sargento y yo.

Una escuadra de caballería entró en Jiguaní, el pueblo en el que estábamos, y preguntó directamente por nosotros. Los lugareños, creyendo que pertenecíamos a la sedición, no soltaron prenda, fue una casualidad que uno de los interrogados fuese yo mismo.

Les mandaba un cabo primero, un joven pamplonés. Preguntó por el nombre que yo mismo utilizaba, Juan Conget.

- Sí que lo conozco –respondí, no sabiendo muy bien de que iba todo aquello.
- Necesito que me llevéis ante él o me digáis donde se encuentra.
- ¿Por qué le buscáis?
- ¡Eso no es asunto tuyo!
- No le he visto hace tiempo –añadí. El cabo no medió palabra, desde su cabalgadura me dio una patada en la cara que logró derribarme. Inmediatamente dos soldados me apuntaron con sus rifles.

El sargento Murillo reaccionó de inmediato, se adelantó enfadado y se encaró con el joven suboficial, tuvimos suerte de que no hubiese testigos.

- Cabo, ¿nadie le ha enseñado modales? –el militar le miró sorprendido. Antes de que pudiese responder algo, José le detuvo- ¡Está usted ante un oficial superior!, ¡cuide su tono! ¡Ordene a su gente que deje de apuntar al teniente!

El suboficial no supo reaccionar. Murillo le gritó de nuevo:

- ¡Retiren sus armas! –ordenó a los fusileros. Luego se dirigió de

nuevo al cabo primero- ¿Para qué nos busca? –el joven intuyó que aquellos eran realmente quienes no parecían ser.

- Señor –respondió, convencido de encontrarse ante un superior, el tono de José no dejaba muchas dudas- Nos envía el capitán Mendoza, traemos un mensaje para vos, luego debemos llevaros con nosotros hasta Santiago.

Me levanté del suelo frotándome la cara y me acerqué al muchacho que, sin rechistar, me entregó el mensaje. Lo abrí.

Leí con velocidad, no me explicaban qué sucedía, pero sí que debía volver de inmediato a La Habana.

Ese mismo día llegamos a la capital del oriente. Mendoza me entregó un cable nada más verme, en él se hacía referencia a que mi esposa estaba enferma.

- Ha llegado esta mañana a primera hora. Debes partir de inmediato.
- Sí –respondí con cierto desconcierto.
- Hay un torpedero que te espera en el puerto. Mañana, a medio día, puedes estar en La Habana.

Miré a mi capitán, supuse que él lo había preparado todo.

- Gracias, Ramón.
- No he sido yo. Son órdenes del propio Mendieta –hizo una mueca con la cara y continuó- suele tratar bien a su gente.

Con mi mano derecha apreté su hombro en señal de agradecimiento.

- He pensado que sería bueno que te acompañara el sargento.
- Bien, gracias.

Al día siguiente, al atardecer, atracamos en La Habana. Desembarqué inmediatamente y me dirigí a gran velocidad hacia la casa de mi padre. Al llegar me informaron que todos estaban en el hospital, corrí hacia allí.

Me recibió mi progenitor. Nada más verme se adelantó y me abrazó.

- ¿Qué pasa?
- Se trata de María Cristina.
- ¿Qué le ocurre?

Noté que se ponía muy serio. Mirándome a los ojos continuó, descubrí lágrimas en los suyos.

- Sufrió una terrible fiebre, y la trajimos de inmediato.

Intenté continuar mi camino, pero su mano me contuvo.

- Antes de entrar debes saber que ha perdido el hijo que llevaba.

Mi mente encajó el disgusto con entereza, de nuevo pregunté por ella:

- Pero, María Cristina, ¿cómo está?
- Mal. Los médicos dicen que de momento hay que esperar.

Me solté de la mano que me detenía y me introduje en la habitación. Dos monjas y dos de nuestras sirvientas le cuidaban; las cuatro pusieron cara de circunstancias al verme entrar.

No saludé a nadie, me fui directamente hacia la cama y mis ojos descubrieron el cuerpo enfermo de mi esposa. Tenía unas tremendas ojeras y su cara estaba afilada, lo que me pareció un mal presagio. Me acerqué hasta que mis labios besaron su frente, nadie hubiese osado hacer tal cosa, las probabilidades de contagiarme podían multiplicarse, a mí me dio igual.

Cuando mis labios tocaron su piel noté que ardía, estaba empapada de sudor y respiraba de forma casi inapreciable. Giré en dirección a las monjas, ellas me respondieron con la tristeza en sus ojos, una de ellas salió de la sala, supuse que iba en busca del médico.

Esperé en la cabecera de la cama hasta que apareció el galeno responsable de la curación de María Cristina, se trataba de un hombre al que yo conocía desde mi infancia.

- Don Hilarión –le saludé respetuoso- ¿qué me dice?
- Hola, Hugo –respondió él con cara circunspecta- Son las fiebres –me dijo- está mal, la verdad. Le hemos dado lo que tenemos, has de saber...
- Lo sé, me lo ha dicho mi padre.
- Sí, la fiebre provocó que lo perdiese.
- Bien, Don Hilarión. Pero ella, ¿se salvará?

No respondió de inmediato, era un viejo médico cubano y sus ojos habían visto irse a muchos como consecuencia de las fiebres.

- Es una mujer fuerte, aunque su cuerpo aparente lo contrario. Puede que lo peor haya pasado, pero aún es muy pronto. Lo siento, muchacho.

Permanecí en aquella habitación sin apenas salir durante siete días. Acompañando el silencioso cuerpo de mi esposa, traté de reflexionar. Yo amaba a aquella mujer, realmente se trataba de un ser delicioso y maravilloso, comprendí que era una gran suerte tenerla a mi lado. Siempre estaba dispuesta a agradar, tanto a mí, como a los demás. La adoración que mi padre sentía por ella tenía ese origen; ella trataba siempre de hacer felices a las gentes de su alrededor. Como pago a todo aquello, yo me limitaba a vivir a su lado sin demasiado entusiasmo y a desear estrechar mi relación con Margarita. Realmente me vi como un ser vil y rastrero, mi única disculpa consistía en que sabía que la atracción que sentía por mi amiga era enfermiza e inevitable. Juré que nunca más cedería a ella.

Al término de la semana, María Cristina experimentó una apreciable mejoría. Eso logró animarme.

Si bien continuaba sin recuperar la orientación y el buen sentido, Don Hilarión me dio la buena noticia.

- Hugo, creo poder comentar con bastante seguridad que se salvará. La fiebre ha comenzado a bajar. Realmente tienes una mujer muy fuerte.

Aquel día fue el primero que salí del hospital. Me dirigí a casa, descansé unas horas y regresé.

Antes de llegarme al dispensario de nuevo, pasé por la capitanía. El coronel me había dado tanta licencia como tiempo necesitase, deseaba darle las gracias.

Me recibió el propio coronel Mendieta en persona. Después de explicarle como se encontraba María Cristina, él pasó a comentarme en qué situación nos hallábamos.

- Sagasta ha dimitido en Madrid, y Cánovas ha formado gobierno –me alegró que los conservadores tomasen el poder, creí que serían más efectivos en nuestra situación- Ha nombrado capitán general y gobernador de Cuba al general Arsenio Martínez Campos –también aquello me animó, se trataba del "héroe de Zanjón", el que lograse la paz en la guerra de los diez años.
- Eso es bueno, ¿no?
- Así creo.

Mendieta sacó un puro y me ofreció a mí otro, rechacé la invitación, sólo fumaba en contadas ocasiones.

- Creo que llegará en pocos días. Por lo que sé, su idea es salir mañana, cuatro de abril, hacia Cuba. En diez o doce días estará entre nosotros. Que sepamos, además, le acompañan casi ocho mil hombres.

Sonreí ante aquella noticia. Después de mi visita al oriente, tenía claro que no disponíamos de soldados suficientes para controlar la isla dándose un levantamiento. Apenas había diez y seis mil efectivos para cubrir una extensión de más de mil trescientos kilómetros de largo. Recordé la sospecha de la llegada de Maceo y pregunté por ello.

Mendieta me contó su problemático viaje, su desembarco y su persecución por parte de las tropas del comandante Pedro Garrido.

- Espero que le demos caza un día de estos.
- De Martí, ¿sabemos algo?
- Los de la Pinkerton le han perdido el rastro. Me temo que estará a punto de desembarcar en algún punto de la isla. Nuestras últimas informaciones le situaban en República Dominicana.

Mi cara mostró preocupación, el coronel lo percibió y me invitó a hablar.

- La revuelta es preocupante, mi coronel. Poco a poco los sediciosos se van organizando; si los grandes líderes del movimiento consiguen llegar, aglutinarán muchas fuerzas. Las gentes les seguirán.
- Lo sé, Hugo, lo sé. Hemos tratado de trasmitir esta preocupación, pero no nos han escuchado. Muchos altos oficiales de la isla siguen pensando que simplemente se trata de grupos de

desarrapados, a los que podrán derrotar en cuanto se lo propongan.

- Y, ¿por qué no lo hacen ya?

- Muy fácil, Hugo. Pretenden llevarse gloria, por ello, de momento, no le prestan excesiva importancia a la rebelión.

- ¡Pero eso es estúpido! –comenté elevando la voz, motivo por el que pedí disculpas de inmediato.

- Tienes razón, pero nosotros nada podemos hacer por ahora. Tú debes volver con tu esposa. Cuando se recupere, tendré alguna misión para ti.

Unos minutos después salí de su despacho, mi preocupación por la situación había aumentado.

Al llegar al hospital, me sorprendió lo que encontré. María Cristina estaba despierta, las fuerzas apenas le permitían esbozar una sonrisa; a su lado se encontraba Margarita. Su presencia logró alterarme.

- Hola –le saludé escueto, luego sonreí al mirar a mi esposa- ¡Hola, cariño! –añadí con sentido amor.

- Hola –me respondió con un halo de voz. Mi mano apretó la suya. Noté cómo sus ojos se clavaban en los míos y cómo su mano libre se dirigía a su abdomen. Aunque nadie le había informado aún, su instinto le dijo que algo iba mal. Sin un solo gemido vi como las lágrimas asomaban entre sus párpados.

Dirigí mi mirada a Margarita, no supo que ocurría, pero comprendió que debía salir de aquella habitación.

- Bueno, querida –dijo- debo irme. Hugo, me alegro mucho de verte.

- Gracias, Margarita –respondí, agradeciendo su discreción.

Nos quedamos solos en silencio. En ese momento me acerqué más a ella y le besé en los labios, me supieron salados.

- Lo siento, cariño. De veras que lo siento.

No respondió, se limitó a dejar que las lágrimas surgieran sin cesar.

Durante varios minutos ninguno de los dos dijimos nada, la entrada de Don Hilarión rasgó el silencio.

- ¿Cómo está hoy mi enferma? –consultó con el tono más alegre que poseía; luego, al ver la escena, comprendió lo que ocurría y cambió su forma de hablar.

Se acercó a la paciente y sujetó su mano con cordialidad.

- No pudimos hacer nada, las fiebres lo mataron.

Ella le miró interrogante. Don Hilarión supo qué quería.

- No te lo puedo decir ahora. Dentro de uno o dos meses lo sabré con seguridad, pero... es posible que no.

No supe de qué hablaban, pero el disgusto de mi mujer fue en aumento. Una de las monjas que acompañaban al médico permaneció

en la habitación, mientras Don Hilarión me invitaba a acompañarle fuera.

- Debes estar preparado. Ella lo ha comprendido de inmediato.
- No entiendo a qué se refiere, doctor.
- Tu mujer ha perdido al niño que esperaba –aseveré con la cabeza, ya lo sabía- pero lo peor es que, cabe la posibilidad de que nunca más se quede preñada. Lo siento.

En ese instante comprendí el enorme disgusto de María Cristina y la desgracia que caía sobre ambos. Si dios no lo remediaba, ¡nunca tendríamos descendencia!

Capítulo 8º

LA CONTIENDA SE GENERALIZA

Los siguientes días permanecí destinado en la capitanía general, al lado del coronel, en la tercera planta.
Por el estado de salud de mi esposa, mis superiores creyeron más prudente mantenerme en La Habana en vez de estar perdido por cualquier zona recóndita de la isla.

Me dediqué a estudiar y ordenar información de cara a establecer diferentes estrategias posibles. Manteníamos la esperanza de que alguien en aquel ejército nos escuchase y tomase en serio la incipiente rebelión.

Supimos que Maceo, después de desembarcar en playa Duaba, y tras una persecución de varios días, había logrado escapar del cerco al que le sometían nuestras tropas. Por otro lado, nos informaron de que Martí estaba con Máximo Gómez.

Las malas noticias comenzaron a llegar de forma acelerada, en pocos días dispusimos de las suficientes como para que los mandos militares se inquietaran y nos tomaran en serio.

Mientras esto sucedía, mi esposa se recuperaba en nuestro domicilio de la Habana. Normalmente yo salía a primera hora de casa y no regresaba hasta media tarde. La mayor parte de los días me encontraba en mi propia casa con Margarita, que se estaba portando muy bien asistiendo con paciencia a la convalecencia de mi mujer.

Aquella tarde, cuando llegué, María Cristina dormía. Antes de que pudiera entrar en la habitación, mi amiga me detuvo. Como siempre estaba perfectamente arreglada y más bella que nunca.

- No entres, sólo hace unos minutos que duerme, se encontraba realmente fatigada.

En las dos últimas semanas apenas había tenido fiebre, pero aun así no llegaba a recuperarse.

- Vale –respondí.
- Vayamos a la sala de estar –añadió ella, invitándome a sentarme en mi propio salón. En algunos momentos parecía el ama de llaves- ¿Quieres algo fresco?
- No, gracias.

Nos sentamos frente a frente. Tenía cierta sensación de que, si no me controlaba, ella sería consciente de mi ferviente deseo. Supuse que por mucho que quisiera disimular se daría cuenta.

- Estuve el viernes en el malecón.

No tuve que hacer ningún esfuerzo para saber qué había sucedido el viernes. Proveniente de España, había arribado al puerto de la Habana un buque de la armada. En su interior iba el General Arsenio Martínez Campos, nuestro nuevo capitán general y gobernador de la isla. Madrid parecía comenzar a entender que la revuelta no iba en broma y enviaba a uno de sus mejores elementos, con la intención de poner orden de nuevo.

- Yo no pude ir. Aún no me lo han presentado, aunque esta mañana lo he visto por los pasillos.
- A mí sí. Me pareció un hombre encantador, tiene un halo de autoridad que no pasa desapercibido.
- Sí, eso es cierto. Espero que sea el que solucione de una vez esta situación. Ya lo logró en el 68.

Margarita se levantó bruscamente del asiento, me sorprendí ante esa reacción. Me miró a los ojos y no pudo contener su furia, esa era mi amiga de siempre, poco comedida y con carácter

- ¡No lo entiendes aún! ¡Esta revuelta no es lo mismo! El pueblo está harto de España, ¿no lo entiendes?
- Siempre estás con lo mismo. ¡El pueblo cubano, el pueblo cubano! –noté que comenzaba a enfadarme- ¡No hay pueblo cubano, son españoles!
- ¿Eso crees? Entonces, ¿por qué los derechos no son para los de aquí, sino para los de la península?

No le respondí de inmediato.

- Yo soy cubano y tengo derechos.
- No seas ridículo, ¡tú no eres del pueblo!

Nos miramos fijamente, ese enfrentamiento no llevaba a ningún sitio. Comprendió que se había enfadado demasiado y decidió remediarlo. Se sentó de nuevo, aunque en esta ocasión lo hizo a mi lado.

- Bueno, dejémoslo. Da lo mismo. Lo siento. Ahora, ¿a qué te dedicas? –me preguntó cambiando de esa manera el tercio.

Le miré y sonreí.

- Estoy en una oficina, manejamos diferente información que nos llega de toda la isla.
- ¿Eres un espía? –su rostro mostró cierta sorpresa, casi diría que admiración.
- Yo soy un militar, no un espía. Sólo manejo información.
- Sí, pero has viajado por toda la isla, que yo lo sé. Seguro que obtenías información. A mí me parece que sí eres un espía.

En el fondo tenía razón, intenté salir de aquello lo antes posible.

- No, en ciertas ocasiones he colaborado en la elaboración de mapas para el ejército. Simplemente es eso, ¿quieres ver uno?

Afirmó con la cabeza, sin dudarlo me levanté del asiento y me acerqué a un secreter que se encontraba en esa misma habitación. Con los dedos me hice con la llave que estaba disimulada detrás. Abrí y del cajón superior de la izquierda saqué uno de los mapas que había elaborado en su momento. A su lado se dejaron entrever diferentes documentos con el membrete de la capitanía general.

- Ves, intenté buscar diferentes rutas en la zona occidental de la isla. En una segunda fase tengo planeado hacerlo de la parte oriental. Podrías ayudarme, si se diera el caso.

- Puedo decir que la conozco bastante bien.

Tomó el plano de mi mano y lo examinó.

- Desde luego lo has previsto todo.

- Sí, creo que es un buen plano. Una forma fácil y rápida de atravesar todo el occidente. Un regimiento no tendría dificultades por estos caminos.

Noté que me miraba con interés.

- Me disculpo, no eres un espía –bromeó- ¡Eres un cartógrafo!

- Tampoco, querida amiga, tampoco.

Cerré de nuevo el secreter y dejé la llave en su sitio. Con la mirada le invité a regresar al tresillo. Con gran torpeza por mi parte, tratando de darme importancia, le conté un secreto que debía haber mantenido.

- Te voy a contar algo que muy pocas personas saben. Martí ha desembarcado en la isla, le acompaña Máximo Gómez.

Su rostro se iluminó por completo, comprendí que la noticia era realmente importante.

- ¿Cuándo?

- Hace unos días, concretamente el once de abril. Desembarcaron en Baracoa. Tenemos a varios regimientos detrás de su pista, espero que en pocas semanas sean nuestros.

- No sé si os resultará tan fácil, Martí no es un militar, pero Máximo Gómez sí, y además bueno.

Uno de los sirvientes apareció con unas bebidas frescas, ron con una rama de hierbabuena y un poco de lima. Bebimos ambos.

- ¿Qué es de Jesús?

- Está en los Estados Unidos, ya sabes, comerciando. Si continua así, en pocos años será uno de los cubanos más ricos del mundo –no me pasó desapercibido el desinterés de mi amiga por su esposo, ya sabía que su matrimonio no iba bien, pero no creí que fuese tan desastroso.

- Lo siento –dije.

- ¿El qué sientes? Que Jesús y yo apenas nos hablemos. Que tu

amigo sólo piense en el dinero. ¿Que tenga no una, ni dos, sino varias amantes, unas en Cuba y otras en los EE. UU.? No, Hugo, no. No sientas nada, estoy mejor así.

Interrumpió nuestra conversación la entrada del ama de llaves, María Cristina, al parecer, estaba despierta. Nos levantamos y acudimos a verla.

Los siguientes días la situación continuó parecida, nosotros nos movíamos gracias a las nuevas órdenes de Martínez Campos, y los rebeldes incrementaban poco a poco sus fuerzas entre la población.

Definitivamente el comandante Pedro Garrido, que desde el principio había recibido la orden de perseguir y capturar a Maceo, dio su misión por fracasada. Tras varias semanas lo había perdido.
Es más, unos días después de recibir el mensaje de Garrido, nos llegó un telegrama comunicándonos un enfrentamiento entre el negro Maceo y otra de nuestras unidades. Se trataba de la columna al mando del teniente coronel Bosch. Se nos informaba que dos días antes el destacamento había sido derrotado en Jobito y que el teniente coronel, incluso, había perdido la vida.

Por lo que nos comunicaron, Maceo iba ya al frente de al menos seiscientos hombres, muchos de ellos a caballo, aunque apenas armados con machetes.

La mañana del día 21 de mayo acudí como siempre a la capitanía. Desde que entré intuí que algo sucedía, diferentes oficiales se movían nerviosos por los distintos despachos. Llegué al mío y me descubrí la cabeza, un instante después entró el coronel Mendieta.

- Hugo, ¿ya sabe la noticia?
- Lo siento mi coronel, no sé a qué se refiere. -Mendieta estaba contento, hacía tiempo que no le había visto sonreír y aquel día lo hacía.
- ¡Martí ha muerto!, Hugo. Los rebeldes se han quedado sin su adalid. ¡La revolución ya no tiene cabeza!
- ¿Cuándo ha sucedido?
- Hace dos días. Cerca de “Dos Ríos”. Se produjo un enfrentamiento entre la columna del Coronel Ximenez Sandoval y las tropas de Máximo Gómez. Una vez más se demostró que nuestra preparación es superior –aquella era la primera ocasión en que Mendieta alardeaba de nuestras fuerzas- Nuestra columna la formaban menos de quinientos hombres, contra más de ochocientos de Gómez y los pusimos en fuga. ¡No está mal! ¿Eh?
- Sí, señor. Realmente es una gran noticia.

Imagine que, a la noche, cuando se lo contase a Margarita, iba a enfurecer con aquello.

Últimamente María Cristina estaba mejor y solía estar levantada cuando yo llegaba a casa. Aquella noche cenamos en el porche, nos

acompañaba Margarita. Como yo supuse, mi amiga se enfadó al conocer la noticia.

- Cuba ha perdido a un gran hombre –sentenció.
- Ya será menos, simplemente a un sedicioso. Un líder revolucionario que hubiese destruido todo lo que España ha logrado.
- ¡Por favor! –exclamó indignada Margarita- ¡Como puedes ser así! ¡Tu tierra es Cuba, no España!
- Para mí es lo mismo, Margarita. Eres tú la que no lo entiende. La revuelta, aunque es más importante que la anterior, no deja de ser un asunto de unos pocos. El pueblo quiere vivir en paz, como hasta ahora, ¡sólo unos pocos queréis la sedición de España, y además estáis muy equivocados!
- No estoy de acuerdo, siempre estaremos mejor sin la metrópoli que nos exprime y no nos otorga derechos. Para la capital no dejamos de ser una simple y, eso sí, rentable colonia. Alguien al que seguir estrujando para beneficio de unos pocos. ¡Son los catalanes los que le sacan provecho! ¡Las grandes fortunas catalanas que dominan en el gobierno de Madrid!
- En eso tiene razón –terció mi esposa, con un tenue halo de voz- tú los has conocido. En Madrid y Barcelona no importa Cuba, sino los resultados de la zafra –concluyó, refiriéndose a la cosecha de la caña.
- No sé, parece que hablamos de diferentes sitios –respondí a ambas, comenzando a enfadarme. Eso de que se aliaran contra mí no me hacía ninguna gracia. Me levanté dando muestras de enfado y me introduje en la casa.

Pasados varios minutos escuché unos pasos, se trataba de mi mujer, quería disculparse por su actuación. Por supuesto Margarita no pensaba pedir perdón. Comprendí la diferente educación de ambas. La española estaba preparada para soportar a su marido, fuese un buen o mal esposo; la cubana, por el contrario, sólo estaba dispuesta a aguantarse a sí misma. Por la proximidad, la influencia de la educación anglosajona en Cuba no pasaba desapercibida.

- Lo siento cariño, no pretendía ofenderte.
- No, no tiene importancia. Yo tampoco debería haberme enfadado por una bobada –me sentía realmente un canalla, aquella buena mujer pedía perdón por que yo tenía mal genio y mal perder en una discusión, no era justo.
- Margarita se ha ido, ella no estaba dispuesta a disculparse contigo. Me ha dicho que sois amigos y os conocéis lo suficiente como para no pediros perdón.

No añadí nada, pero tenía razón una vez más.

A la mañana siguiente acudí de nuevo a capitanía, a una de las salas del tercer piso donde los hombres de Mendieta analizábamos la

situación. Si bien la muerte de Martí puso de buen humor a muchos, las noticias que nosotros recibíamos del oriente no alentaban nada.

La visita del capitán Mendoza, mi amigo y mentor, logró desanimarnos del todo. Venía de la misma ciudad de Santiago y traía noticias frescas del oriente. Le noté cambiado, las noches a la intemperie y las largas marchas habían curtido aún más su piel. Al verme me abrazó con cordialidad.

- Mi querido Hugo –no me permitió cuadrarme- ¡cuánto tiempo! ¿Cómo se encuentra tu esposa?
- Mejor, mi capitán, mejor.
- Por favor, estamos solos, solamente Ramón.
- Vale, Ramón. Está mucho mejor. Durante unas semanas pensé que la perdía, pero ahora se recupera con la ayuda de mi amiga Margarita.
- Te refieres a la revolucionaria, supongo.
- No le llames así, no es para tanto.
- No es momento para discutirlo, pero me temo que, si no les ayuda, le falta poco.

No quise proseguir la conversación, y le ofrecí salir del despacho y acercarnos a un café próximo, para disfrutar de una buena conversación con una bebida fresca. Ramón aceptó sin dudar. Diez minutos más tarde estábamos sentados a la sombra de unas parras, con una cerveza en nuestras manos.

- Bueno, ¿qué me cuentas del oriente?

El capitán miró a ambos lados para confirmar que estuviéramos solos, luego me expuso su opinión:

Su rostro se ensombreció.

- La situación es mala. Como sigamos así, en pocos meses pueden hacerse con el Oriente. Actualmente controlamos las ciudades, pero no así el campo. Antes, sus partidas se componían de apenas 50 o 100 hombres, ahora son destacamentos de más de quinientos. Conocen mejor el terreno y se mueven a sus anchas, además la gente de los pueblos les encubre –recordé a mi amiga y sus comentarios- En mi opinión, creo que les informan de cada uno de nuestros movimientos. Me temo, Hugo, que se nos está yendo de las manos.
- ¿Tan mal lo ves?
- Sí. Además nuestras tropas están descoordinadas, cada oficial hace “de su capa un sayo”. Sólo buscan su gloria particular, el resultado final parece no importarles. Persiguen enfrentamientos a campo abierto donde lograr una medalla, ventaja que los mambises no les conceden. Debido a esas persecuciones personales y descoordinadas, están logrando diezmar nuestra fuerza.
- ¿Eso crees? –interrogué, él volvió a afirmar- Pero, que nosotros sepamos, no disponen apenas de armas.

- Tampoco eso es cierto. Ya han logrado llegar a nuestras playas varios envíos procedentes de los Estados Unidos. Gracias a eso tienen fusiles, cartuchos y machetes. Hasta que el gobernador no de órdenes tajantes y bloquee la costa, no podremos evitar que se armen.

Si bien Martínez Campos había dado varias órdenes, tal como fortalecer la trocha de Júcaro a Morón, o el traslado de tropas hacia el oriente en detrimento del occidente, aún no había decretado el bloqueo. Se trataba de una medida que suponíamos que afectaría mucho a la población, puesto que les haría ser realmente conscientes de encontrarse ante una guerra real.

- Esta tarde debo presentarme ante el gobernador e informar de primera mano de la situación real del oriente –añadió- Amigo Hugo, debe decretar el estado de guerra de forma definitiva, al menos en el oriente.

Conversamos un buen rato más, luego regresamos a la sede gubernativa. Mendoza se dirigió al despacho de Mendieta y yo a mi cuchitril.

No supe cuando partió de nuevo hacia el oriente, el caso es que pocos días después la actitud del gobernador cambió y la actividad militar se incrementó. El capitán general solicitó refuerzos a Madrid; sin demora debían enviarse más tropas a la isla, si se pretendía acabar con la rebelión.

A pesar de redoblar los esfuerzos militares, en varias ocasiones se produjeron atentados contra el ferrocarril y varias columnas fueron atacadas y derrotadas. Cada día las noticias que provenían de más allá de la trocha eran más desalentadoras.

Martínez Campos decidió tomar cartas en el asunto, en este caso tenía intención de hacerlo en persona. Por mi privilegiado acceso a determinada información, supe que una importante columna tenía previsto salir de nuestra capital en dirección a Santiago. María Cristina estaba cada día mejor, ya casi recuperada del todo, y yo me sentía atado y relativamente poco útil, quería entrar en acción, ¡yo era un militar! Me envalentoné y me dirigí al despacho del coronel, sabía que Mendieta me tenía aprecio. Nada más entrar el oficial me sonrió.

- Da usted su permiso –solicité desde la puerta. Él, sin levantar la mirada de unos documentos que estaba leyendo, me invitó a que entrase con un gesto de su mano derecha. Permanecí firme en espera de que atendiese, Mendieta levantó un instante sus ojos y me hablo como si fuera un compañero.

- Siéntese, Hugo, por favor. Enseguida termino.

Obedecí. Un minuto después cerraba la carpeta y me miraba de nuevo.

- Usted dirá, teniente.

- Mi coronel, sé que se está preparando una importante ofensiva contra los sediciosos del oriente, y quiero participar. Me gusta lo que

hago, pero también me gustaría entrar en acción de nuevo.

No añadí nada más, me callé y permanecí a la espera de la respuesta de mi coronel. El hombre volvió a sonreír, salió de detrás de la mesa y se me acercó.

- Está bien, muchacho. Supongo que su mujer ya está suficientemente recuperada –afirmé con la cabeza, él prosiguió- Por mí no hay inconveniente. Daré las instrucciones pertinentes para que se incorpore a una unidad de caballería, seguramente le toque ir protegiendo la marcha de un regimiento de infantería. Hará funciones de correo, e incluso puede que entre en combate, si lo hay.
- Gracias mi coronel –respondí, algo me decía que la entrevista no había terminado.
- De todas maneras, hará un doble trabajo, no pensará que se va a librar de mí así como así.
- No lo pretendía, señor.
- Hugo, yo entiendo que debido a su juventud usted desee entrar en acción, como usted ha dicho, pero no crea que su labor aquí, hasta ahora no ha sido importante. Gracias a nosotros –continuó refiriéndose al grupo que él dirigía- nuestros compañeros pueden evitar desastres, e incluso disponer de información del enemigo que le haga más vulnerable. Nosotros somos y seremos siempre fundamentales en cualquier guerra, tan importantes como lo son las comunicaciones. La información es crucial actualmente, y creo que lo será aún más en el futuro.

Cuando terminó su discurso, yo no dije nada, no sabía realmente qué decir. De nuevo mi fogosidad debida a mi juventud, enturbiaba mi pensamiento.

- Venga muchacho, ¡vaya a por ellos y derrótelos! –añadió el coronel sonriendo, me llevaba ventaja en la forma de pensar y lo sabía.

Le saludé y giré sobre mis talones, antes de salir me hizo un último comentario.

- Le acompañará el sargento Murillo, como siempre. Mañana a la mañana tendrá aquí sus órdenes, destino, mando y todo lo demás. Incluiré unas instrucciones mías personales, espero que las cumpla bien –finalizó con una sonrisa maliciosa.

Aquella mañana no trabajé mucho más, quería ir a casa para comentar con María Cristina las novedades.

La encontré a la sombra del porche, nada más verme sus labios esbozaron una amplia y sincera sonrisa, admiré una vez más sus preciosos ojos azules y su adorable boca.

- ¿Qué pasa? –me preguntó nada más verme, que yo apareciera a esas horas por casa no era ni mucho menos habitual.

Le besé tenuemente en los labios y me senté a su lado. Le expliqué

la situación; según prosperaba mi relato, noté como sus ojos se iban entristeciendo. Llegaron a brillar con gran intensidad, pero María Cristina no dejó salir ni una de sus lágrimas.

- Compréndelo, yo soy un militar. Mi puesto está en el frente, no aquí.

- Lo entiendo, aunque me preocupe y me asuste. El día que me casé contigo supe cómo iba a ser mi vida.

Se trataba de una mujer maravillosa, comprensiva y adorable. En ese instante estuve seguro de amarla. Un segundo después me volví a sentir un canalla por mi atracción hacia Margarita. Conversamos animadamente el resto de la mañana, comimos juntos y también nos hicimos compañía por la tarde. Ya anocheciendo vino a vernos Margarita, mi amiga se sorprendió por mi partida, incluso me dio la impresión de que le hizo menos gracia que a María Cristina.

No pasaron muchos días hasta que se puso en marcha aquel importante ejército, lo componíamos cerca de siete mil hombres. El general Martínez Campos y todo su cuartel general nos acompañaban, comenzaba la gran ofensiva contra los seguidores de Maceo y Máximo Gómez.

Como sospechara el coronel Mendieta, me pusieron al frente de una sección, unos treinta y cinco hombres, protegiendo la marcha de dos compañías de infantería. Iba con el uniforme de campaña: pantalón y blusa de rayadillo, sombrero de ala ancha sobre la cabeza en vez del habitual ros colorado tan usado en la península y botas negras altas casi hasta la rodilla, con espuelas. Colgando del cinturón, se sostenía mi sable curvo a la izquierda y mi revólver a la derecha; como arreos, de la silla colgaban una carabina Máuser, una alforja con munición y unos sacos de paja y cebada para el animal.

Nos movimos con lentitud durante dos semanas, al llegar a la trocha nos detuvimos. El plan consistía en estudiar y reforzar aquella defensa antes de continuar la marcha en dirección al oriente. Durante cinco días permanecí con mis hombres en El Ciego de Ávila, nos alojamos en un antiguo almacén. La tercera noche recibí una visita, se trataba del capitán Arnaldo Ovelar, llevaba ya varios meses sin verle. El hombre me saludó efusivo con un fuerte abrazo y elevando el tono de voz.

- Mi querido teniente, ¡cuánto tiempo sin vernos!

- Es verdad –le contesté, al tiempo que le ofrecía la mejor de mis sonrisas.

- Deja al sargento Murillo al frente de todo esto y vente conmigo a tomar algo, al tiempo que me cuentas novedades de La Habana.

Sin dudarlo accedí. Durante más de dos horas conversamos animadamente. Se trataba de uno de los encargos incluido en las órdenes de Mendieta, debía entrevistarme con Ovelar y trasmitirle

cierta información.

El capitán me contó lo que sabía. Sospechaban que en pocos días iba a recibirse un cargamento de armas cerca de la zona de Santa Clara, se trataba de un nuevo intento para que la provincia de Las Villas se levantase en armas. Por lo que me dijo, estaba todo previsto para que nuestro ejército abortase la operación. También me advirtió sobre la situación de la zona oriental, cada vez se notaba más peligrosa.

- Los rebeldes campan libremente por la zona, cuando quieren nos evitan y cuando les es propicio, nos atacan. Hace pocos días una sección completa fue barrida por los mambises y sus machetes, ten cuidado muchacho, son muy buenos cargando a caballo.
- Ya lo sé, los jinetes cubanos siempre han sido los mejores, amigo Arnaldo. Aunque olvidas un pequeño detalle –añadí con cierta chulería- soy teniente de caballería del ejército español, pero también soy jinete cubano.

Él sonrió abiertamente y prosiguió:

- Ya sabrás que Gómez ha entrado en el Camagüey -afirmé- La situación no va bien, esto no está nada claro, ten cuidado muchacho.
- Por lo que yo sé, ese es uno de los objetivos del general –respondí, refiriéndome a Martínez Campos- pretende empujarle y meterle de nuevo en la provincia de Santiago.
- Esperemos que lo consiga, Hugo. Si no logra frenarlos, me temo que la revuelta se extienda aún más rápido y llegue a afectar incluso al occidente.
- No creo –me limité a añadir.

Fortalecida la trocha, a la mañana siguiente recibimos la orden de partida. Emprendimos la marcha algo más de cuatro mil hombres, dos mil permanecerían en la gran defensa y casi mil habían causado baja por las diferentes enfermedades de los trópicos, habituales en aquella época por la isla. Temí que ese sería uno de nuestros problemas futuros en aquella guerra, el tiempo me dio la razón.

Siete días más tarde supimos de la revuelta de Las villas y cómo había sido abortada por el ejército, aquello animó mucho a la tropa. Comprendí lo que me dijera Mendieta, la labor del espionaje podía ser tanto, o más importante que la del combate.

El día diez de julio estábamos en Manzanillo, ciudad costera oriental próxima a la Sierra Maestra. De los soldados que saliéramos de la trocha, habíamos perdido a otros trescientos por diferentes dolencias. Para los soldados españoles, no acostumbrados a las enfermedades típicas del trópico, tales como la fiebre amarilla, el paludismo, el tifus y otras, ese era el mayor riesgo de cualquier campaña. Al menos una quinta parte caían.

Dos días más tarde recibimos órdenes de estar dispuestos al amanecer, al parecer emprenderíamos viaje a Bayamo, ciudad emblemática de los sediciosos, fue allí el lugar en el que se inició la revuelta de la guerra de los diez años.

La tropa que se desplazaría con ese motivo la formaban ocho compañías de infantería, arropadas por un escuadrón de caballería dividido en cuatro secciones, una de ellas la comandaba yo mismo. Nuestra sorpresa fue mayúscula por la mañana al descubrir que nos comandaba el mismísimo general Martínez Campos.

Salimos con el amanecer. Si bien la distancia entre las dos ciudades apenas superaba los sesenta kilómetros, al parecer el general en jefe pretendía llegar muy pronto para iniciar una nueva ofensiva.

Como el resto de las secciones de caballería, dividí a mis hombres en cuatro escuadras, dos cubrían los flancos, otra la retaguardia y la primera, a mi mando directo, abría el camino. Todos mis chicos llevaban su carabina en la mano derecha, dispuestos ante cualquier ataque.

Mis hombres se movían continuamente, informando de toda novedad observada. Como protegíamos a la última de las compañías, nuestra posición era arriesgada. Avanzábamos a unos seis kilómetros a la hora debido a que esa era la capacidad de avance de la infantería. Durante las primeras horas de marcha no ocurrió nada, cuando nos encontrábamos apenas a quince kilómetros de nuestro destino, con los hombres cansados, se iniciaron los problemas.

La mayoría del tiempo habíamos marchado entre bosques,

arropados por una hermosa y exuberante vegetación que nos proporcionaba frescor y cobijo de ataques enemigos. La columna se adentró en una zona desprovista de árboles, se trataba de un claro entre la habitual vegetación de la zona. Ante nosotros, como único accidente, se veían abundantes matorrales de follaje denso y hierba que levantaba varios palmos del suelo. Los exploradores, labriegos cubanos, dijeron no detectar riesgo alguno y la columna se adentró a campo descubierto. Cuando ya estaban en esta situación tres cuartas partes de los hombres comenzaron los disparos, yo personalmente apenas pude ver nada. Oímos unas detonaciones aisladas y pensamos que se trataba de tiradores dispersos, dispuestos simplemente a dificultar nuestro avance.

- ¡Sargento! –ordené, Murillo se acercó hasta mí, noté que los muchachos de la infantería se asustaban.
    - Señor –me dijo una vez estuvo a mi lado.
    - No sé qué ocurre, aun así, por si acaso, reúna a las escuadras.

Obedeció de inmediato, la mitad de la sección permaneció en la retaguardia bajo su responsabilidad y la otra, conmigo, delante. El comandante al mando de la compañía de infantería ordenó proseguir. Un instante después oímos de nuevo disparos, para entonces casi toda la compañía estaba ya en campo descubierto, fue entonces cuando los tiros se multiplicaron por veinte.

De inmediato comprendimos que tras los matojos se encontraban escondidos un buen tropel de fuerzas enemigas.

Cayeron hombres de todas las compañías, sus mandos ordenaron de inmediato formar en cuadros independientes. Los de caballería recibimos la orden de reagruparnos a quinientos metros a la derecha de la infantería. Ocurrió muy rápido, pero antes de que la mayoría de las compañías lograse organizarse, cayeron sobre ellos los jinetes mambises.

Aparecidos desde no se sabe dónde, al menos seiscientos jinetes se les echaron encima. Muchos de nuestros chicos cayeron en aquella primera carga. Igual que aparecieron, se volatilizaron antes de que nosotros pudiéramos reaccionar. El mismísimo capitán general tomó el mando de la situación. De inmediato recibí indicaciones para formar de cara a una carga contra sus fuerzas de infantería.

Reunimos los ciento treinta hombres de a caballo y esperamos cercanos al capitán general, con nosotros se encontraba el general Santoclides, muy querido por la tropa.

Cuando se dejó ver la masa sediciosa, recibimos la orden de ataque. Como buenos soldados obedecimos sin rechistar, a mí, personalmente, me parecía un error, pero no estaba allí para discutir las órdenes de mis superiores en plena batalla.

Santoclides fue el primero en iniciar la carga, le vi combatir como un

valiente a nuestro lado; también le vi caer unos momentos después bajo los disparos del enemigo.

Muy pronto quedó claro que nuestra carga era una mala estrategia. Los rebeldes de a pie retrocedieron de inmediato, refugiándose en el bosque donde nosotros podíamos ser cazados con mayor facilidad.

Por primera vez me veía metido en una batalla real y la situación no me gustó; aunque todo sucedió muy rápido, yo siempre sentí miedo. Los negros nos hicieron frente entre la zona boscosa, allí nuestra superioridad caballista se difuminaba. La mayoría de aquellos rebeldes portaban enormes machetes, de casi un metro, con los que nos hicieron frente. Yo desenvainé el sable y me dirigí contra ellos. En aquellos momentos descubrí uno de nuestros errores en el armamento, en esa situación cargando contra gente con machetes presentábamos nuestros sables curvos. Deberíamos haber ido armados con uno recto y puntiagudo que nos hubiese dado ventaja frente al enemigo, al poder realizar con él una estocada de punta.

En nuestra retaguardia, la caballería mambisa aprovechó la situación para cargar por segunda vez contra la infantería y pillarnos a nosotros de espaldas.

Nos batimos con fiereza, pero aun así perdimos bastantes hombres en pocos minutos. Martínez Campos comprendió lo apurado de la situación y nos dio orden de replegarnos en dirección a Bayamo.

Al volver sobre nuestros pasos pudimos contemplar una carga de caballería revolucionaria. Ver a varios grupos de sesenta o setenta jinetes negros, descamisados, gritando y enarbolando un enorme machete, a la vez que se acercaban a gran velocidad a sus enemigos parecía un espectáculo dantesco. Más de uno de los muchachos de infantería trató de huir y por ello murió.

Después de los primeros momentos de temor, los cuadros se mantuvieron y lograron alejar a la caballería enemiga. Lentamente, respondiendo como podíamos al fuego enemigo, fuimos replegándonos hacia la ciudad.

Aquella fue una humillante derrota. Tuvo lugar en una zona conocida por el nombre de Peralejo, apelativo con el que posteriormente se la conoció. Nos costó bastantes vidas, entre las que se contaba la de Santoclides, y una importante pérdida de moral para las tropas.

Las fuerzas de Bayamo acudieron en nuestro auxilio cuando ya estábamos cerca, gracias a eso logramos cortar la sangría a la que estábamos expuestos. Mi sección había perdido a cinco hombres, tres muertos y dos con heridas lo suficientemente importantes como para no poder proseguir. A la infantería le fue mucho peor.

Esa derrota marcó tanto al gobernador como a los altos

oficiales, que partir de ese momento comenzaron a comprender el verdadero alcance de la revuelta.

Desde esa fecha el gobernador pidió de forma insistente nuevos refuerzos a Madrid, manifestando que sin ellos dudaba mucho en poder acabar con la rebelión. También decidió que, si bien el ejército no recibía apoyo alguno de la población rural, los intereses de la metrópoli residían en mantener la zafra, la cosecha, y debido a ello destinó gran parte de las fuerzas a mantener esta labor. Entre proteger los núcleos urbanos y los más de mil ingenios, el capitán general ocupó una importantísima parte de las fuerzas. Al mismo tiempo, importantes columnas de infantería, con la colaboración de escuadrones de caballería, recorrían los pueblos en busca del enemigo.

Ni Maceo, ni Gómez presentaron nunca batalla en aquellas situaciones que les eran desfavorables. Se limitaron a realizar una serie continua de escaramuzas, que interrumpían ante la presencia de fuerzas enemigas en mayor número del deseado.

A primeros de agosto llegué con mi unidad a la ciudad de Santiago, después de varios días a la intemperie mis hombres se habían ganado un descanso. Veníamos agotados, habíamos recibido la orden de vigilar una importante zona de zafra que Máximo Gómez había decidido arrasar. Sus hombres atacaban, como siempre, intentando no plantarnos batalla abierta. Se dedicaban a hostigar a nuestros hombres destinados en los ingenios; mi unidad, como otras de caballería, servía de enlace y apoyo.

Desde que el líder cubano penetrase en el Camagüey en junio, se habían producido diferentes acontecimientos. En un blocao llamado “el mulato”, vigilado por diez y ocho hombres, logró una victoria que envalentonó a los suyos. Eso condujo a otros intentos que en ocasiones se siguieron de importantes fracasos, en “la Larga”, en el “Cascorro” y en otros.

Aquella situación, de continuas trampas y escaramuzas, era agotadora. De forma casi ininterrumpida se producían ataques, y de la misma manera se producían marchas por nuestra parte.

De mi sección sólo había perdido tres hombres, sin contar con los de Peralejo. Realmente se habían ganado el descanso. Los dejé acomodándose en uno de los acuartelamientos, al mando de Murillo, y me dirigí al cuartel general de las fuerzas orientales.

Iba a pie, sucio y cansado, sumido en mis pensamientos, y no la descubrí hasta que ella me golpeó suavemente la espalda.

- Hola, teniente.

Reconocí la voz de inmediato. Al girarme sabía perfectamente que se trataba de Margarita.

- Pero, ¿qué haces tú aquí? –interrogué, esbozando una amplia sonrisa en mi rostro.

- Ya ves, también en plena guerra hay asuntos que arreglar.

Estaba tan bella como siempre. Sus ropas, preciosas y conjuntadas, contrastaban con las mías, raídas y sucias; por un instante acudieron a mí los recuerdos de nuestra juventud, cuando ambos, con Jesús, nos movíamos con alegría por la ciudad de Santiago.

- No hace falta que me lo digas, ya comprendo que tú acabas de llegar –añadió mirando mi aspecto.

Simplemente sonreí ante la evidencia, ella prosiguió.

- He de suponer que no tienes otro alojamiento que el que te ofrecen los militares, ¿no?

Afirmé con la cabeza. Me miró fijamente sin parpadear, no supe interpretar sus ojos.

- Recordarás que mi padre tenía una gran mansión en la ciudad, que ahora es mía.

- No, no lo sabía, pensaba que sólo teníais las fincas. ¿En cuántas ciudades tiene casas tu padre? –pregunté en tono de broma.

Margarita no respondió, se me acercó y con su mano sujetó mi brazo. Susurrando añadió.

- Podrías venir.

No sé por qué lo hice, tal vez en aquel momento no estaba para aquello, el caso es que le di una negativa por respuesta.

- Tengo una importante reunión con mis mandos. No sé cuándo terminaré, ni si podré escaparme.

Seguramente no le gustó mi tono, su mirada se tornó y sus ojos me perforaron el cerebro.

- No te entiendo, Hugo. ¡Después de tanto tiempo me respondes así!

No añadí nada, simplemente bajé mi mirada hacia el suelo, ella aprovechó para atacarme.

- ¡Eres un cobarde! Siempre deseando estar conmigo, pero nunca te atreverás. Lo siento de veras.

Se giró y me dio la espalda, la vi alejarse sin hacer nada. Realmente tenía razón, yo era un cobarde. Estaba enamorado de Margarita desde mi juventud, pienso que la deseaba como a nada en el mundo, pero algo lograba detenerme en el momento en que más cerca estaba de conseguir eso que yo tanto creía desear. En alguna ocasión sospeché que realmente tenía miedo a descubrir otra mujer debajo de aquella, tal vez idealizada; seguramente tenía miedo a dejar de estar enamorado de ella simplemente por yacer a su lado.

Aquella negativa, supuse, me alejaba aún más. No importaba, en este momento no era la mayor de mis preocupaciones.

Varios minutos después llegué al cuartel general, allí estaban otros oficiales que ya conocía, incluidos mis dos amigos capitanes, Arnaldo Ovelar y Ramón Mendoza. Nada más entrar Ramón se me acercó y me

saludó efusivo como siempre. Me citaron a una reunión una vez terminase mi informe de las últimas operaciones, nos reuniríamos en un café próximo.

Una hora después salía del cuartel general y me acercaba al café Bahía. Me sorprendió que no me diesen una nueva misión. Habitualmente, cuando entregaba el informe de las últimas operaciones, me entregaban nuevas indicaciones para las siguientes semanas. En esta ocasión simplemente me habían dicho que tanto yo, como mis hombres, debíamos permanecer acuartelados en espera de novedades. A mi gente aquello le vendría muy bien.

Nos movíamos cómodos por las ciudades orientales, sobre todo por Santiago. No ocurría lo mismo en las zonas rurales, allí teníamos que mirar a nuestra espalda evitando ser atacados por cualquiera. Nos temíamos que nuestros movimientos eran informados de inmediato a los sediciosos, de esa forma casi siempre llegábamos tarde a las escaramuzas.

Esa impresión de no ser queridos, de desconfianza hacia las gentes rurales, lograba que se alojase en mí cierta sensación de pertenecer a un ejército de ocupación, en vez de a las fuerzas "naturales" de ese territorio.

El café en el que me habían citado era uno de los usados habitualmente tanto por los militares, como por los políticos favorables a la metrópoli, incluidos los autonomistas, allí se hablaba cómodo. Se trataba de un antiguo y cuidado local con sabor añejo, recordaba la época anterior a la abolición.

Ovelar se levantó al verme entrar, Mendoza no. Los acompañaba otro joven oficial, me lo presentaron al acercarme.

- Amigo Hugo, te presento al teniente Carlos Martín, recién llegado a la isla.
- Encantado –saludé, al tiempo que estiraba mi mano para darle un apretón.
- Siéntate, Hugo, siéntate –me invitó Mendoza desde su silla- El teniente Martín es nuevo en la isla, ha estado destinado más de un año en nuestra embajada en los Estados Unidos.

Moví mi cabeza en gesto de aprobación. Estudié al nuevo compañero, se trataba de un joven de edad y estatura similares a la mía. Su rostro, muy pálido y su pelo, intensamente rubio, le confería un aspecto que más recordaba a un joven teniente del ejército norteamericano, que a uno del español.

Me saludó amable, apretando la mano con suficiente intensidad, realmente detesto a esa gente que no aprieta la mano con una mínima energía.

- Estaba deseando conocerle, Hugo –me dijo- Sólo cuentan maravillas de usted.

- Gracias, teniente.
- Por favor, llámeme Carlos.
- De acuerdo, Carlos.

Mendoza se interpuso en nuestro saludo, no solía ser muy cuidadoso con las normas de educación.

- Bueno, vayamos al grano, al fundamento de esta reunión –le miramos y permanecimos en silencio- Necesitaríamos que ustedes dos realizasen una misión a medias, por supuesto se trata de algo bastante arriesgado.

Ninguno de los dos dijimos nada, permanecimos a la espera de conocer la nueva misión. Ovelar tomó la palabra.

- Desde que Máximo Gómez ha entrado en el Camagüey, los rebeldes han intensificado sus acciones. Como sabéis, cada día que pasa se les suman nuevos adeptos.

Nos limitamos a afirmar con la cabeza, a mi modo de ver la situación cada día era más peligrosa.

- Con la muerte de Martí, muchos creyeron que, descabezada, la rebelión estaba herida de muerte, pero por desgracia no es así. Tomás Estrada Palma ha tomado el liderazgo del partido revolucionario, le acompañan Benjamín Guerra y Gonzalo Quesada como tesorero y secretario; ambos son expertos en recaudar fondos y organizar expediciones.

El pequeño instante que permaneció silencioso, lo aprovechó Mendoza para continuar. Nosotros dos nos limitábamos a mirar a uno y otro respectivamente.

- Sabemos que preparan una importante expedición con hombres y pertrechos para continuar la lucha. Necesitamos saber dónde y cuándo se va a producir el desembarco. Ustedes serían los encargados de averiguarlo.

Nos miramos mutuamente.

- Sí, los dos. Hugo es un experto conocedor del mundo cubano, él es de aquí –añadió, remarcando la evidencia- y Carlos parece, por su aspecto y su pronunciación, un norteamericano. Nadie sospecharía de ambos. Podrían pasar perfectamente por un criollo anexionista y un norteamericano, anexionista también.

- Esto que les muestro –intervino otra vez Ovelar, mostrando un sobre lacrado- es un mensaje que hemos interceptado. Lo portaba un cubano que se dirigía a Cayo hueso. En su interior se encuentra su carta de presentación a los líderes sediciosos de aquella ciudad.

Mendoza se puso en pie y se nos acercó.

- Lo que queremos es que usted –dijo, dirigiéndose a mí- se haga pasar por el cubano y se infiltre entre los rebeldes. Carlos puede acompañarle como un miembro del ejército norteamericano de incógnito. Uno vez dentro, deben averiguar los detalles de la

expedición y comunicárnoslos. Luego regresen.

- ¿Cuándo partimos? –pregunté.
- Si los dos estáis de acuerdo, mañana a la noche saldríais con destino a Cayo Hueso. Tú ya conoces la zona –añadió Ovelar mirándome a mí. Afirmé.
- Por mí, de acuerdo –respondí. Carlos Martín también se sumó.

La conversación duró media hora más, al cabo de ese tiempo los detalles quedaron zanjados.

Cuando nos retirábamos, Mendoza se me acercó y me habló en privado. Primero me preguntó por el estado de mi mujer, luego me anunció una de sus pretensiones.

- Amigo Hugo, ya conoces tu misión, necesitamos abortar la llegada de provisiones en la mayor medida posible, pero además me gustaría que intentasen otra cosa.
- Dígame, capitán.
- Ya sabe que Máximo Gómez ha comenzado a amenazar a los lugareños con pasarlos a cuchillo si nos ayudan –afirmé con la cabeza, sabía que el general enemigo había dado esa orden. Desde hacía semanas era imposible lograr que algún cubano del campo se atreviera a colaborar- Pues eso nos está trayendo muchos problemas, primero y primordial con la zafra, que no está permitiendo que se realice, y segundo, porque no permite que nos hagamos con caballos de refresco.

Sabía que ese problema existía, tres semanas antes habíamos recibido el cable advirtiéndonos de que los caballos de refresco ahora no existían y por tanto debíamos cuidar los nuestros como oro en paño.

- Necesitamos, si pueden, que desvíen los caballos destinados a los rebeldes hacia un puerto nuestro.
- Lo intentaré, mi capitán, le prometo hacer lo que esté en mi mano.
- Sepa que una vez logren ponerse en contacto con nosotros para informarnos, varios cañoneros torpederos vigilarán las proximidades de la costa. Si logran llamar su atención y les localizan, estoy seguro de que les ayudarán.

Mientras nos despedíamos Mendoza apretó mi mano con fuerza, el hombre me apreciaba realmente. Aquella fue la última conversación que tuve con él, diez días más tarde caía bajo el fuego enemigo en la playa de Tayabacoa.

Salimos a la tarde siguiente, poco antes de que se pusiera el sol. Sabíamos cómo ponernos en contacto con los nuestros en Cuba, en esta ocasión, entre nuestros pertrechos, hice que se incluyeran dos pequeños heliógrafos, que intentaríamos utilizar para avisar a las torpederas, como último remedio.

Una pequeña lancha cañonera nos acercó hasta la costa. Aquellos avezados marineros conocían la zona lo suficientemente bien como para que pudiéramos desembarcar con nuestros caballos.

Una vez en Florida, galopamos durante toda la noche en dirección a Cayo Hueso. Antes del amanecer, por separado, nos movíamos por sus calles. Con un espacio de tiempo suficiente nos alojamos en el mismo hotel. Carlos lo hizo de noche, yo esperé a que hubiese entrado la mañana.

Tanto su disfraz, como el mío, pasaron desapercibidos entre las gentes de allí. Había un importante sentimiento antiespañol, pero en ningún modo anticubano, con lo que yo, con mi acento difícilmente disimulable, fui bien recibido. Carlos, que se hizo pasar por alguien del norte, concretamente de Nueva York, tuvo aún menos problemas.

Me presenté al día siguiente ante los responsables sediciosos de la zona, una vez entregué mi mensaje, perfectamente lacrado, me desenvolví con entera libertad.

Carlos se personó, también con documentación falseada, ante las mismas autoridades. Después de una pequeña charla, confesó que realmente pertenecía al ejército de los Estados Unidos y tenía la misión de informar sobre las actividades de los rebeldes cubanos afincados en los Estados Unidos. Además, expresó las enormes simpatías que se sentían hacia ellos en Washington. Esa entrevista, por supuesto, consiguió que mi compañero pudiese moverse libremente entre los insurrectos.

Al tercer día ya nos relacionábamos con soltura en los ambientes rebeldes. Nos conocimos en una de las tabernas del puerto, lugar habitual de reunión, y trabamos una visible amistad.

Todo marchaba bien, el quinto día se entrevistó conmigo Gonzalo Quesada, Carlos se encontraba también presente. El secretario del partido revolucionario nos comentó el lugar y el tipo de cargamento que estaban preparando, se trataba de una expedición con cuatro embarcaciones repletas. En total se pretendía enviar a más de quinientos soldados, seis mil rifles y una ingente cantidad de munición; además irían casi doscientos caballos.

Esa misma noche empezaron nuestros problemas. Cuando aparecieron los generales que pensaban comandar la incursión, supe que debía desaparecer lo antes posible. Los oficiales al mando eran tres: uno de ellos era Carlos Rolof, otro José María Rodríguez y el tercero, no era otro que un viejo conocido mío, se trataba de Serafín Sánchez. Carlos podía dejarse ver por Serafín, pero yo no.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea, alguien debía ir en busca de los caballos y embarcarlos. Gonzalo Quesada estuvo encantado cuando me ofrecí voluntario para hacerlo.

Gracias a un salvoconducto firmado por él, no tuve problemas

en mi viaje hacia el interior para conseguir los animales.
Antes de mi partida logré hablar unos instantes con Carlos.

- Debo irme, Carlos. Yo no voy a regresar, los caballos embarcarán en un puerto cercano a los Everglades, cerca de Fort Lauderdale. Te quedas solo, eso favorecerá tu huida, dame cuarenta y ocho horas y escapa, para entonces espero tener los animales embarcados.
- Bien. Informaré a nuestra marina del posible lugar de desembarco, espero que podamos cazarles como conejos.

Afirmé, los rebeldes tenían planeado que esa expedición ayudase a Máximo Gómez. Para ello, pretendían desembarcar las tropas cerca de El Chorro, a pocos kilómetros de su general. Debían rodear el extremo occidental de la isla de Cuba, la provincia de Pinar del Río, e internarse por el Mar Caribe hasta las proximidades del Camagüey.

Mi viaje hacía el punto de embarque, donde esperaban los animales, no fue interrumpido por nadie; sólo me acompañaban cuatro hombres de confianza de Gonzalo, todo salía a pedir de boca. Con el dinero que llevaba pagué los más de doscientos animales adquiridos por los separatistas, suficientes para formar dos escuadrones de caballería.

Con ayuda de los rancheros y mis cuatro acompañantes, fuimos introduciendo uno a uno a los cuadrúpedos en el barco. Se trataba de un gran vapor mercante de bandera norteamericana, no se le veía veloz, pero sí marinero; además del capitán, el segundo y el piloto, disponía de quince marineros como dotación.

Al caer la noche todo estaba listo. El plan original consistía en que, si podíamos, nos uniríamos a los otros tres barcos y navegaríamos con ellos en dirección a la isla. También se había previsto que, en caso de no poder unirnos a ellos, desembarcaríamos en la zona pactada.

Estudié las cartas marinas, según lo acordado con Carlos, dos cañoneras debían interceptarnos a una determinada altura, la acción se iba a hacer muy cerca de las costas de la república americana y tenía el riesgo de que, de ser descubiertos, podríamos crear un nuevo conflicto diplomático.

El primer tercio de la travesía fue tranquilo. Cuando sobrepasamos Cayo Hueso, el resto de la expedición ya había partido. Nuestro capitán, convenientemente aleccionado y jaleado por mí, prosiguió el trayecto convencido de que les daríamos alcance una vez nos entráramos en el Caribe. Sobrepasado el cabo de San Antonio, aparecieron tras nosotros los dos cañoneros torpederos españoles. El capitán de nuestro vapor, un viejo truhan norteamericano, gran conocedor de aquellos mares, comenzó a realizar maniobras de distracción que podían lograr que nuestros buques nos perdieran. Si lograba llegar hasta los Cayos de San Felipe y la isla próxima,

fácilmente no lograran seguirnos, comprendí que debía intentar algo.

Después de unas cuantas maniobras acertadas, el capitán logró engañar a los buques españoles. Los hombres, buenos marineros, comprendieron que los españoles ya no nos darían alcance y lanzaron vítores hacia el capitán por lo acertado de su patronaje.

Yo había incluido entre el cargamento una buena partida de ron por si se daba el caso, comprendí que en ese momento era necesario. Dos de mis hombres lo subieron a cubierta, los tripulantes, eufóricos por el logro marinero, bebieron con ganas. Aprovechando la situación, yo me acerqué al cuarto de máquinas en la segunda cubierta. No tenía ni idea de cómo funcionaba una máquina de aquellas, pero supuse que no se diferenciaría mucho de las de los ingenios. Me acerqué a una de las válvulas y la giré hasta hacer tope, luego, con una herramienta pesada, golpeé la manecilla hasta romperla. Repetí la maniobra tres veces y sin que nadie me viese salí de allí. No tenía seguridad de haber producido el daño necesario, pero se trataba de lo máximo que yo podía hacer.

Sin que nadie se percatase, me acerqué a la popa y durante unos minutos, con el heliógrafo, traté de hacer señales a un potencial perseguidor al que mis ojos no lograban descubrir. Tras un buen rato, comprendí que debía regresar a la zona de cubierta. Descubrí un saliente en la popa y de él colgué una de las planchas del heliógrafo; si tenía suerte y le daba el sol, alguno de nuestros buques podría vernos a gran distancia.

Me dirigí a la proa y entré en el puente de mando armado con dos botellas de ron. El capitán me sonrió.

- Ha visto, Don Hugo, ¡hemos logrado despistarlos!
- Si, John, vengo a felicitarle personalmente. ¡Desde luego, es usted un gran marino! –respondí mostrando la bebida.

Bebimos ron para celebrar el éxito y charlamos animadamente durante unos minutos. Media hora después, con la marinería del puente ligeramente sumida en los vapores etílicos, comencé a interponerme y molestar. Uno de los tripulantes dio de nuevo la voz de alarma.

- ¡Los patrulleros españoles!, ¡nos han localizado de nuevo! –gritó desde cubierta. El capitán reaccionó de inmediato.
- ¡No puede ser! ¡No entiendo cómo han podido saber nuestro rumbo! Lo malo es que navegan algo más rápido que nosotros, esos torpederos alcanzan casi los diez y ocho nudos y nosotros no pasamos de los quince, tan cargados como vamos.
- Capitán –le comentó el segundo, sorprendido- navegamos por debajo de los doce nudos.
- ¡Baje a la sala de máquinas y averigüe qué pasa! ¡Necesitamos más velocidad si pretendemos burlarles!

El segundo obedeció al instante.

- ¿Qué podemos hacer? –le pregunté agobiado.
- Intentar despistarles de nuevo, debemos lograr que pierdan nuestra estela –eso, mientras hubiese sol, sería difícil, pensé para mí- De no lograrlo, deberíamos vaciar las bodegas y huir.
- ¡No! –exclamé, elevando la voz- ¡los caballos son imprescindibles!, ¡no podemos perderlos!

Me miró con energía.

- Le recuerdo, Don Hugo, que el capitán de este barco soy yo, y por lo tanto soy quien da las órdenes.
- ¡Sí, pero los caballos son indispensables! ¡No puedo permitir que los arrojen por la borda! –respondí autoritario.

Los marineros presentes: el piloto y otros dos, me miraron malencarados. Esperaban una orden de su capitán para reducirme si era necesario. No tuve otro remedio que actuar. Saqué mi arma.

- ¡Todos atrás! –les amenacé, conminándoles a que se dirigieran a la pared opuesta al cuadro de mandos- ¡Capitán, de la orden de detener las máquinas!
- ¡Qué dice! Si reducimos la marcha, podemos caer en sus garras en muy poco tiempo. Cada minuto que perdemos, ellos ganan cinco, a esta velocidad –insistió el capitán angustiado- ¡Nos darán caza en cuestión de minutos! -exclamó.

No comenté nada, en ese instante el viejo pirata empezó a comprender.

- ¡Usted no es un patriota cubano!, ¡usted es un traidor español!

Le corregí de inmediato.

- No, capitán. No soy un traidor. Soy teniente de caballería del ejército español y procedo a tomar el mando de la embarcación, destituyéndole a usted. Le informo que sobre su cabeza, en estos momentos, pesan los cargos de sedición y colaboración con el enemigo. Será juzgado en La Habana y encarcelado. Si colabora conmigo, intercederé por usted y su tripulación ante el gobernador, eso puede lograr que todos ustedes salven la vida.

Uno de los marinos intentó acercarse, comprendí que no podía dudar ni un instante. Abrí fuego sobre su tripa a metro y medio, eso le provocó un enorme agujero por el que manaron sangre y parte de las tripas. Con sólo echarle un vistazo supe que estaba condenado, moriría en pocos minutos.

Los demás presentes me miraron amenazantes y juraron vengarse, pero ninguno se atrevió a acercarse.

- Si ustedes permanecen donde están no habrá más heridos, de otra manera volveré a abrir fuego. Han perdido la partida y lo saben. Si me matan, los que me sobrevivan serán condenados a muerte por asesinar a un oficial español, háganme el favor de rendirse y no habrá

problemas –en ese instante mis ojos descubrieron muy cerca a mis camaradas.

El segundo de a bordo entró en la sala. No se percató de la situación en un primer momento.

- Mi capitán, alguien ha saboteado las válvulas de la presión, perdemos fuerza de forma continua –en ese momento vio al herido y se giró en dirección a mí- ¿Usted?
- Sí, lo siento, pero estamos en guerra. Por favor, póngase al lado de los demás. En muy pocos minutos los torpederos españoles nos abordarán. Su aventura ha terminado.

Los cuatro cubanos que me habían acompañado desde Cayo hueso intuyeron que algo sucedía e intentaron abrirse camino hacia el puente. Ordené a mis prisioneros que atrancasen la puerta. De nuevo otro de los marineros trató de atacarme, puse mi arma en su frente, no deseaba abrir fuego, pero estaba dispuesto a hacerlo si era necesario. El capitán solucionó la situación.

- Dejadle –ordenó por fin- Ha ganado la partida, si nos lo proponemos puede que logremos matarle, pero ninguno saldría con vida. No somos cubanos y esta no es nuestra guerra, no merece la pena –los hombres le obedecieron.

En esa nueva situación fijó sus ojos en mí.

- ¿Me da su palabra de que mi gente saldrá libre? O al menos ¿de qué intercederá por ellos?
- La tiene, capitán, la tiene.

Comprendí que estaba ante un buen oficial, él no era cubano y nada tenía que ver con todo aquello, llegado a esa situación, sólo le preocupaban su barco y sus hombres.

- Aunque sea usted un espía, creo que es un oficial y por tanto me fío de su palabra –se giró hacia sus hombres y les dio una orden, luego entreabrió una de las ventanas del puente y comunicó su decisión al resto. Solo los cuatro cubanos se negaron a obedecer.

Miré en dirección a los cañoneros y comprendí que ya estábamos a tiro de sus baterías. Le pedí al capitán que izase la bandera blanca, uno de sus hombres así lo hizo.

Pocos minutos después tres cañoneras nos daban alcance y nos abordaban. El buque quedó en manos españolas, toda la marinería fue arrestada y cargada de grilletes. Con la situación controlada, dirigimos el vapor hacia la zona de Cienfuegos, en pocas horas atracaríamos en su puerto. Los doscientos treinta caballos ya eran nuestros.

El resto de la operación terminó con alegrías y tristezas. Un segundo vapor fue detenido cerca de la costa, pero más tarde supimos que, por desgracia, los tres generales y ciento treinta soldados lograron desembarcar, llevaban con ellos trescientos rifles Remington y más de tres mil cartuchos. En total dos de los buques fueron

interceptados y otros dos volvieron sobre sus pasos.

Los rebeldes, por lo que supuse, debieron sospechar algo y cambiaron la zona de desembarco. No lo hicieron en el Camagüey, sino cerca de Sancti Spiritus, en la provincia de Santa Clara.

Por lo que dedujimos posteriormente, los desembarcados siguieron un camino idéntico al que yo elaborara para nuestro ejército, el mismo que portaban nuestros oficiales al mando de columnas. Este detalle provocó que, en su repliegue, se toparan con una pequeña columna española de veinte hombres que regresaba hacia la provincia de Matanzas, al mando estaba mi buen amigo Mendoza.

Se produjo un enfrentamiento en el que el capitán cayó mortalmente herido junto a otros cinco hombres, el resto de los soldados huyeron despavoridos. Al día siguiente una columna de refuerzo se hizo con los seis cadáveres.

Si bien habíamos logrado animales de repuesto, también los sediciosos habían triunfado. Tres de sus mejores generales, bien armados, habían logrado entrar. Nuestros problemas aumentarían a partir de entonces.

Capítulo 9º

LA CAMPAÑA DE OCCIDENTE

Hasta pasado septiembre apenas hubo movimiento. Yo recibí la orden de regresar a La Habana, el sargento Murillo me acompañó.

Volví a vivir en la capital junto a mi esposa que, aunque aún se encontraba afectada en su interior, disimuló lo mejor que pudo en mi presencia intentando alegrar mi vida lo máximo posible. De nuevo comprendí lo acertado de mi proceder al desposarme con aquella maravillosa mujer. En mi fuero interno sabía que nunca sentiría por ella lo que experimentaba cada vez que me cruzaba con Margarita, pero sí que la quería y sentía un enorme cariño hacia ella.

En espera de otras necesidades, me ordenaron que me emplease a fondo para preparar a los nuevos reclutas que habían llegado de España y que se quería que se integraran en la caballería.

En los meses del verano nuestras tropas habían obtenido importantes refuerzos. Casi treinta y siete mil hombres habían arribado a la isla, procedentes de la península, una pequeña parte fue destinada a la caballería.

- Mi teniente –Murillo siempre me hablaba mientras los hombres preparaban sus caballos para formar- esto no son soldados –dijo, señalando a los chicos con su mano.

Afirmé con la cabeza.

- Además, apenas vienen pertrechados. No traen ni siquiera una muda –añadió, expresando su incomprensión.

- Lo sé, sargento, lo sé. Yo tampoco entiendo como nuestra patria pretende que luchemos con estos hombres y estos medios.

- ¡Si esta gente viera a los mambises, huiría despavorida! –añadió.

Realmente ya hacía tiempo que yo me preguntaba lo mismo. Dentro de lo malo, mi gente, los muchachos de caballería, eran unos privilegiados. Gracias a su imprescindible preparación para poder subirse a un caballo, no iban directamente a las zonas de enfrentamiento.

Por el contrario, a sus compañeros destinados en infantería, nada más desembarcar se les subía en trenes y otros medios para enviarles

directamente a las zonas de combate o vigilancia. En pocas horas pasaban de estar en un barco, a encontrarse en un manglar o una zona selvática.

Su preparación no era escasa, sino nula. Sin previsión por parte de Madrid, se les encomendaban labores para las que no venían pertrechados, ni podían pertrecharse en la isla, como sucedía con el calzado. Se les hacía combatir en los manglares y las selvas provistos de simples alpargatas, un material que se estropeaba en esas condiciones de humedad y que permitía que los animales les atacasen. Aquello comenzaba a no tener sentido.

Permanecí en aquella misión, formando jinetes, hasta recién entrado noviembre. Fue entonces, una tarde en la que me encontraba descansando en el jardín de la casa de mi padre, acompañado de María Cristina, cuando apareció el sargento Murillo. Uno de los sirvientes se acercó a nosotros para comunicarme su presencia.

- ¡Hombre!, ¡el sargento Murillo! -exclamó mi padre, mirándome- ¡Qué ganas tengo de conocerle! –luego, dirigiéndose al sirviente, añadió- Hágale pasar.

El lacayo se alejó. María Cristina, con la dulzura que le caracterizaba, intervino:

- Yo también tengo ganas de conocerle, Hugo habla de él sin cesar.

- ¡Hombre!, se trata de mi segundo de confianza, desde que volví a Cuba, siempre ha sido mi ayudante –comenté. No añadí que suponía que su visita seguramente aportaba malas noticias, fácilmente un nuevo destino.

Un instante después, José Murillo hacía acto de presencia. Siempre se comportaba con corrección y respeto, pero en aquella ocasión noté que se sentía más apocopado ante la presencia de mi esposa y mi padre. De todos era conocida la importancia de mi progenitor dentro de los estratos de poder de la isla. Se cuadró y golpeó con los tacones de sus botas.

- Mi teniente –me saludó a mí en primer lugar- señora –inclinó ligeramente la cabeza- Señor – añadió al final, dirigiéndose a mi padre.

- Descanse, sargento, descanse.

- ¿Quiere tomar algo? –le invitó de inmediato mi padre, antes de que el sirviente se alejara. –Por favor, acepte mi invitación.

Murillo me miró. En situaciones como aquella no sabía qué debía hacer, le animé a que aceptase, y lo hizo. Pidió una bebida fresca.

- Siéntese, sargento.

- Gracias, señora.

- Diga, José –le pregunté- ¿Qué le trae por aquí?, me temo que será alguna orden de última hora.

El hombre no dijo nada, entendía que desconocía si podía hablar de asuntos militares ante mis acompañantes. Le di permiso para que lo hiciese.

- Mi teniente, me envían para buscarle. Debemos presentarnos esta misma tarde en el cuartel. Nos ordenan ponernos al frente de un escuadrón y dirigirnos de inmediato en dirección a la trocha.
- ¿Y, eso? –preguntó mi padre.
- Por lo que me han informado, los rebeldes al frente de Máximo Gómez lograron atravesarla hace dos días. Por lo que sé, comanda una importante partida.

Mi padre encolerizó, se incorporó y maldijo.

- ¡Es culpa de Martínez Campos! ¡Es un blando! ¡Esta rebelión debe aplastarse cuanto antes! Si no se les detiene de inmediato, se harán fuertes y será el final.
- Yo creo que es un buen general –le defendí.
- ¡No es un mal general, pero sí un mal gobernador! –me respondió con rapidez.

No le respondí, miré a María Cristina y añadí:

- Lo siento, querida. Me temo que otra vez debemos separarnos.
- Lo sé –respondió con resignación- Si quieres nos acercamos a casa y preparo tu partida.
- No, querida. Me temo que no tengo tanto tiempo. Supongo que Murillo habrá traído un caballo para mí –el sargento afirmó- Partiremos de inmediato.

Besé una de sus mejillas y estreché la mano de mi padre, después me dirigí a la salida de la mansión acompañado de mi inseparable suboficial.

Esa misma noche iniciamos la marcha. Nos separaban casi trescientos cincuenta kilómetros de la trocha. Según las órdenes que recibí antes de partir, debíamos ir de inmediato a la zona de Cienfuegos. Si queríamos llegar en condiciones de combatir y no perder nuestras monturas, debíamos hacerlo en marchas no superiores a los setenta u ochenta kilómetros. Calculé que en tres días entraríamos en Cienfuegos. Así fue.

Una vez logramos llegar, me entrevisté con los oficiales al mando. Se me ordenó acompañar a una columna de infantería de seiscientos hombres, nuevos reclutas integrados en los regimientos Bailen y Canarias, les comandaba el teniente coronel Rich.

Durante varios días recorrimos la zona en dirección a Sancti Spiritus sin lograr dar con los rebeldes. El 18 de noviembre, un correo nos informó de la caída del fuerte Pelayo. El teniente coronel me ordenó partir con mis hombres en dirección a la zona, seguro que mis jinetes eran necesarios por allí, protegiendo caravanas o el mismísimo ferrocarril.

Durante tres semanas deambulamos de un lado para otro. Mi escuadrón hizo varios cientos de kilómetros, obedeciendo las órdenes de mis superiores. Los rebeldes, reunidos y formando ya una tropa superior a los cuatro mil hombres, evitaban la mayoría de los enfrentamientos en los que su superioridad no era abrumadora.
Mi escuadrón se enfrentó a pequeñas partidas de rebeldes en varias ocasiones, se trataba de conatos de emboscadas con la intención de rapiñar alimentos o munición. En un mes perdí sólo dos hombres y dimos caza a algo más de una docena de mambises.
Los rebeldes continuaron su marcha en dirección a Matanzas y La Habana. De nuevo recibí órdenes para perseguirlos.

A mediados de diciembre, pasado Cienfuegos, en los llanos, se enfrentaron a la columna del teniente coronel Rich. Seguramente uno de los errores del capitán general fue su obsesión de mantener la zafra a toda costa, debido a ello disperso nuestras fuerzas en unidades de no más de quinientos hombres, esto les hacía vulnerables de encontrarse con el grueso de las fuerzas enemigas.

Ese fue el problema en la batalla de Mal Tiempo y de la columna de Rich, que defendía la finca de nombre “La colmena”. Aquel combate se convirtió en un nuevo fracaso español. Al menos cien jóvenes soldados murieron y varios más cayeron heridos. El habitual y difícilmente vencible cuadro defensivo de nuestra infantería cayó derrotado por primera vez ante la carga a machete de los mambises. Una vez más, presentar batalla ante los rebeldes, con bisoños soldados sin una mínima experiencia, daba sus desastrosos frutos.

La marcha imparable de Máximo Gómez hacia Matanzas era ya una realidad.

Estando los rebeldes tan cerca de la capital, mi unidad recibió órdenes de dirigirse de inmediato a proteger la urbe. Por lo que sabíamos, además, los sediciosos trataban de levantar en armas a los habitantes de La Habana.

Con las nuevas órdenes, las unidades de caballería debían patrullar y acabar con cualquier tipo de motín. Aquella misión no me agradó, pero obedecí lo que me mandaron.

Llegados a Habana me acerqué a casa de mi padre. Dos soldados de mi unidad permanecieron en la entrada con los caballos.

- Marcial –le dije al sirviente que me salió a recibir- proporcione dos cervezas frescas a mis hombres, por favor.
- Sí, señorito Hugo, de inmediato. El señor y la señora están en la biblioteca.
- Gracias, Marcial.

Me dirigí de inmediato hacia allí. Antes de llegar la vi correr por los pasillos en mi búsqueda. Alguien le había comunicado mi

presencia.

- ¡Hugo! –exclamó María Cristina al verme desde el primer piso. Antes de que yo pudiera subir, ella ya estaba a mi lado y me besaba con verdadera pasión.

- ¡Cuánto te he echado en falta! –comentó sin soltarse de mi abrazo.

Con cariño solté sus brazos de mi torso y le alejé apenas a unos centímetros para poderle contemplar.

- Cariño, ¡estás más bella que nunca!

Se sonrió con sinceridad. En ese momento hizo acto de presencia mi padre, en lo alto de la escalera.

- Hola, padre –le saludé.
- Hola, hijo, bienvenido.

Abrazados, ascendimos al primer piso. Conversé con ellos un buen rato y les garanticé mi presencia para cenar, antes debía acudir a capitanía.

Por la noche cenamos animadamente. Al concluir, mi mujer se ausentó del comedor, ese instante lo aprovechó mi padre para encenderse un puro y charlar a solas conmigo.

- Hugo, me gustaría hablar contigo de un asunto –con un gesto le invité a que prosiguiera- Se trata de la seguridad de María Cristina.
- Tú dirás, padre.
- La situación, por lo que nos has contado, es realmente mala y la capital corre peligro –con la cabeza manifesté ciertas dudas sobre aquellas afirmaciones, tampoco me parecía la situación tan desesperada- He pensado que podríamos irnos a la zona de Pinar del Río, a la hacienda cercana a Los Palacios. Hace ya varios días que le envié recado a Antonio, para que tuviesen todo dispuesto.

Recordaba aquella finca y su enorme y maravillosa mansión. Gran parte de mi infancia había transcurrido en ella, sobre todo en las épocas en que apretaba mucho el calor. Mi memoria me retraía al largo camino entre árboles que desde la entada llegaba hasta la mansión, ni aún en los días más calurosos se dejaba de sentir su frescor. Además de la enorme casa, había dos grandes caballerizas, varios carruajes y calesas de diferentes tipos, caballos y unos enormes campos de tabaco y de caña.

- Me parece bien, lo creo muy acertado, padre.
- Realmente, si la situación es tan grave y aún puede estropearse más, me pareció que Pinar del Río podría ser la zona más tranquila de la isla –afirmé de nuevo con la cabeza. Realmente tanto mi padre como yo estábamos totalmente equivocados, extremo que sólo conocimos con el devenir de los acontecimientos.

Cinco días después, con gran disgusto e incluso enfado de mi mujer, despedía a dos carruajes con mi padre, ella y su servicio. A

partir de ese momento yo me quedaba solo en La Habana.

Las noticias provenientes de la zona media de la isla empeoraban por días. Los rebeldes campaban a sus anchas incluso en la zona de Matanzas, pasando a fuego todas las fincas y cañaverales que encontraban a su paso.

Acudí de nuevo a una reunión en la capitanía, allí me informaron de los últimos movimientos. Aquella sesión debía tener gran importancia, no solo estaba el coronel Mendieta y Arnaldo Ovelar, sino que también se encontraban presentes el comandante que conociera en Santiago con el capitán, dos comandantes más que no me fueron presentados y el rubio teniente Carlos Martín. Nos dispusieron a todos sentados alrededor de una larga mesa.

Inició los comentarios el coronel.

- Nos hemos reunido para hacer un estudio de la situación y valorar las posibles acciones a realizar, dentro de nuestras posibilidades. En este momento puedo decir, sin temor a equivocarme, que nuestras líneas de contención están totalmente destrozadas. Maceo y su gente se mueven entre nuestras columnas sin que nos enteremos. Martínez Campos ha perdido el pulso en Matanzas –afirmó concluyente el coronel Mendieta.
- Sí, lo que se habla en la ciudad sobre la victoria de Jovellanos, no deja de ser una victoria pírrica – añadió Ovelar- Si bien les ha detenido en su avance imparable, también debía haberles perseguido y aniquilado en vez de regresar a La Habana.
- Las líneas telegráficas se encuentran cortadas y cada vez que las arreglamos ellos las vuelven a romper. Por lo que sospechamos, además, nos tememos que parte de los telegrafistas pasan información a los rebeldes –añadió uno de los comandantes que yo no conocía.

Yo no dije nada, permanecí en silencio, suponía que mi presencia en la reunión debía tener algún significado.

- Hugo, ¿qué se dice por las calles?

Ese era mi momento.

- Las gentes hablan mal de Martínez Campos, tienen miedo, piensan que en pocos días, de seguir así, los rebeldes entrarán en Habana. Es una exageración que piensen así, pero la moral realmente es baja.
- ¿Y la tropa?
- Yo diría que su ánimo aún es peor.

Carlos Martín intervino:

- Los soldados nuevos vienen mal equipados y peor preparados. Los mandamos al frente y no saben ni cargar sus fusiles.

Mendieta no le dijo nada por intervenir sin pedírselo.

- Lo sé, teniente, pero eso nosotros no lo podemos cambiar.

Se puso de pie y comenzó a deambular por la sala.

- Les he reunido para contarles algo que nadie en Cuba, fuera de esta sala, conoce –todos le miramos con atención- Por ese motivo van a recibir ustedes diferentes misiones que provienen directamente de Madrid.

Encendió un puro pequeño, exhaló el humo e hizo un comentario que, de saberse, hubiese provocado una verdadera revolución.

- Dentro de pocos días va a conocerse que Martínez Campos nos deja y que Madrid envía a un sustituto. Viene a la isla, como capitán general y gobernador máximo, el General Valeriano Weyler y Nicolau.

Ninguno de los presentes hicimos comentarios, aunque todos nos alegramos en nuestro interior, aquella era una gran noticia. Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, estaba considerado como el mejor general español en aquel momento. De todos era conocida su rigidez y su disciplina, así como su dureza en el mando, tanto con soldados, como con oficiales, pero también de todos era sabida su infatigable tenacidad y sus continuas victorias en las campañas en las que participaba. Si bien ahora nos encontrábamos con un vacío de poder, debido al carácter negociador y conciliador de Martínez Campos, con su llegada, si algo podía sobrarnos era poder y autoridad.

Observé las sonrisas en los rostros de todos los presentes.

- Respecto a las últimas novedades he de decirles que Maceo y Gómez nos engañaron. Durante cuatro días, después del enfrentamiento de Jovellanos, se batieron en retirada. Cuando pensábamos que ya podíamos atraparles desplazando las unidades de la trocha, dieron la vuelta y han regresado e incluso se dirigen hacia nosotros –comento el otro comandante que yo aún no conocía y que luego me presentaron como Jorge Sarasa, un hombre de cincuenta años con una importante cabeza y un rostro serio e impenetrable, pero, por lo que pude comprobar con el tiempo, armado de una agradable y fácil sonrisa.

- Sí, han realizado un lazo a la altura de Aguada de Pasajeros, además utilizando uno los posibles caminos que tú elaboraste –prosiguió Ovelar, dirigiéndose a mí- Gracias a ello han avanzado a gran velocidad hacia nosotros.

Ovelar nos contó los últimos enfrentamientos habidos en los que, si bien nuestras tropas no perdieron, tampoco se supieron poner de acuerdo sus diferentes mandos para atacar al unísono, no logrando con ello una verdadera victoria. De nuevo volví a entrever, en esa ansia por la gloria de muchos de nuestros altos oficiales, uno de los mayores problemas. En ningún momento logré descubrir en la mayoría de ellos un especial interés por España o por Cuba. Sólo parecían atraerles las medallas y la gloria fácil obtenida, por supuesto, en cómodos enfrentamientos, nunca en batallas importantes en las que pudieran correr algún riesgo.

Se nos encomendaron diferentes misiones a cada uno de nosotros. Fundamentalmente se referían a lograr información de las intenciones de los rebeldes, de los movimientos de las tropas y cosas similares. El comandante del fuerte Carriles, Enrique Bernaola había sido destinado a la trocha, yo debía acuartelarme en el mismo fuerte Carriles, aunque desde ese instante dependía de Ovelar y el mismísimo Coronel Mendieta.

Mi máximo mando a partir de ese momento, el coronel Mendieta, me insistió en que permaneciese en Habana. Sabíamos de la existencia de grupúsculos de sediciosos dentro de la ciudad que sólo esperaban su momento para alzarse en armas contra nosotros. Yo debía patrullar e intentar mantener el orden en las calles. Debería alternar ese trabajo con el de la preparación e instrucción de caballos y jinetes, ambos aún por llegar.

Supe que varias columnas de infantería intentaban seguir a los rebeldes; aun así, haciendo la guerra cada uno por su lado, Maceo y sus gentes continuaban avanzando. La tensión reinante entre nuestras fuerzas se notaba en el ambiente.

Mi sección patrullaba sin cesar por los barrios colindantes a la catedral; la seguridad de los viandantes era responsabilidad de la guardia civil, nosotros sólo estábamos allí para abortar y evitar las revueltas.

Murillo tenía bien distribuidos a los hombres por escuadras, con un cabo al mando, cada poco rato se acercaba al lugar en el que me encontraba y me informaba. Yo permanecía en la plaza de la catedral subido en mi montura, acompañado de tres soldados. Ante mí se encontraba uno de los mercados más importantes de la ciudad. Se trataba del mercado al que negros y mulatos acudían intentando vender aquellos productos que plantaban en sus terruños. Ante mis ojos aparecían al menos mil o mil quinientas personas que se movían sin cesar, la inmensa mayoría negros y mulatos. No sentía nada contra aquellas gentes, cubanos como yo, sabía que una vez acabada la esclavitud, se limitaban a subsistir de lo que podían; en nada se parecían a aquellos negros orondos y contentos que trabajaban en las fincas de mi padre.

Plaza de la catedral

En los diferentes puestos podía encontrarse de casi todo: comida, bebida, ropa y diferentes tipos de animales, tanto de carga, como de matanza.

Entre todo aquel bullicio oí mi nombre y me giré, antes de descubrir su rostro, supe perfectamente quién me llamaba.

- ¡Hola oficial! –noté cierto retintín en lo de "oficial"- ¿Protegería usted a una dama indefensa?

Antes de que mis ojos la vieran, mis labios ya estaban esbozando una sincera sonrisa.

- Hola, Margarita. Puedo considerarte cualquier cosa menos una dama indefensa. ¡Pobre del que trate de meterse contigo! –exclamé, al tiempo que descabalgaba.

Como siempre descubrí el rostro de la mujer más adorable que conocía. Llevaba el pelo recogido en una coleta suelta, que resaltaba más sus facciones, y algunos de sus rizos naturales sobresalían del orden establecido. Ese aspecto no era habitual en una señora, pocas se hubiesen atrevido. Su piel, como en otras ocasiones, aparecía ligeramente tostada por el sol, que ella disfrutaba tomando, y le daba un tono que le favorecía. Noté como sus profundos ojos verdes me perforaban, como siempre. Le acompañaban dos de sus sirvientes, una era la preciosa Candela que me sonrió con sus enormes ojos, creo que era la mulata más bella que nunca había visto

Me aproximé a ella y le besé tenuemente en la mejilla, una vez más sentí que el corazón me daba un vuelco al notar el contacto de su piel.

- No nos veíamos desde entonces, ¿no?
- Sí –me limité a contestar. Y ya hace mucho de aquello.

No añadió nada al respecto, sentí que había decidido hacer tabla rasa.

- ¿Qué haces? –me preguntó sin recato alguno- ¿vigilar a los

ciudadanos de la Habana? –añadió, sin dejarme tan siquiera responder a la primera cuestión.

- No seas así. Sabes que me limito a cumplir con mi obligación.
- ¿Pisoteando a los cubanos que quieren libertad?
- No, defendiendo a los españoles que habitan en Cuba –respondí realmente enfadado.

Margarita debió notar mi enfado, puesto que, en vez de continuar por ese camino, decidió ir por otro.

- No te enfades, simplemente se trataba de una broma –los dos sabíamos que no era verdad, pero acepté la tregua que me ofrecía.
- ¿Puedes invitarme a algo?, o no debes dejar tu puesto ni tan siquiera un segundo.
- Sí, claro -me volví hacia el sargento y le anuncié que pensaba ausentarme por un rato.

Mientras Margarita y yo nos alejábamos en dirección a la calle Obispo, uno de los muchachos se hacía cargo de mi caballo. Nos detuvimos en un café, nos sentamos al fondo y conversamos tranquilos.

Cinco minutos después llegábamos al tema de siempre.

- ¿Cómo está Jesús?
- Supongo que bien, allá en los Estados Unidos. Sigo esperándote –me espetó.

Le miré fijamente a los ojos, sabía que no podía mantenerle la mirada, nunca lo había logrado.

- No me merezco que te mofes de mí.
- Sabes de sobra que no me mofo, me equivoqué al elegir –dejó un instante de silencio y luego añadió-... y tú también. Tu mujer es encantadora y no se merece todo esto, comprendo que la culpa fue más mía que tuya.

No pude defender a María Cristina. Seguramente tenía razón.

- Tú te casaste con Jesús. No me dejaste otra salida. Yo te adoraba, hubiese dado todo por ser tu marido.

Su mirada en ese instante fue una mezcla de falsa timidez, habida cuenta de quien provenía, y de triunfo al mismo tiempo.

Antes de que ella pudiera contestar, Murillo entró en el café, le vi otear desde la entrada.

- ¡Aquí, sargento!
- Mi teniente, le llaman de capitanía. Debe presentarse de inmediato.

Mis ojos pidieron disculpas a aquella adorable mujer, volví a besarle la mejilla y me dispuse a irme.

- Esta noche hay una fiesta en el casino principal, me gustaría ir y no tengo pareja.
- Te enviaré recado, si no me endosan ninguna misión, estaría

encantado de acompañarte –le respondí, una vez más embelesado por sus encantos.

Aquella noche no tuve trabajo alguno y sí acudí a la cita con mi amiga. Por una vez no dudé en rogar para que me dejasen salir, el mismo Mendieta me concedió el permiso. No obstante, a la mañana siguiente, a primera hora, debía acuartelarme con mis hombres en el fortín de Santiago de la Vegas, nos temíamos un inminente ataque.

Estábamos a tres días de la epifanía; la fiesta del casino principal, que en España hubiera sido impensable en esas fechas, había congregado a lo más granado de la sociedad habanera.

Durante las primeras horas bailamos y conversamos con todos los presentes, para muchos formábamos la mejor pareja de la fiesta, aunque ambos estuviéramos casados... con otras personas.

A media noche Margarita me insistió en que le acompañase a su casa, según dijo públicamente se encontraba cansada.

Como buen caballero cumplí con mi cometido, aunque estaba seguro de que lo que aquella noche iba a ocurrir nada tenía que ver con el comportamiento de un caballero.

Si bien ella entró por la puerta principal, yo, para evitar miradas indiscretas, lo hice por una trasera veinte minutos después. Candela me esperaba en la cancela, ni siquiera tuve que llamar.

Sin decir palabra, me acompañó a los aposentos de su señora, cuando estuvimos frente a su puerta se despidió.

- Aquí es señor, ella le espera –un instante después, en absoluto silencio, se alejó por el pasillo.

Abrí la puerta y accedí al interior. Solamente la luz proveniente de una chimenea a la izquierda de la entrada luchaba contra la más absoluta oscuridad, mis ojos tardaron un instante en acostumbrarse y poder distinguir algo. Una vez lo logré, descubrí su silueta sobre la cama del fondo de la estancia, me pareció que estaba vestida.

- Pasa, se me estaba haciendo eterna la espera –me dijo.

No comenté nada, simplemente me acerqué a ella. Mi corazón ardía en deseo, estaba nervioso y torpe, como si fuese la primera vez que estuviera con una mujer; aquella situación sólo se diferenciaba de la de Zaragoza en que ahora no tenía miedo a lo desconocido, únicamente anhelo.

Se levantó y se aproximó a mí, intenté abrazarla creyendo que aquel era mi cometido, pero ella no me dejó.

Su cuerpo, apenas vestido con un fino camisón de algodón que dejaba que se trasparentase su silueta cada vez que se cruzaba con la luz emitida por el fuego, no se me permitió tocarlo.

Con rapidez y habilidad movió sus dedos soltando mi casaca primero y la blusa después. Sus manos detenían las mías cada vez que osaba acercarlas a su cuerpo. Mi ardor era cada vez mayor. Antes de

que fuese realmente consciente, Margarita ya había logrado descubrir mi torso. Sus labios besaron los míos, no estaban duros y secos, sino húmedos y blandos, pegándose perfectamente a los míos y sellando con ello nuestra unión.

De nuevo sus manos impidieron que la abrazase, sus labios entonces comenzaron a desplazarse con lentitud, pero sin descanso. Besó mi cuello y luego mi pecho, los dedos desprendieron entonces mis pantalones y ella prosiguió su exploración; yo no hice nada, simplemente, llegado ese momento, me dejé llevar.

Amaneció antes de que detuviéramos nuestra fogosidad por el sueño; cuando ella se dio por vencida, yo también me dejé mecer por los brazos de Morfeo. Habíamos hecho el amor y bebido sin parar, se trataba de la noche más sensual que hubiese tenido nunca.

Mi corazón aún latía sin freno, el disfrute de aquella noche no se me olvidaría nunca. Estuve seguro de que mi vida debía cambiar; sintiéndolo mucho debería dejar a mi mujer para arrojarme, perdidamente enamorado, en los brazos de Margarita.

En silencio me regodeé en lo sentido, nunca había disfrutado así con una mujer blanca. Algo parecido a esa fogosidad desplegada por Margarita la mostraban las mulatas con las que había yacido, pero nunca lo había experimentado con una mujer blanca. Por otro lado, su habilidad era comparable con las de las mujeres de la casa de Zaragoza, me ofendió pensarlo, pero había disfrutado más que con aquellas.

Para cuando Margarita me despertó, ya era mediodía.

- Debes despertar –me dijo susurrante.

Sin abrir los ojos, lancé mis brazos intentando atraparla, ella me esquivó.

- No, Hugo, otro día. Ahora debes ir a cumplir con tu ejército, seguramente te caerá una buena bronca, creo que llegas un poco tarde.

La frase logró despertarme del todo. Mis ojos se abrieron como dos enormes balcones.

- ¿Qué hora es?
- Mediodía, Hugo.

Salté de la cama, nervioso y disgustado.

- ¿Cómo?
- Sí, me dio pena despertarte. Por un día llegas tarde, todos lo hacen alguna vez.
- ¡No puede ser! –exclamé, de inmediato comencé a vestirme. Ella se me acercó y trató de engatusarme.
- No, lo siento, Margarita. Ahora no. Ya lo he estropeado bastante. Debo ir de inmediato.
- ¡Siempre igual! ¡Ni aún con noches como la pasada aprendes!

No escuché sus quejas y su repetida animadversión a mi profesión. Me vestí raudo y me despedí. No me dejó besarle, una vez más se había enfurruñado.

Me acerqué a mi casa y me puse el uniforme de campaña al tiempo que uno de mis criados preparaba un caballo. Media hora después galopaba en dirección a Santiago. A pocos minutos de la capital me crucé con dos columnas de soldados de infantería, uno de los oficiales me hizo detenerme.

- ¿Dónde va, teniente?
- Me dirijo a Santiago de las Vegas, señor. Me esperan, mi comandante.
- Me temo que llega tarde, joven. Santiago ha sido atacada esta mañana a primera hora. Muchos de los hombres han perecido.
- ¿Cómo?
- Sí, los mambises han atacado por sorpresa y han robado gran parte de los caballos. Alguien les debió informar de la presencia de los animales.

El comandante tenía razón, además de los animales habituales dentro de nuestras instalaciones, teníamos entonces más de doscientos esperando la llegada de un nuevo contingente de hombres a medio camino ya entre España y Cuba. Supuse que alguien había informado a los rebeldes, eso convertía en mayor mi falta.

Me disculpé con el oficial y continué mi camino. Media hora más tarde llegaba a lo que quedaba del fortín. Sólo una de las torres se mantenía en pie, parte de la empalizada había sido destruida y quemada. Entre todo aquel desgraciado sentimiento que me embargaba, noté cierto consuelo al ver que se me acercaba el sargento Murillo ¡Al menos él estaba vivo!

- Mi teniente –me saludó, no descubrí cordialidad, fue más bien frío.
- ¿Qué ha sucedido?
- Hicimos lo que pudimos. Creí que debía ante todo mantener la vida de mi gente, ellos aprovecharon para hacerse con gran parte de los caballos, se han llevado casi doscientos.

No comenté nada, el sargento quería continuar, le oprimía un profundo pesar.

- ¡He perdido quince hombres, mi teniente! Nos atacaron más de quinientos rebeldes, no pude hacer nada. Lo siento.
- No, José, usted ha hecho lo que debía, ¡el que ha fallado he sido yo! No tengo disculpa alguna para justificar mi comportamiento y no pienso esconderme ante el castigo.
- Mi teniente, no resolverá nada que usted sea castigado, el ejército perdería a un buen oficial por un pequeño error. Sólo yo sé que usted debía estar y no estaba. Si el estado mayor se entera de que

se ausentó de su puesto, le juzgará un consejo de guerra y le expulsarán.

Tenía razón, en cuanto comunicase al estado mayor mi ausencia, seguramente sería juzgado por deserción, que incluso podía costarme la vida. Aquello era una falta que no se perdonaba, y menos, lógicamente, en tiempo de guerra. De no haber tenido consecuencias, no hubiese sucedido nada, después de aquel desastre, podía significar mi fin.

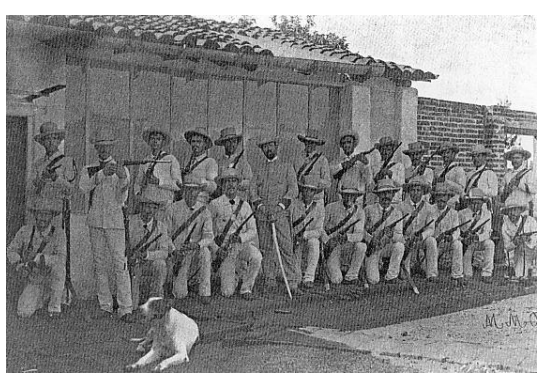
- Diremos que no estuvo porque salió a la madrugada en dirección al camino de Viñales detrás de unos caballos escapados. Se ausentó, pero en cumplimiento de su trabajo, no por estar en La Habana –añadió al final.

Afirmé con la cabeza al tiempo que mi mano apretaba el brazo de mi sargento y amigo. Su fidelidad me estaba protegiendo, estuve convencido de encontrarme ante un amigo.

Deambulé por las instalaciones intentando valorar los daños infringidos. Aunque nos habían robado los caballos de los reclutas, sí conservábamos los de la tropa. Me quedaban presentes y en estado de combatir unos veinticinco hombres. Once habían muerto y cinco estaban heridos. El fuerte debería ser reconstruido de nuevo.

Si me lo hubiesen preguntado antes de ese momento, lo hubiera negado, pero ahora lo sentía. Me arrepentía de lo sucedido la noche anterior; parecía que Dios quisiera castigarme por mi infidelidad, nunca lo hubiera pensado, pero un deseo de tantos años, ahora ansiaba no haberlo cumplido.

Dos horas después salí con varios hombres en dirección a la zona más occidental de la isla. Tal vez descubriéramos alguna pista para localizar su rastro. Nuestra marcha la detuvo una nueva columna de infantería. Su oficial me mandó llamar al conocer mi presencia, se trataba de un capitán que había visto alguna vez en La Habana.



- Teniente –estaba herido.

- Mi capitán.
- Por favor, quiero que vaya urgente a La Habana e informe de que los rebeldes han tomado Guira de Melena. La guarnición ha sido derrotada y les han aprendido las armas y la munición. Nosotros nos cruzamos con una partida de ellos y a mí me alcanzaron. Van a caballo y no les podemos seguir. Han saboteado los cables –concluyó al fin.
- Lo haré, señor, de inmediato.

Giré sobre mis talones y subí a mi montura, un momento después nos dirigíamos de nuevo al fuerte; una vez allí, con caballos de refresco, partiríamos a La Habana e informaríamos de lo sucedido. Definitivamente, ¡aquel no era un buen día!

Tuve que dar más explicaciones de las que yo había calculado. Tanto Mendieta como el resto de mis superiores no llegaron a comprender bien lo que les dije que había sucedido, y que mi sargento confirmó hasta el último punto.

Supuse que me salvaron de una investigación más severa los servicios prestados a la causa, cualquier otro teniente, ante tamaño desaguisado, hubiese sido investigado a fondo.

Los acontecimientos de aquel día se sucedieron con otros aún peores, eso logró tenerme entretenido y no dejarme pensar en exceso sobre lo sucedido la noche aquella, aun así deseaba volver a Margarita por encima de cualquier cosa. Ella me envió varios recados, quería verme de nuevo, se los devolví diciéndole que las circunstancias impedían cualquier descuido por mi parte. Intentaría escaparme a la noche y compartir con ella, aunque sólo fuese una hora.

No tenía noticias de María Cristina desde hacía una semana, supuse que todo le iría bien; ella nunca me molestaba, respetaba mi profesión y mis obligaciones, tal vez se debía a su educación española, pero nunca esbozaba la más mínima incomprensión.

La situación militar me obligaba a estar atento y prevenido, aun así, no podía evitar pensar continuamente en lo ocurrido y eso me obligaba a planear un futuro de todo aquello.

Las fuerzas destacadas en La Habana nos encontrábamos en un desconcierto casi total. Realmente, con aquel golpe audaz por parte de Máximo Gómez, Martínez Campos estaba vencido, no lograba detener a los rebeldes y éstos se reían en sus barbas.

Por la noche me ausenté de nuevo de mi puesto, Murillo me cubrió una vez más, dos soldados permanecían apostados cerca de la casa de Margarita, a media noche regresaríamos a la unidad. Estaba obcecado con visitar a mi amada, una obsesión que no fue Murillo quien criticó, no por ganas, que las intuí cuando le comuniqué mi futura ausencia, sino porque llevaba muy dentro la fidelidad y la obediencia debida.

Yací con ella por espacio de una hora, después regresé a mi

puesto. Durante ese escaso y maravilloso tiempo hicimos el amor y comentamos nuestra situación y la de Cuba. Sin darme cuenta le ofrecí la información que conocía, cualquiera que me hubiese oído hubiera podido acusarme de alta traición.

El día seis de enero, la epifanía del señor, dos días más tarde del ataque a mi acuartelamiento, varias unidades mambisas se acercaron a los arrabales de La Habana. Mi sección recibió la orden de dirigirse hacia la puerta suroeste de la capital, allí debíamos esperar el ataque enemigo, seríamos la primera unidad en hacerles frente antes de que las baterías de las murallas hiciesen fuego.

Por las callejuelas de la ciudad nos encaminamos hacia nuestro destino en entrenada formación de combate, aquello más se debía al predecible enfrentamiento que se avecinaba contra fuerzas rebeldes, que hacer frente a una posible emboscada dentro del casco urbano. En uno de los giros entrecalles nos topamos con una barricada, los primeros disparos lograron pillarnos por sorpresa.

Fue en una de las estrecheces habituales de las callejuelas de esa parte de la ciudad, cuando fuimos atacados. Murillo y yo íbamos al frente de los hombres, él recibió un tiro en una pierna que casi le hizo perder el equilibrio. Ante nosotros, a unos ochenta metros, se alzaba una endeble barricada, con dos docenas de negros y diez o doce rebeldes parapetados tras ella. Por el sonido de sus armas supe que se trataba de viejos fusiles, poco precisos y lentos en su carga, eso favorecía a mi gente.

Después de ese primer disparo hubo varios más, yo di la orden de repeler el ataque. Aunque su primer disparo fue acertado, pronto descubrí que ninguno de ellos había practicado mucho al tiro.

- ¡Saquen sus armas! –ordené, los hombres obedecieron de inmediato. Señalé la barricada y grité- ¡Fuego a discreción!

Mis treinta hombres dispararon sus modernas carabinas Máuser provistas de cargadores de cinco balas, al menos seis enemigos cayeron; nuestros caballos, bien preparados por Murillo y por mí mismo, no se movieron. Los soldados aguantaron las descargas enemigas y efectuaron una segunda ráfaga, otros cinco enemigos cayeron. Esa superioridad, moral y táctica, minó el empuje enemigo que de inmediato dudó sobre su futuro. Antes de que se hiciera fuego de nuevo desde la barricada, Murillo, aún subido a su montura, ordenó la tercera descarga. Los enemigos huyeron despavoridos ante una unidad disciplinada y preparada de la caballería. En ese momento ordené una carga. Mis hombres, provistos todos del machete reglamentario, obedecieron de nuevo sin dudar, al menos diez rebeldes más cayeron tras esa orden.

- Apresen a los que puedan, serán juzgados conforme a nuestra ley. No seremos nosotros quien los ajusticiemos –dije, evitando de esa

forma que todos los rebeldes cayeran bajo nuestras armas. Mis hombres, después de la derrota dos días antes, estaban sedientos de venganza y hubieran pasado a todos aquellos pobres diablos a cuchillo.

- Murillo –ordené, una vez los tuvimos rodeados y entregados.
- ¡Señor!
- ¿Puede continuar?
- Sí, señor –su pierna izquierda perdía un poco de sangre, seguramente muy escasa para el pundonor del extremeño.
- Permanezca aquí con cinco hombres, mientras los demás continuamos hacia la puerta de la ciudad. Ordenaré que les manden refuerzos.
- ¡A la orden, señor!

Aquella aproximación rebelde a las puertas de la capital, no fue en ningún momento un ataque con otra intención diferente de la de desmoralizar aún más a las gentes. No pretendían, porque sabían que estaban condenados al fracaso, atacar la ciudad, simplemente intentaban hostigarla y demostrar su libertad de movimientos en aquel momento.

Lograron su cometido. Los mismos que esa misma mañana habían aplaudido y vitoreado a Martínez Campos en el casino Español, pidieron esa misma noche su relevo. En todas las tertulias nocturnas se hablaba de lo mismo: el general no sabía controlar la situación, necesitábamos alguien con una nueva forma de hacer las cosas, alguien con más decisión y menos contemplaciones, menos negociador y más militar. Yo sabía quién iba a ser ese alguien.

Los días siguientes hubo diferentes escaramuzas en la provincia de La Habana, eso contribuyó aún más al desorden. El general gobernador de la isla, don Arsenio Martínez Campos, dimitió el día diez y seis de enero del año 1896. Lo sustituyó de forma interina el general Sabas Marín, aunque su relevo definitivo y nombrado oficialmente por el consejo de ministros en Madrid, comandado por Cánovas del Castillo, fue el general Valeriano Weyler y Nicolau.

Un gran militar tomaba el mando de la isla. Se trataba, por lo que había llegado a mis oídos, de un hombre rudo y concienzudo, un buen animal de presa que metería en cintura a gentes como Máximo Gómez y Antonio Maceo. La guerra, en ese momento, daba un giro de ciento ochenta grados.

* * *

Murillo, ya recuperado de aquel rasguño ocurrido nueve días antes, se me acercó con una ligera cojera, yo permanecía ensimismado en mis pensamientos. De nuevo se nos había ordenado regresar y

reforzar el cuartel de Santiago de las Vegas, en pocos días llegarían nuevos soldados y todo tenía que estar dispuesto. Por tren nos habían enviado setenta caballos, que ya estaban siendo entrenados para cuando llegasen los reclutas.

Realmente, desde la noche del cuatro de enero, me limitaba a obedecer sin pensar demasiado y a tratar de escaparme un rato para poder estar con Margarita. Todos los días me reunía con ella; si yo no podía ir, ella acudía al cuartel. Nuestra pasional relación no pasaba desapercibida ante nadie que estuviese próximo a nosotros.

- Tengo un cable para usted –me dijo el sargento, extendiéndome el papel.
- Es de mi padre –comenté, Murillo no dijo nada- Me dice que se encuentran bien. Que me echan en falta.

Miré al extremeño y descubrí entre sus rudas facciones un gesto que supuse de desaprobación. No lo tomé en cuenta.

- ¿En qué lugar está la finca de su señor padre?
- Cerca de Consolación del sur, próxima a Pinar del Río –respondí- ¿por?
- Las últimas informaciones que tenemos dicen que Maceo, una vez se separó de Gómez, se dirige hacia Pinar del Río.
- ¿Qué? –en mi ensimismamiento últimamente no hacía especial caso a esas noticias, me limitaba a cumplir las órdenes y sacar tiempo para mi amada.
- Sí, el capitán Ovelar me lo comentó ayer, cuando usted se ausentó –no añadió nada. Aquella había sido una de mis escapadas, José continuaba protegiéndome.
- ¡Entonces!

Él me miró a los ojos, conocía a mi padre, por el que sentía un enorme aprecio, y a mi mujer, que le parecía encantadora y adorable.

- Señor, aunque ellos se sientan seguros, sería mejor decirles que saliesen de allí. Parece que la revuelta se extiende en esa dirección, es arriesgado que permanezcan en la zona.
- Tiene razón, sargento. Ordene que envíen un cable.

No obedeció de inmediato, permaneció frente a mí.

- Necesita algo más, sargento.

Le costó comenzar a hablar, dudaba si inmiscuirse en mi vida.

- Señor, me temo que las líneas puedan estar cortadas. Tal vez fuese bueno que solicitase permiso y se acerque usted personalmente. Podríamos escoltarles de regreso.

Margarita me esperaba esa tarde en su casa, eso me hacía dudar; por otra parte, el regreso de María Cristina a La Habana, dificultaría mucho mi relación con Margarita.

- No, sargento –decidí al fin- De entrada envíe el cable, esta tarde estaré con el capitán Ovelar y me enteraré de cómo se encuentra

la situación con exactitud. Con eso decidiré qué hacer, hasta entonces permaneceremos aquí.

- ¡A la orden! –se limitó a responder, me pareció que no estaba muy conforme. No me di cuenta, pero en ese momento el sargento dejó de ver en mí al hombre que había visto hasta entonces. Se giró sobre sus talones y se alejó.

Esa tarde estuve una vez más con mi amada, incluso olvidé mi entrevista con Ovelar. A altas horas de la noche regresé al cuartel, no sabía nada nuevo de la situación de Maceo en el extremo occidental de la isla.

Al día siguiente, por la tarde, llegaron las primeras noticias oficiales. ¡Maceo se acercaba de forma peligrosa a Pinar del Río! La capital de la provincia apenas distaba veinte kilómetros del ingenio de mi padre.

Antes de conocer esa noticia yo paseaba con Margarita por las ya tranquilas calles de la Habana. Desde aquella ocasión en que hostigaron a la capital, ocho columnas españolas perseguían sin cesar a Máximo Gómez y seis a Maceo. Algunas de las personas que nos veían pasear por las calles, murmuraban a nuestra espalda; tanto a mi acompañante como a mí nos daba exactamente igual, por desgracia para aquel entonces yo había perdido cualquier pudor sobre el tema.

Nos detuvimos en uno de los cafés del paseo del Prado que tenía dispuestas mesas a la intemperie, tomamos asiento y disfrutamos de nuestra aislada conversación.

- Margarita, soy un hombre feliz –dije efusivo, realmente estaba totalmente obcecado con su presencia, tenía lo que hacía tantos años deseaba- He pensado en separarme de mi mujer.

Ella no dijo nada, simplemente me miró, una vez más aquellos profundos ojos verdes perforaron mi cerebro. Esa situación me trajo recuerdos de mi infancia, por aquel entonces sí soportaba sus ojos clavados en mí, ahora me deshacía como la mantequilla al sol.

- Tú también puedes dejar a Jesús. Por lo que me has dicho, nada os une ya.
- Así es.
- Dejemos todo y vivamos nuestra vida –insistí como un chico imberbe.
- Ya –supe que iba a decir algo que no me iba a gustar. Conocía aquella mirada y ese tono mejor que nadie- Y ¿dejarás todo?, incluido tu trabajo.

Me hizo ponerme tenso.

- Sabes de sobra que no comulgo con lo que defiendes.
- Ya, pero es mi trabajo, lo he elegido yo, me gusta.
- A mí no –respondió tajante.

La conocía desde pequeña y supe que buscaba un enfrentamiento.

Sabía combinar perfectamente esa intransigencia y testarudez, con la mayor sensualidad que nadie pudiese ofrecer. En mi mente la sentí en la cama sin ropa, sólo tener ese pensamiento me turbó, sabía que esa noche volvería a tenerla entre mis brazos; si mi carácter lograba sobresalir y discutía con ella, eso podría estropearse.

- Bueno, permíteme que me lo piense. Una carrera no puede dejarse de un día para otro –enarbolé como excusa.
- Aun así, cariño, es bueno que te lo vayas pensando. Te recuerdo que estamos en guerra, y yo estoy más en el otro bando que en el tuyo –no quise darle mayor importancia a la frase.

Me acerqué a su mejilla y la besé, ya no me producía nerviosismo.

Por el paseo vi acercarse a tres jinetes del ejército, de inmediato supuse que venían buscándome, llevaban un caballo de reata que me temí que fuese para mí. Por desgracia, acerté. Cuando estuvieron cerca descubrí entre ellos a un cabo primero de mi unidad. Nada más descubrieron mi presencia allí sentado, se detuvieron y descendieron de los caballos. El primero se acercó, saludó con marcialidad a la dama que me acompañaba y luego se dirigió a mi persona.

- Mi teniente.
- Dígame, cabo.
- Me envía el coronel Mendieta en su busca. Debe presentarse de inmediato en capitanía. Le ruego que nos acompañe.

Había acertado, el animal de refresco era para mí. Miré a Margarita y moví los hombros en gesto de resignación, me acerqué a besarle la mejilla y aproveché para susurrarle.

- Esta noche me escaparé. Deja alguien en la cancela trasera, lo necesitaré.

No dijo nada, simplemente se sonrió, una vez más supe que me esperaría. Realmente se sentía atraída por mí, eso sí, no tanto como yo por ella…

Acompañé a mis hombres hasta la sede de la capitanía y subí al tercer piso, al llegar al despacho de Mendieta golpeé la puerta y pedí permiso para entrar, me lo concedieron.

Nada más entrar intuí que algo sucedía, Mendieta estaba con Ovelar y con el sargento Murillo.

- Pasa, pasa, Hugo – me invitó el coronel.

Entré, me mostraron una silla y tomé asiento. No hubo más diálogo, en ese instante descubrí en sus rostros que algo grave sucedía. Arnaldo Ovelar me entrego un papel, se trataba de un telegrama. Antes de abrirlo miré a los tres, definitivamente aquel papel traía malas nuevas. Lo leí.

- Ataque rebelde a calesa civil aporta tres víctimas. Teniente Martínez Torres debe presentarse inmediato en Pinar del Río. Familia grave.

- ¿Qué quiere decir esto? –pregunté.
- Me temo, teniente –respondió Mendieta- que las noticias son malas. Tu mujer... –comenzó tuteándome, tratando de hacer más sencillo el mal trago.
- ¿Qué?
- Hugo –ahora era Ovelar el que intervenía- al parecer los mambises atacaron la calesa que transportaba a tu mujer de la ciudad a la finca y le causaron importantes heridas.

¡En ese momento supe a qué me estaba enfrentando!

Tardaron tres minutos más en decirme la realidad de la situación. María Cristina estaba herida, creían que muy grave, aún no se podía confirmar. Sentí que el suelo se abría ante mis pies, noté que un abismo me envolvía y yo caía hasta lo más profundo.

Me consideré el ser más vil de la creación, ... inmediatamente detrás de aquellos que habían atacado a una de las personas más buenas que había conocido en mi vida, a mi amada María Cristina, a mi mujer.

- Me he permitido la libertad de pedirle al sargento que prepare todo para que con él y cuatro soldados puedas salir de inmediato en dirección a la hacienda de tu padre.

Agradecí con la cabeza, sin esbozar palabra alguna. Me encontraba tan fuera de mí, que todo sucedía como en una nube, yo parecía estar por encima de los acontecimientos.

Ovelar me apretó el brazo con su mano.

- No sabemos exactamente nada, tal vez sea menos de lo que parece, amigo Hugo.

De nuevo di muestras de comprender, mi amabilidad estaba siendo puesta a prueba.

- Hugo –intervino de nuevo el coronel- Si salen ahora, tal vez mañana al anochecer puedan llegar.
- Si quieres, puedo acompañarte –se ofreció el capitán. Mi gesto debió darle a entender que no lo necesitaba, ya que no insistió.
- Señor –se atrevió a intervenir el sargento Murillo- Tengo dispuestos los mejores caballos del regimiento, y cuatro de los mejores jinetes. Además, me he permitido la libertad de pasar por su casa y recoger su traje de faena. Creo que irá más cómodo –añadió en referencia al uniforme de paseo que yo llevaba, con el que me sería imposible realizar una larga travesía como aquella. Le di las gracias con un gesto

Me levanté y me acerqué al quicio de la puerta, desde allí me despedí de ambos oficiales; media hora más tarde salíamos de la capital en dirección a la hacienda de mi padre, en la provincia de Pinar del Río.

La luna en cuarto creciente y la completa ausencia de nubes, nos permitieron avanzar una vez entrada la noche. Los animales,

acostumbrados a largas marchas, y los cuatro soldados, expertos jinetes, facilitaron que adelantáramos mucho.

Pasada la medianoche Murillo se me acercó. Con la mayor suavidad posible el extremeño me insinuó que debíamos detenernos, tanto por las monturas, como por sus jinetes. Yo no sentía cansancio, sólo deseaba llegar; mi pensamiento se concentraba en María Cristina. En el silencio de la marcha había recordado cuando la conocí, cómo nuestro trato fue cambiando con el tiempo. Vino a mi mente el día en que le animé a leer y ella descubrió ese placer, aquella mañana en que mi padre, ya en Cuba, le ofreció su biblioteca para deleitarse.

Recordé buenos y malos momentos, no quise memorizar mi traición, para eso ya tendría tiempo; me temía que el arrepentimiento me rasgaría las entrañas, … para castigarme tenía tiempo...

Haciendo caso al sargento nos detuvimos a descansar. Los chicos, bien entrenados, montaron un pequeño campamento en un instante. Murillo les dio las órdenes pertinentes para mantener las guardias, no debíamos olvidar que estábamos en guerra y seguramente en zona hostil.

Comieron un poco de cecina cocida, alubias y pan. El coronel se había encargado personalmente de proveernos de un buen rancho para el camino.

- ¿No va a comer nada, mi teniente?
- No gracias, sargento, no tengo apetito.
- Ya, lo comprendo, señor, pero mañana nos espera una marcha larga y dura, sería bueno que tuviera el estómago con algo.

Tenía razón, como siempre. Recapacité y afirmé con la cabeza, de inmediato me extendió un buen pedazo de cecina, pan y un trago de vino. Alubias no quise.

- Sargento.
- ¡Señor!
- Por favor, quédese conmigo, si no le importa.
- Por supuesto que no, mi teniente. Espere que recoja mi rancho y vengo con usted.

Mientras comimos no hablé y él tampoco. Murillo respetaba mi soledad y mi dolor, permanecía a mi lado como un fiel subalterno.

- José – le dije, tuteándole – en estos momentos pienso que soy un perfecto imbécil. –no dijo nada, sabía que era yo quien debía hablar- Es la mejor mujer que uno puede desear y yo puedo perderla. ¡Ella no se merece pagar los errores de otros, ella no! Es buena, incapaz de hacer daño a nadie, nunca ve el mal, siempre encuentra algo positivo en la gente.

Miré al sargento y descubrí en sus ojos un brillo que me recordó a las lágrimas. Murillo estaba a punto de llorar.

- Mi teniente, si me lo permite, le diré que su mujer es la

persona más maravillosa con la que yo he tratado –recordé que en varias ocasiones la había visto y María Cristina, como era habitual en ella, le había tratado con su maravilloso carácter. No era de extrañar que Murillo la sintiera de esa manera.

- Gracias, sargento. Se lo agradezco de verdad. Y, ya ve, mientras ella es así, yo soy un desgraciado, un egoísta, un mal tipo, ... un traidor –dije al fin. Murillo no osó decir nada al respecto, sus ojos ya eran suficiente respuesta. Creo que estaba de acuerdo con todos aquellos adjetivos, conociendo su carácter, sobre todo con el último.

Intenté dormir un rato, apenas dos horas, con las primeras luces del amanecer nos pusimos de nuevo en marcha. A las cinco y media de la tarde entrábamos por el estrecho y maravilloso camino entre palmeras que conducía a la casa de la hacienda. Un kilómetro después la vimos erigirse entre árboles, los recuerdos de mi infancia aparecieron de inmediato, al menos hacía diez años que no pisaba aquello. Realmente, como comentaron los soldados, estaban ante la hacienda más bella que nunca hubiesen contemplado. Se trataba de una gran mansión de dos plantas, rodeada de densas arboledas en dos de sus laterales y un gran jardín, copiado de los franceses, a su derecha. Varios criados salieron a recibirnos al conocer nuestra presencia, todos iban armados.

Salté del caballo y sin saludar a nadie me encaminé al interior de la casa. Mi padre me esperaba en el recibidor. Me abrazó nada más verme, sus ojos aparecían tristes, en esta ocasión sí, mi padre había llorado abiertamente.

- Lo siento, hijo, no lo pudimos evitar.
- ¿Dónde está?

Señaló la amplia escalera que ascendía al primer piso, salté los escalones de tres en tres, vi a dos criadas negras llorando a la puerta de la segunda habitación del pasillo, supuse que dentro estaba María Cristina.

Para mi desgracia, desde la puerta comprendí el alcance de la situación. Hasta ese momento yo luchaba por mantener la “gravedad” que me comentara el coronel. Verla inmóvil y sin vida sobre la cama me hizo comprender la verdad, María Cristina, mi mujer, el ser más dulce del mundo, estaba muerta.

Me postré ante su cadáver, las lágrimas acudieron a mis ojos como un mar. Noté la mano de mi padre sobre mi hombro, aunque en aquel momento no me consoló nada. Miré el rostro de María Cristina y la furia encendió mi corazón, aunque habían tratado de disimularlo su cara presentaba signos de haber sido golpeada repetidamente. Grité colérico, mi padre me sujetó como pudo, volví a gritar con tal fuerza que seguramente se me oyó en La Habana.

No sé cuánto tiempo estuve llorando y maldiciendo ante su

cadáver, sólo sé que me quedé sin voz; mi garganta, al final del día, estaba totalmente afónica y apenas podía emitir sonido alguno.

- ¡Lo pagarán, padre, lo pagarán! –anuncié de forma repetida- Juro que mataré a tantos como pueda. Mientras siga vivo, vengaré su muerte. ¡Ellos la han matado, y yo les haré lo mismo!

- Me temo que el odio no te lleve a ningún sitio, hijo –me aconsejó él, sin querer insistir mucho. Sabía que no era un momento en el que yo fuera a razonar correctamente.

- ¡Los mataré como a perros!, como ellos han hecho. ¡Juro que terminaré con tantos como pueda! -repetí.

No me atreví a hacer la pregunta que machacaba mi mente. Al día siguiente, seguramente, tuviera el valor de hacerla, esa noche, no. Si a mí cólera y profunda tristeza por su muerte violenta, le hubiese añadido el conocer su posible violación por parte de los mambises, seguramente me hubiera suicidado allí mismo.

- Le encantó esta hacienda, creo que deberíamos enterrarla aquí, si tú estás de acuerdo, claro.

Asentí, en el fondo me daba igual. Los primeros sentimientos de culpa comenzaban a aparecer en mi pensamiento y eso seguramente me iba a torturar durante el resto de mis días. Si hubiese estado preocupado por los desplazamientos de los rebeldes, en vez de por mis citas con Margarita, ¿hubiese evitado esto? Me temí que el único capaz de responder a aquella cuestión era yo mismo. Supe que esa pregunta me perseguiría toda la vida.

A la mañana siguiente, como me aconsejara mi padre, le dimos cristiana sepultura en la hacienda de Pinar. El lugar elegido era uno al que, al parecer, ella acudía a leer todas las mañanas de forma asidua. Se trataba de un rincón, cercano al ala oeste del jardín, en el que los árboles formaban una semicircunferencia; años atrás, con buen criterio, mi padre había ordenado que se dispusiera allí un banco. Desde aquel privilegiado lugar, ligeramente elevado, se vislumbraba todo el jardín; se permanecía a la sombra, fresco, cómodo y con una maravillosa panorámica.

Una vez di consentimiento, mi padre hizo desplazar el banco tres metros a la derecha de tal forma que la tumba de María Cristina ocupase su lugar.

- Era su lugar preferido –me dijo, señalándolo con su mano- De esta manera siempre podrá contemplar la vista que tanto le gustaba.

Me limité a asentir, todo me parecía bien, no tenía fuerzas, ni ganas para nada. Ella estaba muerta y eso ya no se podía remediar. Yo me quedaba solo, con mis recuerdos y mis culpas. Convencido de que aquellos cargos de conciencia podían volverme loco.

Durante la ceremonia descubrí la presencia de Antonio Manchado; en varias ocasiones noté que bajaba la mirada cuando yo buscaba sus

ojos, al finalizar el oficio le hice un gesto para que se me acercara.

- Hola, Antonio.

- Hola, Señorito Hugo. No sé cómo decirle lo que lo siento. Le prometo que no fue mía la culpa. Averiguaré quién ha sido y...

Le detuve, comprendí por sus palabras que se consideraba responsable de aquello. Antonio, a fin de cuentas, era el capataz de aquel ingenio y por tanto el máximo garante de la seguridad, tanto de la zafra, como de los habitantes.

- Yo, lo siento de verdad, la señora era una de las mejores personas que he conocido, señorito.

- Lo sé, Antonio, lo sé. Quiero que sepas que no te considero en absoluto culpable de lo ocurrido. Debemos imputárselo sólo a Maceo y, ¡por Dios que lo va a pagar!

No lo noté porque la ira nublaba mi mente, pero realmente Antonio no afirmó con la cabeza ante mi aseveración. Ese cambio en la forma de pensar de las gentes de Cuba se iba dando de forma lenta y paulatina. Aquel era, aunque la mayoría de los españolistas no lo viéramos, el mayor éxito de la revolución. Las gentes humildes del pueblo, cada día que pasaba, creían más en la victoria de los sediciosos, eso lograba que les ayudasen más día a día y que, por tanto, sus éxitos se acrecentaran.

- ¡Averiguaré quienes han sido y yo mismo acabaré con ellos, señorito!

- No Antonio, en este caso, no. Si lo averiguas, me lo dices, pero en esta ocasión seré yo quien termine con ellos.

El negro afirmó con la cabeza, supe que iba a cumplir. Si los lograba encontrar, me avisaría.

Después de darme la mano con verdadero sentimiento se alejó de mí, no lo volví a ver mientras estuvimos en la finca, supuse que sus obligaciones le tenían entretenido.

Murillo y sus hombres permanecieron en la hacienda los cinco días que tardé en iniciar la vuelta a La Habana. Se limitaron a esperar una orden mía, sólo el sargento se atrevió a hablarme.

- Señor –me giré hacia él y con un gesto le animé a que me hablase- quería que supiese que los hombres y yo le acompañamos en el sentimiento.

- Gracias, José.

- De nada, señor.

- Me imagino que pensará que debíamos haber hecho algo, antes, ¿no?

Murillo no dijo nada, al ver su cara comprendí que no pretendía juzgarme, eran mis cargos de conciencia que comenzaban a torturarme.

- Señor, yo...

Le interrumpí.

- Perdone, sargento, olvídelo.

Cuando decidí volver a la capital, mi padre aprovechó nuestra marcha para hacer él lo mismo. Tres días más tarde estábamos en La Habana.

No quise darme más tiempo de reposo. Después de despedirme de mi padre en su mansión de La Habana, me encaminé directamente a la capitanía general, deseaba entrevistarme con Mendieta cuanto antes.

Al llegar, me comunicaron que ese mismo día había partido de España el, ya oficialmente nombrado, nuevo gobernador, el general Weyler; en quince días, más o menos, estaría con nosotros.

Mendieta me recibió en cuanto lo solicité, me dio el pésame y me ofreció toda su ayuda.

- Señor.
- Dígame, teniente.
- Sé que el general Sabas Marín, que ejerce las funciones de Gobernador mientras llega el general Weyler, ha ordenado que seis columnas persigan al rebelde Maceo por el occidente.

Mendieta afirmó con la cabeza.

- Señor, deseo fervientemente incorporarme a una de ellas. Quiero buscar a Maceo y colaborar en lo posible en su derrota. Él es el culpable de la muerte de mi mujer.

Mendieta se levantó de su silla y se acercó a mí. Pretendía hablarme como un igual, no como un coronel.

- Teniente, voy a acceder a su petición. Aunque no creo que sea bueno, ni para usted, ni para sus hombres que se deje guiar por el odio. La guerra no se gana con odio, sino siendo más listo y capaz que el enemigo.
- Tiene razón, señor –respondí de forma mecánica, él se dio cuenta.
- Teniente, le comprendo, créame. Sólo estuve con ella en dos ocasiones, pero fue el tiempo suficiente para saber que su mujer era una gran señora y una persona encantadora. Aun así, no se deje llevar por el rencor. Piense en las misiones que ha realizado para nosotros hasta ahora, le han salido bien gracias a que a usted le movía la inteligencia, no estaba obcecado por ningún sentimiento de odio. Sé que, si no accediera a su petición, tal y como está, sería capaz de desertar y eso sí quiero evitarlo.
- Gracias, señor.
- No me las de, teniente. En todo este tiempo en el que hemos trabajado juntos me ha demostrado ser un buen soldado y no estamos para perder buenos soldados. Creo que debería descansar una temporada antes de pasar a la acción, pero ya veo que su ímpetu se lo impide. Mañana a primera hora tendrá preparada una orden, firmada

por el General Sabas, para que se incorpore a la Brigada del coronel Segura.

- Gracias, mi coronel.
- De nada, teniente. Vaya de inmediato al acuartelamiento en el que se encuentra su futura brigada y entérese de cuando parten. Si no me equivoco, puede ser mañana mismo o pasado.
- Así lo haré señor.

Me giré y me dispuse a salir del despacho.

- Una cosa más, teniente.
- ¿Señor?
- Es posible que pueda incorporarse con toda su sección, al coronel Segura le vendría muy bien tenerles de enlace. Se lo confirmo mañana, por si acaso de las órdenes pertinentes para que estén preparados.
- A la orden, señor.

Desplegué una enorme actividad, mis nervios necesitaban mantenerme ocupado. Por la noche, cansado y con todo preparado para el día siguiente, regresé a la hacienda de mi padre. Nada más entrar en el jardín que rodeaba la vivienda, comprendí que lo más duro del día comenzaba en ese momento. A partir de ese instante, cada segundo que pasara hasta la mañana siguiente, me traería recuerdos de María Cristina.

Me sobresalté al pasar la puerta, la voz que oí conversando con mi padre no dude ni un instante que se correspondía con la de Margarita. No me sentía con fuerzas para verla, me hacía sentirme aún más culpable. Me fue imposible evitarlo.

- Hola, hijo –me saludó mi padre, acompañado por mi amante.
- Hola, Hugo. En cuanto he sabido que estabas en La Habana he querido venir para acompañarte en el sentimiento.

No hice comentario alguno, mi cara, creo, respondió por mí. Si bien su belleza seguía siendo la misma, en esta ocasión no fue lo que más me llenó de la situación. Casi me avergoncé al verla.

- Pasemos al salón –nos invitó mi padre, ambos le seguimos.

Una vez sentados, Margarita habló. Durante varios minutos ensalzó la figura de mi fallecida mujer, no dejó una alabanza por decir. Yo le miraba con fijeza, no entendía su forma de ser; por lo que llegué a intuir, ella no se sentía una traidora, ni mucho menos. Estaba claro que este sentimiento no lo podríamos compartir, yo me sentía el más rastrero de los seres humanos y ella no.

Mi padre se levantó y se ausentó por unos momentos. Margarita lo aprovechó para cambiar su monólogo.

- Cariño, lo siento, de verdad –se detuvo un instante y luego continuó- Pero piensa que ahora somos libres.

Me indignó la frase.

- ¿Qué?
- Sí, es la verdad. A mí no me importa que me vean contigo. Mi relación con mi marido es inexistente.
- Pero, ¿no lo entiendes?
- ¿Qué tengo que entender?
- ¡Que yo sí quería a María Cristina!
- ¿Y por eso te acostabas conmigo?
- No. Estoy confuso, la obcecación que he sentido por ti me nubló. Si lo hubiera pensado y hubiese intervenido, María Cristina estaría aún viva. ¿No comprendes que yo soy culpable en parte?

No respondió. Se limitó a mirarme fijamente con sus impenetrables ojos verdes, comprendí que la atracción que sentía por ella continuaba en mi interior.

- ¡La han matado tus amigos! –le dije- ¡Esos que son tan buenos y que tanto quieren a Cuba! ¡Unas alimañas que matan a mujeres indefensas! No creo que logren mucha libertad así.

Ella volvió a mirarme, se levantó.

- Hugo, creo que hoy no es buen día para que estemos juntos. No he venido para discutir contigo, sólo quería abrazarte y darte mi consuelo. Yo sigo profundamente enamorada de ti. Esperaré a que entres en razón, hoy no es el día.
- ¡Pues tampoco lo será mañana! –le espeté con brusquedad- A primera hora salgo con la columna del coronel Segura para intentar dar caza a ese "amigo tuyo". Maceo caerá tarde o temprano.

Ella no dijo nada, simplemente salió de la habitación en dirección a la puerta principal. No le acompañé, conocía perfectamente el camino. Estaba enfadado con ella y con la situación, aunque me temo que realmente el enfado era conmigo mismo.

Partimos a media tarde del día siguiente. Durante cuatro días, a marchas forzadas, nos desplazamos en dirección a Pinar del Río. Por donde pasábamos descubríamos horror y destrucción. Los hombres de Maceo, con la intención de asustar a los habitantes del occidente cubano, menos proclives a la independencia, se dedicaron a quemar y arrasar todos los ingenios que encontraban a su paso.

En la ciudad nos informaron qué tipo de contingente acompañaba a Maceo.

- Por lo que nos han comunicado –comentó el coronel, en una reunión con los oficiales- el negro dispone de alrededor de dos mil quinientos hombres, la mayoría bien armados.

Nos miramos con seriedad, esperábamos que se desplazasen en unidades menores, de otra manera nos sería imposible enfrentarnos a ellos con nuestra columna de sólo quinientos.

- El general Luque, hace cuatro días, se enfrentó a una de sus unidades. Les infringió cerca de sesenta bajas, por diez nuestras.

Hubo un murmullo de aprobación. El coronel, hombre de aspecto aún joven y de talante abierto y agradable, volvió a tomar la palabra.

- He hablado con Agustín, me refiero al general Luque –se corrigió a sí mismo- y me lo ha confirmado. También me ha avisado del riesgo del ataque de su caballería sobre nuestro habitual cuadro defensivo.

Los siete oficiales presentes nos sentimos muy interesados por ese tema. Todos estábamos deseosos de entrar en combate y batirnos con aquellos enemigos de nuestra patria.

- Por lo que yo sé, el teniente Martínez Torres, aquí presente, –dijo señalándome- ya ha tenido oportunidad de combatir frente a una carga mambisa. ¿No es cierto?

- Sí señor, fue en Peralejo, a las órdenes del general Martínez Campos –a nadie se le había olvidado aquella derrota- Sólo puedo decir que su carga desordenada y gritona asusta mucho a las tropas. Los hombres de infantería tienden a romper el cuadro cuando se les acercan, les aterroriza.

- ¿Dónde ve usted el mayor riesgo?

- En que logren romperlo. Si se mantiene, llega un momento en que los jinetes tienen que retroceder. No les queda más remedio, ese es el instante en que son blanco fácil.

Con mis comentarios la reunión se animó. Surgieron preguntas y se planeó un plan de ataque; cuando a la mañana siguiente emprendimos la marcha, todos sabíamos lo que teníamos que hacer en caso de entablar batalla.

No localizamos a las tropas enemigas hasta tres días después. Eso sucedió gracias a la información que nos proporcionó la columna del general Canella, que dos días antes tuvo un pequeño enfrentamiento cuando acudía a liberar un pueblo defendido por una cincuentena de voluntarios vascos.

En Río Hondo, el siete de febrero, nos topamos con los sediciosos. Se trataba de la unidad principal del contingente de Maceo, superior a nosotros en número. Seguramente lo prudente hubiera sido no plantear combate alguno, pero nos fue imposible una vez nos localizaron.

Mis ganas de luchar habían ido en aumento en aquellas semanas, mi odio por los rebeldes se incrementaba día a día. Deseaba matar a las gentes que habían dado muerte a mi mujer.

Cuando los mambises supieron de nuestra presencia, se organizaron para su habitual ataque en campo descubierto. Planearon la consabida carga de su caballería frente a nuestra infantería.

La escaramuza fue corta pero muy sangrienta. Firmes, con la táctica ya prevista, dejamos que se nos echaran encima. Nuestras tropas formaban cuatro grandes cuadros en campo abierto, aunque

cercanos a un pequeño bosque en el que permanecíamos los de caballería. No fueron conscientes de que caían en una trampa hasta que no se encontraron a apenas veinte metros de la infantería.

Nuestros cuadros defensivos aguantaron sin retroceder ni un centímetro. Esa entereza, sumada a la precisión de los fusiles Máuser de la infantería, con sus cinco disparos por cargador, logró que bastantes enemigos sucumbieran en la carga mambisa. Posteriormente, cuando nos dieron la espalda, atacamos nosotros. Una vez les dimos alcance, luchamos cuerpo a cuerpo con nuestros sables frente a sus machetes.

La primera vez que sentí como clavaba mi arma en el cuerpo de un enemigo, mi cuerpo liberó parte de su furia. Los cien soldados de caballería que formábamos parte de la brigada de Segura luchamos con fiereza.

Mis ansias por matar enemigos me hubiesen llevado a perseguirles en la manigua cuando se batían en retirada, el toque de trompeta ordenado por Segura me hizo recuperar la razón y proteger la vida de mis hombres. Estaba convencido de que me hubiesen seguido, tal vez por ello, sin recriminarme nada de palabra, pero sí con su mirada, José Murillo trató de llamarme la atención. Aunque por aquel entonces yo estaba obcecado y no lo tenía entre mis prioridades, la primera función de un buen oficial siempre es proteger la vida de su gente.

Maceo perdió en aquella carga más de cien hombres. Visto el fracaso y sabiendo que dos columnas españolas más se acercaban a la zona, que se presentaron pocos minutos después de terminada la refriega, se retiró y se introdujo en la manigua.

La victoria logró enorgullecer a los partícipes. Se trataba de un simple combate, ni siquiera se le podía dar la categoría de batalla, pero a fin de cuentas era una victoria y nuestro ejército estaba necesitado de ellas. Las cosas no iban muy bien.

Envalentonados, durante las siguientes semanas perseguimos a Maceo por su andadura occidental. En un encomiable esfuerzo, el "Titán de Bronce", que así le llamaban los suyos, continuó su marcha. Pronto descubrimos que de nuevo se dirigía a la provincia de La Habana, supusimos que para reunirse con Máximo Gómez.

En aquella época mantuvo enfrentamientos con unidades españolas casi a diario, en unos salió victorioso y en otros no, aun así, continuó su avance hacia el objetivo que se había marcado: reunirse con su general en jefe y amigo, el general rebelde Máximo Gómez.

El 19 de febrero lograron encontrarse en Soto, ya en la provincia de La Habana.

Nosotros, desde el combate de Río Hondo, perseguíamos a Maceo sin pausa. Con buen criterio, mi coronel me ordenó enviar

pequeñas patrullas de caballería por la zona, de cara a tratar de averiguar algo sobre la situación del enemigo. Una de ellas logró su objetivo y nos permitió lanzar una ofensiva.

Ese mismo día, nuestra columna y las de los generales Linares, Aldecoa y Tort caímos sobre ellos en un lugar de nombre San José de las Lajas. La batalla nos favoreció y los rebeldes tuvieron que batirse en retirada. La flema de mis mandos evitó que los persiguiéramos, si por mí y mis hombres hubiese sido, les hubiéramos hostigado hasta la muerte.

De nuevo sentí la muerte en mis manos. De nuevo liberé parte de mi rencor y mi odio cada vez que mi brazo hundía el sable en el cuerpo de un enemigo. No era consciente, pero me estaba trasformando en un militar rabioso y sanguinario.

La campaña continuó. Los dos líderes enemigos se volvieron a separar y Maceo se dirigió de nuevo a la zona más occidental de la isla. A mediados de marzo, por lo que se nos informó, otra vez entraba en la provincia de Pinar del Río.

Mi reducido escuadrón fue relevado y nos ordenaron regresar a Santiago de las Viñas. Dos días después, el comandante me permitió acercarme a La Habana.

Los míos me recibieron con gran alegría, mi padre salió emocionado a abrazarme, como si hubiese temido por mi vida. Por lo que luego supe, en la capital se hablaba continuamente de los duros combates que estaban teniendo lugar y sabían que yo formaba parte de ellos.

Cené en casa y comenté la situación, él me refirió los últimos acontecimientos de la gran urbe.

- El día diez de febrero llegó Weyler –comenzó, yo aseveré con la cabeza, como todos los oficiales conocía esa noticia- Ha puesto las cosas claras desde el principio, como todos esperábamos –conocíamos la rigidez y severidad del gran general, le precedía la fama- Sólo contempla ser generoso con los vencidos o los que depongan las armas.
- Bueno, en eso estoy de acuerdo con él, aunque hay algunos que deberán pagar sus crímenes de todas formas –añadí, pensando en los asesinos de María Cristina, mi padre lo entendió.
- Por mis informaciones, no es nada tibio respecto a la política, me temo que viene bien aleccionado de Madrid –comentó en referencia a las posturas de todos conocidas de Cánovas, Romero Robledo y otros conservadores- Creo que sólo ve con buenos ojos a los de la Unión Constitucional.

Me ofreció un puro y un coñac, acepté ambos.

- El otro día, me enteré de que, desde Madrid, le han consultado para ver qué resultado se obtendría de unas elecciones. Creo que

intentan asegurar que salga lo más favorecedor posible a la metrópoli –estaba claro que a Madrid sólo le favorecía un triunfo constitucionalista, cualquier acercamiento a la autonomía o a la reforma les era negativo.

Un mes después tuvo lugar todo aquello. Al final, tras un tira y afloja de constitucionalistas y autonomistas, sólo se presentaron los primeros, los segundos terminaron exilándose a Florida y los reformistas fueron considerados traidores y compañeros de viaje de los rebeldes.

Si bien entonces no reaccioné, ahora pienso que ese fue uno de los grandes errores del gobierno de España. Si Cuba hubiese tenido una cierta autonomía entonces, nos hubiésemos evitado desgracias posteriores.

Prosiguió comentándome diversos bandos que había publicado el nuevo gobernador. En ellos, como resumen, se insistía en que, todo aquel que de alguna manera colaborase por acción u omisión con la rebelión, sería considerado enemigo y ajusticiado o exilado. Su presión llegó incluso a la prensa, a la que se le privó de la posibilidad de informar sobre noticias de la guerra, que no estuvieran previamente autorizadas por el estado mayor.

De todas aquellas noticias de Weyler ninguna me sorprendió; si Madrid le había enviado era precisamente por eso: Weyler venía a hacer la guerra, no a otra cosa.

Por la noche me acerqué a uno de los cafés de la zona de la catedral, allí departí con amigos y conocidos sobre las novedades del frente. La charla era amena y tenía un halo de futura victoria, de patrioterismo exaltado, hasta que alguien intervino. Fue Jesús mi viejo amigo, le acompañaba un ciudadano norteamericano perteneciente a la delegación diplomática en la isla. Un hombre de unos cuarenta años, más alto que nosotros y de mayor envergadura, su cara, con enormes patillas era de un color parecido al rosa, y por ello llamaba la atención entre los demás.

- No creo que la guerra esté pronta a concluir –aseveró desde la puerta, todos nos giramos en dirección a él- Aunque tengamos militares bien preparados y valientes como mi gran amigo Hugo –añadió.

- Gracias, Jesús –respondí al tiempo que me acercaba a él y le estrechaba la mano. Me presentó a su compañero y se sentaron con nosotros.

En un principio pensé que su aseveración se debía a una broma, pronto descubrí que no, que estaba dispuesto a mantenerla en aquella tertulia contra viento y marea.

- El poder de la metrópoli en la isla se debilita y lo hará más cuanto más dure la rebelión. Esta no es como la anterior, señores; el

pueblo está con ellos y pueden triunfar.

- No sería así si no recibiesen apoyo exterior –dijo uno de los presentes, refiriéndose a los norteamericanos.

- Puede que estén recibiendo ayuda, pero los que combaten son todos cubanos. Señores, Cuba ya es mayor para separarse y andar sola.

Alguno de los presentes le recordó sus adhesiones a los Estados Unidos, Jesús respondió sin titubeos.

- Estén seguros de que siendo uno de los estados de la Unión nos iría mejor. Les he de recordar que son los que nos compran nuestras riquezas, aunque los beneficios se los lleve Madrid –añadió. Más de uno de aquellos afirmó con la cabeza. Realmente esa intransigencia de España en el tema comercial, era una de las cuestiones que más unionistas había proporcionado a la causa norteamericana.

- Yo no puedo acusar a nadie, y menos estando presente un miembro de su delegación diplomática, –dije- pero creo que nuestros vecinos podrían poner algo más de entusiasmo en cortar las continuas expediciones que parten de sus costas, cargadas de armamento para los rebeldes. No les arman ustedes –concreté, mirándole fijamente a la cara- pero les permiten salir y entrar de sus puertos libremente.

El diplomático, un espía, por lo menos a mí me recordó mis incursiones en su país, me contestó que su gobierno ponía todo de su parte para evitar esto. Su respuesta sonó muy diplomática, cumplidora de una respuesta mecánica, ordenada desde Washington.

La tertulia continuó, en un momento dado me acerqué a la barra para solicitar una nueva bebida. Jesús me siguió y habló conmigo como antiguos amigos.

- Me alegro de verte, Hugo. Ya supe de la muerte de tu mujer, lo siento.

- Gracias, Jesús. Te creía fuera, en la república vecina.

Se sonrió ante la andanada.

- He estado largas temporadas, hace quince días he vuelto.

- Me alegro.

Se hizo un pequeño silencio, me miró fijamente y añadió:

- No lo tengo muy claro.

- ¿Qué?

- Sé lo tuyo y lo de Margarita, ella me lo contó.

Aquella frase me dejó seco, realmente no sabía qué contestar. Él lo notó.

- Tranquilo, no te lo escupo como un marido vilipendiado. Hace ya mucho tiempo que no nos consideramos un matrimonio. Cada uno vamos por nuestro lado, es de todos conocido. Prefiero que seas tú a que sea otro –no me gustó el comentario.

Aquella última aclaración era la que más zanjaba la cuestión. Siendo conocido por la ciudad nada importaba la infidelidad, de otra

manera hubiera tenido que defender su honor, seguramente con las armas. La sociedad cubana, como buena región antillana, era mucho más liberal y abierta que la peninsular. Si bien la religión católica era la dueña y señora de las conciencias cubanas, la influencia liberal norteamericana era también una seña nuestra de identidad.

- Supongo que has entrado en combate, ¿no?
- Sí, contra Maceo. Comprenderás que no puedo hablar del tema en concreto, se trata de información reservada.
- Tranquilo, amigo. Seguramente yo sepa más de la situación que tú mismo. Aun así, es mejor que dejes tu conciencia tranquila y no me comentes nada.

Le sonreí, tal vez fuese verdad que disponía de información veraz.

- Sé que estuviste en Río Hondo y en San José de las Lajas –le miré con unos ojos que se salían de las órbitas- También sé que luchaste con fiereza.
- ¿Cómo sabes tú eso?
- Ya ves. –respondió, sin aclarar nada- Comprendo tu rabia, María Cristina era una persona adorable.

Me emocioné, me dio cierto pudor delante del marido de mi amante.

- ¿Qué piensas hacer? –me preguntó.
- Luchar y combatir contra ellos.
- ¿Respecto a Margarita?
- No lo sé, no la he visto desde que sucedió –dije dando a entender la muerte de mi esposa- No creo que pueda, nos separan diferencias muy importantes, antes podía compaginarlas, ahora creo que no.

No respondió, no quiso hacerlo para que no le echase en cara que él también formaba parte de mis enemigos, apoyaba la intervención americana y con ello favorecía que llegasen armas que quitasen la vida de gentes como María Cristina.

Regresamos a la tertulia. Al despedirnos a altas horas de la noche quedamos en volvernos a ver al día siguiente, conversaríamos y beberíamos juntos, recordando los buenos tiempos.

A mediodía, cuando me desperté, tenía una importante resaca y la cabeza me dolía a rabiar. Una de las criadas de mi padre, una negra conocedora de las medicinas ocultas, me dio un brebaje que media hora después me había liberado la frente de dolor. Se trataba de un engrudo con savia de sauce.

Antes de la comida, mi padre me mandó a buscar al jardín en el que me encontraba sumido en mis recuerdos. Acudí a su encuentro.

- Hugo, ¡mira quién ha venido a vernos! Querida, espero que nos acompañes en el almuerzo. Para dos hombres aburridos como nosotros, padre e hijo, sería un inmenso placer contar con presencia y

tu animada conversación.

- Acepto, Don Hugo.

Una vez más tenía ante mí a la mujer de mis sueños. Yo pensaba que la muerte de María Cristina había cambiado todo, al verla descubrí que no era así. Mi corazón comenzó a latir con fuerza al descubrir su presencia.

Me besó en la mejilla, al tiempo me susurró:

- Debemos vernos. Esta noche.

No contesté, no sabía qué debía hacer.

Comimos los tres juntos, la conversación fue animada y divertida, con ciertos límites impuestos por mi desgracia. Después de reposar en el jardín, a media tarde, Margarita decidió irse. Mi padre insistió en que le acompañase.

Subidos en su calesa paseamos por las calles de la ciudad. Nada más salir tomamos el paseo del Prado, se encontraba plagado de actividad, carruajes, jinetes y gentes por sus calles le otorgaban una gran vida, era seguramente el centro neurálgico de la ciudad. Desde allí nos dirigimos a la plaza de la catedral; como siempre en ella había un continuo vocerío de negros y mulatos, vendiendo en el permanente mercado. Por las calles adyacentes nos acercamos hasta la casa de mi amada.

Durante el trayecto no hablé, ella respetó mi silencio. Cuando vio que nos acercábamos a su mansión comprendió que debía comenzar.

- Hugo, ¡ven esta noche! ¡Quiero estar contigo! ¡necesito estar contigo!

Le miré sin pronunciar palabra.

- Hugo, lo siento, de verdad. Pero yo te amo, quiero estar contigo. Tú la ibas a dejar por mí, ¿recuerdas?

Aquello no me gustó. Mi cara debió mostrarlo.

- No lo entiendo, sé que estás enamorado de mí.

- ¡Sí, tienes razón, lo estoy! –respondí al fin- Durante estas semanas creía haberme distanciado de ti, pero he comprobado que no, sólo con verte he descubierto que te sigo amando con locura.

- ¿Entonces? ¿qué problema hay? Eres viudo, ya nada nos impide mostrarnos como sentimos.

- ¡Te olvidas de que estamos en guerra! –su cara me miró con incredulidad- y que ambos estamos en bandos opuestos.

- ¡No!, ¡eso no puede separarnos! Yo te he evitado todo el daño que he podido.

Le miré sorprendido ante aquella frase, su rostro mostró un tardío arrepentimiento ante las palabras dichas.

- ¿Qué quieres decir?

- Nada.

- ¿Qué me has evitado? –aquello me sonó mal, me temí que

hablábamos de algo concreto de aquella guerra.

- Nada, te he dicho que nada.

El cochero detuvo el carruaje, habíamos llegado a su casa, dos de las sirvientas acompañadas por Candela, más bella que nunca, salieron a los soportales del domicilio para recibir a la señora. La bella mulata me sonrió al reconocerme, de nuevo me hizo pensar que aquella era la mestiza más bella de la isla.

Margarita permanecía silenciosa, yo le miraba interrogante esperando una respuesta a mi pregunta. No la hubo.

- Creo que debes bajar, Margarita. Hemos llegado, te esperan –añadí, señalando a Candela y las dos mujeres.

Me acercó sus labios y besó mi mejilla.

- ¿Vendrás?

- Esta noche he quedado con tu marido, y creo que mañana parto de nuevo al frente –realmente tenía permiso para tres días más, pero comprendí que debía irme y volver a los combates. Así no olvidaría a María Cristina, al contrario, proseguiría vengando su muerte.

Descendió y se despidió de mí en las sombras de los arcos de su casa, yo le di la orden al conductor de enfilar de regreso a la mansión de mi padre.

Esa noche volví a emborracharme con Jesús, no hablamos de política hasta muy entrada la noche. Sumidos en los vapores del alcohol me comentó su posición y cómo debía hacer llegar a las altas esferas que la república americana estaba dispuesta a comprar Cuba a buen precio. Debido a mi borrachera no me enfadé, aunque me pareció ofensivo su comentario.

A la mañana siguiente, antes de partir en dirección al acuartelamiento, estuve recapacitando sobre la situación. Yo era un militar y por tanto debía obediencia a mis mandos, además estaba deseoso de matar mambises, eso estaba claro. Me preocupaba lo que en esos tres días había escuchado, si bien gentes como mi padre, constitucionalistas, tenían el mismo tipo de parecer que nosotros los militares, había otra gente que no pensaba igual.

Jesús y sus teorías anexionistas no pasaban desapercibidas, esas ideas representaban dinero en grandes cantidades, dinero que ya se encontraba entre nosotros, una cuarta parte de los ingenios, o más, estaban ya en manos de los norteamericanos.

Los autonomistas, que se movían en el medio de todos, tenían grandes defensores en la metrópoli, pero de ninguna manera en el gobierno; un año y medio después, cuando Madrid cedió a sus pretensiones, ya fue tarde, ya los secesionistas no cedían y los yanquis estaban dispuestos a atacarnos.

El tercer grupo lo formaban los sediciosos, los independentistas,

gentes como los mambises, pero también como Margarita. Cubanos, nacidos y alimentados en Cuba. Autonomistas desencantados, negros y mulatos hambrientos, criollos arruinados y gentes que soportaban la presión de la metrópoli y que tuvieron que soportar mucho más antes de que España perdiera su autoridad sobre ellos. A esos últimos yo les odiaba por aquel entonces, antes eran los enemigos de España, ahora, además, ¡eran mis enemigos!

Solicité que de nuevo me enviasen a occidente, a Pinar del Río, Maceo proseguía sus andanzas por la zona y Weyler había ordenado que no se detuviera la persecución ni de día ni de noche. Pretendía agotarle y acorralarle, luego le daría caza con más facilidad.

Antes de salir me entreviste en el cuartel con Arnaldo Ovelar, al vernos en el patio nos abrazamos como verdaderos camaradas. Me preguntó por mi estado y le respondí; luego, tomándome del brazo, me hizo alejarme del personal y mantuvimos una charla.

- No es casualidad que nos encontremos, venía buscándote. Al saber que partías antes de tiempo me he venido para acá.
- Tú dirás, amigo.
- Me envía Mendieta. Traigo una orden suya, que al mismo tiempo procede de lo más alto –supuse que se refería a Weyler.
- Encantado de servirle, ya lo sabes.
- Tú conociste bien la trocha de Júcaro –afirmé- Pues bien, el general quiere montar otra, en la zona occidental, se trataría de un tapón que inmovilice y separe a las tropas rebeldes.

La idea me parecía magnífica, realmente Weyler sabía lo que hacía.

- Queremos que localices una zona apropiada para construirla. Ya sé que lo que quieres es luchar, pero te necesitamos en esta otra labor. Consuélate, si la construimos bien, le inmovilizaremos y podremos acabar con él.
- Bien –dije, no muy convencido.
- Hugo, sabemos de tu facilidad para moverte por la isla y de tu facilidad para visualizar un terreno. Estoy seguro de que si hay un hombre que pueda localizar la mejor zona para la gran trinchera, ese eres tú.
- Gracias, Arnaldo –nunca le hablaba como un oficial superior y él lo agradecía, nuestra relación era más de camaradas que de estrellas.

Iniciamos la marcha con aquel encargo. Tres días después, cuando llegamos a Pinar, mi coronel recibió una orden de La Habana, en ella se le comunicaba mi nueva misión. Pasados dos días, con treinta de mis hombres, inicié la vuelta por la provincia localizando el punto idóneo.

Al pasar por la heredad de mi padre en la zona, nos detuvimos.

Cuando llegamos hasta la casa nos salieron a recibir tres sirvientes mayores y Antonio a la cabeza, los cuatro portaban viejos fusiles, aquellos que años atrás usara mi padre para cazar.

- Hola, Antonio.
- Hola, señorito, sea usted bienvenido.

Salté de mi montura, me acerqué al negro y ambos nos fundimos en un sentido abrazo. Murillo le saludó de forma efusiva, ya se habían cruzado varias veces sus vidas y sentían aprecio el uno por el otro.

- Necesito que nuestros caballos descansen y se alimenten, los hombres también.

Noté que el capataz me miraba con pesar.

- ¿Qué ocurre?
- Mi señor, en la propiedad ya sólo estamos nosotros.
- ¿Cómo?
- Sí. Hace una semana vino la gente de Maceo y se llevó a todos los jóvenes y a parte de las mujeres. Además, nos amenazaron con quemarlo todo si no les entregábamos las reservas de la finca.

Afirmé con la cabeza, no era la primera vez que nos encontrábamos con aquello. Por donde pasaban robaban y añadían adeptos a su causa. Si bien desde que iniciara la campaña de occidente al menos había perdido contra nosotros quinientos o seiscientos hombres, sus fuerzas habían aumentado y gracias a diferentes excursiones filibusteras los tenía bien provistos de armas y cartuchos para hacernos frente.

- Le entregamos la mayoría de las reservas, aunque supe esconder algunas –añadió aquel fiel negro con una enorme sonrisa cómplice en sus labios; sus dientes, increíblemente blancos, aparecieron formando una tupida barrera entre la negrura de su cara.

Aquella noche cenamos en la mansión, los caballos tuvieron suficiente alimento y descanso como para retomar fuerzas. Antes de acostarnos, sabiendo que con ello no ponía en peligro la misión, le comenté lo que pretendíamos.

- La zona más estrecha de la provincia es la que está entre Mariel y Majana, son apenas treinta kilómetros –me respondió de inmediato- Su padre conocía muy bien la zona, tuvo tierras con ganado por allí de joven.

Sorprendido ante esa información, le pedí que nos lo mostrase a la mañana siguiente.

Antonio nos llevó a la zona a la que llegamos al anochecer. Con el alba, con mucha precaución debido a la presencia de abundantes contingentes enemigos, en número muy superior al nuestro, la recorrimos. Realmente me pareció que estaba ante lo que deseaba el estado mayor. Sin dudarlo me puse a elaborar un pequeño plano que me costó dos días terminar, en él dispuse las elevaciones y accidentes

geográficos que me parecieron importantes para desarrollar allí un importante obra de ingeniería.

Terminada la tarea nos dirigimos de nuevo a La Habana.

En la capitanía general expuse el plano y las posibilidades, además le añadí a Mendieta que mi padre, constitucionalista del que no había duda alguna, conocía la zona como la palma de su mano. Lo supe después, pero esa misma noche cenó con Weyler y su estado mayor. Don Hugo les describió la zona de Mariel a Majana con todo tipo de detalles.

En esa velada se decidió que la segunda trocha de la isla se instalaría allí mismo, se trataría de una trinchera con numerosos blocaos y fortines, una vía férrea y abundantes focos de luz para impedir su paso de noche. Se preveía enviar a esos treinta kilómetros de trinchera a más de doce mil soldados. Aquel punto se convertiría en unos de los más calientes de la isla, una tela de araña imposible de atravesar.

Concluida aquella tarea, mis hombres y yo regresamos al frente occidental. Continuaba ávido de lucha y de venganza.

Durante casi tres meses realizamos diferentes misiones, la mayoría cercanas a la trocha que se estaba montando a marchas forzadas. Realmente aquella línea fortificada era un obstáculo lo suficientemente importante como para detener incluso a Maceo.

Durante aquel tiempo tuvimos varios enfrentamientos. Yo no recibí herida alguna y, a cambio, di muerte a varios enemigos, aún con eso mi sed de venganza no menguaba ni un ápice.

Dado que los rebeldes, por orden directa de Máximo Gómez, hacían una guerra de completa destrucción de todos los bienes que pudieran aportar dinero a las arcas españolas, nosotros hicimos lo mismo con cualquier cosa que pudiese beneficiarles a ellos. Por supuesto, de aquella terrible guerra de desgaste los que salieron perdiendo fundamentalmente fueron las gentes más humildes, aquellas que se encontraban entre dos fuegos.

Aquella campaña fue muy desgraciada, si bien en combate apenas perdí una docena de hombres fruto del fuego enemigo, llegado el calor, la malaria y la fiebre amarilla se casi un centenar pertenecientes a mi escuadrón. A nivel del ejército aquello fue una gran desgracia, varios miles de soldados enfermaron. Unos, los que tuvieron suerte, fueron repatriados y otros, con peor destino, fueron enterrados. La epidemia aquel año fue realmente terrible; en 1896, sólo en La Habana, murieron más de 1.200 personas.

Mientras, nosotros continuábamos persiguiendo a las gentes de Antonio Maceo. A finales del verano había destacados en la provincia de Pinar del Río casi cuarenta mil hombres. Otras tropas luchaban contra Gómez, Calixto García y el resto de generales rebeldes del

oriente de la isla, donde la situación no era mejor que la nuestra.

En Julio, en un enfrentamiento con las columnas de Vara del Rey y Albert, cayo mortalmente herido José Maceo, hermano del Titán de Bronce. Posteriormente falleció, la guerra nos iba haciendo daño a todos, ¡así son las guerras!

José Murillo me siguió en todas las correrías. Llegó un momento en que fuimos conocidos por los demás, teníamos en nuestro haber más refriegas que las otras unidades ¡y todas victoriosas! El sargento, en más de una ocasión, en nuestras solitarias charlas a través de la manigua, se atrevió a recordar a María Cristina, realmente la apreciaba; no osó hacer lo mismo con Margarita, aunque ciertamente conocía nuestra antigua relación. En todo aquel tiempo no la había logrado olvidarla; mi rabia y mi indignación, y sobre todo, mi sensación de culpa, habían conseguido alejarme de ella, pero mi fuero interno, mi alma, seguía adorándola.

Nos encontrábamos tras unas fortificaciones cercanas a la trocha el día que recibimos la orden de la capitanía general. Cuatro columnas debían agruparse. Por aquel entonces nosotros desarrollábamos nuestra tarea a las órdenes del general Suárez Inclán, que comandaba una gran brigada que se había enfrentado a Maceo en múltiples ocasiones, la última importante por abril en Cacarajicara, con derrota mambí.

- ¡Sargento!
- ¡Señor!
- Partimos mañana al amanecer, diga a los hombres que dispongan todo.
- Sí, señor.

Obedeció sin rechistar ni preguntar nada, Murillo era así. Después de cenar me acerqué por la zona en la que se encontraban mis hombres, Murillo me salió a recibir. Con él a mi lado me alejé de los hombres, quería que estuviera informado, al menos de lo que yo sabía.

- José, mañana partimos para tomar parte de una gran batalla –le confesé emocionado.

El extremeño, si se impresionó, no lo demostró. Realmente tenía el "culo pelado" de tanto guerrear, ya era difícil ponerle nervioso.

- Se trata de una orden de La Habana –comprendió que me refería a Weyler- Quiere juntar a varias columnas y convergerlas sobre Maceo. ¡Vamos a acabar con él, José! – ya no era un secreto para Murillo que yo perdiera la compostura al hablar de ese tema.
- Me parece bien, señor. De todas formas, creo que lo hemos intentado ya varias veces sin conseguirlo; realmente ese Maceo sabe luchar.
- Estoy de acuerdo con usted, sargento. Pero alguna tiene que ser la definitiva y yo quiero estar presente cuando eso suceda.

Murillo me miró y no comentó nada, no era el momento, aunque sospeché que comenzaba a cansarle mi obsesión.

A media mañana del día siguiente, cuatro columnas convergíamos sobre el valle de Tapia. Se trataba de las de González Muñoz con seis batallones y una batería de cañones, del general Melguizo que aportaba quinientos hombres y dos cañones, de los de Valcárcel con 350 soldados y otros dos cañones y la brigada de Suarez Inclán que contaba con más de mil entre infantería y caballería de apoyo.

Los combates, de una enorme fiereza por ambos bandos, se sucedieron por espacio de cuatro días, que fue el tiempo que nos costó expulsar a las tropas sediciosas de aquel valle que les permitía fortificarse. Yo disfruté de aquellos días, mi sed de sangre parecía que nunca fuese a saciarse. En la cuarta jornada, en una de las cargas mi caballo cayó herido, caí al suelo y rodé. Nada más incorporarme noté que mi cara y mi brazo sangraban, seguramente estaba herido, aunque no sentí dolor. Vi que mi carabina, atada a la silla, permanecía bajo el peso del animal herido, seguramente rota, mi revolver colgaba del cuello, pero sólo disponía de cinco disparos. Estaba dispuesto a combatir pie a tierra. Armado con el revólver y el sable me dispuse a enfrentarme a tantos enemigos como se acercaran. Los gritos y los disparos de unos y otros combatientes lograron aislarme por completo, aquello es lo que se llama “el fragor de la batalla”.

Encendido por la ira, que se me disparaba cada vez que veía a los negros mambises -inevitablemente les imaginaba matando y violando a María Cristina- luché con fiereza. En ningún momento fui consciente de que varios enemigos estaban rodeándome; si Murillo y dos soldados no hubiesen acudido en mi ayuda, seguramente hubieran logrado darme muerte. Matar a un oficial les reportaba el beneficio del desorden y del ataque a la autoridad.

- ¡Mi teniente! –me gritó a la espalda, al tiempo que mataba a uno de mis enemigos- ¡Súbase a la grupa, tenemos que salir de aquí!

Lo hice instintivamente, de un salto subí al caballo. Espoleado el animal arremetió contra los negros que teníamos delante, los otros dos soldados dispararon a aquellos a bocajarro. En unos segundos nos alejábamos hacia la retaguardia.

La intervención de mi sargento me salvó, pero le costó a él un balazo en el pecho. Lo descubrí una vez me logró alejar de la zona de peligro, a casi quinientos metros detrás de donde yo peleaba. Lo descubrí al descender del caballo y ver la sangre en su uniforme de rayadillo.

- Sargento, ¡está herido! –no dijo nada.

Le hice bajar del animal y lo tumbé en el suelo. Nuestras fuerzas de infantería nos sobrepasaron, la zona estaba desierta de enemigos.

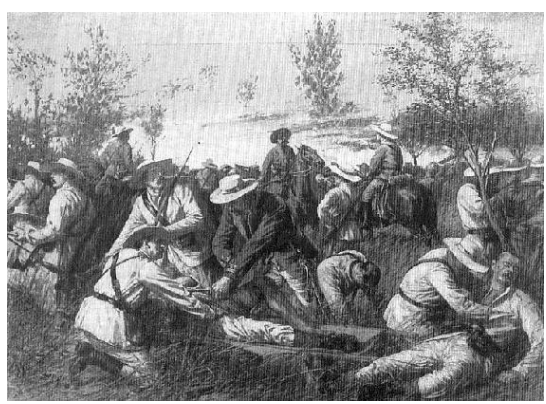
- José, ¡aguante! –me dirigí hacia atrás y grité- ¡Un médico!, ¡necesito un médico!

Tras una espera de cinco minutos se me acercó un practicante. Miró la sangre y exploró tras la casaca, noté en su rostro una expresión de seriedad, al parecer le habían alcanzado en un sitio complicado. Al mirarme descubrió varias de mis heridas, mi cara y mi brazo no parecían entrañar riesgo alguno, un tajo en mi pierna izquierda por el que manaba abundante sangre le impresionó más. Yo continuaba sin sentir dolor alguno, ahora sólo me embargaba la preocupación por el estado de mi suboficial y buen amigo.

El practicante realizó una cura de mi pierna que paulatinamente dejó de sangrar y tapó la de Murillo, los muchachos y yo debíamos llevarle a la retaguardia para que le dieran cuidados más serios. Monté al sargento al caballo y lo llevé hasta un hospital de campaña, allí al fin le vio un médico.

- Es fuerte, la herida es más llamativa que grave, creo que no habrá grandes problemas, se salvará –movió su cabeza dubitativo y añadió- Seguramente para él se ha terminado esta guerra.

- Mi teniente.
- Dime, José.
- No deje que me repatríen, señor. Quiero seguir a su lado. Deseo continuar en la lucha.



El valor y el pundonor de aquel extremeño me cautivó. Era un buen camarada y un buen amigo, además le debía la vida.

- Lo intentaré, sargento.

Cuando el médico se alejó para explorar a otro paciente, el sargento aprovechó para hablarme. Noté que le costaba soltar el comentario que quería hacerme:

- Señor.
- Dígame.

Tardó un instante. Una rayada de dolor le obligó a lanzarse. Hablaba bajo y con dificultad.

- No deje que la ira le envilezca y le impida ser un buen oficial. Yo he intentado evitar que se le enturbie la mente. Ahora que no voy a estar, deberá ser usted el que la recupere.

Comprendí perfectamente el mensaje. Mi obcecación, una vez entrábamos en combate, me hacía perder el dominio y por tanto la sangre fría suficiente para evitar peligros indebidos a mis tropas. Me dolió el suave rapapolvos del sargento, pero supe que con él me hacía un gran favor. Aquel era realmente un amigo. No respondí, simplemente le miré a los ojos y afirmé, él supo que lo había entendido.

El veintitrés de julio, Maceo se replegaba y comenzaba una angustiosa huida mientras nuestras fuerzas lo acosaban sin descanso.

Si bien la victoria fue completa, el mayor daño que logramos hacerle al Titán de Bronce fue dejarle prácticamente sin armamento. Desde entonces y hasta que logró rearmarse en septiembre, gracias al vapor “Three Friends”, que le aportó más de 900 rifles y medio millón de cartuchos, además de un cañón con treinta disparos, se limitó a huir y esconderse de nuestras tropas. Parecía que Maceo, al fin, iba a ser derrotado.

Una semana más tarde, a primeros de agosto, casi cinco meses después de separarme de Margarita, recibimos la orden de volver al acuartelamiento. Una vez en Santiago de las Vegas me concedieron un permiso de tres días.

El primer día apenas salí de la casa de mi padre. Estaba agotado y necesita reponer fuerzas. El segundo, al atardecer, me di una vuelta por la capital. Recorrí gran parte de sus calles principales, la actividad era constante, la ciudad realmente estaba viva.

Por la tarde, ya anocheciendo, me acerqué a la zona portuaria dando un paseo. Desde la llegada de Weyler a la isla, la actividad se había multiplicado por tres. La bahía estaba plagada de buques, tanto de guerra, como mercantes. En las últimas semanas habían llegado a Cuba más de sesenta mil hombres. En ese momento nuestro ejército disponía de unos doscientos mil soldados, destacados en diferentes zonas de la isla.

La sensación de firmeza del nuevo gobernador había dado alas al dinero, que se sentía más seguro y reanudaba sus deseos de comercio.

La zona del puerto no se distinguía por ser una de las buenas de la ciudad, allí podías encontrarte con todo tipo de gentes, desde militares hasta pendencieros de la peor calaña. Había muchas pequeñas tascas y tabernas, que yo había conocido bien en mi juventud, en las que se podía beber y pasarlo bien sin que la alta sociedad habanera te importunase.

Dado que la actividad marítima había aumentado, también el ambiente que se respiraba era de lo más activo, muchas personas iban y venían, entrando y saliendo de los diferentes tugurios. Yo iba con el uniforme de faena, con el de rayadillo y el sombrero de ala ancha, era fresco y cómodo para sitios así.

Me crucé con más de un conocido y con varios soldados que me saludaron con más o menos marcialidad. Estaba a gusto en aquel ambiente, se parecía más al del ejército, que las emperifolladas fiestas de la alta sociedad habanera.

Las calles de esa zona aparecían húmedas y sucias, a diferencia del Paseo del Prado o la calle Obispo, que se veían impolutas. También, a cambio, la gente sonreía de forma sincera, aunque en algunos casos lo hacían gracias al alcohol que se alojaba en sus cuerpos.

Al tomar la estrecha calle de San Isidro, me encontré de frente con un trío, una mujer con dos hombres a sus lados. Al principio, en aquella penumbra, no la reconocí, pero cuando la tuve a mi lado descubrí que aquella mujer no era otra que mi amada Margarita. Los dos hombres jóvenes que le acompañaban presentaban aspecto pendenciero y no pertenecían, desde luego, del estrato social de mi amiga. Iban uno a cada lado de la mujer y reían abiertamente, sin disimulo alguno. Al verme ella se detuvo, los dos hombres no supieron qué sucedía. Intentaron tirar de su brazo, pero mi amiga, tan enérgica como siempre, lo impidió.

- Hola, teniente –me saludó sonriente, noté que había bebido bastante.
- Hola, Margarita.

Escruté a los dos acompañantes, ellos me devolvieron la mirada, no les impresionaba nada estar ante un oficial del ejército. No los reconocía, lo que no era de extrañar, La Habana por aquel entonces había superado ya los doscientos cincuenta mil habitantes. Supuse que se trataba de recién llegados de la península.

- ¿Qué tal va la guerra? –me preguntó con sarcasmo. No respondí.
- ¿Ganamos o perdemos? –insistió.

Uno de sus acompañantes, tan bebido como la mujer, tiró de ella para llevársela. Margarita se negó.

- No, me quedo con el militar, es amigo mío.
- Me temo que estás borracha –comenté.
- Es posible, pero es culpa de ellos –comentó, señalando a los dos acompañantes- me invitaron...-añadió bromeando, sin ninguna gracia.
- Creo que deberías irte a casa.

Uno de los hombres se me acercó mostrando cierta agresividad en sus ademanes.

- La dama, aunque sea amiga tuya, desea estar con nosotros. En otra ocasión ira contigo, militar –estaba menos bebido que el otro.
- Me temo que no lo entiende –repliqué- Esta dama suele hacer lo que quiere, y en esta ocasión hará lo mismo.

Margarita se sonrió primero y se carcajeó abiertamente después, algunas de las personas que pasaban se volvieron a mirarla; me entristeció el espectáculo que estaba ofreciendo, algo en mi interior me dijo que no lo iba a permitir.

- Mi amigo tiene razón, me voy con él a casa.
- Pero nos ofreciste otra cosa –le respondió uno de ellos.

No entendí nada.

- ¡Pues ya no hay oferta! Ahora me voy con él, y si quiere me voy a la cama con él.

Su borrachera debía ser mayor de lo que yo había pensado. La tomé del brazo e hice ademán de llevármela. Uno de sus acompañantes trató de impedirlo.

- Nos prometió estar con los dos después de beber unas copas.
- Lo siento, otro día será –me limité a responder.
- No lo creo –el que me hablaba trató de golpearme, yo esquivé el puño y le golpeé en el abdomen, por un momento se quedó sin aire. Miré al segundo, el que estaba más bebido, que no hizo nada.

Cuando el primero recuperó el aire pretendió encarase de nuevo conmigo, yo estaba punto de meterme en una refriega con él cuando apareció al fondo de la calle un pequeño grupo de soldados. Los dos pendencieros, al verlos acercarse, se escabulleron entre las calles jurando venganza.

Al llegar los soldados a mi altura me preguntaron qué sucedía y si necesitaba ayuda. Una vez di las gracias a los chicos, me encaminé a la zona del puerto buscando un carruaje que pudiera llevarme a la casa de mi amiga, no fue difícil encontrar uno.

Al llegar nos recibió Candela, yo cargaba con su señora en mis brazos, Margarita se había quedado dormida en el trayecto.

- Candela, no se encuentra bien.
- ¡Gracias a Dios! –exclamó, al tiempo que me invitaba a pasar.

La mulata me indicó que la siguiera y me condujo a su habitación, aquella en la que yaciéramos la primera vez. Salí mientras la criada la desvestía y la metía en la cama. Después hablé con ella.

- Desde que usted la despreció, hace este tipo de locuras.
- ¿Qué?
- Sí, señor. Ella me lo cuenta todo. Me dijo que usted ya no la quiere y ya nada le interesa.

Le debí mirar de forma incrédula, puesto que cambió su tono de voz; de su inicial cordialidad, pasó a una cierta tensión.

- Los dos primeros meses le esperó. Todos los días iba a capitanía

intentando saber algo de usted. Pasadas las primeras semanas, como no tuvo noticias suyas, comenzó a beber aquí, sin moverse de casa en todo el día. Hace dos semanas le dio por salir a la calle y continuar bebiendo. Ahora bebe a diario y se insinúa a los hombres en cuanto está bebida, la mayor parte de los días le siguen Lorenzo y Guzmán, dos de los muchachos. Hoy se ha escapado sin que la viéramos y llevábamos toda la tarde buscándola. En más de una ocasión hemos tenido problemas con alguno en las calles, pero lo hemos solventado sin mayor dificultad, los muchachos son realmente fuertes –añadió con cierto orgullo.

No supe como encajar aquello, durante unos instantes permanecí en completo silencio, sentí que mis ojos se humedecían. Ella me escrutó y comprendió mi íntimo sufrimiento; su tono al invitarme a permanecer en la casa fue de nuevo el cordial del principio. Por algún desconocido motivo, seguramente la fidelidad a su señora, sentía un cierto aprecio por mí. Permanecí en aquella casa hasta altas horas de la noche, al pie de la cama de Margarita. De nuevo, y por causas diferentes, me sentía un ser vil; había traicionado a mi mujer con otra y ahora dejaba a esa otra, consiguiendo que se destruyera a sí misma.

Estaba completamente convencido de mi amor por Margarita, sólo mi conciencia me impedía disfrutarlo.

Amaneciendo se despertó y me encontró a su lado. No le hablé, me limité a sonreír, ella comenzó a llorar desconsoladamente. Su maravilloso cuerpo se convulsionaba con el llanto, me acerqué y le abracé, ella lloró con más fuerza aún.

- Tranquila, todo ha pasado. Cálmate, querida.

Volvió a llorar de forma desconsolada. Durante unos minutos se desahogó, luego, cuando estuvo algo más sosegada, se detuvo y avergonzada como una niña me miró quedamente. Aproveché para utilizar la mejor de mis sonrisas, aquello logró serenarla del todo.

- Tranquila, querida, no me pienso ir.

Me miró con sus enormes ojos verdes poblados de lágrimas, creí verla más bella que nunca, acercó sus labios a los míos y me besó. Fue un beso profundo, sentido. Durante unos segundos permanecimos unidos por los labios. Ese primer beso dio paso a una pasión desenfrenada, la habitual en mi relación con ella; de nuevo sentí a mi lado a la mujer más sensual y pasional que había conocido jamás.

Hicimos el amor tan apasionadamente como la primera vez, por un momento volví a sentirme vivo de nuevo y con ganas de olvidar y vivir. Supuse que mis odios y ansias de venganza volverían en cuanto yo regresara al mundo real.

Me quedaba un día antes de volver al frente occidental. Después de ausentarme una hora, debía acudir a la capitanía para recibir mis nuevas órdenes, regresé al lado de mi amada Margarita. Estaba

arreglada cuando llegué, la vi sonreír de nuevo, me pareció espléndida.

Aquel día lo empleamos en pasear por La Habana y conversar, con la discreta y continua presencia de Candela a nuestras espaldas. Si bien en un principio hablamos de nosotros, al final de la jornada le conté mis andanzas militares, incluida la última aventura cerca de la trocha y de cómo esperábamos cazar a Maceo en breve. Ni se me pasó por la cabeza la idea de que ella pudiera traicionarme.

Volvimos a hacer el amor aquella tarde, fue justo antes de que yo tuviera que irme.

Me alejé de Margarita sabiendo que era el amor de mi vida, sabiendo que la amaría eternamente, sabiendo que aunque yo tuviera que vengar a María Cristina, nunca lo haría sacrificando el amor por ella.

Antes de cabalgar en dirección a mi acuartelamiento, me acerqué a casa de mi padre para despedirme. Su recibimiento me sorprendió, estaba distante, casi impertinente. No tenía mucho tiempo, pero no estaba dispuesto a partir sin saber en qué le había ofendido. La respuesta a mi pregunta tuvo un tono y un volumen inusual en él.

- ¡He sabido que tenías una amante, mientras María Cristina estaba conmigo en la hacienda!

No dije nada.

- Si hubiese sido un simple capricho, no me alteraría. Pero sé que se trataba de Margarita, ¡tu amiga y la mujer de tu amigo! Supongo que, si no hubiese sido asesinada, la hubieras dejado.

Permanecí silencioso. Hacía ya muchos años que no recibía una reprimenda de mi padre y me afectó, mi respeto hacia él lograba que aquellas palabras me afligieran.

Llegó a insinuar que mi traición hubiera sido peor para mi difunta esposa que el asesinato a manos de los mambises. Incluso llegó a mencionar las ideas políticas de mi amiga y cómo, su colaboración con esa gente, que era un secreto a voces, seguramente había colaborado indirectamente en su muerte.

Aquello logró devolverme al mundo real, una vez más el odio iba a hacerme sentir un mal ser humano.

Podía haber contestado, podía decirle que era el amor de mi vida desde la infancia. Podía haberle añadido que yo era militar de caballería por ella, incluso que me había planteado dejarlo todo, también por ella. Eso, ¿qué hubiese logrado? Seguramente nada, simplemente amargar la vida a uno más de los seres humanos que me rodeaban.

Sin discutir, intenté salir de su casa. En la puerta se me acercó, no respondí cuando me preguntó qué iba a hacer al respecto.

- Lo siento, padre. No lo sé.

- ¿No lo sabes?

Le miré a los ojos, algo me dijo que iba a oír algo desagradable, el ataque de indignación de mi padre no había concluido.

- ¡Pregunta a tu amigo Ovelar! Él sabrá que decir sobre la información que recibieron los rebeldes sobre los caballos.

Me quedé absolutamente mudo. Mi padre acababa de clavar un terrible dardo en mi corazón. No pregunté más, con mi mano apreté su brazo derecho en gesto de cariño, no deseaba reñir con mi progenitor, y salí de allí. Subí al caballo y me alejé de la mansión.
Llegué al fuerte ya de noche, me había retrasado una hora, pero nadie me dijo nada.

Cuando el corneta tocó a diana a la mañana siguiente, yo apenas había logrado cerrar los ojos. Me esperaba una dura jornada de marcha hasta acercarnos de nuevo a la zona de combate. Mi unidad se incorporaba a Pinar del Río, a las órdenes del general Bernal; de nuevo iniciábamos la cacería de Maceo.

Aquella última frase de mi padre había logrado alterarme por completo.

Cuando salí al patio, vestido ya con mi uniforme de rayadillo y el jipijapa en la cabeza, me sorprendió encontrar a un amigo allí. Murillo, aún convaleciente de sus heridas, que un buen médico zaragozano le había curado, movía a los hombres con autoridad y presteza, como siempre.

- ¡Pero, José! ¿qué hace usted aquí? –le dije con verdadera alegría, al tiempo que le abrazaba.

- Ya ve, mi teniente. Me aburría en la ciudad y me he acercado con la intención de ayudar un poco. Tuve suerte, y la herida, que parecía mala, resultó fácil; al parecer no había jodido nada importante.

- ¿Viene con nosotros?

- No, señor. El matasanos me lo ha prohibido, ya se lo pedí, pero me dijo que no. Debo esperar al menos un mes más.

- Lo siento, ya lo sabe –el extremeño afirmó con la cabeza, entre ambos existía verdadera camaradería, un verdadero aprecio y respeto mutuo. Llevábamos, ya, muchas experiencias juntos.

Ayudó al otro sargento a preparar todo. Su sustituto, un maño como mi padre de nombre Gregorio Galván, seguramente era un buen soldado, pero como sargento no le llegaba a José ni a la altura del zapato.

Una hora más tarde alguien me saludó por detrás:

- ¡A las de órdenes de usted, mi teniente!

Supe que era la voz de alguien que conocía, pero mi memoria no me lo dijo hasta que logré verle al volverme. Ante mi aparecía Juan Espínola, el alférez de los Voluntarios de la Isla de Cuba.

- Juan, ¿cómo así por aquí? ¡Qué alegría verle!
- Gracias, teniente. Ya ve, tras el rebelde Maceo con usted.
- ¿Viene conmigo?
- Sí, señor. Salvo que usted tenga alguna objeción.
- ¡Por supuesto que no, Juan!
- Gracias, señor.
- ¿Dónde ha estado desde que nos separamos en la trocha?
- Siempre en el oriente, intentando frenar a los rebeldes, señor.
- Espero que mientras marchamos en dirección a Pinar me lo cuente todo.
- Por supuesto.

A las diez todo estaba preparado para iniciar la marcha. Sin más demora, salimos del acuartelamiento.

Como quedamos, Juan me fue contando su experiencia en el oriente y en la lucha contra Máximo Gómez. Lo describía como un buen estratega y buen general, al tiempo que según decía su dureza y sus represalias eran de todos conocidas. Según las últimas noticias, había embarcado con varios de sus hombres en un mercante artillado en Santiago, que los había transportado hasta Majana, al lado de la nueva trocha. Llevaba ya dos semanas por el occidente, región que conocía perfectamente desde su juventud.

Durante las siguientes semanas nos dedicamos a servir de enlace y apoyo entre las fuerzas del general Bernal, que se componían de unos doscientos voluntarios y guerrilleros de la zona de Viñales, unos ochocientos regulares de infantería y dos secciones de caballería, la mía y la de mi compañero Javier Sotomayor.

La mañana del tres de octubre Bernal reunió a los oficiales, incluidos a los de los Voluntarios, como Juan. Tenía dispuesto un plano, ciertamente no muy bueno, sobre la mesa. Cuando todos estuvimos a su lado comenzó a hablar.

- Señores, si todo sale como lo tengo previsto, mañana a la mañana entraremos en combate con las fuerzas de Maceo.

Nadie dijo nada, pero pude comprobar que los ojos de los presentes brillaron, se trataba de oficiales con ansia de luchar, no como aquellos que pululaban por La Habana, que simplemente se dedicaban a pasear y a evitar como fuese que se les enviara al frente. Entre los que querían luchar también los había que sólo pretendían colgarse medallas con el sufrimiento de sus soldados, pero de momento no me había topado con esa gente, lo que era de agradecer.

- Sabemos que regresa armado y pertrechado. Al parecer ha recibido de todo, gracias a una embarcación filibustera que ha logrado engañar el bloqueo de nuestros cañoneros –continuó el general- De todas formas, prefiero que esto nos lo cuente el comandante Ovelar, aquí presente, que es el que conoce el alcance real de la situación.

Desconocía su presencia y me encantó saber que se encontraba con nosotros. Le vi pasar entre varios oficiales y ponerse en primer lugar. Al verme me guiñó un ojo. Su ascenso a comandante iba parejo a su envejecimiento, estaba algo doblado y sus ojos no tenían el mismo brillo que otras veces. Sus sienes y sus patillas aparecían discretamente plateadas.

- Señores, me presentaré, aunque ya alguno de ustedes me conoce. Me llamo Arnaldo Ovelar, comandante de infantería, si bien mi cometido no se ajusta al habitual de ustedes, me dedico a trabajos "discretos" tras las líneas enemigas.

Nadie hizo comentarios, todos sabíamos que existían los servicios secretos y que los componían compañeros nuestros, como aquel.

- Todos ustedes saben que después de la victoriosa toma del valle de Tapia por parte de nuestras fuerzas, Maceo tuvo que huir con importantes pérdidas y sin apenas pertrechos con los que hacernos frente. Creímos que había llegado su final –de todos aquellos presentes nadie afirmó, habían peleado contra aquel hombre y sabían que no era tan sencillo acabar con él. Eran muchas ya las columnas que habían fracasado en el intento.

Ovelar continuó.

- Pues bien, el 11 de septiembre un buque filibustero enemigo, el maldito "Three Friends" –comentó- logró atravesar el bloqueo de nuestros cañoneros y arribar al cabo Corrientes, en el extremo de la isla. Una vez allí, desembarcaron las armas y víveres que portaban. Gracias a la buena organización de los rebeldes, uno de sus jefes comandaba la embarcación y otro su traslado por tierra, no perdieron ni un solo fusil.

- ¿Cuántas armas llevaban? –consultó el comandante Bermejo. Me dio la impresión de que Arnaldo no deseaba contestar aquella pregunta, pero no pudo evitarlo.

- Por lo que he logrado averiguar, más de novecientos rifles, medio millón de cartuchos, varios kilos de explosivos e incluso puede que un cañón de tiro rápido. Además de abundantes víveres y cuarenta hombres.

Ovelar continuó narrándonos la operación enemiga. Maceo, al conocer la buena noticia, traspasó una vez más el occidente y llegó hasta la zona. Una vez pertrechado y sabiendo que ya podía hacer frente al enemigo, intentó regresar hacia Viñales y la sierra de Rosario, habitual escondite donde se consideraba casi imbatible.

En varias ocasiones plantó cara a columnas españolas, que intentaron cortarle el paso. El 24 de septiembre contra el coronel San Martín y el 26 contra Malguizo y Hernández Velasco. En todos esos enfrentamientos los dos bandos habían perdido hombres, lo que volvía a debilitar a nuestro hábil enemigo y nos favorecía a nosotros.

- Pues bien, señores –añadió, finalizando su explicación- hace dos días, un grupo de voluntarios canarios –se refería a simples agricultores, enemigos de los rebeldes y que por tanto se habían armado y les hacían frente. Maceo les respondía quemando sus campos, bohíos y cosechas- le plantaron batalla y gracias a eso sabemos su localización. Hemos dispuesto un plan y pretendemos emboscarle e intentar acabar de una vez por todas con él y su leyenda.

Pasaron a explicar la disposición de nuestras tropas y el lugar de la futura batalla. Se trataba de una zona elevada, unas lomas de nombre La Ceja del negro. Una pequeña parte de nosotros atacaríamos a la altura del Guao, apenas doscientos hombres. El gran contingente de Bernal pretendía disponerse cerca de las lomas de La Ceja del Negro, desde donde atacaríamos sin cuartel al mambí.

La disposición estaba planificada y ordenada, al amanecer del día siguiente salimos del fuerte Murguía en dirección a la zona de combate.

Una hora y media de marcha más tarde, Bernal nos dio la orden para que nos dirigiéramos hacia Guao, zona en que sospechábamos que se encontraba la retaguardia del enemigo. Obedecimos sin dudar, todos los hombres se encontraban altos de moral; entre ellos se corría que ese golpe iba a ser definitivo para acabar con el negro que volvía locos a los españoles.

El general pretendía disponer a sus fuerzas en zona ventajosa y allí esperar al enemigo. Cuál fue la sorpresa al descubrir que Maceo nos había tomado la delantera. Por la torpeza de sus hombres, que comenzaron a disparar antes de lo debido, la columna de Bernal no entró completamente en la ratonera que le tenían preparada y pudo disponer a sus hombres para defenderse.

La zona elegida se trataba de un denso bosque de espigados árboles y gran cantidad de matorral de más de un metro de alto que impedía ver acercarse al enemigo. Sólo era posible descubrir su posición gracias a que los mambises utilizaban los rifles Rémington, que al disparar dejaban una importante nube por la explosión de la pólvora negra que usaban. Nuestros Máuser utilizaban pólvora blanca, que apenas dejaba una nubecilla imposible de ver a más de un metro.

Nosotros nos encontrábamos a unos tres kilómetros, en la zona plana, detrás de las lomas de la Ceja del Negro, cuando oímos los tiros. Por la cantidad de detonaciones que llegaron hasta nuestros oídos, comprendimos que no se trataba de una pequeña refriega, aquello era una batalla en toda regla.

Juan, que cabalgaba a mi lado, se dirigió a mí.

- Mi teniente, deberíamos acudir en su ayuda. Parece algo serio –añadió en referencia a la densidad de los disparos.

- Estoy de acuerdo, estar aquí mientras les atacan no me gusta.

Yo ardía en deseos de entrar en combate de nuevo y, si era verdad que íbamos a terminar con el asesino de María Cristina, deseaba más que nunca formar parte de aquello.

Mi sección iba al frente de la pequeña columna de doscientos soldados, ciento cincuenta de ellos de infantería, la mitad voluntarios de Viñales y la otra mitad fuerzas regulares.

La mirada de Juan me animó a hacer algo que de otra forma seguramente no me hubiese atrevido.

Ordené a mis hombres que se detuvieran y retrocedí hasta donde se encontraba el comandante al mando de la columna. Se llamaba Jorge Peláez y era originario de Castellón, no se trataba de un oficial que se distinguiese por su sabiduría militar, debido a ello aún mantenía la graduación de comandante y pasaba ya de los cincuenta años. Sabía de sus escasas dotes de mando, en demasiadas ocasiones mostraba dudas a los hombres y sus nervios seguramente sugerían su exigua presencia en zonas de combate, hasta aquella guerra. Yo no le tenía demasiado respeto.

Al llegar a su altura detuve mi caballo, saludé con prisas y sin demasiada marcialidad llevándome la mano a mi sien. No le hizo mucha gracia mi presentación.

- Mi comandante, parece que las fuerzas del general están siendo atacadas.
- Ya me he dado cuenta, teniente.
- ¿No cree que deberíamos acudir en su ayuda?

Me miró muy serio, en ese momento mi compañero, Javier Sotomayor, llegó hasta nosotros. Le noté excitado, pero en diferente estado al mío. Yo ardía en furia y ganas de lucha, a él le asustaba la situación y se le notaba preocupado; con más prudencia que yo, temía a la muerte.

- Señor –insistí- sería conveniente que al menos una de las secciones de caballería se acerque hasta el general, tal vez necesite hombres que hagan las funciones de enlaces.

El comandante permaneció silencioso, como siempre no se decidía.

- Usted puede continuar hacia el Guao, mientras nosotros –señalé a Javier y a mí mismo- nos llegamos hasta la Ceja. Por aquí no parece haber riesgo alguno, mientras nuestros compañeros pueden estar pasándolo mal.
- No son las órdenes que recibimos, mi comandante –Javier Sotomayor me contradijo- Nuestra misión es llegar al Guao y cortarles la retirada, señor.

Creo que, si las miradas pudieran matar, Javier hubiese caído fulminado por la que yo le lancé. Con aquello, si el comandante le daba la razón, tal vez no lograse participar en el final de Maceo. Los disparos continuaban sonando, cada vez había más densidad de

detonaciones, al menos no se oían de forma aislada, sino todo lo contrario.

El comandante Peláez me miró a los ojos, descubrió en ellos mi odio y mi furia.

- Si usted y sus hombres se van, mi columna se quedaría muy al descubierto. Ya sé que el Guao está a apenas dos kilómetros y que, si llegamos sin que nos ataquen, allí podremos hacernos fuertes.

Afirmé, ese era parte del plan, en caso de que Maceo se retirase, debía encontrarse de frente con la unidad de Peláez bien parapetado y caer ante ella.

- Por otra parte, como usted dice, el general parece que tenga problemas. Seguramente le vaya muy bien disponer de casi cincuenta hombres de caballería –el rostro de Sotomayor se tornó completamente.

- Señor, si nos vamos todos, esta columna...

El comandante no le dejó terminar. Presionado por mi insistencia y su inseguridad, dio la orden determinante:

- Hugo, diríjase con cincuenta hombres hacia la Ceja del Negro. Usted, Sotomayor, permanezca en la avanzada de nuestra columna con los veinte jinetes restantes. Vayan abriéndonos camino, ante la más mínima sospecha, regresen a la columna e informen.

- A la orden, señor –respondió mi amigo con resignación, claramente no estaba de acuerdo con aquello. Yo, por mi parte, me vi encantado. En pocos minutos entraría de nuevo en combate.

Cuando nos dirigíamos hacia la avanzada en donde estaban los hombres de caballería, hablé con mi amigo Sotomayor.

- Tranquilo, Javier. Con un poco de suerte hoy no efectuarás ni un solo disparo.

- No es eso, Hugo. No tengo miedo a luchar, si bien te digo que no quiero morir. Te conozco y sé que por encima de cualquier cosa tú quieres combatir. Amigo, has convencido al comandante porque se trata de hombre con pocas dotes de mando, pero tu acción nos debilita de forma importante y nos deja desprotegidos ante un hipotético ataque.

- Tranquilo, nadie os va a atacar, los vamos a aniquilar en la Ceja. No pienso dejar escapar ni uno. Mira, dado que te quedas con menos soldados, te propongo que te acompañen veinte de mi sección con el sargento Galván. Son hombres entrenados que pueden ser muy útiles si las cosas se tuercen –él afirmó sin demasiado entusiasmo.

No le comenté nada, pero sentía cierto desprecio por su prudencia, casi lo etiqueté de cercano a la cobardía. Llamé al sargento Galván y le di las órdenes pertinentes.

El sargento me miró con cierto desconcierto. Mi amigo Javier era un hombre muy agradable, pero en pleno combate yo debía parecerle

más de fiar. Juan Espínola, con sus diez voluntarios, vendría conmigo.

Ordené a los cincuenta jinetes en dos columnas que podrían moverse con rapidez. Galván y Sotomayor nos despidieron con un saludo, yo les sonreí, por fin me había salido con la mía.

La columna de Peláez continuó su lento avance, mientras nosotros desandábamos el camino en dirección a la zona en la que se encontraban las fuerzas de Bernal.

Pasaron quince minutos, nosotros marchábamos a trote de trabajo, no podíamos agotar a las monturas antes de llegar al campo de batalla. Yo ardía en ganas de galopar, pero sabía que eso podía destrozar a mi sección en el momento de la lucha.

Llegamos a la base de las lomas. Con disgusto, de inmediato descubrimos que la situación era muy apurada. Los disparos sonaban muy cerca de nosotros. Miré y comprendí que en ese momento nuestra gente trataba de replegarse, al parecer el ataque a las lomas había sido un fracaso estrepitoso. Una vez más Maceo nos derrotaba. Llegué a distinguir varios cuerpos sin vida de soldados de nuestra columna. De vez en cuando oíamos la explosión de una bala de sus dos cañones rápidos, por suerte se encontraban a suficiente distancia como para no llegar hasta nuestra posición. Vi como los heridos eran subidos a carros, que algunos enfermeros trataban de llevarse al fuerte próximo. Al galope, ahora sí, nos acercamos hasta la retaguardia en la que estaban Bernal y sus altos oficiales.

Un teniente coronel nos preguntó qué hacíamos allí, se lo expliqué rápidamente. Se acercó hasta Bernal y le comentó nuestra presencia. En eso apareció Ovelar, iba a caballo y al verme se sorprendió, incluso esbozó una leve sonrisa. Su uniforme estaba sucio, manchado de sangre y barro, no llevaba ros, ni sombrero.

- ¡Me agrada verte! Temí que estuvieras en Guao, como estaba previsto en el plan inicial. Creo que deberíais dirigiros allí de inmediato. Espero que aún lleguéis a tiempo.
- ¿Cómo dices, Arnaldo? –pregunté inocente.
- Sí, acabo de saber que han atacado a la columna de Peláez y me temo que la estén masacrando. Todo esto es una trampa, me temo que se han enterado de alguna manera de nuestro plan. Hemos sido nosotros los que hemos caído en una emboscada –finalizó abatido.

En ese momento se acercó el teniente coronel y confirmó la información que me daba Arnaldo. Recibí la orden de acudir en ayuda de la columna de Guao, urgentemente. Después de aquello, Peláez debería dar explicaciones por mi presencia en la Ceja.

Monté de nuevo y conduje a mi tropa entre toda aquella refriega. En ese escaso tiempo, nos dio margen suficiente para poder contemplar la terrible situación. Nuestras tropas habían atacado en un principio la loma, pero habían sido repelidas con dureza. Ahora era

Maceo el que se nos echaba encima, para ese momento ya habían caído en sus manos un cañón ligero y sus correspondientes disparos.

Galopamos hacia la zona. Mi corazón iba intranquilo, un nudo obstruía mi garganta. Tenía la sensación de haber desertado de mi deber. En esos momentos me acordé de José Murillo, él seguramente no me hubiera dejado hacer esa estupidez; su sentido común, probablemente, me hubiese hecho entrar en razón.

Llegamos a la zona en que las tropas de Peláez habían sido atacadas. El espectáculo que descubrimos fue desolador. De los ciento sesenta hombres de la unidad, apenas unos pocos se mantenían con vida, no más de veinte, casi todos gravemente heridos.

Descendí del caballo y me acerqué hasta un sargento que, totalmente cubierto de sangre, aún respiraba.

- ¿Qué ha pasado, sargento?

Contestó con apenas un hilo de voz.

- Fue al poco de irse usted con sus hombres. Salieron por todas partes. El comandante fue de los primeros en caer –señaló con su cabeza en dirección a un montón de cuerpos, allí debía encontrarse el del oficial castellonense- Intenté que los hombres formasen en cuadro, pero no nos dio tiempo.
- El teniente Sotomayor ¿dónde está? –pregunté
- No lo sé, señor. No lo hemos llegado a ver. Me temo que caería antes que nosotros.

En mis ojos se agolparon un montón de lágrimas, supe que lo peor estaba por venir, en mucho tiempo no me perdonaría lo sucedido. ¡Yo debía haber estado aquí!, me dije. Tal vez hubiese sido suficiente ayuda...

- Señor, no nos dejaron rendirnos. No nos concedieron cuartel - añadió el herido, encorajinado, con un hilo de voz.

No era galeno, pero supe que a aquel sargento no le quedaba apenas vida, llevaba suficiente tiempo luchando como para conocer la presencia de la muerte en un soldado.

- Juan –ordené al alférez de voluntarios- organiza todo para que ayuden a los heridos. Establece un perímetro por si regresan y ordénales que improvisen camillas para podérnoslos llevar.
- ¡A la orden, señor! –me respondió el cubano, aún impresionado por todo aquello. Promotor de nuestra fuga en ayuda de Bernal, seguramente ahora se sentía en parte culpable, la mayoría de sus voluntarios estaban con Sotomayor.
- Yo, mientras, iré con diez hombres en busca del teniente Sotomayor. Por lo que me ha dicho el sargento –señalé al moribundo- se han dirigido hacia el oriente, por aquel camino.

Anduvimos un kilómetro y medio hasta encontrarlos. No hizo falta llegarnos hasta los cuerpos para saber que estaban todos muertos;

varios de ellos se veían mutilados por los golpes de machete. Todos los cadáveres estaban despojados de su calzado, sus caballos y sus armas. Reconocí el cuerpo de Javier Sotomayor al fondo. Su cabeza, separada del resto, había rodado al menos un metro a la derecha.

Me embargó un completo abatimiento, en mi interior resonaron las últimas palabras de mi compañero, aquellas en las que me insistía en que la columna quedaba desprotegida por mi culpa. Aquello se mezcló con la llamada a la prudencia de Murillo. Una parte importante de la sección, que con tanto cariño había preparado e instruido, se encontraba desparramada por el suelo, sin vida. Comprendí que me sería imposible explicarle lo sucedido, en su ausencia yo había fracasado; mis hombres y mi responsabilidad, habían sido eliminados por mi poca prudencia. Mi obcecación había costado la vida de muy buena gente.

No pude culpar completamente al enemigo de tamaño desastre, yo tenía parte de culpa. De nuevo, por mi egoísmo, personas morían sin que yo lo impidiera.

Después de tanto desearlo, aquel día yo no combatí. Los hombres que me acompañaban seguramente me lo agradecieron; no peligraron sus vidas porque no lucharon, para ellos eso era bueno.

A media tarde los restos de la columna de Bernal lograron regresar a Murguía. En esa batalla tuvimos más de cuatrocientas setenta bajas, los muertos superaron la cifra de trescientos; la derrota había sido completa.

Al día siguiente tuve que dar explicaciones ante una comisión. Le conté mi versión a Ovelar, que por supuesto me desaconsejó que lo dijese en la comisión.

- No tienes razón, Hugo. Aunque tu ímpetu y tu obsesión por la lucha te llevo a proponerle tu marcha, la culpa es única y exclusivamente suya. Era el comandante y tomó las decisiones. Además, si tú y tus hombres hubieseis estado, nada se hubiera podido evitar. Simplemente seríais unos cuantos cadáveres más en ese desastre.
- Ya, sé que en lo que dices tienes razón, pero mi conciencia no está tranquila. Me obcequé.
- Sí, amigo Hugo. En eso tienes razón, pero tú no tuviste la culpa. Ese desastre se produjo porque alguien les avisó y nos tendieron una trampa. Si supiéramos de quien se trata, podríamos vengarnos en él.

No añadí nada más, supe que así era.

A la mañana siguiente el comportamiento de Peláez fue puesto en duda, a mí no me acusaron de nada. No siguiendo el consejo de Ovelar les conté mi versión, narré cómo me había ofrecido para acudir en ayuda de Bernal. Los altos oficiales del comité, como me avisara mi

amigo, no me culparon, mi actuación era responsabilidad de Peláez.

Juan Espínola dio la misma versión. Él enfatizó menos en mi ánimo alterado por deseos de venganza y lo disfrazó con una sincera idea de ayudar a mi comandante en jefe, a Bernal, que estaba siendo atacado.

Aunque no me condenasen, ni me reprendiesen tan siquiera, comprendí que un día tendría que dar cara al sargento y a él no podría engañarle. Él pensaría que, por mi poca cabeza, los hombres que con tanto esmero había preparado, estaban muertos. En ningún momento sopesé la posibilidad expuesta por Ovelar sobre que, si hubiese estado con Peláez, seguramente yo también estaría muerto.

Aquella guerra comenzaba a minar mi moral más íntima y lograba que me plantease mi verdadera preparación para afrontar algo como aquello. Ser militar se veía muy atractivo en las ciudades y en los desfiles, pero los combates y los muertos no eran bonitos, ni bellos. Al principio apenas me afectaban los caídos en el campo de batalla, sobre todo si se trataba de enemigos. Ahora, los cadáveres empezaban a hacer mella en mi carácter, ya sentía ganas de vomitar.

A la mañana siguiente Ovelar informó que dos de sus agentes habían descubierto dos espías enemigos entre los telegrafistas; una vez se mostraron las pruebas, que el general Bernal catalogó como irrefutables, se ordenó que fuesen fusilados. La orden se cumplió sin dilación al atardecer del día siguiente. Recuerdo que los dos espías mambises no se quejaron en ningún momento, con valor y entereza afrontaron su destino, aquello confirmó su culpabilidad.

Ese problema ya Weyler lo había valorado desde un principio. Cuando llegó a la isla, proveniente de la península, a todos nos sorprendió porque entre las gentes que le acompañaban se encontraban dos docenas de telegrafistas, que distribuyó con habilidad por toda la isla. Aquellos eran de fiar y se usaban para trasmitir los mensajes más secretos entre nuestras tropas.

Las traiciones de los telegrafistas y otras de los habitantes de los poblados, hizo que surgiera entre la oficialía un claro sentimiento contra el campesinado. Se dijo que informaban de nuestros movimientos a los rebeldes, y que muchos de ellos no combatían contra nosotros con armas, pero sí lo hacían con información. Según el sentir general, ya planteado por Martínez Campos antes de regresar a España, en el fondo, todos aquellos campesinos no eran otra cosa que rebeldes.

El resentimiento contra ellos nacido en las tropas fue un gran error; por primera vez considerábamos a españoles nacidos en Cuba enemigos. Se trasformaban las ideas y ahora se hablaba de enfrentarnos a aquellos a los que el ejército había venido a proteger. Cuba no dejaba de ser, legalmente, una provincia española más.

Cuando dos semanas después, el veintiuno de octubre de 1896, por orden del general Weyler se promulgó el Bando de Reconcentración en la provincia de Pinar del Río, ninguno de nosotros nos entristecimos, todo lo contrario, aquella medida nos pareció bien.

Desde ese momento se le concedió al ejército la posibilidad de aprehender los alimentos y ganado que encontrásemos y llevarlo a las ciudades. Las gentes de las pequeñas agrupaciones de campesinos fueron obligadas a concentrarse en las ciudades, donde nuestros soldados los vigilaban y controlaban; en el fondo, no se trataba de otra cosa que de encarcelarlos. Por aquel Bando, se procedió a encerrar de forma indiscriminada a más de doscientas mil personas, hombres, mujeres, mayores e incluso niños.

La medida ya se había aplicado desde febrero en Sancti Espíritus y Santiago, lugares donde los campesinos eran enemigos declarados de las tropas, que ellos consideraban de ocupación. Imponerla en Pinar del Río, donde seguramente algunos de sus campesinos colaboraban con Maceo, pero no así la inmensa mayoría que estaban a nuestro favor o eran neutrales, temí que iba a ser contraproducente, y por desgracia, ... acerté.

Los siguientes días apenas nos movimos. Bernal esperaba refuerzos y no estaba dispuesto a sacrificar más hombres por combatir en inferioridad de condiciones. También nosotros esperábamos refuerzos de algún tipo, disponíamos de apenas cincuenta caballos con sus respectivos jinetes. Una vez más se cumplía la norma de aquella guerra para la caballería, los regimientos existentes estaban desperdigados por toda la isla y componían pequeñas fuerzas de apoyo de la infantería.

Ovelar se me acercó una mañana.

Le pregunté por el coronel y la gente de aquel servicio secreto al que pertenecía. Me contó cómo estaban todos uno a uno, dos de los oficiales habían caído en combate, el resto continuaba en el servicio.

Sabía que le habían propuesto para una medalla y por ello le di la enhorabuena. Le noté más mayor que nunca, supuse que estaba aún más cansado que yo de ver la muerte a su alrededor. No era el tipo de militar que se da la vuelta ante los cadáveres, todo lo contrario, la muerte de un soldado le dolía en lo más íntimo.

- Gracias, Hugo. Demasiadas medallas se están dando en esta guerra, me parece a mí.

No dije nada, supe que quería continuar.

- En esta guerra hay dos tipos de oficiales: los que luchan con sus hombres codo a codo y los que pasean por la Habana esperando pasar una buena noche. Tenemos doscientos mil soldados desplegados por la isla y, por nuestro desorden, no podemos con apenas treinta mil rebeldes. También es verdad que una parte importante de nuestros

pobres muchachos están enfermos, una cuarta parte no puede combatir por las fiebres, sobre todo en el oriente.

Le noté abatido, intenté darle una visión más idealizada.

- Estamos ganando, aunque sea a costa de demasiados muertos.
- ¿Tú lo crees de verdad, Hugo? No, amigo, no. Me temo que esto ira aún peor de lo que va.
- Pero, Weyler...
- Él no es el problema –me interrumpió, elevando la voz, yo sabía que admiraba al general- Estoy convencido que con su plan terminaremos por cazar a Maceo. Incluso puede que lleguemos a pacificar la isla, pero aun así me temo que España tiene un negro futuro.

Nunca habíamos hablado él y yo de otra cosa que no fuera castrense, aquella iba a ser la primera vez.

- ¿Por qué dices eso?
- Supongo que no sabes que hay una insurrección también en Filipinas.

Me quedé mudo, desconocía aquello.

- Pues sí –continuó él- Igual que aquí. Hay un levantamiento y nuestro ejército lo combate de la misma manera que en Cuba. No nos hacen frente con un ejército, sino con pequeñas escaramuzas y emboscadas.
- Lo desconocía.
- Al mismo tiempo –añadió bajando la voz, aquello ya no era vox pópuli- los Estados Unidos han enviado sugerencias a nuestro gobierno para que finalice las hostilidades. Se están poniendo nerviosos, piensan que sus bienes en la isla corren peligro.

Me contó cómo nuestro gobierno había contestado airadamente a aquella sugerencia norteamericana. De hecho, ellos permitían que los rebeldes se armasen y como tal se les dijo.

- Aun así, me temo que su presión no ha hecho sino comenzar.
- Mi padre siempre me ha dicho que la anexión es uno de sus objetivos futuros.
- Sí, seguramente. Aún deben encontrar una disculpa que lo justifique todo. De momento una parte importante de los ingenios de la isla está en sus manos y el comercio del azúcar y del tabaco también, y continúan produciendo.
- El nuevo presidente, ese Mckinley, ¿qué opina?
- Por lo que sabemos, de momento sólo le interesa que negociemos la paz. Sólo quiere defender los intereses de sus paisanos; aunque, de continuar, y si la prensa sigue contra nosotros, puede cambiar de opinión y…. no olvides que España se alineó con los sudistas en su guerra de secesión, no creo que nos lo hayan perdonado aún.

- No se atreverán contra nosotros, somos superiores.

Ovelar se echó a reír. Me miró con cierta sensación de lástima.

- ¿De verdad lo piensas?
- ¡Hombre!
- No. ¡Son superiores a nosotros!, más ricos, con más soldados, con mejores armas y, sobre todo, con su país a pocos kilómetros de aquí, no como nosotros.

No añadí nada.

- El marido de una amiga mía es anexionista. No sé hasta dónde llegará su relación.

La cara de Arnaldo se trasformó, supe que me iba a decir algo que yo no quería oír.

- Mira, Hugo. De este tema teníamos que hablar algún día.

Su tono se tensó, su mirada se desvió evitando mis ojos. Frotó sus manos con cierto nerviosismo.

- Dime, Arnaldo.
- Tu amigo, Jesús Ortega, sabemos que es colaboracionista –no me sorprendió, yo acababa de decirlo unos momentos antes- pero sospechamos que, además, espía para ellos.
- ¿Qué?
- Si, amigo. Jesús trabaja para los norteamericanos, el tema está confirmado por nuestros compañeros de Washington. Es uno de ellos, su ánimo anexionista le ha llegado a hacer traspasar la línea.

Recordé la última conversación que habíamos mantenido, de eso hacía ya varios meses.

- Hay más –añadió.
- ¿Cómo qué?
- Su mujer.

En ese momento noté que ahora era mi rostro el que se tensaba y mi vista la que se desviaba. Aquello no me gustaba nada.

- Lo siento, Hugo –le miré sin comprender qué sentía- lo sabemos todo. Conocemos tu relación con ella.
- ¿Qué dices?
- De verdad, lo siento.
- No tenéis ni idea ¡Ella no convive con Jesús!, ¡no tiene nada que ver!

Arnaldo afirmó mientras yo hablaba, comprendí que mi defensa de Margarita no le sorprendía. Temí que hubiese algo más que yo desconociera.

- Ella no es anexionista –afirmó Ovelar al fin.
- ¿Entonces?
- Nos tememos que es una rebelde. Sus ideas, tú lo sabes, están a favor de los independentistas. Creo que es uno de ellos. Es una infiltrada.

- ¡No puede ser! –aduje, cada vez con menos convicción. Me levanté y traté de alejarme, el capitán hizo lo mismo y me sujetó del brazo.

- Hugo, lo siento. Estamos casi seguros de que les pasa información. Ten cuidado, todo lo que te sonsaque lo puede utilizar contra nosotros. Yo estoy seguro de que es una espía, pero aún no lo puedo demostrar.

No respondí, me solté de su brazo y me alejé.

Mi corazón luchaba, me pedía que desechase la idea de pensar que Margarita me traicionaba, pero Arnaldo había logrado incrustar en mí la duda, me temía que iba a perseguirme irremediablemente.

Sin pensarlo dos veces, solicité permiso para ir a La Habana y me fue denegado. El coronel que me recibió incluso se ofendió.

- Teniente, ¿cree usted que es un buen momento para aceptar su solicitud?

No contesté, me limité a mantenerme en posición de firmes frente a él.

- Comprenderá que no nos encontramos en situación de renunciar a nadie. En pocos días nos llegarán refuerzos y de nuevo iniciaremos la persecución de Maceo. Me parece mentira que usted, que conoce perfectamente la situación, solicite eso.

Permanecí en silencio. Hubiera deseado responderle que precisamente, debido mi continua presencia en las zonas de combate, me creía con derecho a solicitar algo así. Yo sabía que muchos oficiales se limitaban a permanecer en la capital bebiendo y viviendo, mientras otros peleábamos en el frente.

- Lo siento, teniente, pero voy a denegar su petición. Espero que en diciembre o enero pueda autorizarle.

- ¡A la orden, señor! –respondí, al tiempo que chocaba mis talones y con marcialidad me giraba sobre ellos para salir de aquella pequeña oficina.

Mi inquietud fue en aumento, sobre todo teniendo en cuenta que no nos movimos de nuestro acuartelamiento durante los siguientes días.

Pasada una semana de la conversación con Ovelar recibí la orden de marchar en dirección a la trocha. Al menos había algo de acción.

Con treinta hombres atravesé cien kilómetros de la provincia de Pinar del Río, desde cerca de Viñales donde nos encontrábamos hasta la trocha, cerca de Majana.

Sabíamos que por toda la zona había dispersas fuerzas enemigas y columnas españolas, de encontrarnos con las primeras deberíamos combatir.

Desde la batalla de la Ceja del Negro se habían sucedido diferentes enfrentamientos con Maceo y sus comandantes que, si bien no habían

logrado derrotarle, sí lograron minar sus fuerzas de forma considerable. De nuevo parecía que lo tuviésemos debilitado.
Se trataba de mi primer viaje desde el bando de reconcentración, me sorprendió no encontrar a nadie por los caminos, ni en los campos. Contemplar las plantaciones de tabaco sin actividad me entristeció. Ese era uno de los pilares de la política de Weyler, sabíamos que el comercio del tabaco estaba mediado por gentes de Cayo Hueso, indiscutibles defensores de la causa rebelde. Detener el comercio del tabaco podía hacer mucho daño en la economía rebelde, aunque también, como se demostró, en la de los criollos y los norteamericanos con posesiones en la isla que pronto arreciaron en sus críticas contra el gobernador. La prensa yanqui lo puso en su punto de mira y lo crucificó.

No tuvimos enfrentamiento alguno hasta llegar a Majana. En la trocha, mejorada de forma espectacular, incluso con focos de luz para la noche y un tren que la recorría de forma continua con tropas y cañones de campaña, nos encontramos con nuestros refuerzos.

Salté del caballo al encontrarme frente a José.

- Mi teniente –me saludó marcial.
- Hola sargento, ¡cuánto tiempo sin verle! –le respondí, al tiempo que renunciaba al saludo militar y le estrechaba entre mis brazos. Él aceptó aquello como el gesto proveniente de un camarada de armas, no de un oficial.
- Le he echado en falta, sargento –añadí con tristeza en mi rostro. No dijo nada.

Se giró en dirección a un suboficial y le ordenó que atendiera a los hombres, en ese momento noté que en su brazo no lucía la graduación de un sargento, sino la de brigada.

- ¡Mi enhorabuena por el ascenso, José! –le comenté.
- Gracias, señor. Ya sé que usted fue el que lo propuso, no sé si me lo merezco.
- Estoy seguro de que sí, ¡al menos salvar mi vida sí vale algo! Vayamos a beber una cerveza y cuénteme cosas de la Habana.

Nos acercamos a una cantina próxima. Una de las ventajas de la trocha era que, debido al gran contingente de tropas allí estancadas, más de doce mil hombres de forma permanente, había de todo, incluidas casas de putas donde los hombres pudieran desfogarse. En Majana uno podía divertirse.

En una de las tabernas comenzamos a beber y conversar sobre diferentes cosas; en parte debido a la confianza que me producía el brigada, y en parte al alcohol, mi lengua se fue soltando. La charla llegó a la batalla de la Ceja del Negro. Cuando José me preguntó lo sucedido, me derrumbé.

Le conté todo lo acontecido con pelos y señales, insistiendo de

forma machacona en mi intolerable actitud y en cómo, por mi culpa, la columna seguramente se había visto debilitada de cara a hacer frente al enemigo.

- Mi teniente, le ruego que no siga –me dijo con un tono de voz desconocido para mí.

No le hice caso.

- José, no soy digno de mi rango, no he cumplido lo que usted me aconsejó, buenos hombres...

- ¡Cállese! -Me gritó al fin. Los presentes nos miraron desconcertados- ¡Salgamos de aquí! –volvió a ordenar cogiéndome del brazo.

Le seguí como un niño pequeño, una vez en el exterior me obligó a continuar andando. Me llevó al extremo del pueblo de Majana, donde apenas se veía algún soldado en su puesto de vigilancia.

- Teniente –comenzó más calmado, pero con un tono claramente desaprobador- No le puedo permitir que diga en público lo que me ha estado contando. Si un oficial de mayor graduación que usted le escuchara, podría pedir una revisión del caso y someterle a un consejo de guerra. Le aprecio lo suficiente como para no poder permitir que eso ocurra.

No dije nada, permanecí silencioso mirándole a los ojos, no había terminado.

- Usted ha cometido errores. Desde que murió su mujer más aún, pero, con todo, sigue siendo un buen oficial. La muerte de esos muchachos, que yo mismo instruí, no se la podrá perdonar nunca, ese es su castigo. Permítame que le diga que es lo mismo que le ocurrió cuando falleció su esposa. No calculó bien el riesgo de la situación por los motivos que usted y yo sabemos –José estaba al tanto de todo, realmente había sucedido ante sus ojos- y desde entonces se culpa. Piense que podía haber sucedido lo mismo, aunque hubiese actuado de otra manera. Lo siento mi teniente, pero es la verdad.

Me golpeó con su mano en mi hombro, aquel hombre realmente me apreciaba.

- Gracias, sargento, perdón, quería decir brigada –se sonrió- Aún no me he acostumbrado.

Desde aquel día no hubo más reproches, ni otros comentarios sobre el tema. De nuevo mi relación con el suboficial fue magnífica.

Al estar tan cerca de la capital, solicité una vez más que me dejasen ausentarme uno o dos días, de nuevo se me denegó. Vivía angustiado, quería ver a Margarita, necesitaba estrecharla entre mis brazos. La deseaba como a nada en este mundo, pero al tiempo también quería aclarar mis sospechas, ella no podía colaborar con el enemigo, eso no podía ser.

Comenzó diciembre y aún permanecíamos en la trocha

esperando nuevas instrucciones. El día cuatro recibí la orden de trasladarme a la otra punta de la línea defensiva, a Mariel. Lo hice con una treintena de soldados, José me acompañaba.

Descansábamos por la noche en uno de los barracones, cuando fuimos atacados en la misma trocha, al menos dos centenares de hombres abrieron fuego contra nuestras tropas. El ataque, que nos alertó no sólo a nosotros, sino a gran parte de las tropas cercanas, no tenía ningún sentido. Los disparos se hicieron desde una distancia lo suficientemente grande como para ser inútiles.

- No lo entiendo, José –le comenté parapetado, mientras recargaba mi Máuser con una nueva vaina de cinco disparos.
- Yo tampoco, señor. Deberíamos detener el fuego, a esta distancia y de noche, no podemos hacerles nada.

Asentí y con sumo cuidado, en alguna ocasión se oía una bala perdida, me dirigí a la zona en la que se encontraba el comandante del puesto, de nombre Antonio Quintana. Dentro del blocao, ya a cubierto, le expliqué la situación; era imposible que nos infringieran daño alguno a semejante distancia, el ataque no tenía sentido.

- Estoy de acuerdo con usted, teniente. Este asalto esconde algo.

Permaneció meditabundo y luego explotó:

- ¡Alguien intenta pasar la trocha!
- ¿Cómo, señor?
- ¡Es una maniobra de diversión, teniente! Tiene usted razón.

Se acercaron otros dos oficiales, se trataba de dos capitanes.

- ¿Por dónde se podría atravesar la trocha?
- Es infranqueable –dijo uno de ellos, comprendí por el tono y la seguridad que aquel no era un hombre especialmente listo. El comandante Quintana le miró con cierto desprecio.
- Es improbable, se trata de algo demasiado arriesgado –comentó el otro capitán, su tono más comedido hizo que le miráramos con interés- pero podría intentarse por el mar.
- ¿Cómo dice? –le consultó el oficial superior.
- Que podría intentarse por la bahía, en pequeñas embarcaciones con pocos hombres y, desde luego, sin caballos.

Me permití la libertad de intervenir.

- Si otra unidad rebelde les esperase al otro lado con caballos de repuesto...
- Sería un gran golpe de efecto, para minar la autoridad del general Weyler, atacar La Habana en navidad, como el año pasado –añadió Quintana, ciertamente nervioso al descubrir el posible plan de Maceo.

Se levantó y me miró a mí.

- Teniente, reúna a sus hombres y prepárese para marchar en busca de Maceo. Mientras, trasmitiré un cable a La Habana con

nuestras sospechas.

- ¡A la orden, señor! –dije al tiempo que me cuadraba. Un instante después salía de la sala. Ya fuera, corrí hacia la zona en la que se encontraban Murillo y mis hombres. Los disparos continuaban, a la misma distancia y con la misma ineficacia, aunque en menor intensidad, debían andar mal de cartuchos para malgastar.
- ¡Brigada!
- ¡Señor!
- ¡Diga a los hombres que preparen los caballos, partimos de inmediato!
- ¡A la orden, señor!

Quince minutos más tarde los muchachos estaban listos para iniciar la marcha, de nuevo yo los comandaba. Le expliqué a Murillo la situación. Antes de salir localizamos a un lugareño para que nos hiciese de guía, supusimos que nos podíamos fiar de él. Sentí la falta de Juan Espínola, que se encontraba en La Habana, él sí había logrado un permiso de su oficial superior. El alférez conocía muy bien la zona y nos hubiera sido muy útil. Además, él sí era de fiar.

Avanzamos en la noche hacia la bahía, una hora después nos parapetábamos cerca de las rocas. Varios soldados se quedaron con los caballos, protegidos por dos docenas de compañeros armados y atentos, José estaba al mando. Yo, acompañado de diez hombres, pie a tierra, recorrí la zona tratando de encontrar alguna pista del posible paso de Maceo.

Hasta que no comenzó a amanecer no descubrimos las dos chalupas, desde allí vimos un montón de pisadas que se adentraban en el bosque adyacente. Entre los árboles encontramos las huellas de los cascos de caballos: ¡Maceo había atravesado la trocha una vez más!

Corrí en dirección al brigada y a los hombres. Envié a un cabo con cinco soldados en dirección a Mariel para que informase de la novedad. Mientras eso ocurría, nosotros intentaríamos seguir el rastro del rebelde.

- ¡Se dirige a La Habana, estoy seguro! –comentó el brigada.
- Estoy de acuerdo. Si logra atacarnos, el golpe de efecto será demoledor. Realmente es un hombre admirable.

Seguimos el rastro de los caballos y comprobamos que en un momento dado se alejaba de la capital, supusimos que se dirigía al encuentro de más tropas rebeldes. La noche se nos echó encima sin que lográramos vislumbrar al enemigo, estaba seguro de que lo teníamos muy cerca.

Al amanecer del día seis nos pusimos de nuevo en marcha, una hora después oímos los primeros disparos en la lejanía; al galope nos dirigimos a la zona.

Para cuando accedimos al lugar, una hora después, la trifulca

había concluido. Una columna de infantería de 450 soldados, al mando del comandante Cirujeda, había emboscado a una unidad rebelde de unos trescientos hombres. Lograron hacerles una treintena de bajas y los cubanos tuvieron que darse a la fuga abandonando a sus muertos y heridos en el campo de batalla.

CAPITULO 10

OTRA GRAN PÉRDIDA

Ese mismo día se recogieron los cadáveres enemigos.
Inexplicablemente, esa misma tarde sufrimos varios conatos de ataque por parte de los insurrectos, hasta el anochecer no comprendimos el motivo. Intentando identificar a los cadáveres rebeldes, un oficial dio la voz de alarma. Después de un rato se confirmó, sin duda alguna supimos que uno de los caídos por la mañana era nada más y nada menos que el mismísimo Antonio Maceo, el "titán de bronce", el gran líder revolucionario. Eso justificaba la osadía rebelde, con sus continuos conatos de ataque pretendían recuperar su cuerpo.

Junto a Maceo descubrimos también el cuerpo de un joven al que los hombres de nuestro servicio secreto identificaron de inmediato. Se trataba del hijo de Máximo Gómez, Panchito Gómez Toro. El éxito era doble por tanto; ¡sin pretenderlo, por fin, habíamos acabado con Maceo!

La unidad que se había emboscado y logrado abatirlos estaba al mando del capitán Peral, un oficial que logró sobrevivir a la guerra y que, con los años, se jubiló como coronel.
Definitivamente quedaba aclarado el plan del moreno. Pretendía atacar la capital de la isla con las tropas del coronel rebelde Silverio Sánchez; por suerte, no sólo no lo pudo llevar a cabo, sino que además eso contribuyó a la definitiva pacificación de la provincia de Pinar del Río.

Aquella noticia tuvo distintas lecturas según los diferentes implicados en todo aquello.
Los españoles se alegraron. Weyler realmente estaba dando la vuelta a la situación que se encontró al llegar; con aquello el occidente estaba casi pacificado y, desde luego, totalmente descabezado.

Para los cubanos independentistas fue un mazazo importante. Mientras, en Oriente las cosas les iban mejor. Gracias a la llegada de Calixto García, que hostigaba sin cesar a nuestras tropas, se mantenía vivo el espíritu de revuelta. Por contra la derrota de occidente, sumada a la práctica inmovilidad de Máximo Gómez en el centro de la isla, rodeado por nuestro ejército por todos los frentes, hacía de su

lucha casi una guerra chiquita.

Para los anexionistas, norteamericanos e industriales con importantes negocios en el comercio con los Estados Unidos, una posible victoria española les disgustaba. Si Cánovas se mantenía en el poder en Madrid, Weyler seguiría mandando en Cuba y, tal vez, lograra su objetivo, la pacificación en dos años. Seguramente alguien vislumbró la idea de que, acabando con el político, eliminarían al militar... como así fue.

A mí la muerte del líder rebelde me vino de maravilla, al fin conseguí el permiso tantas veces solicitado. Los rebeldes, dispersados en minúsculos grupos, fueron perseguidos por las grandes columnas volantes dispuestas en las proximidades de La Habana, eso nos dejó descansar a los que hasta entonces les habíamos hostigado sin cesar. La guerra de occidente se aligeraba bastante.

Aparecí por casa de Margarita directamente, aún llevaba el uniforme de campaña, con los correajes de combate y las armas al cinto. Me salió a recibir Candela, estaba tan bella como siempre.

- La señora no está –me dijo, al tiempo que me invitaba a pasar. Debió notar mi cara de desilusión, puesto que de inmediato añadió- Si le espera, enviaré a alguien que vaya a buscarla. La señora se pondrá muy contenta cuando sepa que usted ha vuelto.

Me quedé un momento pensativo, luego accedí al plan de la mulata. Entré en la casa y, una vez sin los correajes y las armas, me senté en un cómodo sofá dispuesto a esperar a mi amada. Sentía verdaderos deseos de estrecharla entre mis brazos.

A través del ventanal vi a Candela que conversaba con dos hombres negros, uno joven y otro mayor; al parecer les ordenaba ir en busca de la señora. Mis ojos se cruzaron con los del joven, tenían algo que me inquietó, pero no le di mayor importancia.

Media hora después descubrí la presencia de mi amada, de inmediato comprendí que continuaba completamente enamorado de ella. Mis piernas me hicieron incorporarme como un resorte y mi mente buscó una salida de esa habitación por la que acercarme a ella cuanto antes, mi corazón comenzó a latir con verdadera furia.

Cuando estuve frente a ella noté que sus ojos estaban completamente regados por lágrimas, de alegría. ¡Estuve seguro de que ella sentía lo mismo por mí!

Nos abrazamos con fuerza durante unos segundos, luego nuestros labios se unieron. No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos en aquella habitación, seguramente sólo unos pocos minutos, que a mí me parecieron siglos.

No hablamos. Margarita, sin dejar de besarme y abrazarme me condujo por los pasillos de la casa. Encontrarme de nuevo en su alcoba me trajo muy gratos recuerdos.

Intenté controlarme una vez comencé a tocar su suave piel, pero me fue imposible, a ella tampoco le guio la tranquilidad. Hicimos el amor con ansiedad y cierto nerviosismo, no en vano llevábamos sin vernos más de dos meses.

Salimos de la habitación, pasadas casi dos horas, cuando ya estaba anocheciendo.

- Hugo, ¿tienes otra ropa que no sea la que traías?
- Sí, en el caballo. Al llegar se lo llevó Candela.

Nada más responderle aquello, se escabulló hacia la zona de servicio. Unos minutos más tarde aparecía junto a Candela con uno de mis uniformes, estaba limpio y planchado, las botas aparecían impecables, recién dado lustre sobre ellas.

Margarita me sugirió que nos diéramos una vuelta por la capital, accedí sin dudarlo.

Si bien La Habana no había sufrido la guerra, sólo en la primera incursión de Maceo antes de la llegada de Weyler peligró en parte la tranquilidad de sus habitantes, ahora celebraba la muerte de Maceo como si con ello se hubiese logrado romper un sitio. Por las grandes avenidas había dispuestas guirnaldas, y banderas españolas colgaban de los balcones. La ciudadanía estaba encantada con el resultado de la campaña de occidente.

No me preguntó por la lucha ni en una ocasión, supuse que, una vez me tenía a su lado, lo demás le daba igual.

Paseamos por el centro de la ciudad, el paseo del Prado, el malecón, llegándonos hasta el casino. Nos cruzamos con diferentes conocidos a los que saludamos sin tapujo alguno, no teníamos nada que esconder. A las once de la noche regresamos.

Aquella noche dormí en su casa, al amanecer me dirigí a la de mi padre, la mía estaba deshabitada desde que muriera María Cristina.

Cuando salí de aquella mansión la última vez, lo hice de malas maneras y enfrentado a su dueño, mi padre. Al regresar sentí alivio al descubrir que de aquello no había persistido nada. Mi progenitor me acogió de nuevo con los brazos abiertos, como si nada hubiera sucedido. Los meses separados en plena guerra, dado el riesgo que se corría a diario, obraban que todo enfrentamiento fuese poco importante.

- Hijo, sé bienvenido –fueron sus únicas palabras. No hubo recriminaciones, ni mención a la despedida anterior, todo estaba olvidado.
- Hola, padre. ¡Qué bien te veo!

Pasé al interior y me instalé. Durante más de una hora tuve que responder al interrogatorio al que me sometió, la información que llegaba a la ciudad estaba sesgada y manipulada, tanto por nuestro ejército, como por los separatistas.

- Llegaron a decir que no era Maceo el muerto.
- En verdad que lo era, yo lo vi, de hecho, iba tras él con mis hombres –le conté lo sucedido con Cirujeda y su columna.
- Por lo que sé, en oriente se mantienen más fuertes, ¿no?
- Sí, eso parece. No así Máximo Gómez, que debe estar encerrado en el Camagüey, apenas puede moverse. Varias de nuestras columnas le persiguen sin cesar.
- Sí, pero me refiero a Calixto García –comprendí que mi padre, de alguna manera lograba obtener información medianamente fidedigna. Seguramente mejor que la mía.

Me contó parte de las operaciones de los mambises durante aquel verano. Yo aún desconocía la realidad de la situación en la zona y me propuse averiguarlo, cuando me presentase al coronel Mendieta. Antes de coger el permiso había recibido un cable en el que se me indicaba que debía presentarme al jefe del servicio secreto tres días después.

Subidos en una calesa nos paseamos por la ciudad, fue entonces cuando mi padre mencionó la visita a Pinar del Río.

- No sé nada de nuestra gente, Hugo. Ahora que lo han logrado pacificar, creo que debería ir.
- No, padre. No lo haga, aún no es prudente, persisten algunas partidas de gentes muy hambrientas y desesperadas. Si lo encontraran no dudarían en darle muerte. Iré yo en cuanto me lo permitan, se lo prometo.

Pasado el vedado, alejándonos del centro de la capital, nos topamos con uno de los campamentos de reconcentrados de la ciudad. Me llamó la atención el olor que desprendía aquello. Se trataba de una débil fortificación, protegida por una compañía de fusileros. En su interior me pareció ver a miles de personas. Le dije al conductor que se detuviera para asegurarme de lo que mis ojos veían, pero mi padre insistió en que tenía prisa. De pasada lo contemplé, en su interior se encontraban más de tres mil personas, entre blancos y negros, la mayoría ancianos y niños.

- ¡No puede ser!
- Tranquilo Hugo, este es el peor de los cuarteles de reconcentrados, de hecho, cualquier día los trasladarán a otras instalaciones.
- No es humano, padre. Así no.
- Ya, te insisto en que en otras están mejor. De todas formas, esta gente os estaba vendiendo –añadió en referencia a mi pertenencia al ejército- Desde que los concentraron, las cosas han ido mejor.

No respondí, estaba disgustado con lo que acababa de ver, pero realmente mi padre tenía razón, la reconcentración había dejado a los mambises sin información, ni alimentos. La reconcentración había logrado que atrapásemos a Maceo.

Me acerque a capitanía con la intención de saludar al coronel Mendieta, de paso quería encontrarme con Ovelar para continuar la conversación tenida casi dos meses antes.

El coronel me recibió de inmediato al conocer mi presencia, el hombre aquel me apreciaba. Se levantó de la silla cuando entré en el despacho, no me dejó cuadrarme, me extendió la mano y respondí a su saludo. Apenas había cambiado, sí noté una diferencia, su mesa que meses antes estaba ordenada y limpia, ahora se encontraba ocupada por mapas e informes de todo tipo. Un minuto después Arnaldo entraba en la sala, no me dio la mano, sino que me ofreció un cordial abrazo.

- ¡Querido Hugo! ¡Qué gusto verte de nuevo!
- Gracias, amigo.

Vi que las mangas de su guerrera lucían una estrella más, de inmediato le di la enhorabuena, había ascendido a comandante.

Nos sentamos y conversamos de forma distendida. A grandes rasgos me contaron el estado de las cosas.

- El gobernador lo tiene todo previsto. Ahora iniciaremos la campaña del centro y dentro de pocos meses la de Oriente. Weyler es un gran general y acierta en sus planteamientos.

Mendieta enumeró una a una las decisiones del gobernador desde que llegara a la isla, hacía ya diez meses.

Primero ordenó el reagrupamiento de las unidades, que anteriormente habían sido dispersadas tratando de defender los ingenios, yo mismo había sufrido aquello en mi regimiento. Luego promovió que las ciudades establecieran defensas con voluntarios, que en la provincia de Pinar del Río habían sido un éxito. Montó y fortaleció las trochas. Prohibió la exportación de tabaco en rama y con ello logró hacer un daño importante a la economía que mantenía la rebelión, a las gentes de Cayo Hueso. Al mismo tiempo, al prohibir la zafra, evitaba que los hacendados pagasen “contribución” a los rebeldes.

- A nosotros –comentó Mendieta- también nos ha favorecido. Ha duplicado nuestras fuerzas. Ahora tenemos más gente, están dispersos por toda la isla y gracias a ello hemos logrado abortar muchos atentados, sobre todo a la línea férrea.

Un soldado trajo unas bebidas, los tres continuamos la conversación. Me hicieron que les contara mi persecución de Maceo y su posterior muerte. Llegó un momento en que la conversación se fue estancando, en ese momento Ovelar tomó la palabra:

- Hugo, el coronel y yo queríamos estar contigo y proponerte una nueva misión –no moví ni un músculo- Ya sé que tienes varios días de permiso y no pretendemos quitártelo, te lo has ganado a pulso.
- Tú dirás –le respondí, con la misma familiaridad con la que me

dirigía a él cuando sólo era capitán.

- Se trata de que te muevas entre los círculos sediciosos de Pinar del Río, por lo que sabemos intentan una nueva incursión filibustera, un gran cargamento de hombres, armas y víveres. Un intento de iniciar una nueva ofensiva en occidente, ahora que ya no está Maceo.

- Realmente, ¿qué sabemos de todo este asunto? –pregunté, tratando de conocer el alcance de todo aquello.

- Tienes razón, Hugo, no lo has dicho, pero hay algo más –me contestó, de inmediato se giró en dirección al coronel.

Mendieta se sonrió levemente e hizo un gesto afirmativo con su cabeza. El comandante continuó hablando.

- Necesitamos que te infiltres entre ellos. Una vez más abusamos de tu acento cubano y tu facilidad para pasar desapercibido. La importancia de esta misión reside en que ¡creemos que podría ponerse al frente el mismísimo Máximo Gómez! –exclamó- Si supiéramos la fecha y el lugar exacto, seguramente lograríamos terminar con la rebelión en días.

Se detuvo un momento y, antes de que yo respondiera, añadió:

- Por supuesto que en esta misión puede acompañarte alguien, supongo que uno de ellos será el brigada Murillo.

No dije nada más, mi silencio aceptaba la misión. Afirmé sobre la insinuación de mi compañero el brigada, José sería un buen guardaespaldas.

Me ofrecieron todo tipo de detalles sobre la misión. Una vez más mi función como teniente de caballería quedaba relegada, de nuevo iba a actuar como un espía, como un civil.

Comí con ellos y a media tarde me acerqué a casa de Margarita. Mi amada me esperaba anhelante. Estaba preciosa.

Nos besamos nada más vernos, sin importarnos quien pudiese vernos. A media tarde salimos de su casa para dar una vuelta, no me sorprendió la presencia de dos hombres apostados disimuladamente en la calle, a su lado perdía toda mi suspicacia, sólo estaba para ella. Tampoco noté en mi espalda los negros ojos del joven de piel oscura que días antes conversaba con Candela.

Lucí mi amor por Margarita delante de toda la ciudad. En esta ocasión no dimos una vuelta arropados por un carruaje, lo hicimos andando y con Candela detrás, como mandaban los cánones. En la calle Obispo, llegando casi al Paseo del Prado, en una preciosa sombrerería, nos detuvimos y compramos un tocado para ella que aún le favorecía más, se trataba de uno de aquellos sombreros de ala ancha que provenían de París, seguramente lo más revolucionario en la moda del momento.

Conversamos de las cosas más dispares, en ningún momento hablamos de política, ni de nada que pudiera enturbiar aquella

situación. Ella me contaba cómo iban sus negocios, en una ocasión mencionó incluso la necesidad de visitar la zona occidental, le dije que yo también lo tenía previsto.

Por unos días olvidé los horrores de la guerra y la maldad del ser humano, todo lo que había sucedido hasta aquellos días, parecía no ser real.

Durante tres días disfrutamos nuestro amor sin tapujos, ni convencionalismos sociales; he de decir que la sociedad habanera de aquella época, seguramente debido a su cosmopolitismo, sería la más abierta del mundo.

- El otro día estuve con Jesús –me dijo ella en un momento dado, yo no intervine, le dejé continuar- Continúa yendo y viniendo de Nueva York, parece norteamericano.
- De hecho, querría que todos los demás lo fuéramos –Margarita encajó la indirecta política sin responderla.
- He hablado con él de ti y de mí.
- Ya te dije que yo también lo hice hace meses.
- Nuestra relación no existe ya. Él tiene sus amantes y así está conforme.

La sociedad norteamericana ya tenía contemplado el divorcio entre sus leyes. España, profundamente católica, no.

- Margarita, yo estoy dispuesto a lucir mi amor por ti sin importarme lo que piensen los demás. Te quiero y sólo eso me importa. Si la sociedad no lo quiere comprender, me da igual.

Los ojos esmeraldas de mi amada me miraron fijamente. Aunque conocía a aquella mujer desde mi infancia y había visto sus ojos miles de veces, aquello hizo que mi piel se erizara y yo sintiese un tremendo escalofrío. Debió notarlo porque se rio abiertamente, no lo hizo de mí, sino de mí aún persistente candidez. Iba a añadir que me consideraba el hombre más feliz del mundo, pero no lo hice. La imagen de María Cristina se dibujó en mi memoria, su sonrisa, su amor reposado y tranquilo, su eterna espera, aparecieron en mi mente. La felicidad que me embargaba me hizo sentirme culpable.

Aquellos días los dediqué a vivir al lado de Margarita y conversar con mi padre. En ningún momento me atreví a mezclar a ambos, no quería arriesgarme a perder a ninguno de los dos.

Paseaba con mi amada por el jardín de su casa, cuando José Murillo y dos hombres se me acercaron, los acompañaba Candela. Habían sabido donde localizarme, no lo pensé, pero debería haberme preocupado por ello, alguien debía estar siguiéndome.

- Señor –dijo el brigada, al tiempo que me saludaba con marcialidad y luego se dirigía a la mujer que me acompañaba- Señora.
- Dígame, José.
- Me envían para comunicarle que mañana a primera hora de la

mañana debe usted presentarse en la capitanía general, en el despacho del coronel Mendieta.

Me llamó la atención aquella forma de anunciarme que terminaba mi permiso, no solían comunicármelo de esa manera, y menos diciendo el nombre del coronel al que debía presentarme. Tampoco le di mayor importancia.

- Está bien, Brigada. Estaré allí a las ocho en punto, esté usted también.
- ¡A la orden! –se cuadró y se dispuso a irse.
- José.
- ¿Sí?, señor.
- Vaya con ropa de paisano, no con uniforme. También quiero que tenga dispuestos dos buenos caballos sin marcar –añadí, en referencia a la divisa del ejército- y una acémila, dispuesta para cargar con víveres para varios días.
- Como usted ordene, señor.
- Gracias, José.

Los soldados se alejaron, Candela los condujo a la salida. Pasados unos segundos Margarita se atrevió a preguntar, su curiosidad no aguantaba ni un minuto más.

- ¿Dónde vas?

No debería haber respondido, pero mi buen criterio estaba obnubilado por mi amor.

- De nuevo al occidente.
- Pero de paisano... No estarás jugando a espías otra vez, ¿no? –preguntó sonriéndose. Nunca había tomado en serio esa actividad mía, la verdad es que desconocía qué tipo de misiones realizaba.
- Tengo algún asuntillo qué hacer, se trata de pequeñeces que me encargan. Planos y cosas de esas, nada de historias de espías. Yo sólo soy un teniente de caballería –mentí, restándome importancia.
- ¿Podría acompañarte?
- ¿Cómo?
- Sí, tú irás a lo tuyo y yo a lo mío. Te comenté el otro día que tengo una importante hacienda cerca de Pinar del Río y, gracias a Weyler –aquello iba cargado de intención- está perdida la cosecha. Vista la pacificación, supongo que en breve nos dejará iniciar la zafra de nuevo.

No le vi mayor maldad al asunto, por lo que me habían dicho, además, la misión no entrañaba riesgo alguno. Ovelar y Mendieta habían insistido en que pasase lo más desapercibido posible y ¡qué mejor que ir con Margarita!

- Está bien, iremos juntos, pero... a caballo.

Se rio como una colegiala.

- No entiendo por qué, pero si debe ser así, por mí no hay

inconveniente.

Aquella mujer, fuerte, enérgica y decidida, también formaba parte de ese ser por el que yo sentía tanto amor.

No comenté mis planes con ninguno de mis oficiales superiores, mi idea consistía en ir juntos hasta Pinar y, una vez allí, separarnos cada uno para nuestro lado. Ella se dedicaría a su finca y yo a mi trabajo; esperaba encontrar a Antonio Manchao en la zona, seguramente estuviera en la hacienda. Le pediría que nos acompañase a José y a mí.

Según las instrucciones recibidas debíamos tardar al menos tres días en llegar. Me haría pasar por un habanero de nombre, Ricardo Manero, que iba a ser detenido por nuestra gente esa misma mañana. Por lo que sabíamos, trataba de reorganizar la disidencia en la zona, parte del desembarco iba a ser utilizado por su gente. Yo sabía perfectamente qué debía hacer.

Componíamos la expedición José Murillo y yo, Margarita, Candela y el negro mayor que siempre estaba en su casa, se llamaba Domingo.

La primera noche dormimos en la trocha, en Artemisa, una población de mediano tamaño con más de tres mil soldados allí acantonados. Yo sabía que una vez se iniciara la campaña del 97, esos hombres se desplazarían a la otra trocha.

Nos pidieron los salvoconductos pertinentes, no hubo problema alguno, íbamos correctamente documentados y, además, desde la muerte de Maceo todo se había relajado mucho. Podía decirse que ya no había estado de guerra en la zona.

Utilizamos para dormir unas habitaciones alquiladas de un vecino del pueblo. Nadie se sorprendió por nuestra presencia, desde que se montó la trocha era bastante frecuente que la gente que se desplazaba hacia el occidente se alojara una noche en aquel pueblo; además, su estación de ferrocarril, también gracias a la guerra, se había trasformado en un importante nudo en el que se cruzaban dos líneas.

Por desgracia nos tocó contemplar uno de los avatares de aquella guerra, en la estación se encontraba detenido un tren de traslado de tropas. En esta ocasión no se pretendía trasladar soldados para una ofensiva, sino enviar a La Habana y a España a los heridos y enfermos. Los había a cientos, en esa época las fiebres, tanto por paludismo como por fiebre amarilla, diezmaban a nuestros soldados, mucho más que las balas y los machetes de los rebeldes.

Tanto Margarita como su sequito contemplaron la escena con lástima, a José y a mí, aquello nos llamó bastante menos la atención, por desgracia estábamos acostumbrados.

- No merece la pena, querido. Nada de esto debería estar

ocurriendo –comentó ella con sentida sinceridad. No respondí, en ocasiones yo también dudaba si todo aquello iba a servir de algo.

A la mañana siguiente emprendimos de nuevo el camino. Durante el día nos cruzamos con pequeñas unidades españolas, ninguna nos importunó. Por lo que nos comentaron en alguna ocasión, se dedicaban a incendiar y destruir todas aquellas pequeñas plantaciones y los bohíos de los que se servía la guerrilla para subsistir. Aquellos eran ya los barrenderos de la campaña. No entendí como los sediciosos se plantean iniciar de nuevo la revuelta en aquella zona, seguramente estaban condenados al fracaso.

Al día siguiente con el atardecer, lloviendo de forma intensa, llegamos a Los Palacios. Desde allí nos dirigimos a la hacienda de mi padre, lugar en el que reposaban los restos de mi esposa.

En el camino que conducía a la mansión me sorprendió la inactividad, al llegar a la casa y descubrir no sólo que nadie salía a buscarnos, sino la dejadez en la que se encontraba todo, me sobresalté.

- ¿Dónde está la gente? –consulté a nadie en concreto.
- No sé –respondió José, a mi lado.

Vi que el negro viejo hablaba con Margarita. Con los ojos le consulté que comentaba, ella me respondió sin dudar ni un instante.

- Dice que seguramente están reconcentrados.
- ¿Quéee?
- Sí, querido. ¡Weyler y su bando! Te recuerdo que los campesinos, sobre todo los negros, están reconcentrados por el ejército en las ciudades. Ya sabes –añadió con cierto desprecio- para que no puedan ayudar a los sediciosos.

Encajé la frase sin añadir nada.

No hacía frío, pero continuaba lloviendo sin cesar. Descendí de mi caballo y me acerqué a la mansión. Unas tablas en forma de aspa en puertas y ventanas trataban de evitar que nadie entrara en su interior, intento vano, claro. Si aquello llevaba más de tres meses abandonado, había que suponer que tanto rebeldes como regulares habrían arramplado con todo lo útil que hubiesen encontrado dentro.

El interior de la casa estaba peor que el exterior. Por lo que mis ojos lograron ver, supuse que tanto unos como otros habían dormido allí. Parte de sus muebles habían sido utilizados como leña, para más de una hoguera encendida en mitad del salón.

- ¡Esto es la guerra, querido! –comentó Margarita, en esta ocasión lo decía con rabia- ¡Qué pena de casa! –añadió.

Una vez nos repusimos de la impresión, siguiendo seguramente las mismas iniciativas que los ocupantes anteriores, nos dispusimos a buscar todo aquello que nos fuera de alguna utilidad para pasar allí la noche. No había sábanas, ni mantas, ni ningún otro tejido, incluido

ropa de vestir.

José y el negro intentaron cobijar con mediana comodidad a los caballos. Las cuadras permanecían en su sitio, pero, por supuesto, no había ni una brizna de paja, ni un grano de cereal con que alimentarlos. Acostumbrados por el ejército, nosotros viajábamos con raciones de grano, gracias a eso los caballos cenaron.

Una vez comenzamos a instalarnos, yo me acerqué hasta la tumba de mi mujer. La lápida permanecía en su sitio, la hierba, que habitualmente se cuidaba con espero, estaba alta y la escondía en gran parte.

Cuando meditaba ante ella, noté la mano de Margarita que cogía una de las mías, aquello era una prueba de fuego. Mi interior habló con María Cristina, en el fondo deseaba mostrarle mi mano engarzada a la de Margarita, estuve convencido de que ella aprobaría esa unión, siempre deseaba lo mejor para mí.

Cenamos parte de las provisiones que portaba la mula, se trataba de la típica comida de campaña, carne en salazón y algún embutido que el hábil del brigada había robado en algún sitio.

Domingo se me acercó y me pidió permiso para hablar conmigo, accedí. Me comentó algunos aspectos de la situación, me sorprendió su inteligencia y su criterio, sabía de qué hablaba. No estaba ante uno de esos negros desarrapados de los que tanto se hablaba en el ejército, por el contrario, me encontraba ante un hombre que, una vez le habían enseñado, pensaba tan correctamente como cualquier otro, aquel era un cubano de nacimiento, como yo.

Cuando uno va a entrar en combate nunca piensa en cómo es su enemigo, sino en la fuerza que tiene y sus posibilidades de hacerte daño a ti o a los tuyos. Hablando con Domingo volvieron a rondar mi cabeza las dudas de siempre. Estaba ante un cubano, un humilde cubano, y me gustaba como era y qué pensaba; en el fondo entre él y yo había pocas diferencias, sobre la isla, nuestra tierra, pensábamos lo mismo. Nuestras diferencias surgían al nombrar quién debía mandarla; para mí se trataba, y debía continuar tratándose, de España, para Domingo estuve seguro de que no, aunque, por supuesto, no se atrevió a decirlo en mi presencia.

Después de cabalgar toda la mañana bajo una tenue lluvia, a media tarde del día siguiente entrábamos en Pinar del Río. De nuevo pasamos algunos controles, todos ellos sin dificultad alguna.
Encargué a Domingo y a José que intentasen encontrar a Antonio. Pinar era ya una urbe lo suficientemente grande como para convertirse aquello en una difícil misión.

Nos instalamos en uno de los hoteles de la ciudad. Los dos emisarios tardaban en llegar y Margarita y yo decidimos esperarles en el porche. Ya bien entrada la noche aparecieron ambos, la cara de

José no me gustó nada, me dio la impresión de que iba a comunicarme la muerte del negro, pero no fue así.

- Don Hugo –tenía claro que íbamos como civiles- le hemos encontrado.
- ¿Dónde está? –pregunté de inmediato, no entendiendo nada- ¿por qué no viene con vosotros?

Permanecieron un instante en silencio. Cuando repetí la segunda pregunta, José Murillo habló:

- Señor, tiene que acompañarnos.

Atravesamos toda la ciudad, en su extremo más occidental creí ver un campamento militar, no entendí por qué íbamos hacia él.

- Debemos llegar hasta allí –insistió el brigada, señalando la instalación.

Ya a unos cincuenta metros me sorprendió el olor, me recordó a la zona de reconcentración de La Habana. Cuando llegamos y contemplé el interior de aquello, sentí unas tremendas ganas de vomitar.

Tras la empalizada, que defendían varios soldados de infantería sin gran interés, había más de cinco mil personas. Al observar con detenimiento, descubrí gente famélica, personas totalmente desfallecidas. A algunas sólo les veían sus tremendos ojos saltones, casi a punto de salirse de las órbitas y los pómulos, que al no tener apenas carne facial sobresalían de forma ostensible.

José y Domingo me insistieron en que continuara tras ellos. El brigada habló con el cabo primero que comandaba el pelotón que vigilaba y éste accedió a que pasáramos al interior. Mi amada no abrió la boca, simplemente se agarró a mi brazo y tembló, no por miedo sino por lástima.

- Lo hemos encontrado –comentó Murillo- está allí- añadió, señalando con el dedo.

De pronto mis ojos se encontraron con los de un hombre negro de anchas espaldas, apenas sin ropa. Se encontraba tirado en el suelo, famélico, en los huesos, sucio y envejecido veinte años. Supe que estaba ante el gran Antonio Manchao, uno de los seres más fuertes que nunca había visto. Me arrodillé ante él de inmediato.

- Antonio, ¿qué ha pasado?
- La Reconcentración, señorito. Lo llaman la Reconcentración –casi no tenía voz.
- Pero tu...
- Todos los negros, pero también hay blancos, señorito.

Me volví hacia el cabo primero. Sólo con ver mi rostro comenzó a lanzar una retahíla de disculpas.

- Señor, apenas tenemos alimentos para nosotros. Les damos todo lo que nos sobra, lo que pasa es que la comida no llega aquí, nosotros apenas comemos –realmente aquellos soldados no eran los

mejor alimentados que yo había visto. No tenían aspecto de quedarse con los alimentos.

- Este hombre es uno de mis ayudantes y se viene conmigo.
- No puede ser, señor. Mis órdenes...

No le dejé terminar, con una indicación mía, Domingo y José recogieron a Antonio del suelo y lo cargaron entre ambos.

Averigüé donde se encontraban el resto de los trabajadores de la hacienda, sólo localicé a cinco mujeres y seis niños, no había ni uno solo de los jóvenes, por lo que luego supe se habían unido a la insurrección antes que morir reconcentrados.

Según me contó Antonio, al menos habían muerto una tercera parte de los encerrados al principio. Si bien, en su origen, en el sentido militar entendí la idea como buena, de hecho fue efectiva, nunca podría aprobar aquello que mis ojos habían contemplado.

Weyler y los mandatarios españoles debían haber previsto una alimentación y unas condiciones higiénicas y sanitarias mínimas para todos aquellos. Eso era casi como asesinarles lentamente. Deduje que todo el que hubiese vivido aquella salvajada no podría nunca considerar a nuestro ejército como el suyo, muy al contrario, pensaría que se trataba de un ejército extranjero y sanguinario.

Esa mala planificación, o desidia ante los reconcentrados, costó la vida varios miles de ellos. Si bien Weyler, con la campaña de Occidente y sus planes de futuro, podía estar ganado la guerra, con aquello estaba dando alas a sus detractores, a los rebeldes y a los yanquis, que cada día que pasaba estaban más ansiosos de arrebatarnos la Perla del Caribe. La prensa norteamericana aprovechó esta desastrosa operación para atacar a Weyler y a España. Por desgracia esos titulares comenzaban a desperezar a un monstruo avaro. Estados Unidos continuaba buscando un motivo, y cada día lo tenía más cerca.

En lo que a mí respecta, mis dudas continuaron acrecentándose. A la mañana siguiente logré que liberaran al resto de la gente de mi padre. Bastó un cable dirigido a su persona para que acudiera de inmediato a capitanía en La Habana y le dieran los permisos necesarios, continuaba siendo una de las personas más influyentes de la capital.

Ya, profundamente de noche, regresamos al hotel con Antonio. Margarita no habló del tema, respetó mi dolor y mi pesar, me conocía y comprendía que yo no podía aprobar aquello, aunque continuaba perteneciendo al ejército que lo llevaba a cabo.

Esa noche hicimos una vez más el amor. Debido a la mayor estabilidad de nuestra relación nuestros escarceos eran más largos y sedados, aunque por suerte aún aparecían presididos por el deseo y la pasión.

Mis órdenes consistían en acercarme al pueblo de Remates, en el extremo occidental de la isla, y esperar a que los sediciosos se pusieran en contacto conmigo. Cuando llegó la hora me separé de Margarita, que pretendía acercarse a la zona de Viñales donde tenía su plantación. No le informé de mi objetivo, pero de pasada le comenté al lugar al que nos dirigíamos: el pueblo de Remates, cerca del cabo Corrientes.

- Hasta pronto –le dije, al tiempo que besaba tenuemente sus labios.
- Ten cuidado mi amor. Ya sé que tu misión no es importante, ni arriesgada, pero aún quedan partidas de rebeldes que, de saber tu identidad, te lo harían pasar mal.
- No te preocupes. José y yo sabemos cuidarnos.

Le sonreí y obtuve de ella lo mismo, en aquel agradable movimiento de sus labios logré entrever cierta sensación de preocupación. Volví a besarla.

- No sé cuándo podré regresar, Margarita.
- No te preocupes por mí, también sé cuidarme. Cuando termine en Viñales, regresaré a La Habana, en tren, por cierto.

Me despedí de ella, de Domingo y de Candela. Esta última no me sonrió como otras veces, se la veía inquieta.

- Adiós Candela, cuida de la señora.
- Siempre lo hago, señor, siempre lo hago.

Atravesamos los enormes campos de tabaco desde Pinar hasta la parte más occidental de Cuba. Marchamos durante más de sesenta kilómetros.

Nuestra entrada en Remates no pasó desapercibida para ninguno de los habitantes. En eso consistía nuestra función. Yo, al fin y al cabo, aparentaba ser uno de los líderes sediciosos de La Habana, alguien que secretamente intentaba reorganizar la revolución en la capital y en occidente.

Según lo que me habían comunicado los del servicio secreto, que habían sonsacado a Ricardo Manero, al frente de aquella misión filibustera se encontraba un cubano muy ligado a los norteamericanos. Era el que surtía a los rebeldes desde el principio de la contienda, seguramente se trataba de un anexionista que utilizaba a los sediciosos para sus planes futuros.

Durante una jornada no hicimos nada, simplemente pasear y reconocer la zona. A caballo, nos acercamos a los acantilados cercanos a María La Gorda, una zona en la que antiguamente estaba establecida una cantinera, celestina, que servía a los piratas en sus andanzas caribeñas.

La bahía de Corrientes era un buen lugar para un desembarco, estaba protegida de las inclemencias del mar y, al tiempo,

suficientemente alejada de nuestras unidades. Estaba convencido de que se produciría allí.

Por la noche, después de cenar, se nos acercó un mulato. Tras preguntarme tres cuestiones, que yo sabía cómo responder, se identificó como Claudio. Nos informó que pertenecía a la partida de Rius Rivera, que con su lugarteniente Bacallao se habían puesto al mando de la sedición en la provincia.

- Me envía el general –me dijo, ya confiado- el vapor llegará mañana a la noche. Nos veremos al atardecer en el poblado de Las Canas, desde allí os llevaremos nosotros hasta la zona.
- ¿Estará tu general? –preguntó José.
- Supongo que sí. Me han ordenado que te diga que el amigo de los yanquis quiere estar contigo.

Aquella era una buena noticia, aunque peligrosa. De ser reconocido, seguramente sería hombre muerto.

Los del servicio secreto contactaron con nosotros y les informamos de lo que sabíamos. A la noche siguiente dos cañoneras estarían esperando en la zona y una columna de infantería se apostaría para acabar con la partida enemiga.

Como habíamos quedado, los insurrectos nos recogieron en Las Canas. La partida que nos acompañaba la formaban siete hombres. Nosotros íbamos desarmados, extremo que comprobaron desde el principio.

Ya, completamente oscurecido, nos acercaron a los acantilados donde conocimos a Bacallao, se trataba de un enorme negro de casi dos metros de alto. Nos contó que el general no se presentaría en esa ocasión y que le acompañaban en total veinte mambises.

- Así que tú eres Ricardo.

Afirmé. Aquel lugarteniente tenía un enorme cuerpo que podía asustar a cualquiera, seguramente se trataba de un antiguo trabajador de las plantaciones. Su piel no era clara, sino profundamente negra, su cabeza, no muy grande, se encontraba poblada por una barba rala con alguna cana, su aliento olía apestoso. Parecía amable y simpático, en varias ocasiones se carcajeó con nosotros. Por lo que nos contó, había participado en numerosos enfrentamientos con los españoles, a los que odiaba y admiraba como enemigos.

- Son gente valiente, no se arredran ante nosotros. Es una pena que tengamos que luchar.
- ¡Pero así es! –añadí yo- Y no pararemos hasta devolverles al mar por el que vinieron –añadí en plan mitin.

Aquello me vino bien, los mambises que estaban con Bacallao me miraron con cierto desprecio, creyeron estar ante un político, sabían que los necesitaban, pero no les comparaban a ellos. No luchaban.

Los desembarcos habitualmente se comandaban por dos capitanes

rebeldes: uno que se llamaba de mar y otro de tierra. El primero era el responsable máximo hasta la entrega, el segundo se encargaba de asegurar la zona en tierra y transportar el material hasta que se entregara a su destinatario.

Según el plan establecido, una fogata indicaría a los del vapor que no había problema alguno. La presencia de cualquier otra señal luminosa lograría que la embarcación se alejara al estimar que la zona no se encontraba despejada.

Se encendió una hoguera y comenzó la espera.

Una hora después, en la lejanía, vislumbramos las señales desde el mar. ¡El vapor se acercaba!

Las sienes me ardían y el corazón se me aceleró, una importante misión comenzaba.

Pasaron treinta minutos y las señales se repitieron. De pronto nos pareció que el vapor se alejaba de la costa, no entendíamos nada.

Fueron José y uno de los mambises los que se dieron cuenta de la presencia de una segunda luz a veinte metros por encima de nosotros, se trataba de un candil que se movía sin cesar. ¡Alguien estaba abortando la operación!

Bacallao dio las órdenes:

- ¡Aléjense!, ¡nos vamos! Los españoles deben estar cerca.
- ¿Qué pasa? –le pregunté- ¿quién maneja ese candil?
- ¡Es el amigo de los americanos! Es muy listo, si hace esas señales es porque hay unidades militares en algún sitio. Alguien le habrá informado.
- ¿Pero, como?
- ¡No sé, tiene contactos! ¡Seguro que alguien nos ha traicionado! Debemos irnos.

José y yo nos miramos, en la oscuridad nos acercamos a los caballos; escondidos en las sillas llevábamos dos pequeños revólveres. Una vez los tuvimos en nuestra mano nos miramos.

- ¡Brigada, tenemos que atrapar a ese hombre! –seguían viéndose las señales, el cubano continuaba moviendo el candil, parecían expresar algún tipo de clave.
- Estoy de acuerdo, señor.

Intentamos acercarnos en una completa oscuridad, varias veces tropezamos con rocas o raíces de las palmeras próximas. Cuando estábamos cerca de la luz que continuaba moviéndose, oímos voces.

- Los militares ya están aquí, señor. La embarcación se aleja definitivamente.
- ¡Nos vamos! –oí, aquella voz me sonó a conocida.

Continuamos acercándonos, apenas nos separaban ocho metros de ellos.

Vi sus siluetas, José venía detrás de mí. Iba a gritarles que se

detuvieran, cuando sentí un tremendo golpe en la cabeza, inmediatamente después oí un disparo, no sentí nada y perdí el conocimiento.

* * *

La cabeza me dolía a rabiar, abrir levemente los ojos lo incrementó aún más. Los cerré de nuevo.

Las voces que escuchaba sonaban bajito, como susurrantes. Alguien debió darse cuenta de mis movimientos, puesto que una mujer se me acercó y con un suave y encantador acento cubano se dirigió a mí.

- Teniente, ¿me puede oír?

Con esfuerzo levanté uno de los párpados, apenas distinguí luz, debíamos estar en penumbra. La mujer me habló de nuevo.

- ¿Me oye, teniente?

No hablé, pero moví la cabeza afirmando. La mujer se dirigió a alguien del fondo.

- ¡Doctor, el teniente ha despertado!
- Voy –escuché, me pareció que aquella voz provenía de una enorme distancia.

Un tiempo después que no supe medir, se me acercó un hombre. Su acento, a diferencia de la mujer, era peninsular, debía pertenecer al ejército. Le miré.

- Buenas, teniente. Le dieron fuerte, por poco no lo cuenta.

Se trataba de un médico de mí misma graduación, seguramente un novato aún.

- ¿Qué ha pasado? –logré decir con dificultad.
- Le golpearon en la cabeza.

No dije nada, me quedé pensativo. Continuaba sin recordar.

- No recuerda nada, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

- Estaban ustedes en la bahía Corrientes, cerca de María la Gorda. Por lo que he oído, trataban de interceptar una incursión filibustera.

Mi mente comenzó a recordar de inmediato.

- Alguien avisó al vapor y la entrega no se produjo, al menos en el punto previsto –continué, el dolor de cabeza me aumentaba con cada palabra que emitía.

Recordé todo, las carreras en la oscuridad, el golpe, el disparo... el recuerdo de mi amigo Murillo se me apareció, pregunté por él.

- ¿Dónde está el brigada?

El galeno no me contestó, creí que no sabía a quién me refería y le insistí:

- Si, venía conmigo, se trata del brigada José Lucio Murillo –el médico no dijo nada, noté como apartaba la vista- ¿Dónde está el brigada? –traté de incorporarme en la cama, la cabeza me daba vueltas.

- Cálmese, teniente. Debe permanecer tumbado, el golpe ha sido muy fuerte.

Le debí mirar con una mezcla de pena y desesperanza, porque decidió contestar a mi angustiosa pregunta.

- Recibió un disparo a muy poca distancia. Fue en el pecho... no pudimos hacer nada.

No hice comentario alguno, llevaba suficiente tiempo en esa guerra como para no preguntar más y comprender que la muerte nos rondaba a todos de continuo. Sin emitir sonido alguno las lágrimas acudieron a mis ojos, el rostro de mi querido amigo extremeño apareció en mi memoria, no podía aceptar que estaba muerto.

La mano del médico, acostumbrado por desgracia a consolar, seguramente desde que pisara Cuba por primera vez, trató de darme apoyo. Le miré a los ojos, seguramente debido a su juventud, aún no estaba del todo acostumbrado a informar que jóvenes españoles morían entre sus dedos.

- Lo siento... de verdad.

- Fue mi suboficial desde que llegué a la isla. Le apreciaba como a un buen amigo –noté que las lágrimas corrían por mis mejillas, creí que la cabeza me iba a estallar.

La mano del teniente sanitario apretó con fuerza mi hombro. Aquel era todo el apoyo que se me podía dar, nadie podía evitar ya que José Murillo estuviera muerto.

Aquella noche no logré conciliar el sueño, multitud de imágenes y sonidos se me agolpaban. Sopesé que otras decisiones hubiera debido tomar y llegué a la conclusión de que en esta ocasión no había cometido errores. Por un lado, mi mente me hacía desear haber sido yo el muerto, por otro me alegraba de estar vivo, eso era la guerra.

A la mañana siguiente me contaron qué había sucedido. Los cubanos que habían abortado la expedición dispararon contra mi amigo y me golpearon a mí. Gracias a la rápida intervención de las tropas españolas seguramente no me habían dado muerte. Fue una alegría para mí saber que la persona que primero había llegado hasta nosotros había sido un buen amigo, nada más y nada menos que Juan Espínola, por aquel entonces destinado en la zona con sus hombres. Ya no era alférez, lo habían ascendido a teniente.

Permanecí en el acuartelamiento de Remates durante una semana. El golpe que recibiera en el cráneo podía haberme matado de haberse hecho con un poco más de fuerza, me lo habían roto.

Aún convaleciente me trasladaron a Pinar del Río, desde allí, cuando

me recuperara un poco más, por tren, me enviarían a La Habana. Al menos debía estar tres semanas en aquel hospital antes de regresar.

Mi amigo Ovelar me vino a ver poco después de llegar de Remates. Me encontraba en el jardín del hospital, reposaba bajo la sombra de dos grandes palmeras.

Nada más verme me sonrió, comprendí que realmente se alegraba de verme. Me levanté y él me abrazó con fuerza.

- Estimado Hugo, al principio creímos que habías muerto.

No dije nada, me limité a sonreír con poca alegría.

- Ya lo sé –añadió- lo siento de verás, se trataba de un gran soldado y un magnífico ser humano. Lo siento, sé que le apreciabas de verdad.

- Lo peor, Arnaldo, es que no sé cómo ocurrió. Sólo puedo informarte que la operación salió mal, alguien les avisó de que les habíamos tendido una trampa y todo se complicó.

Las lágrimas de nuevo acudieron a mis ojos.

- José y yo nos dirigimos hacia el candil, queríamos atrapar al jefe. Entonces yo recibí el golpe y oí un disparo... podían habérmelo hecho a mí.

- No digas eso. Estar vivo es lo importante, José se alegraría de dar su vida por la tuya.

No estaba de acuerdo con Arnaldo, pero no lo dije, no merecía la pena insistir, comprendo que son frases hechas simplemente para animar a la gente.

- ¿Qué pasó? –pregunté.

- Hombre, lo que está claro es que alguien les avisó. Se trataba de un importante desembarco que jamás hubiesen abortado de no estar completamente seguros de que estábamos allí.

Mis manos gesticularon pidiendo más explicaciones.

- Sólo estaban los voluntarios de caballería con Espínola al mando. Las dos columnas de infantería aún no se encontraban en la zona, les faltaban al menos quince minutos para llegar, así lo habíamos planeado. Con eso intentábamos no ser detectados.

- ¿Entonces?

- No sé, tal vez alguien supiese vuestro destino y atase cabos...

Esa insinuación de mi amigo y compañero de armas no cayó en saco roto. Comprendí a quien se refería. No le contesté, le dejé seguir.

- Varios de mis muchachos se encontraban por la zona, intentando ver que gentes iban y venían esos días por Remates. También por la noche estuvieron cerca de vosotros.

- Y, ¿qué vieron?

Ovelar sacó un puro finito y lo encendió. Meditó sus palabras.

- El día del desembarco, por la tarde, una mulata muy guapa se acercó al pueblo. Esa mujer habló con varios de su color, suponemos

que se trataba de personas con conexiones con los rebeldes.

- ¿Quién era? –temí la respuesta.
- No sabemos de qué habló con ellos.
- ¡Dime quien era, por favor, Arnaldo!
- Mis muchachos la identificaron de inmediato al verla en La Habana hace dos días. Se trataba de la dama de compañía de tu amiga Margarita.

Creí que el corazón me reventaba. ¡No podía ser! La mujer de mi vida no podía traicionarme, ella no. Margarita no podía ser la responsable de la muerte de José, ¡no podía ser!

- Sé que lo que te digo no te es agradable, pero ya te lo sugerí en una ocasión si recuerdas.

Afirmé, esa conversación me había torturado durante semanas, me arrepentí de no haberla tomado más en serio.

- ¿Le dijiste dónde ibas?

Tardé en responder, al final afirmé con la cabeza.

- No le dije nada de mi misión, simplemente mencioné el pueblo. ¡Ella no ha podido hacerme esto!, Arnaldo. ¡No puede ser!
- Lo siento, Hugo, nosotros no le podemos hacer nada, seguimos sin disponer de pruebas que confirmen nuestras sospechas. Lo malo es que todo coincide.

Una vez más permanecí en silencio absoluto.

- A la mulata no logramos localizarla, su señora nos ha dicho que se quedó en la zona de Viñales. Cuando la encontremos la interrogaremos.

Comencé a andar por el jardín, el comandante me acompañó.

- Hay algo más.

Me giré y le encaré.

- El alto mando sabe de tus proezas y tus arriesgadas misiones y te ha propuesto para una medalla, ... y un ascenso.
- ¿Qué?
- Sí, amigo. Cuando te recuperes y vuelvas a La Habana te ascenderán a capitán de caballería y te darán la Cruz al Mérito Militar. Mi más humilde enhorabuena, realmente creo que te lo mereces.

Cierto sentimiento de frustración creció en mí.

- Pero, Arnaldo, ¿no entiendes que seguramente yo soy el responsable de la muerte del brigada? No me lo merezco, la misión fue un fracaso.
- ¡No estoy de acuerdo! –respondió él, elevando la voz- Te mereces la medalla y el ascenso por esta acción y por muchas otras. Por desgracia se dan demasiadas medallas no merecidas en esta guerra, la tuya por el contrario es más que digna y batallada.

Notó que no estaba de acuerdo.

- Puede que tu indiscreción haya sido la causante del fiasco,

pero la culpa de su muerte no es tuya, es del enemigo, de los rebeldes, de aquellos contra los que luchamos. ¡Que te entre en esa dura mollera que tienes!

Se puso frente a mí.

- Recuerda lo de Fernandina, tu participación en Peralejo y en tantos combates y misiones que nunca se te habían premiado. Te lo mereces, amigo, y me alegro por ello.

Me extendió la mano, la acepté y la estreché con fuerza.

- Espero que te dejen salir y cenemos juntos esta noche –añadió sonriendo- Supongo que me enseñarás los mejores tugurios de esta ciudad, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

Por la noche, saltando por encima de todas las prohibiciones de los facultativos, estuvimos bebiendo y comiendo por Pinar del Río. Terminamos tomando algo en la única casa de señoritas de la ciudad, mi rabia y mi desánimo hicieron que yo también yaciera con una de aquellas mulatas. Deseaba vengarme de la traición y aquello no era nada más que el principio.

Ovelar me contó que, gracias a salvarme la vida, también a Espínola se le iba a condecorar. Cuando regresara a La Habana seguramente pudiera estar con él y celebrarlo.

Durante mi estancia en el hospital aquel recibí varios cables, unos de mi padre y otros de Margarita. Los primeros los contesté; los segundos ni siquiera los leí.

Pasadas las semanas, por fin me dieron permiso para trasladarme a la capital. Tras varias horas en tren llegué. Mi padre me esperaba en la estación y de inmediato me condujeron a su mansión en una calesa. Dos días más tarde, en el mismísimo gobierno militar, se procedió a concederme la medalla que me comentara mi amigo, al tiempo que se hacía oficial el ascenso a capitán.

Ver a Juan frente a frente me emocionó; de inmediato me fundí con él en un largo y cálido abrazo, no en vano le debía la vida.

- Siento lo del brigada –comentó.
- Yo también. Gracias por salvarme la vida, Juan.
- Si hubiese llegado un minuto antes, tal vez los dos estuvierais aquí.
- ¿Has logrado saber algo sobre quien nos traicionó?

Me respondió negativamente con la cabeza. Insistí.

- ¿Has oído algo de la mulata? –le vi que dudaba al contestar- Por favor, dime lo que sepas.
- Yo mismo la vi por el pueblo, eso sí, no sé nada más.

De nuevo las sospechas se cernían sobre Candela y su señora, no podía dudar de la persona que me había salvado la vida....

Al acto apenas acudieron civiles, sólo mi padre y tres allegados

más. Margarita ni tan siquiera sabía que yo me encontraba en la ciudad. Sabía que tarde o temprano debíamos aclarar aquello, incluso mi padre comentó algo sobre la situación, una vez llegamos a casa:

- Hijo, sabes que de tu relación con Margarita yo no quiero saber nada, pero me sorprende lo que está ocurriendo. He de suponer que algo os ha sucedido, creo que deberías hablarlo con ella.

Le miré sin hablar. Él continuó:

- Desde hace semanas me envía mensajes preguntando por ti. No sabe nada y dice estar muy preocupada, hasta el extremo de intentar hablar personalmente conmigo.

Mi cara de sorpresa le hizo proseguir.

- Tiene que estar a punto de llegar. He quedado con ella dentro de diez minutos.

¡Aquello era una encerrona!

- Debías haberme avisado, padre.
- ¿Para qué?, para que te escabulleras una vez más. No, hijo, debes dar la cara.

Apenas tres minutos más tarde uno de los sirvientes nos anunció la presencia de la mujer. Mi padre me hizo un ademán para que le acompañase.

Ver a Margarita al fondo de la habitación casi logró que el corazón se me saliera del pecho. Ella notó algo que le hizo permanecer en el sitio. Ninguno de los dos nos lanzamos en los brazos del otro.

- Hola, Margarita –le saludó mi padre, mientras besaba educadamente su mano- creo que venías a preguntarme por mi hijo. He pensado que es mejor que le preguntes a él mismo. Os dejo –añadió, al tiempo que se dirigía a la puerta del salón y la cerraba tras de sí.

Durante unos segundos permanecimos cada uno en nuestro sitio, en la habitación reino el silencio.

- Prefieres sentarte o que demos una vuelta por el jardín –le pregunté con total frialdad.
- Prefiero el jardín –respondió, mirándome completamente sorprendida.

Salimos. Ella no aguantó más.

- ¿Qué te ocurre?
- Nada, ¿y a ti?
- No entiendo qué sucede. Hace un mes nos separamos con amor y ahora me recibes con... ¿odio? –sus profundos ojos verdes se clavaron en los míos, creí que me los iba a quemar.

No respondí.

- Hugo, ¿qué te sucede?, me dijeron que estabas herido. No me han dejado ir a verte.
- Sí, estuve ingresado en Pinar del Río. Después de la fracasada

misión del cabo Corrientes. Ya sabes.

Se giró y me encaró, su fuerte carácter acababa de hacer acto de presencia.

- ¡No entiendo a qué viene todo esto! Hugo, yo estoy deseando abrazarte, besarte y hacer el amor contigo y tú, en cambio, estás distante y frío. Como si me odiaras...
- Murillo ha muerto y a mí casi me matan, ¿sabes?
- Lo siento, de veras, ese hombre me gustaba. Pero no entiendo, ¿no ibas a una misión sin importancia?
- ¡No mientas más tiempo! –grité, al fin había perdido los estribos- ¡Sé que me has traicionado! Incluso parece que les ordenaste que a mí me dejaran vivo y no me remataran.

Su cara de sorpresa casi me hizo recapacitar, pero no, llevaba demasiado tiempo rumiando aquello para detenerme ahora. Sabía que si me dejaba engatusar caería de nuevo en sus brazos. Volví a atacar, no le dejé defenderse.

- ¡Sé que Candela estuvo en Remates! Ella avisó a los sediciosos. Lograsteis abortar la misión, aunque eso le costó la vida al buen José.
- Pero, ¿qué dices?
- ¡Sí! –grité de nuevo- ¡Lo mismo ha ocurrido más veces! He hecho memoria. Estaba contigo cuando atacaron mi acuartelamiento y nos robaron los caballos, sólo tú y pocos más podían conocer su existencia. Recuerdo nuestros encuentros en las zonas en las que se iniciaba la revuelta... y tantas otras situaciones. Debía haberme dado cuenta antes, si lo hubiese hecho, Murillo aún estaría vivo.

Me miró, su cara cada vez expresaba más sorpresa, pensé que tenía ante mí a una de las mejores actrices que conocía. Sus ojos claros me penetraron, en aquella situación seguro que le hubiera gustado que se tratase de puñales, para clavármelos directamente en el corazón

- Sé que no lo podemos probar. Pero ahora estoy convencido de que eres una espía de ellos.
- ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Yo venía con unas ganas locas de verte y hablarte y me encuentro con esto. Yo te quiero, jamás hubiera podido traicionarte. No lo entiendo, Hugo, no comprendo quien desea enfrentarte a mí.

Yo no le escuchaba, mi furia sólo me permitía oír mis pensamientos. Si quería finalizar lo que había empezado, debía seguir por la misma línea, si dudaba ante su presencia estaba perdido.

- Todo encaja. Nunca lo hubiera pensado. Yo te adoraba... –concluí por fin.

Margarita no añadió ningún comentario. Optó por no defenderse, pensé que aquello la incriminaba aún más, no se me pasó por la cabeza otra posibilidad. Yo no lo logré apreciar, pero una profunda

tristeza se encaramó tras sus pupilas.

Su orgullo le ayudó a aguantar la situación. Se acercó a mí, levantó su mano derecha y me abofeteó con todas sus fuerzas. Inmediatamente después se giró sobre sus talones y se dirigió a la salida.

Al verla alejarse mi corazón se rompió del todo, sentía por aquella mujer todo el amor que un ser humano pueda sentir y comprendía que en aquel instante estaba perdiéndola para toda la vida. Tuve la tentación de correr tras ella, de pedirle perdón, de humillarme ante ella, pero mi firmeza ganó y me mantuve como un imbécil en mi sitio. Sin mover ni uno sólo de los músculos de mi cuerpo, la vi salir del jardín de mi padre y ... de mi vida.

* * *

Tarde casi dos semanas más en incorporarme. En ese tiempo, aunque los sirvientes de la mansión intentaron que no saliera de la casa, no hice caso y me dediqué a beber y jugar. Una noche el médico me cazó borracho con dos mulatas a mi lado, de inmediato me citó a la mañana siguiente en la consulta del hospital. Al mediodía recibía el alta y la orden de incorporarme a mi unidad o a la que me ordenasen.

Obedeciendo órdenes de Mendieta y Ovelar permanecí en La Habana, en un destacamento dentro de la capital mientras esperaba destino. En aquel cuartel apenas había nada que hacer para un capitán, así que me aburrí tremendamente. En más de una ocasión me acerqué a la casa de Margarita y traté de verla a escondidas, como un colegial.

Después de otros diez días ociosos, llenos de noches de alcohol y mulatas, por fin recibí órdenes de acudir a capitanía para cumplir una misión.

Me recibieron Mendieta y Ovelar. Sabía que al coronel pensaban ascenderle a general, aunque de momento demoraban el asunto por su importancia como hombre en la sombra, en cuanto concluyera la contienda recibiría todo tipo de honores.

- Pasa, Hugo, pasa –me invitó Arnaldo. Ninguno de los dos se levantó de sus asientos, ni yo les saludé con marcialidad.
- Buenos días. Espero que ya tengáis algo para mí. Necesito movimiento.
- La situación va bien –comenzó Mendieta- Está claro que después de las lluvias, si todo sigue como lo ha planeado el general –se refería a Weyler- los rebeldes estarán completamente derrotados.

Me senté junto a ellos.

- Por lo que se dice por ahí –comenté- el oriente está bastante revuelto, ¿no?

- Bueno, sí y no. El general, ahora que hemos logrado pacificar la zona de Pinar, pretende ir moviendo las tropas hacia la trocha de San Fernando (Júcaro a Morón) y de esa manera ir aprisionando a las escasas fuerzas de Máximo Gómez.

No dije nada, sabía que los dos oficiales tenían información veraz y que a mí no pretendían censurármela, como se solía hacer con la tropa.

- En esta provincia y en Matanzas apenas quedan pequeñas partidas –intervino Ovelar- Sabemos que Gómez, una vez ha dejado a Calixto García al mando del Oriente, ha vuelto a la zona de Las Villas y Santa Clara, allí se mueve como pez en el agua.
- Ya, y ¿qué puedo hacer yo?
- Bueno, de momento te hemos buscado un poco de acción. La debilidad de Gómez reside en que últimamente no recibe pertrechos y eso debe continuar así. Weyler ha ordenado la construcción de varios blocaos en la costa sur que logren impedir incursiones filibusteras.

Escuché sin entender muy bien.

- Tú, Hugo, conoces la zona perfectamente, no en vano los planos con los que funcionamos por ella los elaboraste tú mismo.
- Y Murillo –añadí.
- Sí, realmente ha sido una gran pérdida –aclaró el coronel, que personalmente se había encargado de que se le concedieran las máximas condecoraciones póstumas.
- Bueno, vosotros elaborasteis los planos y por tanto te sabes mover bien. La construcción de esas nuevas defensas y puestos de vigía atraerán a los rebeldes, que intentarán impedirnos que las instalemos. Suponemos que utilizarán todos los medios a su alcance.
- En una palabra, amigo Hugo, necesitamos que comandes un escuadrón de caballería que proteja a la milicia y a los ingenieros que levanten esas defensas, al tiempo que logres que los víveres y demás necesidades lleguen como debe ser.

Comprendí perfectamente lo que me encargaban. Supuse, con acierto, que casi todos los días se producirían enfrentamientos con pequeñas partidas enemigas. ¡Todos los días jugaría con la muerte!

- Por supuesto, acepto la misión –respondí de inmediato, evitando que mis dudas lograran hacerles desistir a ellos.
- Bien. Supuse que lo harías, amigo –añadió Arnaldo, esbozando una amplia sonrisa- Tu escuadrón está en Santiago de las Viñas, como siempre. Deberás partir en dos días.
- Vale, parto para allí ahora mismo. En dos días estará todo organizado y dispuesto.

Pretendía irme, pero no me dejaron, deseaban invitarme a tomar café y conversar un rato.

No volvimos a hablar de la misión, pero sí de la guerra. Me

contaron la situación en Madrid y en el extranjero.

- En mi humilde opinión –comentó Mendieta, de forma distendida- Cánovas y los conservadores se equivocan –no comprendí a qué se refería y lo notó en mi rostro.

- Sí, Hugo. Esta isla necesita algo más, creo que la autonomía de la que tanto se habla le vendría bien y evitaría una nueva guerra.

- Y que los norteamericanos se la anexionen –añadió Arnaldo.

No era habitual encontrar oficiales españoles que pensasen así.

- Los Estados Unidos, supongo que no lo sabrás –me confesó Mendieta- nos han dado, casi, instrucciones de cómo llevar la situación. Por lo que sé, incluso estaban dispuestos a ayudarnos a hacerlo a su manera.

- Supongo que para luego pegarnos una puñalada por la espalda –añadió Arnaldo.

- Puede. Pero como no lo hemos aceptado, han empujado a su prensa a meterse con nosotros.

- ¿Y eso? –indagué.

Mendieta me miró, no entendía a qué venía la pregunta.

- Hablan de las animaladas de nuestro ejército, de la reconcentración y de la destrucción de sus intereses.

- Yo puedo decir que he visto animaladas, supongo que como en todas las guerras –comenté- Por el contrario, estoy de acuerdo en criticar la Reconcentración.

Ambos me escrutaron, me apreciaban y querían conocer mi parecer.

- Estuve en un campo de reconcentrados, en Pinar del Río, y lo que vi me heló la sangre. Aquella pobre gente se muere de hambre, y sus condiciones de vida son de lo peor que podamos pensar. Me temo que no puedo estar de acuerdo con eso, me parece inhumano.

- Yo sólo he visitado uno de los campamentos cercanos a la capital y no era así. Supongo que todo depende de quién lo comanda y del interés que se ponga en tratarlos bien.

Miré a Arnaldo, continuó.

- Sí, no me mires así, tienes razón. El problema es que incluso nuestros hombres no reciben la alimentación adecuada y suficiente. Por desgracia hay gentes que se están haciendo de oro a costa de ello, pero nosotros poco podemos hacer, no es nuestra misión. Nuestro enemigo, ese contra el que debemos luchar, son los rebeldes; una vez acabemos con ellos, lo demás se solucionará solo.

- Eso es verdad, pero si la guerra no termina pronto, mucha gente va a morir en esos campamentos, Arnaldo.

Ninguno añadió nada, ambos sabían que yo tenía razón.

Me contaron que Weyler pretendía terminar la guerra en la futura primavera, los planes ya estaban elaborados y seguramente, si se

cumplían, para las próximas lluvias todo habría terminado.

- Tengo muy claro que eso no les interesa ni a los americanos, ni a los cubanos, tanto anexionistas como independentistas. Intentarán evitarlo de todas las maneras posibles, eso seguro –concluyó Mendieta.

Varios meses después me acordé de él, cuando Cánovas fue asesinado. No dudé que la mano de todos o alguno de los mencionados en la frase de Mendieta estaba detrás de aquel magnicidio.

Mi nuevo escuadrón lo formaban ciento veinte soldados, tres tenientes, tres sargentos y ocho cabos. Uno de los sargentos, Mario Gutiérrez, compañero de Murillo y también extremeño, me acompañaba a constantemente.

Dividí mis fuerzas en dos secciones con cuatro escuadras cada una. En un principio, hasta llegar a San Nicolás, donde encontraríamos a los ingenieros, marcharíamos a trote de trabajo y en formación. Por aquella zona no existían partidas de sediciosos, sabíamos de la existencia de pequeños grupos de salteadores que trataban de atentar contra el tren, antes lo conseguían, ahora apenas podían acercarse. Esas bandas jamás osarían enfrentarse a un escuadrón de caballería.

Dormimos en San Nicolás, donde conocí el alcance de la operación. Me lo explicó el coronel al mando, Gonzalo Velasco, parecía un hombre rudo, aunque demasiado mayor para estar aún en activo; era famoso por su obsesión por la disciplina. Decían de él que tenía las fiebres desde hacía años, el caso es que bebía de forma constante y sudaba abundantemente.

- Capitán, usted será nuestra única caballería y por tanto nuestra comunicación y nuestra retaguardia móvil.

No dije nada, permanecí firme, en ningún momento él me había ordenado otra cosa.

- Estoy al mando de mil quinientos soldados entre infantería, sus hombres y los ingenieros. Nuestra misión es construir cinco blocaos en la costa, al sur, de cara a impedir el arribo de cualquier tipo de embarcación enemiga. Entre medias, en las zonas elevadas, también se edificarán torres para los heliógrafos –siempre que nuestro ejército extendía sus operaciones, montaba esas torres con aquellos espejos que conseguían mantener el contacto entre las unidades próximas.

Bebió una vez más. Sirvió más líquido en el vaso y lo apuró hasta el fondo.

- Me han dicho, capitán, que usted conoce muy bien la zona y que me será de gran utilidad.
- Gracias, señor. Eso espero, señor.
- Bien. Consiga que sus hombres se instalen cómodamente. Mañana a la mañana nos pondremos en marcha.

No me moví ni un milímetro, conocía lo que se decía de él y aquello era una prueba. Me quedé mirándole fijamente. Sonrió levemente y me dio la última orden.

- Puede retirarse.
- ¡A la orden! –dije al tiempo que giraba sobre mis talones y salía de aquel despacho.

La marcha al día siguiente fue más lenta de lo que yo esperaba. Llevábamos con nosotros abundante material en una veintena de grandes carromatos tirados por mulas y bueyes que se movían lentísimos. Creí, estúpidamente, que nos moveríamos de forma más libre, Velasco no me dejó. Temí que en breve tendría algún tipo de enfrentamiento con él.

Atardeciendo, llegamos a la gran bahía de Broa. Me acerqué al coronel.

- Señor –dije, al tiempo que le saludaba con la mano derecha mientras sujetaba las riendas de mi caballo con la izquierda- ya estamos en la bahía. Convendría que nos detuviéramos por hoy. A partir de aquí comienza la ciénaga, la zona es bastante pantanosa y podríamos tener complicaciones de no ver bien el camino a tomar.
- No, capitán. Avanzaremos aún una hora más. Uno de los guías que llevamos me ha dicho que la zona es segura.
- Señor, no sé cuánto sabe el guía, pero le insisto en que de aquí en adelante el manglar y el cenagal se confunden con el suelo normal, podemos tener problemas con tan poca luz.
- Capitán, ¡he dicho que continuamos! –aquel viejo no estaba dispuesto a ceder, su tono imperativo no dejaba lugar a negociación alguna.
- ¡A la orden! –respondí cabreado, al tiempo que giraba a mi caballo a la derecha para retrasarme en dirección a mis hombres, el teniente que me acompañaba me siguió.
- No lo entiendo, señor. ¡Debería fiarse más de usted que de un guía! ¿No?
- Teniente, le informo que nuestro trabajo es obedecer las órdenes de un superior, no cuestionarlas.
- ¡A la orden, señor! –respondió, comprendiendo el mensaje.

Aquella noche me alegró saber que varios carromatos habían embarrancado un kilómetro por detrás de nosotros. El único inconveniente que entrañó aquello, fue que varios de mis hombres tuvieron que permanecer custodiándolos hasta que llegaron al campamento, ya muy entrada la noche. Yo tenía razón, aunque Velasco se había salido con la suya, extremo que me hizo tragar en la cena, delante de los otros oficiales.

Al día siguiente proseguimos la marcha hasta llegar a la desembocadura del Río Negro, lugar donde comenzaríamos las obras.

Nuestra función nada tenía que ver con la construcción de las edificaciones y, por tanto, dediqué a mis hombres a explorar concienzudamente la zona en busca de posibles enemigos.

El campamento, muy próximo al río y a la costa, se extendía entre la densa vegetación de la zona. La idea consistía en despejar aquello, desbrozando los arbustos y arrancando los árboles. Ver a la gente de infantería sufrir me disgustó. Por lo que comprobé, nuestro ejército disponía de materiales de primera para construir los blocaos, pero no para alimentar y vestir debidamente a la tropa. Todos aquellos muchachos portaban un buen fusil Máuser, pero calzaban alpargatas, calzado muy conveniente para luchar contra el calor, pero no contra la ciénaga y el manglar. Realmente el soldado español era disciplinado y sufrido como ninguno. Me acordé de José Murillo: “mi teniente –me dijo un día, señalando a los nuevos reclutas- estos pobres son los que en España no tienen trescientos duros para librarse. Son los más pobres y sacrificados del país, por ese motivo son duros y sufridos, están acostumbrados”. Me alegró que mi gente, la de caballería, al menos calzaba con cuero; muchos, incluso, con botas de media caña que les libraban de picaduras y otras desgracias.

Durante tres días todo permaneció tranquilo. En la noche del cuarto día se oyeron varios disparos aislados, apenas una docena. Salté del catre en el que dormía y me dirigí a la zona en la que se encontraban los caballos. Mario, el sargento, ya estaba allí.

- Supuse que seguramente trataban de robar los caballos, por eso doblé la vigilancia –me informó de inmediato. A su lado descubrí los cuerpos de dos rebeldes muertos.
- Bien hecho, sargento.

Sonaron más detonaciones y nos parapetamos. Se trataba de una veintena de hombres, que de nuevo trataban de robar parte de nuestras monturas.

- ¡Fuego a discreción! –ordené a mis hombres, no más de treinta

aún. Obedecieron con una disciplina perfecta, los rebeldes tuvieron que replegarse.

- ¡Alto el fuego! –ordenó Mario.

En ese momento aparecieron a nuestro lado los tres tenientes y la inmensa mayoría de nuestros hombres con sus fusiles. La escaramuza había terminado definitivamente, así que les ordené regresar a sus tiendas. Las guardias a partir de esa noche se triplicaron, eso cansaría a los hombres, seguramente era lo que los sediciosos pretendían, agotarnos.

Las obras avanzaron rápidamente. Nuestros ingenieros hacían que nos sintiéramos orgullosos ya que, con no excesivos medios, trabajaban a gran velocidad y con una alta eficacia.

Permanecer en aquella zona de manglar y ciénaga acarreó las previsibles desgracias, varios soldados enfermaron. El coronel me llamó a su tienda.

- Capitán –me dijo, mientras apuraba un vaso de agua- tenemos varios soldados con fiebres, más de veinte. Creo que deben ser trasladados a San Nicolás y de allí en tren hasta La Habana.

Con un gesto aplaudí tan sabia decisión.

- Bastará con que les conduzcan dos carromatos. He decidido que algunos de sus hombres les escolten.

No dije nada, pero de nuevo estuve de acuerdo.

- Lo dispondré todo, señor. Una de las secciones estará preparada en una hora.

- No, capitán. Sólo ira una escuadra de escolta.

Le miré fijamente, aquello era una estupidez. No estaba dispuesto a enviar a mi gente a semejante locura.

- Señor, le recuerdo que en la zona hay partidas de rebeldes. Una escuadra estaría perdida, seguramente sería atacada en cuanto se distanciase unos kilómetros de aquí. Nos espían continuamente.

- Retírese capitán.

- ¡Señor!

- ¡Le ordeno que se retire! ¡Comandante Peral! –gritó, llamando al comandante a sus órdenes. El oficial entró en la tienda y se cuadró ante el coronel- Ordene que una escuadra de caballería acompañe a los dos carromatos con los enfermos, el capitán no se encuentra capacitado para ello.

El comandante comprendió la situación de inmediato, pero no dudó en obedecer al coronel. Salió de allí y le dio las órdenes pertinentes a uno de mis tenientes.

- Capitán, lo que ha hecho podría considerarse desobediencia y podría, por ello, hacerle pasar por un consejo de guerra. Cuando volvamos, seguramente tenga problemas.

Una vez más me cuadré y salí de allí. Media hora más tarde ocho

de mis hombres salían de viaje con los dos carromatos.

Una hora y media después, puesto que no había recibido órdenes en contra, yo mismo comandé una patrulla de cincuenta y cinco soldados. Sólo por casualidad elegimos el mismo camino que los carromatos. Antes de salir anuncié al oficial que quedaba al cargo que volveríamos muy entrada la noche, de esa forma nadie se preocuparía.

A trote de trabajo nos dirigimos en dirección a San Nicolás. Después de casi dos horas de marcha, recorridos más de veinte kilómetros, oímos los disparos. No dudé que se trataba de una emboscada a los carromatos. Ordené el galope. Tardamos más de quince minutos en llegar a la zona, para cuando lo hicimos apenas se oían detonaciones aisladas.

Descubrimos a doscientos metros de nosotros los carromatos, uno aún tenía las mulas, el otro no. Varios rebeldes disparaban a pocos metros contra nuestros soldados que, heridos y enfermos, se parapetaban como podían. Ordené una carga a machete de inmediato.

Nuestro ataque logró dispersar a los atacantes, no más de una veintena.

De mis ocho hombres sólo dos estaban sanos y salvos, cuatro habían muerto y un par estaban gravemente heridos. De los enfermos, al menos cinco habían muerto, otros tenían balazos en las zonas más insospechadas. Los sediciosos habían abierto fuego contra los carromatos y les habían alcanzado. Se habían llevado todos los caballos y las provisiones de la expedición, ese era su objetivo.

- ¡Teniente! –ordené- Una vez que los caballos hayan descansado, quiero que regrese al campamento con quince hombres – el oficial afirmó con la cabeza- No se detengan ante nada. No creo que ninguno de los rebeldes permanezca ya al acecho, ya tienen el botín que buscaban, eso les permitirá regresar sin problemas.
- ¡A la orden, mi capitán!
- Cuando llegué, informé al coronel de lo sucedido y de que yo continúo escoltando a los heridos hasta San Nicolás. Mañana mismo, al alba, emprenderemos el camino de regreso.
- Me temo, mi capitán, que todo esto le va a costar a usted un disgusto.
- Sí, seguramente, de todas formas, no se preocupe. Haga lo que le he pedido.

Una vez dimos cristiana sepultura a los muertos. Colocamos dos caballos en uno de los carros y nos dirigimos hacia San Nicolás. Cuando el sol comenzaba a dar las primeras señas de su presencia, llegamos a la pequeña ciudad.

Por la mañana, después de informar lo sucedido al alto mando sito en la plaza, nos pusimos de nuevo en marcha. Aprovechamos para escoltar a una nueva caravana de tres unidades que llevaba víveres a

nuestra gente.

Una vez arribamos de nuevo al campamento, nada más poner pie a tierra, el comandante me vino a buscar.

- Capitán, el coronel me ha ordenado que le arreste hasta nueva orden.

No me resistí. Con serenidad le entregué al oficial mis armas y le seguí. Sabía que la mayoría de los soldados presentes me hubieran seguido de haberme revelado.

Estuve arrestado, pendiente de ser enviado a San Nicolás durante cuatro días, pasado ese tiempo un correo proveniente de capitanía lo cambió todo.

Mi informe llegó al lugar que yo esperaba y logró el efecto deseado. Se le ordenó a Velasco regresar de inmediato a San Nicolás. Le sustituía un hombre mucho más joven, se trataba de Javier Rodríguez, un coronel conocido por su rudeza y su fuerte carácter, pero también por su valentía y proximidad con los problemas de su tropa, sabía mandar.

Una vez se hubo ido Velasco se me levantó el arresto. Me informaron de que la valoración de mis actos por parte del estado mayor quedaba pendiente, solo que eso ocurriría cuando regresáramos... si alguien se acordaba, claro.

Durante las siguientes semanas, ocho en total, continuamos nuestro trabajo. Mi relación con el nuevo coronel fue estupenda y no surgió ningún problema.

Según nos fuimos adentrando en la península de Zapata, acercándonos a nuestra localización final, en la bahía de Cochinos recibimos continuas visitas de nuestros enemigos.

La columna, poco a poco, se fue debilitando. En el primer blocao quedaron doscientos soldados como guarnición, treinta de ellos de los míos. En el segundo fuerte, en la zona de Cazones, quedaron más, casi trescientos cincuenta, con otra treinta de caballería.

En la Bahía de Cochinos, levantamos el fuerte fue más grande, se trataba del establecimiento que mandaría sobre los otros dos, aportándoles víveres y reemplazos. Una vez concluida su construcción, tres semanas después, nuestra misión se consideró finalizada. En total, de mi gente, sólo había perdido quince soldados en combate, contando con los primeros cuatro muertos en la emboscada de la Broa.

Las fiebres no habían sido tan benévolas y se habían llevado por delante a treinta, entre enfermos y fallecidos. En resumen, de mi unidad de ciento treinta y cuatro hombres, sólo mandaba ya a cuarenta muchachos, de los cuales, con el tercero de mis tenientes, otros treinta permanecerían en la zona con las funciones habituales.

Acudí con el coronel y otros oficiales a la ciudad de Jagüey Grande. Allí se había dispuesto una importante fortificación donde se daba una

continua afluencia de tropas. Se trataba de la ofensiva planeada por Weyler de cara a expulsar a los rebeldes de la parte central. Si lograba lo que se había propuesto, dividiría la isla en dos, la zona de sección sería la trocha de Júcaro a Morón, que yo había conocido.

Para entonces, primeros de mayo, la línea de ofensiva se encontraba ya casi ochenta kilómetros por delante de nosotros, cerca de Trinidad.

En Jagüey me esperaba un cable del estado mayor, Mendieta me ordenaba volver de nuevo a la capital. De cara a mantener la disposición de mi escuadrón, se le ordenó a un capitán de la trocha regresar a la retaguardia y coordinar todas aquellas unidades. Se trataba de un hombre curtido que acogió el destino con alegría, llevaba varios meses en la trocha luchando contra Calixto García y su gente y estaba cansado; aquello le pareció un juego de niños. Me despedí del coronel Rodríguez y, en tren, me dirigí a La Habana.

Después de más de dos meses de campaña deseaba regresar a la ciudad. Ni un solo día había dejado de aparecer por mi memoria la imagen de Margarita. En más de una ocasión había llegado a dudar: ¿Merecía la pena todo aquello por lo que luchaba a cambio de perderla? ¿Defendía yo algo por lo que muchos no daban nada, a cambio de mi felicidad? ¿Había sido justo?

Nunca lograba responderme a aquellas preguntas. Mis dudas sobre esa guerra nada tenían que ver con la traición de mi amada, si no hubiese muerto nadie... tal vez yo pudiera perdonarla.

La guerra cada día que pasaba tenía menos sentido, cada vez se veía más lejos una solución a todo aquello. Veía posible que con Weyler ganásemos; los independentistas sólo permanecían fuertes en el oriente y eso terminaría el día que se hiciera una ofensiva en serio sobre ellos. Visto así, ¿no era mejor solución llegar a un armisticio y dirigir la isla de otra forma? Supuse que los políticos tenían la última palabra y que yo, mientras fuese un soldado, no era nadie para opinar.

En la Habana me alojé como siempre en la casa de mi padre. Le vi viejo y gastado, la situación iba haciendo mella poco a poco en todos. Por la noche, cenando, me contó los importantes problemas de la isla. En resumen, debido a unos y otros, apenas estaba abastecida. Si Weyler había prohibido la zafra y la venta de tabaco, Gómez no había sido menos y había quemado y arrasado cualquier otro sistema de financiación de la isla.

- Los americanos están cada día más nerviosos, hijo. Sus intereses están saliendo muy perjudicados por esta guerra.

- De todas las maneras, padre, si no permitiesen que los filibusteros partieran de sus puertos, los rebeldes no tendrían ya con que luchar y hubiéramos finalizado. Desde que Weyler controla el mar, su beligerancia ha disminuido de forma plausible. ¡No tienen con

qué disparar!

Mi padre me miró, ya supuse que mis opiniones militares apenas le interesaban, conocía los entresijos políticos que eran muy superiores.

- Ellos no quieren que ganemos la guerra, pero tampoco que la ganen los independentistas. Me temo que quieren quedarse con la isla; seguramente, si se la ofreciéramos, nos la comprarían mañana mismo ¡y a buen precio!
- Entiendo –me limité a responder. La visión de mi padre era muy superior a la mía.

En la reunión, con Mendieta y los demás, comenté la situación que había visto. Sobre la mesa se expuso la futura ofensiva de Weyler y los planes para la próxima seca:

- No pretende atacar el oriente desde la trocha –comentó Mendieta, una vez nos avisó que aquello era alto secreto- sino desde el extremo oriental, desde Baracoa. Con el mismo sistema de líneas ofensivas llevado hasta ahora, pretende enjaular a los disidentes hacia la trocha. Sabe que el valle del Cauto es la mejor baza de Gómez y García, y no está dispuesto a que nuestra gente caiga en emboscadas y lances desfavorecedores.

Aplaudí la futura táctica, aunque me temí que aquello se nos comunicaba para que nosotros fuéramos antes allanando el camino. Temí, con acierto, que en adelante deberíamos movernos en suelo enemigo, preparando la invasión por el oriente prevista por el gran general.

Al término de la reunión, Mendieta me ordenó que permaneciera en la sala mientras los demás salían. Ovelar también se quedó.

- Hugo –comenzó, dirigiéndose a mí sin mayor formalidad- quiero que descanses una semana y que luego te pongas de nuevo en marcha.
- Mi coronel, a sus órdenes.

Arnaldo, que en ese momento se encendía un puro, intervino.

- Hugo, como comprenderás, necesitamos que alguien se desplace hasta el oriente y planifique la ofensiva que hemos comentado.
- No sé si yo estaré cualificado para algo así –aduje.
- Estoy convencido –respondió de inmediato el coronel- En esta misión no le enviamos al campo de batalla, no quiero que corra riesgos. Simplemente necesitamos saber qué tipo de avanzadas podríamos realizar.

Me explicaron una vez más mi nueva misión, en una semana estaría moviéndome por el oriente, por supuesto... como un civil.

Los días que me permitieron estar en la capital los aproveché para pasear e intentar divertirme. Acudí a diferentes fiestas y recepciones

donde encontré a viejos amigos, incluso a Jesús.

Ocurrió en una recepción en el hotel Santa Isabel, un precioso palacete muy cercano a la plaza de armas, que años atrás había pertenecido al conde de Santovenia. El motivo de mi salida nocturna fue el acudir a una fiesta organizada por empresarios norteamericanos, afincados en La Habana o con importantes intereses en la isla. Cada día que pasaba, más ciudadanos de ese país compraban tierras y negocios de Cuba. Según mi padre era inteligente, ellos sabían que en poco tiempo la posesión de España estaba condenada. Tarde o temprano pasaría a sus manos, ahora que la guerra dificultaba todo, las compras se abarataban; si uno podía esperar, fácilmente adquiriría verdaderas gangas.

Acudí acompañando a mi padre. Iba vestido como cualquier ciudadano, sin uniforme; eso, supongo, facilitó el que muchos de los presentes, que desconocían mi trabajo, hablasen con más libertad.
En más de una ocasión descubrí a mi progenitor sonriéndose al escuchar comentarios no excesivamente cariñosos con mis superiores; yo, como le había prometido, permanecí inalterable.

- Hijo, te pido un favor –me dijo en la calesa al dirigirnos a la fiesta- Si eres inteligente, es mejor que no te identifiques como militar, ni te ofendas por lo que oigas. Vamos a una fiesta que dan gentes que desean la anexión. Si los escuchas, seguramente saques muchas cosas en claro.

Afirmé. Pensaba portarme bien y no como un tonto ofendido que lo fastidiase todo.

Aquel hotel estaba muy cerca de la casa de Margarita. No lo hubiera confesado jamás, pero en mi fuero interno esperaba verla acudir a aquella fiesta. Deseaba contemplarla más que nada en este mundo, aunque supiera que no iba a acercarme. Por ese motivo permanecí gran parte de la velada de cara a las escaleras; esperando tener la suerte de descubrirla, ... si acudía

En plena conversación noté que alguien golpeaba mi hombro derecho.

- Pero ¿qué hace un truhan español en esta fiesta?

No necesité volverme para saber que aquella voz pertenecía a mi viejo amigo Jesús, me giré con la sonrisa en mi boca y le abracé como en los viejos tiempos.

- No me darás la alegría de decirme que ya no perteneces al ejército, ¿no?
- Siempre estás con lo mismo, viejo amigo.
- Tienes que dejar ese bando –me agarró del brazo, me disculpó ante mis contertulios y me llevó a la zona en la que estaban los camareros, al fondo del salón principal. Con esa simple maniobra perdí mi magnifico puesto de vigilancia.

Disfrutamos de un buen ron cubano mientras conversamos. Jesús seguía defendiendo sus ideas como antiguamente, aun así, respetaba las mías.

- Querido Hugo, vuestra situación es insostenible. Aunque ganéis la guerra a los rebeldes, Cuba está perdida. En serio –me dijo, sin atisbo alguno de broma- deja el ejército. Mc Kinley, el nuevo presidente norteamericano, no va a tener tantas contemplaciones como Cleveland.

Afirmé con la cabeza, conocía ese extremo. El nuevo presidente estaba mucho más influenciado por los inversores americanos y por la prensa, que el anterior.

- Lo de la Reconcentración se está utilizando en los Estados Unidos por la prensa para atacar a España –me insistió- Tu y yo lo sabemos, Hugo, ¡Weyler es un carnicero!
- Sabes que no puedo tolerarte ese tipo de comentarios.
- Está bien, lo retiro. Que eso no sea motivo para que dejemos de hablar, amigo, pero debes saber que los muertos por las penosas condiciones de la Reconcentración de los campesinos están usándose para soliviantar a nuestros vecinos.
- Comparto contigo que es un error. No me refiero a su concepción, que ha facilitado las operaciones militares dando muy buenos resultados, sino a su nula planificación. Lo sé.
- Mira, antes de lo que piensas, los americanos entrarán en la isla. ¡La quieren, Hugo! ... y me temo que no repararán en nada para hacerse con ella. No quiero que corras el riesgo de luchar contra ellos y por eso perder a un buen amigo.
- ¡No puede ser, hay un derecho internacional y otras limitaciones! No pueden coger algo que no es suyo, sin motivo alguno.

Mi amigo movió la cabeza afirmando, me daba la razón lo que comenzó a tranquilizarme, su siguiente comentario acabó con esa tranquilidad.

- Eso, mientras no haya importantes motivos que justifiquen acciones importantes –noté que remarcaba la palabra “importantes”. Quise interpretarla, pero sólo se me ocurrían importantes, de ese tipo, las acciones militares.

Nos interrumpieron varios colegas suyos, que de esa forma impidieron que continuáramos la conversación. Me presentó a todos y en ningún momento mencionó mi pertenencia al ejército.

Todo parecía aburrido y repetitivo, hasta que la vislumbré por el rabillo del ojo. Me giré completamente y mis ojos se cruzaron con los suyos. Sólo pude verle la cara, su cuerpo aparecía tapado por una selva de cuerpos y piernas de los presentes. Estaba más bella y resplandeciente que nunca, supe que estaba ante la mujer más maravillosa de la reunión y de la isla, y, para mí, seguramente del

mundo. Hacía casi cinco meses que no la veía y mi corazón me descubrió lo que sentía por ella, comenzó a palpitar como el de un colegial.

El intercambio de miradas duró apenas unos segundos, creí entrever en aquellos profundos ojos lánguidos un atisbo de lágrimas. Dudé si debía acercarme, en ese momento Jesús golpeó mi espalda con cariño.

- No sé qué ha pasado entre vosotros dos, pero me temo que es profundo y difícil de arreglar.
- No lo sé –contesté triste.

Mi cerebro me indicó que avanzase en dirección a ella y lo hice, dejando detrás de mí al exmarido. Un metro después me detuve dubitativo. Ella me volvió a mirar, ese segundo en que permanecí inmóvil, decidiendo si me acercaba o no, fue suficiente.

Vi que se disculpaba con sus contertulios y se encaminaba a las escaleras, un instante después descendía por ellas en dirección a la salida. ¡No quería estar conmigo!

- Lo siento, amigo. Me temo que vuestros motivos son más intensos que los que nos separaron a ella y a mí –volvió a comentar Jesús a mi espalda.

A raíz de aquello, la noche cambió para mí. Comencé a beber de forma excesiva, sin ningún tipo de mesura. Cuando terminó la fiesta, estaba completamente borracho. Mi padre se fue a casa en la calesa, no le acompañé, deseaba pasear.

Deambulé por las calles sumido en los vapores del alcohol. Una hora más tarde me encontraba frente a la casa de mi amada, estuve tentado de llamar a su puerta, pero me contuve. No sé cómo lo logré, pero antes del amanecer llegué a la mansión de mi padre y me refugié en mi cama, ni el alcohol logró que la olvidara.

Llegó el momento de embarcarme con dirección a Baracoa, antes de partir me atreví a acercarme a casa de Margarita. Con decisión llamé a la puerta, me recibió una de las sirvientas. Me conocía y le habían explicado bien su cometido, puesto que me pidió que esperase fuera y cerró la cancela. Un instante más tarde se abrió de nuevo, mis ojos se encontraron con los de Candela.

- Hola, Candela. ¿La señora está?
- Dio la orden de que no le dejemos entrar, no quiere recibirle.

La respuesta me incomodó, como un estúpido reaccioné utilizando la fuerza e intenté empujarla para que me dejase entrar. La bella mulata no se inmutó, simplemente añadió algo.

- Además, no está en este momento.

Me detuve avergonzado.

- Ha salido y no regresará hasta media tarde. Ha ido a casa de unos amigos, más allá del Vedado.

- Le dirás que he estado –le pedí. Candela se me quedó mirando.
- No sé si querrá saberlo.
- Por favor. Parto a una nueva misión y no volveré en mucho tiempo.
- Está bien –contestó al fin- Le diré que ha estado usted aquí.
- Estoy seguro de que sabes por qué nos hemos distanciado, tú tienes las respuestas.

No dijo nada más. Con cuidado, para no golpearme, cerró la puerta de la casa y me dejó a mí fuera.

* * *

Durante todo lo que quedaba del mes de mayo y junio me dediqué a moverme por el extremo oriental de la isla. La situación que allí había encontrado era mucho peor de lo que barajábamos en La Habana.

En el oriente, las gentes de Calixto García se movían a placer. Nuestras fuerzas los perseguían sin cesar y caían en continúas emboscadas. Las pérdidas humanas en combate no eran elevadas, aunque comenzaban a preocupar en la capital. Además, la época de lluvias, sumada al calor y la humedad reinante en la zona, proseguía diezmando nuestras tropas. Los enfermos por malaria y fiebres aumentaban cada día. Supuse que, si se reconcentraba a las gentes, como en el occidente, muchos perecerían.

Llevaba suficientes obligaciones como para tener trabajo durante varias semanas. Valoré la idoneidad de las líneas planeadas por Weyler y su estado mayor. Apenas me pareció apreciar pequeños errores en sus planes, no en vano el gran general combatió por todo el oriente en la guerra larga, la de los Diez años.

La primera línea me fue fácil de estudiar, iba de Baracoa a Cajobabo, en ese punto apenas treinta kilómetros separaban ambas costas de la isla.

Sabía que, el moverme por la zona de la segunda, implicaba mayores riesgos. Partía de Sagua y llegaba a Guantánamo y su bahía, la distancia casi doblaba a la anterior.

La tercera sobrepasaba Santiago y se adentraba en una zona en la que se movían mejor y más seguros ellos que nosotros. Cualquier expedición de gente de uniforme que saliera de una de las capitales y recorriese la zona, sería hostigada con toda seguridad. Debía ir de incógnito y prácticamente solo.

Antes de investigar esa última línea de la futura ofensiva, me establecí en la ciudad de Santiago. Aquella población poseía el encanto de haber sido la primera capital de la isla, allá cuando los conquistadores arribaron, pero en ningún modo mostraba la finura,

elegancia y cosmopolitismo de La Habana.

En aquel momento, disponíamos de dos importantes destacamentos en las ciudades de Holguín y Bayamo, ambas distantes cerca de cien kilómetros de la capital, a la que debían reforzar en caso de necesidad. Yo trataba de investigar qué camino debían seguir que fuese seguro y rápido. Esa sería mi siguiente misión, una vez concluida la revisión de la línea ofensiva.

El General Linares, al mando de la plaza de Santiago y de los más de ocho mil hombres allí acuartelados, me recibió y leyó las órdenes que yo portaba, del mismísimo Weyler.

- Por lo que aquí pone, capitán, tiene usted poderes casi absolutos en lo tocante a su misión. Debo darle lo que me solicite de cara a concluir con éxito su viaje. ¡Intuyo tras esto una próxima ofensiva! –se atrevió a comentarme en falsete, sin por supuesto esperar respuesta por mi parte, ese extremo estaba descartado.

No dije nada. Aquel hombre parecía buena persona, era cordial y cercano, aunque yo no me confié. Tenía ya la suficiente experiencia con mis mandos superiores, como para o dejarme influir por la primera entrevista.

- ¿Qué necesita de nosotros, capitán?
- Realmente poca cosa, vuecencia.

Le pedí los útiles y el apoyo humano que precisaba, Linares me lo dio sin crear ningún problema. Me entreviste dos veces más con él en mi vida y llegué a la conclusión de que se trataba de un magnífico oficial. Lo demostró unos meses después con creces, cuando luchó valientemente al frente de sus hombres contra los soldados norteamericanos en la colina de San Juan, donde fue herido de consideración.

En mi futura excursión me acompañarían tres hombres, un negro de absoluta confianza de la capitanía y dos soldados con larga experiencia en la zona; unos bisoños sólo podían lograr que nos matasen a todos.

Estábamos en plenas lluvias, lo que dificultaba que nos pudiéramos poner en marcha.

Llevaba dos días esperando para poder salir de expedición, cuando me pareció ver por una de aquellas pequeñas y enrevesadas calles de la ciudad, a una mulata que podía ser Candela. Sin dudarlo corrí tras ella. Me costó unos minutos darle alcance y llegar a su altura. Le llamé cuando distaba apenas tres metros.

- ¡Candela! –ella se detuvo y se giró, no le sorprendió mucho descubrirme.
- Hola, señor capitán –me saludó, no con demasiada amabilidad.
- ¿Qué haces por aquí?
- Soy la sirviente de una señora y, como tal, puedo moverme por

la isla libremente.

Le miré a los ojos antes de preguntar, de esa manera me aseguraba saber si me iba a decir la verdad o no.

- ¿Está tu señora en Santiago?

No respondió de inmediato, mis ojos le imploraron una respuesta que mis labios no materializaron.

- No, no está en Santiago.
- Y ¿dónde está?
- Tengo órdenes de no decírselo.
- Le comentaste nuestra conversación de hace unos días.
- Sí.
- Y, ¿qué dijo?
- Nada, sólo logré que llorase una vez más –la mulata defendía a su señora, a la que quería. Supongo que para ella yo era un monstruo, un ser que hacía sufrir a su dueña.
- Cuando la vuelvas a ver, le dirás de mi parte que necesitamos hablar, que seguramente yo esté equivocado y... –no concluí. No podía decirle a aquella mujer que adoraba a su señora y que estaba dispuesto a dejar mi uniforme por ella. Que deseaba creerle que no me había traicionado y que todos los hechos simplemente se debían a casualidades.
- Se lo diré, señor. Si tengo algún recado para usted se lo traeré –dicho aquello me sonrió y se giró. De nuevo comenzó a caminar con rapidez.

Antes de que se alejase le insistí.

- ¿Me dirás algo mañana?
- Lo intentaré.
- ¿Aquí?

Afirmó con la cabeza, luego se alejó.

Al día siguiente tampoco salimos, de nuevo paseé por la ciudad. Aproveché para acercarme a la bahía y al castillo del Morro. Aunque mi sabiduría marinera era casi nula, desde allí comprendí que aquel puerto, magnífico para proteger a los barcos, sólo era una enorme ratonera para buques de guerra que fondearan en él en caso de conflicto. Tenía un canal tan estrecho para hacerse a la mar, que los barcos medianos y grandes debían salir lentos y con cuidado para no encallar. Muchos de ellos escoltados por el práctico. En plena batalla, aquel puerto y su canal, podían convertirse en un paredón naval.

Cuando regresé a la ciudad, me acerqué al centro, cerca de la catedral había una ingente cantidad de transeúntes que iban y venían, era día de mercado. Entre todo aquel tumulto alguien tiró de una de mis mangas, me volví y descubrí el agradable rostro tostado de Candela. Me hizo una seña para que le siguiera, lo hice a través de varias calles pequeñas, hacia la zona más pobre de la ciudad. Después

de varios giros, por fin se detuvo.

- Señor capitán –comenzó- me envía mi señora para que hable con usted.

- Dime, ¿dónde está? Por favor, Candela, ¡dime donde se encuentra!

Negó con la cabeza y se limitó a extenderme una cuartilla. Nada más desplegarla supuse que se trataba de una misiva de Margarita, el tipo de caligrafía se correspondía con el que nos enseñaran en nuestro mutuo colegio de La Habana.

En aquella misiva mi amada me hablaba de sentimientos traicionados, los suyos, y de falta de confianza. Había sufrido mucho y no quería volver a pasar lo mismo. No deseaba verme, pero sí que supiera que ella nunca me había traicionado. Suponía que, si me encontraba en Santiago, se debía a una nueva misión que ella no deseaba conocer y de esa manera evitar ser acusada de traición. Me pedía que tuviese cuidado y no me dejase matar. Luego, simplemente, se despedía de mí.

Terminé de leerla en un instante, una cierta desmoralización se apoderó de mí. La mulata me miró a los ojos, estuve seguro de que no sufría con mi dolor. Me escrutó y, como favor personal, me hizo una terrible confesión:

- Mi señora me dijo que le contara una confidencia.

Permanecí inmóvil, esperando algo que lograra animarme.

- No creo que le sirva de mucho. Pero, por si le fuera de utilidad, debo decirle algo que mi señora escuchó hace unos días. –con un gesto le acucié a que continuara- Se trata de una conversación que oyó de manera imprevista. De hecho, no llegó a averiguar quiénes participaban en ella, ni de qué hablaban exactamente.

No dejaba de mirarme a los ojos. Por un momento intuí que estaba haciéndome una revelación contra su voluntad y que sólo lo hacía por fidelidad a su señora.

- Por lo que escuchó, sospecha que en un mes, “la máxima autoridad española va a sufrir un atentado”.

Intenté pedirle explicaciones a Candela, pero no me las dio. Ella se limitaba a expresar lo que su dueña le había ordenado que dijera; no añadió que, si en su mano estuviera, seguramente no me hubiese dicho nada. No agregó nada más, sin contestar a mis preguntas se giró sobre sí misma y se alejó.

Aún con el mal sabor de boca de aquellas letras, que sonaban a definitivo adiós, tuve que sobreponerme.

Esa noticia sobre un atentado era importante. A mi entender anulaba cualquier otra misión. Sin dudar ni un instante, suponiendo que se trataba de una información veraz, me dirigí a la capitanía para entrevistarme con el general Linares y enviar un cable a La Habana.

Los acontecimientos se aceleraron cuando, como respuesta de la capitanía, conocí el extremo de que Weyler tenía planeado visitar el oriente en menos de quince días. ¡Las sospechas sobre la veracidad del asunto aumentaban!

Definitivamente mi misión pasó a mejor vida, me centré sobre este asunto. Ovelar estaba a mi lado dos días más tarde. Pasadas las dos semanas nada había sucedido y nada habíamos averiguado. Se procedió a detener a todos los sospechosos de colaborar con los rebeldes o conocidos por anexionistas. Todos y cada uno de ellos fueron interrogados, pero no logramos obtener nada nuevo.

- Hugo, tu soplo debe ser bueno, pero es incomprensible y sobre todo incompleto. Tu amiga ha desaparecido y no podemos interrogarle. Se ha volatilizado, aunque por lo que me dijiste, tampoco sabe quién estaba en aquella entrevista.
- Así me dijeron.

Pasaron los días y todo permaneció en calma.

El día tres de julio, Weyler concedió una amplia amnistía a todos los rebeldes que se entregaran con armas o sin ellas. Se les ofrecía, incluso, trabajo y cobijo. Aquellas órdenes provenían directamente de Madrid, del mismísimo Cánovas.

Como luego supimos, a aquella generosa oferta de perdón, Máximo Gómez respondió con lo contrario. Hizo saber a sus gentes que, todo aquel que entregara las armas y con ello traicionase a la revolución, sería buscado y fusilado de inmediato, se escondiese donde se escondiese.

Pensé que, seguramente ya era muy tarde para ponerse a negociar. En mi fuero interno, cada día tenía más claro que, la nula posición negociadora de Madrid al principio de la revuelta, lo había estropeado todo. Al final, sin duda, aquella postura nos traería nefastos resultados.

Pasadas las semanas, vista la tranquilidad reinante, tuvimos que asumir que el soplo recibido no era otra cosa que una falsa alarma. Mendieta se iba a enfadar. Por nuestra culpa él recibiría un importante rapapolvos del mismísimo Weyler, nuestra alarma había torcido muchos de sus planes.

Al fin realizó la visita prevista a la zona, aunque no se atrevió a adentrarse en la manigua, fuera de la capital, como era su intención en origen. Posteriormente regresó a La Habana, en ese viaje un verdadero ejército le protegía.

Una vez pasó, dos días después de que el capitán general regresara a la capital, comprendimos nuestro grave error.

La noticia del acontecimiento llegó a La Habana con un día de retraso y confirmó plenamente la veracidad del soplo.

Ovelar, que acababa de regresar, me lo comunicó de inmediato:

- Estimado Hugo. Debo decirte que no interpretamos bien tu información, que sí era real. Ayer, ocho de agosto, en el balneario de Santa Águeda, cerca de San Sebastián, el primer ministro Antonio Cánovas Del Castillo fue asesinado por un militante anarquista. Me temo que se trata de un gran problema para nosotros, –continuaba- porque seguramente los conservadores sean sustituidos, y por tanto también nuestro actual capitán general.

Me acordé de las conversaciones con mi padre y con Jesús. Cánovas era fundamental en aquella contienda, Weyler también. Uno de ambos debía desaparecer. Nosotros no podíamos ganar aquella guerra, había muchos intereses detrás deseando que se fracasase y la contienda se alargara, lográndose con ello que nuestros vecinos se pusiesen aún más nerviosos.

Lentamente, todas las previsiones de la gente que entendía de política se iban cumpliendo. Una vez más me sentí un simple peón en una partida comandada por otros.

Permanecí en el oriente cumpliendo órdenes; según las noticias de La Habana, el plan de la ofensiva de Weyler seguía en pie.

De nuevo solicité permiso al general Linares para iniciar mis salidas. Estuvo de acuerdo.

- Por cierto, capitán –me comentó llegado el momento de hablar de mis acompañantes- Me gustaría que un oficial de los voluntarios, aquí destacado, le acompañara. Es un cubano que nos está ayudando mucho. Sabe manejarse entre las gentes y logra buenos guías. Me interesa que conozca sus caminos él personalmente.
- Por mí no hay problema alguno, mi general. ¿Puedo saber de quién se trata?
- Sí, es más, creo que ustedes se conocen. Su nombre es Juan Espínola, capitán de la caballería de los Voluntarios de Cuba.

Sonreí y afirmé, de nuevo nuestros caminos se cruzaban. De forma muy escueta le expliqué al general que deuda tenía yo con el mencionado. ¡Le debía la vida!

No pude encontrarme con él hasta la siguiente mañana, a la hora marcada para iniciar la marcha. Lo descubrí de lejos, su amplia complexión le hacía inconfundible. Ya de cerca pude comprobar que no había cambiado nada.

- Hola, Juan –le saludé, al tiempo que le abrazaba con gesto sincero- Me alegro mucho de volver a verte.
- Lo mismo digo, Hugo. Ya veo que continúas con esas misiones tuyas, tan secretas.
- Así es.
- Me han dicho que recorreremos la zona de paisano, ¿no?
- Sí, creo que será mejor.

Le expliqué nuestro cometido y le pareció muy interesante, estaba

encantado de que compartiéramos una vez más un viaje, juntos. Mientras avanzábamos por el camino le describí las otras dos líneas defensivas ya elaboradas. Le pareció muy interesante.

Continué elaborando dibujos y referencias a tener en cuenta de cara a nuestra hipotética ofensiva. En mis marchas por la zona, llegamos a descubrir mejores pasos entre Holguín y Santiago que los que habitualmente se usaban, aquello debía ponerlo en conocimiento de las autoridades. Juan, a mi lado, tomó buena nota de todo aquello, de cara a elaborar el informe final. Observamos que nuestras unidades en aquellos días apenas se movían, las temperaturas, la humedad y el temor a las fiebres les mantenían muy aisladas a unas de otras.

Durante aquellas semanas soñé con cruzarme con mi amada en mis descansos en la ciudad de Santiago, pero nada sucedió. En mi obsesión por ella, me había llegado incluso hasta la gran hacienda de su padre. Por supuesto, allí me dijeron que no estaba; el riesgo en adentrarme solo por aquellos lares era alto, había más mambises que leales. No le conté a Juan aquellas fugas fuera de la ciudad, porque hubiera insistido en acompañarme.

Lo supimos tarde, pero el veintisiete de agosto, aprovechando la mínima movilidad del ejército debido a las elevadísimas temperaturas y la gran humedad, Calixto García atacó Las Tunas.
Aquella se trataba de una población fortificada, guarnecida con novecientos hombres de infantería, en medio de la provincia, entre Holguín, Bayamo y Camagüey.

Hasta aquel ataque, la guerra se había desarrollado fundamentada en la base de enfrentamientos de infantería y caballería; aquel asalto varió las cosas.

Las tropas rebeldes, armadas con cuatro cañones Hotchkiss de tiro rápido, provenientes de los Estados Unidos, dispararon contra la ciudad. Con instrucciones claras de Calixto García, derribaron uno a uno todos los fuertes, dispuestos más para defenderse de disparos de fusil que de artillería.

Una vez derribados, los mil ochocientos hombres de García tomaron la ciudad, defendida heroicamente, puerta a puerta, por nuestra gente. Después de dos días de intensos combates lograron tomarla. Tuvimos más de trescientas bajas y una cifra superior a los cuatrocientos prisioneros. Para cuando llegó el general Luque con dos grandes columnas de apoyo, una de ellas de Holguín, los sediciosos ya se habían ido. Con buen criterio, García no mantuvo la posición de la que hubiese sido expulsado con facilidad por nuestros refuerzos.

Aquella derrota, que encima no concedió la oportunidad de la revancha, terminó con las esperanzas de que Weyler se mantuviera en el mando. Una vez llegó la noticia a Madrid, sus detractores aumentaron la presión para que fuese destituido.

- Mucho me temo, Hugo –me escribió Ovelar tres días más tarde- que las cosas van a cambiar a gran velocidad. Por lo que se comenta por los pasillos, creo que la ofensiva no va a tener lugar en las próximas fechas. Por este motivo, Mendieta ordena que regreses a La Habana.

Obedecí de inmediato, un vapor me trasladó desde Santiago hasta la capital.

En septiembre llegaron nuevas órdenes de Madrid, en ellas se mandaba detener cualquier ofensiva; las tropas debían permanecer en espera de acontecimientos. Mientras, la reina regente, optaba por transferir el poder a manos de Práxedes Mateo Sagasta, de los liberales, manteniendo así la alternancia en el poder típica de la época. Con él en el poder en Madrid, sabíamos que Weyler tenía las horas contadas.

En todo aquel mes yo me dediqué a formar a los nuevos miembros de mi escuadrón. Los hombres continuaban llegando procedentes de la metrópoli, en ningún momento se intuía que fuesen a detenerse las hostilidades. El gran problema de nuestro ejército continuaban siendo las epidemias, las fiebres afectaban mucho a los peninsulares, menos a los cubanos.

Me mantuve acuartelado, con orden de permanecer cerca de la capital, por si surgían disturbios civiles. La mayoría de los días pasaba largas horas en el cuartel de Santiago de las Vegas, pero por las noches acudía a La Habana.

Desde la muerte de Cánovas apenas se daban fiestas en la ciudad, La Habana no estaba triste, pero si se les notaba a sus gentes una cierta preocupación; se mascaban problemas venideros.
Sustituyendo a las magníficas recepciones, lo típico por aquellos días fueron las tertulias en los cafés, sobre todo a altas horas de la noche, que parecía un momento más propicio.

La noche del nueve de octubre me reuní con varias personas en una de las charlas. Jesús, mi viejo amigo, apareció más allá de media noche. Dio la impresión de ir algo cargado de ron, le acompañaban dos mulatas.

Se me acercó y me hizo señas para que le siguiera. Nos apartamos apenas dos metros. Intuí que quería contarme un secreto, extremo que estropeó dado el volumen que utilizó para hacerlo, un síntoma más de su exceso de alcohol.

- ¡Han destituido a Weyler! –el comentario llegó a todos los presentes, que inevitablemente se giraron hacia nosotros.

- ¿Estás seguro? –le interrogué, sin modular tampoco mi tono de voz.

- ¡Desde hoy ha sido destituido! Envían en su lugar al general Blanco.

Aquella noche no supe distinguir si a mi amigo le alegraba o le entristecía aquella noticia. Las gentes que conversaban en el café enfurecieron. El cambio del gran general mallorquín no gustaba en los círculos españolistas, pero su posible sustituto aún menos, se le conocía como un hombre poco enérgico.

Capítulo 11º

SE COMPLETA LA TRAICION

Los siguientes días, cuando el pueblo conoció la noticia de la destitución del general, hubo diferentes revueltas por la capital. Varias secciones de mi escuadrón tuvieron que intervenir tratando de disolver a los manifestantes, evitando de esa forma mayores disturbios. Mendieta me llamó a su despacho.

Me recibió sentado y sin ningún tipo de marcialidad, como siempre. Ovelar estaba a su lado.

- Hugo, buenos días.
- Buenos días, mi coronel.
- Seguramente general dentro de unas semanas –intervino Arnaldo sonriente.
- ¡Mi enhorabuena, señor! –añadí con un gesto de aprecio.

El coronel, con un gesto, nos indicó que dejáramos el tema, siempre había demostrado ser un hombre pragmático y poco amante de los honores y las celebraciones, a esas alturas ya no iba a cambiar.

- Quiero que sepas que parto para España dentro de cuatro días –comenzó, dirigiéndose a mí.

La noticia no me agradó y lo notó.

- Sí, Hugo. Yo también lo siento. He disfrutado mucho de mi estancia en la isla, pero las órdenes son las órdenes.
- Sí, señor.
- Ese no es el motivo de que estés hoy aquí –añadió, centrando el tema- El motivo principal son las revueltas que se están dando por la ciudad.

No hice comentario alguno.

- Mira, Hugo –comenzó Arnaldo- una vez más debemos reconocer que el ataque a Las Tunas fue un acierto. Alguien les dijo qué y cuándo debían atacar. Nuestras columnas estaban dispersas y mal comunicadas, aunque eso realmente sólo se sabía en La Habana.

No dije nada.

- Ese detalle ha logrado la definitiva caída de Weyler, ha sido la puntilla, por si alguien tenía alguna duda.
- No es la primera vez que pensamos que tenemos entre

nosotros gente que hace doble juego -comenté.

- Desde hace unos días, justo coincidiendo con una campaña de la prensa norteamericana en la que se insiste en la falta de seguridad de sus intereses en la isla, comienzan las revueltas en la capital –expresó el coronel.

- No dudo que existan agitadores, aunque en este caso me temo que son españolistas. Han atacado los diarios liberales y enfrentados a Weyler –dije convencido, puesto que yo había participado en su disolución.

- Sí, Hugo, tienes razón. Lo que pasa es que ha sucedido de forma muy violenta y, me da la sensación de que, organizada. De pronto, el descontento es general y se dedica a destruir aquello que más puede ser utilizado por los norteamericanos. Ya sabes, atacar a la prensa, aunque sea cubana, logra que los del continente se reafirmen en su panfleto de falta de libertad y orden.

Aseveré con la cabeza, entendía lo que Mendieta trataba de argumentar. Alguien agitaba el ambiente, de nuevo se buscaba que nuestros vecinos se alteraran un poco más. Cada día que pasaba se sumaban argumentos para justificar su actitud hostil y sus continuas amenazas contra nosotros.

Continuamos la conversación. Querían que dejase por unos días el uniforme. Una vez más, sin acercarme a los círculos en los que fuese muy conocido, pretendían que me moviera por los bajos fondos e intentase averiguar si alguien promovía las algaradas. De nuevo tenía trabajo en la sombra.

La Habana, a finales de 1897, se encontraba poblada por bastantes más de trescientos mil habitantes. Yo sabía que, salvo en zonas muy determinadas de la ciudad, los aledaños de capitanía, zonas concretas del vedado y poco más, nadie me reconocería con facilidad. De todas formas, si alguien me encontraba entre aquellos alborotadores tampoco sospecharía; un oficial español entre las algaradas españolistas no sorprendería a nadie. Aun así traté de esconder mi aspecto

Elaboré el disfraz ideal para estar por aquella zona. No me afeité durante varios días, eso logró que una buena cantidad de bello cubriese mi cara, dándome cierto aspecto de sucio, inapropiado para un oficial. Tampoco peiné mi cabellera esos mismos días, lo que me proporcionó una pinta menos apropiada aún. Dispuse de ropas viejas y sucias, de pordiosero. Con aquel atuendo, difícilmente podía reconocerme nadie.

Durante dos semanas me moví por zonas apartadas de la ciudad, ese tiempo logró desaliñar aún más mi imagen, hasta semejarla a la de cualquier estibador.

No solía beber, pero sí impregnaba mis ropas con el olor del

alcohol hasta parecer un bebedor portuario de ron. Pronto me hice amigos de borrachera por la zona. Una vez obtuve su camaradería, me contaron que ocasionalmente aparecía alguien que les encargaba que hiciesen algún trabajo. Últimamente solían pedirles que montasen bronca, alguna que otra algarada callejera, la quema de determinados negocios por la noche y peleas durante el día. Comprendí que me encontraba en el buen camino.

En una ocasión, cuando estaba bebiendo con tres de aquellos colegas, se nos acercó un señor bien vestido. Yo no lo conocía y él a mí tampoco.

- Ven –me ordenó uno de los compadres.

Obedecí. Di algunos tumbos al andar, semejando una incipiente borrachera.

El hombre aquel, bien vestido, mostraba varios billetes en sus manos. Me acerqué y escuché con atención.

- Bien, si esta tarde lanzáis estos botes con alcohol y luego les prendéis fuego, el periódico arderá y os lo habréis ganado –mostró el dinero de nuevo. Era una cantidad importante para aquellas gentes, suficiente como para estimular su avaricia.

Los vagabundos aceptaron el encargo, yo me adherí.

Cuando aquel señor se alejó, logré separarme de los míos e intenté seguirle. Regresaba andando hacia el centro; decidí seguirle a distancia. En varias ocasiones tuve que correr para no perderlo, más de un transeúnte me miró con gesto despectivo, ¡debía oler a demonios! Varias manzanas más allá, cerca de las calles del centro, el individuo se detuvo al lado de una calesa y hablo con alguien de su interior. Intuí que le daba explicaciones sobre el cumplimiento del encargo.

Pocos minutos después se despidió del ocupante del carruaje y se alejó del lugar. Yo permanecí apostado tratando de averiguar quien ocupaba aquel vehículo. El coche se puso lentamente en marcha dirigiéndose hacia el lugar en el que yo me parapetaba. Si continuaba en aquella dirección, lograría ver quien iba dentro. Unos instantes después me quedé de piedra al descubrir de quien se trataba.

No me costó reconocer a la mujer que viajaba en su interior, que no era otra que Candela, la fiel sirvienta de Margarita.

De nuevo un puñal atravesó mi corazón. La presencia allí de la mulata no tenía otro sentido que el de la traición. Seguramente, obedeciendo a su ama, y ésta a su bando en la contienda, promocionaba la traición y la sedición en la ciudad.

Recordaba aquella carta en la que se exculpaba y me proporcionaba una noticia que de nada nos había servido. Aquello que veían mis ojos la ponía de nuevo en la órbita de los traidores y de los que servían a la conspiración.

No podía ir tras ella, así que intenté perseguir al hombre. Tal vez desenrollar ese extremo del ovillo me resultara interesante.

Durante casi media hora seguí sus pasos, se encaminaba al Vedado. Llegados a esa zona residencial, el hombre consultó una nota en la que debía encontrarse la dirección a la que se dirigía, supuse que aquello iba a ser interesante.

- ¡Alto! –escuché a mis espaldas. Giré sobre mis talones y me topé con dos hombres uniformados de rayadillo con bocamangas rojas y sombrero azul de única ala. Aquellos no eran otra cosa que miembros de la benemérita, de la Guardia Civil. Me encañonaban con sus viejos Rémington. Comprendí que mi aspecto llamaba la atención por aquella zona. Vi que mi objetivo se alejaba al fondo de la calle.
- No es lo que parece –comencé a decirles.
- ¡Arriba las manos! –me ordenó el más joven de la pareja. Obedecí, pero cometí el error de acercarme a ellos.
- Miren, no soy lo que ustedes creen.
- ¡Estese quieto donde está o disparamos!

Obedecí sin rechistar. Al fondo, mi objetivo se alejaba libre.

Sin más explicaciones, los dos policías me llevaron al cuartelillo que tenían en la zona del Vedado, a las afueras del casco urbano de la Habana. Ni ellos, ni el cabo del puesto, escucharon mis explicaciones. Hasta que no cayó la noche y apareció por allí un oficial de la guardia civil al que yo conocía, nada cambió. Aún con mi desaliñado aspecto, el compañero me reconoció de inmediato y ordenó que se me pusiese en libertad, para entonces el daño ya estaba hecho.

Me reuní a la mañana siguiente con Ovelar y le expliqué lo sucedido.

- Siento lo del cuartelillo.
- Yo también, si no hubiese sido por eso, tal vez conociéramos algo más de la trama.
- Sí. –se le notaba que no quería decir lo que tenía obligación de mencionar. Le ayudé.
- Al final tengo que darte definitivamente la razón. Margarita está detrás de todo esto –Arnaldo no dijo nada- Candela sólo le obedece a ella, no haría nada que su dueña no le ordenase. Es la única persona con ascendente suficiente sobre la mulata.

Mi compañero afirmó con la cabeza.

- He dado orden de que se busque a Margarita, pero no ha resultado. Desde hace al menos dos meses nadie la ha visto. Mucho me temo que se haya incorporado a las filas sediciosas definitivamente. Lo siento, Hugo.

No añadí nada, simplemente solicité permiso para retirarme.

- Necesito que continúes un poco más. Al menos hasta después de la llegada del general Blanco.

- Bien –contesté, en el fondo ya todo me daba igual.

En aquella entrevista ya no estuvo Mendieta, la semana anterior había regresado a España.

El treinta y uno de octubre, con mi sucio disfraz de vagabundo acudí al puerto, llegaba a la isla el nuevo capitán general, Don Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peña Plata. Su anterior destino había sido el de capitán general de Filipinas durante los primeros meses del levantamiento.

Como pocos días después pudimos comprobar que el nuevo gobernador traía varias indicaciones de Madrid, que comenzó a desarrollar de inmediato.

El día seis de noviembre se decretó una nueva amnistía, se pretendía de nuevo intentar abrir la vía de la paz, aunque ya era tarde. Los rebeldes, con su líder a la cabeza por supuesto, amenazaron con ejecuciones sumarísimas a todo aquel que accediese a dejar las armas. Máximo Gómez convenció al llamado gobierno libre de Cuba para que de nuevo entrase en vigor el "decreto Spotorno". Aquel de la guerra de los diez años, que hacía imposible una negociación con el enemigo, al ordenar que se fusilase a todo persona que, en nombre del enemigo español, intentase negociar con las tropas insurgentes cualquier proposición de paz. Gómez, con ello, no dejaba lugar a posibles tratos.

Catorce días después de su llegada, los bandos de Reconcentración quedaron definitivamente revocados. La prensa norteamericana perdía uno de sus principales instrumentos para agredir a España.

Por otra parte, pocos días más tarde se publicaba el decreto, firmado por la regente María Cristina, por el cual se concedían grandes poderes autonómicos a la isla. Las algaradas españolistas aumentaron.

Gracias a mi disfraz y a mi situación de infiltrado, evité varios incendios que hubiesen provocado grandes problemas. Aun sabiendo que alguien organizaba todo aquello, nunca llegué a averiguar de quién se trataba con exactitud. A Candela nunca más la había vuelto a ver. Aunque entendía la importancia de mi cometido, estaba cansado. Deseaba ser relevado y poder volver a mi trabajo real.

Ovelar me hizo llamar de nuevo, nos entrevistamos en un apartado garito del puerto.

- Hola Hugo, cada día que pasa tu aspecto es peor.

No respondí.

- Lo siento, era una broma. Vengo a informarte que tu misión ha terminado. Ya no debes continuar con esto.
- Me alegro, lo estaba deseando.
- Las cosas van mal, Hugo. La situación cada jornada que pasa se tensa más.

- ¿Por qué lo dices?
- Los españolistas no han acogido bien el decreto de autonomía, habrá más revueltas. Me temo que nos va a ser imposible controlar esto. Los americanos cada día están más enconados. Creo que hagamos lo que hagamos...

A finales de noviembre llegó a La Habana otra mala noticia. El día veintinueve Calixto García atacó un poblado fortificado. Se trataba de Guisa, con una guarnición de unos ciento cincuenta hombres. Tardó dos días en hacerse con él.

Dado que continuábamos en guerra esa noticia no era importante; sí infrecuente, puesto que la mayoría de las veces los enfrentamientos se limitaban a ser simples escaramuzas, lo llamativo de aquel fue el resultado.

Cuando el uno de diciembre las columnas de refuerzo al mando del Coronel Tovar llegaron al poblado, se encontraron prisioneros torturados y amarrados a casas incendiadas y más de cincuenta hombres ahorcados, entre soldados y gentes del pueblo. Calixto García demostraba de esa manera una elevada crueldad, esa era su respuesta a la amnistía, a la autonomía y a la anulación de la reconcentración.

Mis funciones apenas variaron, como capitán de caballería permanecía en las proximidades de La Habana.

Mientras yo estaba en la capital, el capitán general Blanco ordenó el inicio de una nueva ofensiva. Al contrario de lo planeado por Weyler, atacó desde la trocha. Su plan, empujar a los rebeldes hacia el extremo oriental de la isla y aplastarlos.

Los rebeldes se sentían fuertes en el valle del río Cauto, Blanco deseaba expulsarlos de allí. Para esta ofensiva se trasladaron tropas y avituallamientos a Manzanillo, desde donde se había decidido iniciar el ataque.

En la mañana del siete de diciembre, el general en jefe de las fuerzas del oriente, el Teniente general Luis M. de Pando, salió de Manzanillo con una columna naval. Por mar se acercaron a la desembocadura del río Cauto que comenzaron a ascender hasta una población de nombre Cauto Embarcadero. Para esta travesía emplearon siete días. Al tiempo, el general Aldave liberaba una población próxima de nombre Guamo, que se encontraba sitiada por los rebeldes desde hacía once días. Coincidiendo con el inicio de las operaciones, tanto Vara de Rey, como Linares, como el general Chacel atacaron los diferentes campamentos rebeldes de la región. La sorpresa de las fuerzas mambisas fue completa. Nadie esperaba aquello, lo que favoreció su efectividad.

Los combates en la zona se sucedieron de forma permanente. A finales de diciembre se estableció la División Cauto, el río y sus proximidades, en otra época peligrosas y plagadas de enemigos,

estaban limpias y despejadas. Calixto y su gente tuvieron que replegarse aún más, sólo la sierra Maestra podía darles cobijo ante el ataque del ejército regular. Si seguíamos así, la guerra podría terminarse en los próximos meses.

Mientras esto sucedía en el Oriente, el diez diciembre, Ovelar me hizo llamar a capitanía. Acudí por la tarde.

Me sorprendió encontrarme con un coronel en el despacho, mi amigo estaba a su lado.

- Hola, Hugo.

No respondí al saludo de inmediato. Primero me cuadré al descubrir la presencia de un jefe. El hombre me respondió al saludo llevándose la mano a la sien.

- Descanse capitán –me ordenó.
- Hugo –intervino de nuevo Ovelar- te presento al coronel Máximo Neila. A partir de este momento se hará cargo de todos nosotros, es el sustituto del coronel Mendieta. Llegó ayer a la isla.

Respondí a la presentación con un movimiento de mi cabeza.

Inspeccioné el aspecto del nuevo coronel. Se trataba de un hombre que rondaría los cincuenta años, estaba ligeramente gordo. Su cabeza no se veía poblada por mucho pelo, al contrario que su mostacho, que era generoso y llamativo. Su barbilla aparecía cubierta por una perilla, de pelo canoso en su mayoría.

El jefe me adelantó su mano para que la estrechase. Me apretó con firmeza, era algo más pequeña que la mía y debía haber trabajado mucho, pues se notaban los callos a la altura de sus dedos.

- Capitán, me han hablado bastante de usted, y siempre bien.
- Gracias, señor.
- No se trata de ninguna exageración decir que es nuestro mejor hombre, coronel –Ovelar siempre acudía en mi socorro.
- Ya, lo sé. Antes de embarcarme hablé con el general Mendieta. Por cierto, les envía un saludo a ambos.

Mostré el agradecimiento con un gesto de mi cara. El coronel me invitó a que me sentara. Lo hice.

Durante media hora Ovelar trató de resumir la situación. Cuando concluyó, fue Neila el que tomó la palabra.

- Bien, caballeros. A esta información que ustedes me proporcionan, yo debo añadir las últimas noticias que llegan de Madrid.

Escuchamos con atención. Nos avisó de la última amenaza del presidente de los americanos del norte, Mc Kinley. En el discurso al congreso celebrado el seis de diciembre, en lo tocante al estado de cosas y de los intereses de su país en la isla de Cuba, terminó por concluir que: si bien su gobierno no deseaba enfrentamientos con España, de seguir así la situación, no les quedaría más remedio que

intervenir.

- En una palabra, señores, nuestros analistas en los Estados Unidos insisten en que se están preparando para lanzar una agresión contra nosotros.

- Pero, señor, ¡no tienen motivos para hacer algo así! –esgrimí.

- Así es, capitán. Como no los tienen, me temo que intenten fabricarlos. Nuestro gobierno, en sus últimas acciones, intenta no dárselos, de ahí la autonomía, la anulación de la reconcentración, la amnistía y otras decisiones.

- Si la nueva ofensiva lanzada por el general Pando diese resultado y la guerra estuviera pronta a terminar, ya no les quedarían disculpas para intentar hacerse con la isla –añadió Ovelar, completamente de acuerdo con nuestro nuevo coronel.

- En efecto. Ya saben que Máximo Gómez ha dispuesto que, todo oficial español que acuda a los rebeldes dispuesto a entablar conversaciones de paz, debe ser ejecutado de inmediato. Siguiendo el "decreto Spotorno" de la Gran Guerra – nos aclaró en referencia a la de los diez años- Han de saber que, con las nuevas concesiones, la abolición de la reconcentración y la futura autonomía de la isla, los sediciosos están teniendo muchas deserciones. Por lo que nos han informado, hasta en las filas del mismísimo Gómez se están produciendo abandonos.

Me alegraron esas noticias, tal vez nos encontráramos ante el final de esta terrible confrontación. No sabía muy bien qué podíamos aportar nosotros para evitar el peligro americano, pero estaba dispuesto a hacerlo. Ovelar le preguntó al coronel su plan.

- He leído el último informe del capitán. Ese en el que expresa sus sospechas sobre la existencia de un líder dentro de los disturbios en la capital.

Ambos afirmamos.

- Necesito que lo encuentren. Si no lo hacemos, me temo que ocurra algo que justifique esa acción que los yanquis están deseando.

Me temí que significaba entrar de nuevo en los bajos fondos.

- Capitán, usted sospecha que se trata de alguien conocido de la ciudad.

Arnaldo me miró.

- Así es, señor. Por lo que llegué a averiguar, se trata de un cubano o un español, conocido, que se desenvuelve con facilidad a un lado y otro. Pueda que haya alguien más –añadí devolviendo la mirada a mi amigo, aun así, no mencioné el nombre de Margarita.

- No quiero que se meta de nuevo en el puerto, capitán –expresé un cierto alivio- En este caso me interesa que deambule por la ciudad. Por mí puede hacerlo como quiera, de civil o de uniforme.

No entendí nada y mi cara debió mostrarlo.

- Sí. –insistió el coronel Neila, al tiempo que se levantaba de la silla y se aproximaba a mí- No quiero que actúe como un espía, sino como un oficial. Necesito que acuda a las fiestas y celebraciones. Quiero que ambos estén en todas, yo les conseguiré las invitaciones, no se preocupen.

Para nosotros nunca había sido un problema acudir a fiestas o similares, siempre lográbamos ser invitados, si lo queríamos.

- Necesito que sospechen de alguien. Incluso yo les diría que se vayan un poco de la lengua, en asuntos intrascendentes, claro. Tal vez fuese bueno decir que, en estos momentos, con la partida de Mendieta, la información del ejército está... abandonada, por ejemplo. En una palabra, quiero que den la imagen de desencanto, de poca ilusión, como si ya nada les importase. Ese hombre seguro que les conoce a ustedes y sabe en que trabajan, cuando les sienta así, desencantados, se les acercará, estoy convencido.

No se trataba de un mal plan. En vez de perseguirle nosotros, le dejaríamos que él se nos acercara. No estaba mal.

Aquella misma noche comenzamos la tarea. Disponíamos al menos de veinte hombres que seguirían a la gente que nosotros marcásemos. El tiempo apremiaba y la operación debía tener éxito en pocos días, lo más tres semanas.

Para esta misión necesitaba gente de confianza, así que le llamé a Juan Espínola para que colaborase conmigo.

Las tertulias fueron nuestro primer objetivo, todos los días había alguna en cualquiera de los múltiples cafés. Asistimos a varias de ellas sin éxito alguno. Se hablaba mal de los americanos y bien de la ofensiva del oriente, nada que hiciese sospechar traición y antiespañolismo.

Dos semanas más tarde, cerca ya del día de navidad y con ese motivo, hubo un importante festejo. Acudirían a él el capitán general Blanco y toda su plana mayor. En aquella celebración no faltaba nadie que tuviese algo que pintar en la isla. Suponíamos que nuestro hombre tampoco dejaría de asistir.

Me acerqué con mi invitación, pocos capitanes podían jactarse de asistir a aquella gran fiesta. Vestía mi uniforme de gala y, gracias a que aquella celebración fue nocturna, no pasé excesivo calor. La leopoldina, muy armada, rígida, me daba mucho calor, fue un alivio entrar del salón y destocarme. Estaba acostumbrado a nuestros habituales sombreros de jipijapa frescos y ligeros.

La fiesta se veía animada, entre los ropajes de los civiles presentes, llamaban la atención nuestros uniformes con sus cordones, galones y entorchados. También hay que decirlo que, si bien nuestra vestimenta de gala era bonita y razonable en la península, aquí se notaba un poco desplazada. El paño pesaba sobre los hombros, los cuellos rígidos y

cerrados nos daban un tremendo calor y las botas, cosidas al pantalón, me incomodaban y limitaban mis movimientos.

Después de más de una hora apenas nada ocurrió. Hablé con unos y otros como habíamos planeado. Al fin se me acercó uno de los civiles que yo esperaba, se trataba de mi viejo amigo Jesús.

- Hola, capitán –me saludó sonriente.
- Buenas noches, Jesús.
- Ya veo que hoy estás como un pincel, ¡y además muy fresquito! –bromeó.

No le respondí, tomamos un vaso con una bebida refrescante y nos acercamos a uno de los balcones del salón. Detrás de nosotros la música seguía sonando.

- ¿Sabes algo de ella? –le pregunté de inmediato.
- No. Lo siento.
- Perdona que te pregunte a ti. Es al único al que puedo hacerlo. Nuestra gente la está buscando, es sospechosa de espionaje.
- ¡Hombre!, ¡como yo! –exclamó con cierto malestar.

No respondí.

- Lo siento Hugo, si supiese algo de su paradero, estate seguro de que te informaría.
- Mira, Jesús. Comprendo que decírtelo a ti suena absurdo, aún eres su marido –me hizo un gesto negando aquel extremo, comprendí que él no lo entendía así- pero yo necesito verla. Por ella lo dejaría todo, amigo mío.
- Pero, ¿y vuestros problemas? Sigues perteneciendo al ejército, Hugo.

No respondí. En ese momento se me acercó mi amigo Ovelar. Saludó a Jesús y luego me hizo una señal. Miré en la dirección que me marcaba y la descubrí.

- Perdonadme –dije al tiempo que me separaba de los dos en dirección a mi amada.

Estaba al fondo del salón, llevaba un colorido vestido escotado que le marcaba la cintura, estaba más bella que nunca. Su rostro desprendía una luminosidad especial. Su sonrisa inundaba aquella sala.

Con andar resuelto me encaminé hacia ella. Seguramente un sexto sentido le hizo mirar en dirección a mí, al descubrirme noté que su cara se contraía. Apenas nos separaban diez metros, todos ellos ocupados por personas que bailaban o conversaban animadamente. No podía correr hacia ella, ni comportarme de tal manera que mi uniforme quedase en mal lugar. Pidiendo disculpas a unos y otros traté de abrirme paso.

Margarita me miró fijamente, me detuve. Sus ojos trataron de decirme algo, pero no lo comprendí. Le vi que se despedía de sus

contertulios y que se alejaba hacia las escaleras.

Me costó llegar a la escalinata apenas tres o cuatro minutos. Descendí por ella y salí del palacete. En la puerta vi que un carruaje se alejaba en dirección al puerto, corrí tras él.

Aquella persecución era una estupidez y lo sabía, en el momento en el que el conductor quisiera alejarse de mí, no tendría nada más que hacer que fustigar a sus caballos. Me alegró que no lo hiciera.

Al doblar una esquina, cerca ya del puerto, vi que se habían detenido. Dejé de correr y me acerqué, iba sudando e incómodo, aquel uniforme me tenía cocido y prisionero. No vi a nadie en el exterior y miré a través de una de las puertas de la calesa. Fue en ese momento cuando sentí un tremendo golpe en la cabeza. Alguien me empujó fuera y me dejó tendido en el suelo.

Recuperé el sentido al notar cómo alguien tiraba de mis botas, abrí los ojos y descubrí a dos trúhanes que trataban de robarme los adornos del uniforme. Me convulsioné tratando de asustarlos y lo logré en parte. El que tiraba de mis botas inútilmente, iban cosidas al pantalón, se alejó; el otro tiró de mis cordones y con ello hizo saltar la mayoría de los botones de la casaca.

Cuando se perdieron al fondo de la calle, me senté en el suelo. La cabeza me dolía a rabiar, el que me había golpeado lo había hecho a conciencia. No comprendí esa agresión viniendo de mi amada. Que no quisiera verme podía entenderlo, pero esa violenta reacción, no.

A duras penas me dirigí hacía el lugar de la fiesta. En un portal cercano descubrí apostados a Juan Espínola y dos de sus hombres. Mi aspecto les dejó estupefactos.

- ¿Qué te ha sucedido? –me preguntó Juan de inmediato.
- Ya te lo contaré –le respondí, no queriendo explicar nada delante de los soldados.

Siguiendo mis órdenes, uno de ellos recuperó mi leopoldina y avisó al comandante Ovelar de mi presencia fuera del palacete. Mi superior se acercó hasta donde yo me encontraba apostado.

- ¿Qué te ha pasado? –preguntó al ver mi aspecto.
- Me asaltaron unos delincuentes –mentí.
- Pero, ¿dónde?
- Ya te lo contaré mañana. ¿Cómo ha ido?
- Bien, ya se ha ido la mayoría de la gente. Tu amigo Jesús se disponía a salir ahora mismo por la otra puerta. Estaba esperando a que trajesen su carruaje.

Esa noticia me puso en marcha. Algo me dijo que debía seguirle.

- Arnaldo, si no tienes inconveniente, déjame seguirle.
- Por mí no hay problema.
- Tenemos tres caballos aquí al lado –terció Juan.

Se lo agradecí, con discreción nos acercamos a ellos y tomé uno.

Salí del escondite, crucé el patio del palacete y pregunté por mi amigo. Más de uno de los sirvientes negros me miró sorprendido, mi uniforme roto no lograba pasar desapercibido.

Una vez conocí la dirección tomada por el coche, trote tras él. Varias manzanas más tarde lo encontré, se perdía al fondo de una calle. Disminuí mi marcha y le seguí sin mostrarme.

No se dirigía a su casa del Vedado, se encaminaba hacia otra zona, hacia el barrió de Jesús del Monte. Un lugar pobre, al sur de la ciudad, poblado de mulatos y negros libertos; las casas de esa zona se apelotonaban unas con otras en completa anarquía urbanística. Comprendí que mi aspecto por aquel sitio no sería bien recibido. Bajé del caballo y, andando, seguí la calesa de mi amigo hasta que se detuvo. Me aposté a más de cincuenta metros, protegido por la oscuridad. Tenía buena vista y supe que el que descendía era mi amigo Jesús, acto seguido se introdujo en una de las humildes viviendas.

Esperé.

Mientras permanecí allí escondido, recordé la carrera de aquella noche. Una vez más me planteé la situación. Margarita había huido de mí, seguramente me odiaba, como debía odiar todo lo que yo representaba. Tenía que encontrarla y explicarle que estaba dispuesto incluso a dejar mi carrera militar por ella. Si me aceptaba, me ofrecería a huir a Estados Unidos en su compañía y comenzar una vida nueva. Aquella guerra ya no tenía sentido para mí. Comprendí que ganásemos o perdiésemos, yo nunca abandonaría a Margarita, ni a Cuba.

Hora y media más tarde, mi orondo amigo salió de la casa. Dudé entre seguirle a él o esperar y conocer con quién se veía. Conocíamos el lugar donde vivía y la mayoría de sus costumbres, seguirle sólo me confirmaría lo que ya sabíamos. Decidí esperar.

Pasó más de media hora y las primeras luces del amanecer aparecieron. No podría permanecer muchos minutos más en mi posición sin dejarme ver. Estaba a punto de desistir cuando se abrió de nuevo la puerta. Agudicé la vista dispuesto a no perderme los rasgos de aquella cara. Me dio un vuelco el corazón al descubrir de quién se trataba, arreglándose y acicalándose el pelo salió la mismísima Candela. Fijé en mi memoria el lugar en que se encontraba aquella casa y me dispuse a seguir a la bella mulata.

Que un militar con el uniforme roto, callejease por aquellos lares llevando un caballo del ramal, desde luego no pasaba desapercibido. Fui dándole distancia intentando así que no me descubriera. Para mi sorpresa no enfiló hacia la zona baja, adinerada y blanca de la ciudad, sino que por el contrario se adentró aún más entre aquella zona urbana, lúgubre, laberíntica y hostil.

Después de casi media hora llegué a una plaza, los primeros movimientos que descubrí no me gustaron. Detrás de mí aparecieron cuatro o cinco negros, lo descubrí con el rabillo del ojo, pero continué andando.

Pocos instantes después, tres más se plantaron frente a mí, a unos diez metros. Me dio la impresión de que aquello se complicaba. No se trataba de hombres débiles e ignorantes, sino todo lo contrario. Estuve seguro de que pertenecían a las fuerzas rebeldes. Me detuve.

Los siete hombres continuaron aproximándose, detrás de ellos pude descubrir el rostro sonriente, casi sardónico, de Candela.

- ¿Dónde está? –le pregunté, gritando con fuerza. No me respondió- ¡Dime donde se esconde, Candela! Necesito verla.

La mulata volvió a sonreírse, vi que los negros le miraban, esperaban una orden. Aquello no era otra cosa que una encerrona.

Comprendí que allí, desarmado y solo, podía ser un rival mínimo, podía convertirme en un oficial asesinado después de una noche alegre. De un salto me subí al caballo, sujeté las riendas justo a tiempo de que uno de aquellos hombres intentase hacerse con ellas. Todo se aceleró con mi movimiento. Los hombres intentaron detenerme. Tuve que espolear al caballo para zafarme de ellos; el animal, enseñado, tumbó a dos con su pecho al arrancar. Con habilidad galopé entre callejuelas, alejándome de allí. Sin duda mi persecución había llegado al final. La relación de la mulata con las fuerzas rebeldes, para mí, estaba clara. ¿Tendría la misma Margarita? La presencia de Jesús con aquella mujer aún me complicaba más las hipótesis.

Registramos la casa esa misma mañana y no descubrimos nada ni encontramos a nadie que nos informase sobre aquello. Durante cinco días ordené que se vigilase la vivienda de una forma llamativa. Pasado ese tiempo retiré la vigilancia, tenía que lograr que se confiasen, que creyeran que dábamos por perdido el punto de encuentro. Dos días más tarde, armado de un revolver y vestido de estibador de puerto, deambulé por la zona. Estaba convencido de que tarde o temprano volverían a él. Aquella era la única idea que se me ocurría, necesitaba imperiosamente dos cosas: una, saber dónde estaba mi amada, y la segunda, conocer la relación de todos ellos con la revuelta.

Me pregunté el puesto que cada uno de ellos desempeñaba en aquella trama.

Candela tenía una segura relación con los mambises, ¿Jesús era el hombre que buscábamos? ¿Margarita sabía algo de todo esto?

Pasaron diez días hasta que algo comenzó a moverse.

El día uno de enero de aquel fatídico año de 1898 entró en vigor el primer gobierno autonómico de la isla, cuya presidencia recayó en el autonomista José María Gálvez. Coincidiendo con ello, comenzaron los preparativos para las primeras elecciones de la isla de cara a

iniciar, en el parlamento de La Habana, el camino bicameral representativo previsto para el cuatro de mayo.

Fue en la zona del puerto donde me encontraron mis viejos camaradas de los bajos fondos. Me preguntaron dónde me había metido en esas últimas semanas, utilicé diferentes disculpas que surtieron efecto; en el fondo, a ninguno de ellos le preocupaba realmente mi vida. Me avisaron que tenían un nuevo encargo. Esa tarde debíamos unirnos a una nueva manifestación que se iba a celebrar en el centro de la capital, una vez en ella recibiríamos instrucciones concretas. Decidí acompañarlos, en esta ocasión tal vez pudiera ver a nuestro enemigo.

Acudimos y nos mezclamos entre la población. Gracias a mi desaliñado aspecto no me reconocieron varios de los presentes. Yo sí identifiqué a muchos de ellos, se trataba de oficiales del ejército, gente que había servido a las órdenes de Weyler y que pedía su regreso. Al lado de estos marchaban los españolistas, aquellos que reaccionaban contra la autonomía, que les parecía el principio del fin de la unidad a la metrópoli.

Los ánimos estaban muy alterados, nos encaminamos en dirección a las instalaciones del Diario de la Marina, periódico de tendencia liberal y proclive a la autonomía de Cuba. Los gritos se fueron intensificando y las consignas cada vez se tornaron más amenazantes.

Llegando al diario descubrí los primeros soldados. Por sus uniformes supe que se trataba de muchachos de la caballería de los Voluntarios de la Isla de Cuba, concretamente del regimiento en el que servía mi amigo y salvador Juan Espínola. Por la disposición de los hombres supe que habían recibido órdenes de cargar, si era necesario.

Dos de mis colegas me tiraron de la manga y me indicaron que les siguiera. Nuestro grupo se salió del tumulto por una bocacalle. Anduvimos cincuenta metros y nos topamos con un oficial de la caballería, le acompañaban dos de sus hombres. Le reconocí de lejos, eso me permitió pasar a su lado escondiendo mi rostro y evitando que pudiese averiguar mi identidad.

El oficial no era otro que mi amigo Juan, le oí dar varias indicaciones a mis compadres, les entregó unas botellas con alcohol y salió de allí con sus hombres. Seguí a mis compadres y unos instantes después nos encontrábamos en el interior del periódico. Siguiendo las instrucciones recibidas, prendimos fuego a parte de las instalaciones y salimos de allí.

En el momento en el que la manifestación descubrió las llamaradas provenientes del edificio, todo se alteró. La caballería cargó contra la gente y los manifestantes se les enfrentaron. Durante unos momentos reinó el caos, nosotros nos mantuvimos al margen y entrecalles regresamos al puerto. Por lo que luego me dijeron, además,

nos habían pagado muy bien por todo aquello.

La manifestación de aquel doce de enero de 1898 fue un nuevo problema para España. La prensa norteamericana, muy dada a enarbolar la libertad de expresión, vio en ese ataque un nuevo problema para sus gentes y sus intereses y continuó su presión sobre el gobierno estadounidense.

A la mañana siguiente, sin falta, intenté hablar con Juan. Necesitaba conocer su explicación para tamaño desafuero, como el de aquella tarde del día doce. Recuperé mi aspecto habitual y me dirigí a su acuartelamiento. Pregunté por él y nadie supo decirme donde estaba, aquella tarde no tenía servicio. Me aconsejaron que volviera al anochecer, para entonces, seguramente, ya estuviera el capitán Espínola.

Cuando salí de aquel destacamento no pude evitar pensar que, aunque se trataba de buena gente, no podían compararse con nosotros. Aquellos Voluntarios se parecían a un ejército, pero les faltaban varios detalles para ser iguales que nosotros, sobre todo la disciplina. Tenía claro que una vez finalizase la contienda, cosa que seguramente no sería más tarde de mayo de ese año, la mayoría volverían a sus anteriores quehaceres; sólo algunos de ellos se integrarían en el ejército regular, sólo unos pocos.

No tuve que volver a buscar a Juan, él me encontró en una de las tertulias a media noche. Su enorme corpachón iba acompañado de una de sus mejores sonrisas. Me estrechó la mano con firmeza y cordialidad.

- Hola, Hugo. Me han dicho en el cuartel que me has estado buscando.

No sabía cómo empezar, no comprendía muy bien qué había visto la tarde anterior, y no olvidaba que a ese hombre le debía mi vida.

- Ayer te vi por la tarde.

No noté que se alterara especialmente.

- ¿Estabas en la manifestación?
- Así es.
- Bueno, lo siento. Recibí órdenes de dispersaros. Uno de mis chicos se puso nervioso y realizó varios disparos, en total hubo cinco heridos de bala, uno está grave.
- Ya.
- No seas duro conmigo, Hugo. A mí me hubiera gustado estar a vuestro lado, pero las órdenes son las órdenes.

Le miré a los ojos, continuaba sin poder unir sus palabras con lo que había visto.

- ¡Yo estaba en la callejuela de detrás del periódico! –dije al fin.

Ahora sí logré una reacción en mi contertulio. Primero se quedó silencioso, cariacontecido, luego volvió a sonreír como siempre.

- No me juzgues con dureza. Sé que lo que hice no está bien. Me lo pidieron varios compañeros. ¡Weyler tiene que volver! ¡No podemos darle Cuba a los autonomistas!

En ese instante comencé a entender en parte sus actos. Juan estaba como tantos militares, compañeros míos, en contra de las nuevas medidas del Capitán general Blanco, a fin de cuentas, las órdenes de Madrid. En este caso no se había conformado con manifestarse, ¡había dado un paso más!

- Hugo, si me denuncias mi carrera estará acabada, lo sabes ¿no?

No contesté, realmente se le notaba preocupado. Ya en alguna ocasión me había manifestado su intención de integrarse en las fuerzas regulares, una vez concluyera la contienda.

- Seguramente me equivoqué, pero Cuba está en peligro. Si no hacemos nada se la van a entregar a los autonomistas.

- ¿No entiendes que con tu acción a quien impulsas es a los norteamericanos? –le respondí- El ataque al periódico lo han usado como otras veces, están buscando un motivo para intervenir en la isla.

- Lo siento. No me di cuenta. Comprendo que me equivoqué. Por favor, Hugo, no lo denuncies.

No quería que me cobrase la deuda que tenía con él. Todos cometemos fallos, yo el primero.

- Está bien, Juan. Por favor, ¡se más prudente la próxima vez!

- ¡No habrá próxima vez! –respondió tajante, en su cara se dibujó un cierto alivio. Se acercó a mí y me abrazó, dada su gran complexión me sentí pequeño a su lado- Si me necesitas, no dudes en contar conmigo, sea para lo que sea.

Aquella noche no volvimos a hablar del tema. Yo lo di por zanjado, estaba convencido de que actuaba bien, aunque contradijera todas las normas existentes.

Dos días más tarde volví a encontrarme con él, en este caso fue a la luz del día. Visto que mi investigación no prosperaba, estaba decidido a pedirle ayuda.

Me recibió como siempre, lo primero que hizo fue preguntarme si mi visita se debía a que me hubiera arrepentido de la decisión anterior.

- No, Juan. Aquello lo considero un asunto zanjado. Venía a pedirte ayuda.

- Tú dirás. Sabes que estoy en deuda contigo.

Le expliqué el asunto de la casa donde había descubierto a Jesús y Candela. Le conté que, después de unos días, había reiniciado la vigilancia, pero que no me daba resultados.

- Había pensado que tal vez tú, que eres cubano y no te conocen, puedas pasar desapercibido y averiguar algo.

Accedió de inmediato, en sus ratos libres estaba dispuesto a ayudarme en mi investigación.

- No, Juan. Llegado este caso, estoy seguro de que el comandante Ovelar puede reclamarte para nuestro equipo y durante unos días rebajarte de cualquier otra misión.

Estuvo completamente de acuerdo, incluso le pareció divertido unirse a nosotros. Buscar sediciosos le parecía entretenido.

Me entrevisté con el comandante a la mañana siguiente. Aceptó mi idea sobre la colaboración del capitán de Voluntarios de buen grado. Si bien creía que los miembros de ese cuerpo eran un poco exaltados, también opinaba que se trataba de gente de fiar con respecto a su postura en el conflicto.

- Incluso tienen más interés que nosotros mismos –opinó.

No le dije nada de su actuación en el incendio del Diario de la Marina, no venía al caso y podía estropearlo todo.

Tras tres días de vigilancia tampoco Juan obtuvo resultados.

En la noche del día diez y seis de enero acudí a una recepción en la sede del nuevo gobierno autónomo. El coronel había conseguido invitaciones para varios de nosotros. Estaba próximo a la entrada cuando se me acercó un chico mulato, no tendría más de doce años. Al verle, algo en sus ojos me dijo que se dirigía a mí, no me equivoqué.

Una vez se plantó ante mí, saco un papel de su bolsillo y me preguntó mi nombre.

- ¿Es usted el capitán Don Hugo Martínez Torres?
- Sí, chico, ¿por?

En ese mismo momento me entregó el papel que obraba en su mano, se trataba de una cuartilla doblada. Me distraje un segundo buscando una moneda en mi uniforme de gala y para cuando quise entregársela el chaval ya había desaparecido. Giré en redondo intentándole encontrar, pero fue inútil. Un segundo después me arrepentí de ello.

En cuanto desdoblé la cuartilla supe a quién pertenecía el manuscrito, aquella letra podría reconocerla en los confines del mundo. La nota estaba escrita por Margarita. Sentí que el corazón se me aceleraba, salvo por la nota anterior que me entregara, llevaba ya muchos meses sin saber de ella.

La leí de inmediato. Quería verme, la próxima noche debía estar a las doce en una de las puertas traseras de su casa de La Habana. Debía presentarme solo, por supuesto, y esperar a que vinieran a buscarme. Desde ese mismo instante ya nada me importó de aquella velada; sabiendo que al día siguiente vería de nuevo a mi amada, nada de lo que me rodeara u ocurriera tenía importancia alguna para mí.

Con absoluta puntualidad me presenté a la noche siguiente en el lugar indicado. Tras cinco minutos de espera la cancela se abrió, miré

esperanzado. Ante mis ojos apareció el rostro del muchacho de la noche anterior.

Iba a iniciar un completo interrogatorio, pero no me dejó, puso su dedo índice en su boca indicándome que permaneciera callado. Con gestos me hizo que le siguiera en silencio por las callejuelas cercanas, lo hice obediente. Tras cinco minutos andando regresamos al mismo lugar, por un instante pensé que se estaba riendo de mí. Fue entonces cuando abrió la cancela de la casa y me invitó a que le siguiera, el paseo no había sido nada más que una maniobra para asegurarse de que yo no iba acompañado.

Al entrar en la vivienda noté el abandono en que se encontraba, el chico encendió un candil. Aquella era la única luz que podía verse, por lo demás la mansión se encontraba e absoluta oscuridad.

Me hizo subir al piso de arriba y me introdujo en uno de los dormitorios, una vez allí me habló:

- Espere aquí, no se mueva. Le vendrán a buscar.

Acto seguido se despidió de mí y salió.

Me quedé completamente a oscuras. Pasados tres minutos mis ojos se acostumbraron y comenzaron a distinguir parte de la estancia. Permanecí de pie, en el centro de la sala, como me indicara el chico.

- Hola, Hugo –la inconfundible voz de mi amada resonó en la estancia.

- ¿Margarita? –pregunté al aire, no lograba verla, no sabía dónde estaba. Yo deseaba contemplar su rostro, abrazarla, besarla.

- Sí, soy yo –descubrí que su voz provenía de otra habitación. Intenté salir del dormitorio, pero la puerta estaba atrancada.

- Por favor, cálmate. No intentes buscarme, yo quiero que esto sea así –su voz no había cambiado, sonaba cálida, dulce y a la vez recta y decidida- Quiero que hablemos.

Nada podía hacer, me resigné a simplemente hablar con ella, como quería.

- ¿Cómo te encuentras? –le pregunté resignado.

- Bien. He querido hablar contigo para aclararte todo de una vez. Yo nunca te traicioné. Fue Candela la que nos traicionó a los dos; de hecho, desde hace varias semanas no la he vuelto a ver.

- Lo sé y por ello te pido perdón. Te quiero, Margarita.

- Siento tener que decirte esto, Hugo, pero debo hacerlo. Durante mucho tiempo tú has sido la persona más importante del mundo para mí, ahora ya no es así. Alguien está por delante.

Aquel dardo se me clavó en el centro del corazón.

- Perdóname –imploré.

- Estás perdonado, te amo demasiado como para no hacerlo. He querido hablar contigo para avisarte. Tus enemigos te están rodeando y corres un grave peligro. Algo muy importante va a suceder.

- ¿A qué te refieres?
- Sólo son informaciones sesgadas que me llegan, como aquello de Cánovas. Tal vez me las dicen para que te confunda. Por favor, Hugo, ten mucho cuidado.
- ¿Cuándo nos podremos ver?
- Seguramente cuando esto termine, cuando concluya toda esta locura. Tú cumple con tu deber, si no lo hicieras nunca te lo perdonarías. Adiós, amor mío.
- ¡Margarita!, ¡Margarita! –chillé con fuerza, supe que de nuevo la había perdido- ¡Estoy preparado para dejarlo todo por ti! –grite contra la pared. No me sirvió de nada

Me acerqué a la puerta dispuesto a tirarla de un empujón, no hizo falta, ya estaba abierta. En la sala contigua no había nadie. En eso oí los cascos de un caballo sobre el adoquinado, miré por una de las ventanas y reconocí su silueta. Margarita galopaba en dirección a mi soledad. Nunca podría dar alcance a tan magnífica amazona, por ello no salí corriendo, al contrario, permanecí sin moverme viendo cómo se alejaba. Después lloré con amargura.

En las siguientes jornadas no sucedió nada especial. Las noticias que llegaban del frente oriental no podían ser mejores. La ofensiva del río Cauto no podía ser más exitosa. Con calma, pero sin ceder ni un metro, los rebeldes estaban siendo desalojados de sus mejores refugios. El general Pando, al frente de todo el oriente, les estaba batiendo en todos los frentes. Calixto García huía por fin ante nuestra presencia; de Máximo Gómez cada día que pasaba sabíamos menos, apenas le seguía una partida de trescientos fieles, hambrientos y sin munición.

Intenté averiguar dónde podía esconderse Margarita, pero fracasé. Utilicé todas mis influencias, incluido Antonio Manchado en el occidente, pero nadie logró localizarla.

El día veinticinco fui llamado urgentemente a capitanía, al despacho del coronel Neila. Cuando llegué me encontré con diferentes camaradas en su interior. Intenté saludar, pero nadie me hizo caso, todos se concentraban en el estudio del mapa de las operaciones del oriente.

- Ya está usted aquí –me saludó Neila- pues empecemos.

Le noté enfadado, no conmigo, que acudía puntual como siempre, sino con la situación.

- Señores, como ustedes saben, las cosas en el oriente van bien. Con las medidas adoptadas por nuestro gobernador, obedeciendo órdenes de Madrid, se cumplen ciertos requisitos que nos exigían los norteamericanos. Querían la pacificación y esperamos que en mayo la paz sea un hecho. Deseaban que se terminase con la reconcentración y ustedes ya saben que se ha cumplido. Exigían un estado de mayor

autonomía para la colonia, que desde el día uno de enero es una realidad.

No entendí muy bien a qué venía aquella arenga. Los datos que nos explicaba eran sabidos por todos y, además, nada teníamos nosotros que ver con ellos.

- Pues bien, señores, si pensaban que los problemas ya estaban resueltos están muy equivocados. Desde esta mañana tenemos uno nuevo, muy grave, por cierto.

Le miramos interrogantes, primero a él y luego entre nosotros mismos. Neila prosiguió.

- En el día de ayer, nuestro ministro plenipotenciario en Washington, el señor Dupuy de Löme, se entrevistó con el señor Day, del Departamento de Estado norteamericano. En esa entrevista, que nos han dicho que fue muy cordial, el señor Day aplaudió todos nuestros esfuerzos en la isla.

Seguíamos sin comprender nada.

- Dada la actual situación, de casi completa pacificación y nuevo régimen político, los americanos han solicitado reanudar las cordiales visitas entre nuestras respectivas armadas. ¡En nuestros puertos mutuos! –exclamó.

- ¿Cómo? –me atreví a preguntar.

- Sí, capitán. Los americanos han solicitado que su buque, el acorazado Maine, sea recibido en el puerto de La Habana en visita de cortesía.

- ¡Pero esto es una amenaza! –exclamó otro de los oficiales presentes.

- Sí, así es –intervino Ovelar- Nuestra capitanía general ha enviado esta misma mañana un cable a Madrid, al ministerio de Ultramar, solicitando que se interrumpa esta "visita de cortesía".

Al menos nos miramos esperanzados, nuestro ministerio abortaría tamaño desafuero. Sólo con ver la cara de Neila, supe que algo malo iba a añadir cuando habló.

- Lo malo, señores, es que es tarde, tenemos noticias confirmadas de que el Maine zarpó de puerto esta mañana y atracará en La Habana dentro de pocas horas.

El murmullo no se hizo esperar, ninguno de los presentes dudaba que aquello no era otra cosa que una provocación.

- Nuestra armada, en respuesta, ha ordenado al crucero Vizcaya que se dirija de inmediato al puerto de Nueva York.

- ¡Eso está bien! –exclamó otro de los presentes. Entre los del servicio secreto no era habitual, pero en algunos aún persistía el ánimo patriotero.

En general, después de diferentes análisis, no parecía bueno ni aconsejable enfrentarse a los Estados Unidos. Aunque en la calle se

hablase del tema con ligereza, dentro de aquel despacho la mayoría sabíamos que, de ocurrir, estábamos condenados al fracaso.

Neila continuó su exposición y nos explicó nuestro cometido. Debíamos evitar a toda costa problemas con el navío y sus ocupantes. A mí me encargaron vigilar la zona de atraque, noche y día.

Analicé la misión y le propuse a Ovelar mi plan. El comandante estuvo de acuerdo. Estableceríamos dos turnos, cada uno contaría con entre treinta o cuarenta hombres. Entre Juan Espínola y yo nos encargaríamos del tema.

- Bien, Hugo. Yo, personalmente, me encargaré de vigilar al cónsul Lee. Él está al frente de todo esto, aunque en la sombra, me temo que es el responsable último de este nuevo problema.
- Como lo ha sido de tantos otros –respondí.

El cónsul Fitzhug Lee, político demócrata, retorcido e intrigador, se mantenía en su puesto aún con un gobierno republicano en Washington. Las innegables cualidades de su persona para esa tarea intrigante, nos hacían considerarle uno de los principales responsables de muchos de nuestros problemas dentro de la capital. Estábamos convencidos de que llevaba los hilos de todas las conjuras y maniobras que ocurrieran en La Habana y tuvieran relación con los anexionistas, pero no lo podíamos demostrar. Lo sabíamos, pero era intocable como representante diplomático oficial, aunque sospechábamos que sólo actuaba como un espía. Desde hacía unos meses siempre estaba rodeado de periodistas de su país, en más de una ocasión supusimos que algunos de ellos simplemente eran agentes camuflados a sus órdenes.

Con los años supe que fue él quien, con el mensaje cifrado “Two dollars”, enviado a Cayo Hueso, hizo que el Maine partiera en dirección al puerto de La Habana.

Terminada la reunión acudí al encuentro de Juan y le conté lo sucedido. Mi amigo enfureció, e incluso golpeó con su enorme mano en la mesa. Elevando el tono de voz maldecía y afirmaba que aquello no era bueno para la isla, que él tenía razón, que con Weyler eso no hubiera sucedido y frases de ese tipo. Una vez logré calmarle le expliqué nuestra función, la entendió y la aceptó.

- Juan, no quiero fallos, el asunto es muy grave. No debemos dejar que una estupidez provoque una nueva guerra. Me temo que es lo que están buscando.
- De acuerdo, Hugo, no te preocupes, no te pienso fallar.

Hicimos los preparativos. Como planeáramos, cuarenta hombres de Juan y treinta míos se turnarían para cubrir el muelle en que atracase.

Una vez quedé de acuerdo con Espínola me acerqué al castillo del Morro de La Habana, desde su extremo pude contemplar el amplio

océano que nos rodeaba. Las tropas allí destacadas estaban en alerta por órdenes de la comandancia de marina. Uno de los oficiales se me acercó y me proporcionó un catalejo.

- A su izquierda, capitán –me comentó. Dirigí la lente hacía donde me indicaba y descubrí la columna de humo. Enfoqué correctamente y logré entrever una embarcación.

Miré al oficial de guardia, él hizo un comentario.

- En menos de dos horas arribarán a puerto.
- Gracias –respondí, al tiempo que le devolvía el anteojo y salía de allí.

Para la hora prevista de arribo, media mañana, yo lo tenía todo preparado. El éxito de nuestra misión residía en pasar desapercibidos, en ningún momento podía interpretarse nuestra presencia allí como una amenaza para los visitantes.

Cuando aquel enorme acorazado entró en el canal de acceso del puerto de La Habana, entendí el porqué de su visita. Se trataba de un gran buque de guerra, nada de lo que nosotros teníamos en Cuba se le igualaba. Nuestros torpederos y cañoneros parecían hormigas a su lado. Los cruceros coloniales, muy útiles en la guerra contra los mambises, parecían chalupas; si bien iban artillados, tanto sus cañones, muy inferiores en calibre, como su ausencia de blindaje, les hacían parecer buques mercantes al lado de tamaño poder. Se trataba de un navío acorazado a vapor de casi siete mil toneladas, con dos enormes chimeneas y dos mástiles. Sus cañones llamaban la atención y aparecían orgullosos retando a nuestras baterías de costa.

Casi la totalidad de la marinería de aquel coloso, más de trescientos ochenta hombres, aparecía en cubierta saludando a la gran cantidad de habaneros que habían acudido a recibirles. Aquello se había convertido en el nuevo espectáculo de la ciudad, una novedad como esa no la podía desaprovechar la población.

El comandante Sigsbee, al frente del buque, presentó sus respetos al capitán general Blanco que le fue a recibir al puerto. Aquella misma noche se celebró un recibimiento oficial y, como tal, una cena y posterior velada.

Durante los días siguientes apenas tuvimos que intervenir, alguna tarde hubo cerca del puerto intentos de manifestación contra el buque que fueron abortadas desde el inicio, ya fuese por nosotros o por otros oficiales al mando de Ovelar.

Los días fueron pasando sin grandes problemas. El diez de febrero Ovelar me mandó llamar, acudí de inmediato.

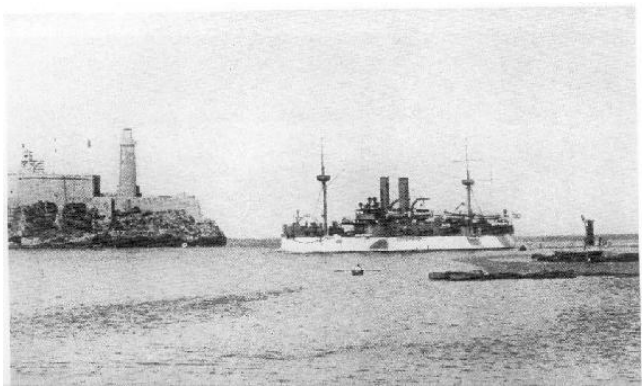
Lo encontré en su despacho de capitanía, estaba furioso. Nada más verme me ordenó cerrar la puerta.

- La situación se agrava –me espetó- ¡Los americanos intentan provocarnos por todos los medios!

- ¿Qué ocurre?
- Esto –respondió gritando, al tiempo que me alargaba un ejemplar del Journal de Nueva York, el periódico de un tal Hearst que continuamente nos atacaba y pedía la guerra con España.

Hojeé el diario y lo comprendí. El titular decía: “El peor insulto a los Estados Unidos en toda su historia” En primera plana, al lado de esa frase, en facsímil, aparecía publicada una carta de nuestro ministro en aquel país, Dupuy de Löme, a un amigo. En la misiva, el político ofendía claramente al presidente Mc Kinley y a los ciudadanos americanos.

- ¿Y esto?
- ¡No sabemos cómo ha llegado a manos del periódico, pero es real! El ministro se la escribió a su amigo y exministro José Canalejas. Por esa vía ha debido llegar la filtración. Hace pocos días estuvo en La Habana, alguien se la robaría sin que se diera cuenta.
- Desde luego, esto es serio.
- Sí, además, ayer, un importante grupo de banqueros americanos y de empresarios con intereses en la isla se entrevistó con el presidente yanqui. Le están pidiendo una intervención. ¡Mc Kinley sólo necesita un motivo!
-



El Maine entrando en La Habana

Recordé en ese momento a mi amigo Jesús. También él, tiempo atrás, me había anunciado algo así. Irremediablemente su plan se iba cumpliendo, una vez más me sentí un simple peón en aquel escenario. Había gentes que tenían previstas hasta las últimas acciones y, si los acontecimientos no salían como a ellos les gustaba, variaban las condiciones para salirse con la suya. No lo dije, pero en mi fuero interno temí que Cuba estaba perdida.

- ¡Redobla los esfuerzos en torno al buque americano! –me ordenó- Nuestro infiltrado habrá recibido orden de actuar de nuevo, estoy seguro.

Ante esa frase no me quedó más remedio que explicarle mi extraña entrevista con Margarita. Me escuchó con atención.

- Lo siento, aunque sabes que tampoco me fío de ella –comenzó, realmente estaba ante un buen amigo, aunque en lo tocante al trabajo no se relajaba nunca- Por lo que me cuentas, eso confirma mis sospechas. Ten cuidado amigo, estoy seguro de que entre nosotros hay un infiltrado, siempre lo hemos sospechado...
- Ya. Candela y Jesús.
- Me temo que hay alguien más, hay cosas que ni ellos sabían. ¡Tiene que haber una tercera persona! –añadió pensativo.

Desde aquella tarde redoblamos los esfuerzos. Mi relación con Juan cada día se estrechaba más, le apreciaba profundamente. Se trataba de un buen camarada, notaba su proximidad de carácter como cubano. Por decirlo de alguna manera, “nos entendíamos mutuamente”.

La noche del quince de febrero a mi equipo le tocaba la vigilancia nocturna. A media tarde recibí una nota de Ovelar, en la que se me ordenaba acudir a una recepción en el consulado americano. Según la carta, ya estaba todo previsto. Juan Espínola se encargaría del turno de noche en el puerto, no debía preocuparme de nada.

Acudí a la fiesta, como siempre en esas ocasiones iba vestido con nuestro uniforme de gala. Cada vez que tenía que ponérmelo no entendía cómo alguien no variaba aquello, se trataba de un verdadero suplicio.

Al llegar a la entrada del consulado, un soldado de los Voluntarios se me acercó y me saludó con relativa marcialidad. No lo conocía, pero se identificó como miembro del grupo del capitán Espínola. Me entregó una nota manuscrita por él mismo.

En la misiva, mi amigo me contaba que tenía entre manos un asunto muy grave. Necesitaba que fuese de forma urgente al puerto, el soldado que estaba a mi lado disponía de un caballo para mí y me acercaría hasta él.

- Soldado, por lo que dice el capitán, tiene usted un caballo para mí.
- Sí, señor. Allí al fondo, esos dos animales son.

Los vi. Llevaban sillas y arneses del regimiento de Juan.

- Vamos allá, le acompaño –le comenté al hombre.

Me condujo hasta el puerto, en la entrada me indicó que descendiera. Juan me esperaba al fondo, donde se vislumbraba un candil. Era mejor que me acercara andando y en silencio.

Si bien a una cincuentena de metros las farolas iluminaban el paseo, a excepción de aquella luminaria, la oscuridad imperaba completamente en el muelle. Destacaba por el contrario la luminosidad que provenía del acorazado anclado a ciento cincuenta

metros de donde me encontraba. Se notaba actividad en su interior, todas las cubiertas aparecían iluminadas, la inmensa mayoría de los soldados se encontraban a bordo, sólo media docena de mandos acudía a la recepción.

Seguí las indicaciones. Cuando me encontraba a pocos metros de distancia, intuí el corpachón de mi amigo. En el momento en el que llegué a su lado algo me puso en guardia, pero fue tarde.

- Hola, estimado Hugo –la inconfundible voz de Jesús rompió el silencio de la noche. El hombre del gran cuerpo se giró y vi que era él- Bienvenido a mi fiesta, amigo, discúlpame por hacerte perder la celebración del consulado, creo que aquí vas a divertirte más –el tono jocoso no me pasó desapercibido.

Ante mí se encontraba mi antiguo amigo, aquel con el que había compartido la mayor parte de mi infancia. Alguien por el que, tiempo atrás, hubiera dado mi vida. En estos momentos se trataba de un prófugo, un espía enemigo que debía ser apresado y juzgado. La visión de un revolver apuntando a mi pecho me hizo desistir de cualquier heroicidad.

- No me obligues a usarlo –añadió él, en referencia al arma que blandía.

Lo estudié y noté que apenas había cambiado. Su cara y su aspecto eran buenos, no usaba sus ropas habituales, ahora vestía de forma más discreta, dispuesto a pasar desapercibido dentro de la multitud, no en vano se le consideraba un prófugo de la justicia.

- ¿Qué quieres de mí?
- Pronto lo sabrás.
- Deberías entregarte a la justicia.
- No me hagas reír. ¡Hugo, despierta! Si me entregase, me juzgarían y seguramente me ajusticiarían. ¿Entiendes? Me fusilarían. ¿De verdad crees que tengo ganas de entregarme?
- Yo intercedería por ti, lo sabes.
- En eso sí que te creo, aunque no conseguirías nada, amigo. Te lo agradezco, pero me fusilarían de igual manera.

Dos hombres se abalanzaron sobre mí en ese momento, colocaron mis muñecas en la espalda y me pusieron unos grilletes. Después me hicieron permanecer sentado en el suelo.

- No entiendo qué quieres.
- Aún no ha llegado el momento, pronto entenderás todo. Hasta ahora te debe bastar con saber que no tengo intención de matarte, y que vas a ser espectador privilegiado de un gran acontecimiento.
- ¿Dónde está Candela?
- En un lugar seguro, esperando a que la guerra termine y esta isla se libere del yugo español.
- Para caer en manos de los norteamericanos, ¿no?

- Eso ya se decidirá luego. De momento, los dos bandos nos ayudamos para que seáis vosotros los que os vayáis. Luego ya veremos.

Vi que miraba de forma insistente hacia el buque americano, debía esperar a alguien que procedía de él. Oteé los aledaños tratando de encontrar a la gente de Juan, debían estar apostados por la zona, pero no vi a nadie. Uno de los hombres me puso una mordaza. Jesús continuó hablándome:

- Querido amigo, eres buena persona, pero demasiado inocente. Es verdad que como espía nos has hecho daño en algunas ocasiones: estuvo bien lo de Fernandina, no me hizo gracia perder aquellos caballos que nos robaste en Florida. En fin, ya da lo mismo, eso para ti ya ha terminado.

Hablaba pausado, intentaba hacer memoria de sus andanzas y de las mías, de aquellas veces en las que, al parecer, nuestros intereses se habían cruzado.

- Tardaste mucho en entender quién te traicionaba, incluso asumiste con excesiva facilidad que podía tratarse de Margarita. Eso me produjo un placer especial. ¿No creerías que me hacía gracia vuestra relación?, ¿no? Ella siempre estuvo enamorada de ti. Logré confundirla cuando estabas en España, pero en cuanto volviste comprendió que tú eras la persona a la que amaba.

No podía responderle, le hubiera escupido ante todo aquello. Él había conseguido que yo perdiera a mi amada; él y yo mismo, en mi ceguera.

- Candela se convirtió en mi amante al poco de casarnos. Siempre ha trabajado para mí, no para su señora. Candela nos informaba de todo lo que contabas a Margarita, el resto lo obteníamos de otras fuentes.

En ese momento escuché el remar de unos hombres, miré y descubrí una pequeña chalupa con cuatro hombres en su interior, aquellos a los que Jesús estaba esperando. Uno de ellos llamó mi atención, su silueta me pareció inconfundible, se trataba de Juan Espínola. Creí que pretendían acabar con él e intenté avisarle zafándome de mis captores, fue inútil, con una simple zancadilla caí al suelo con estrépito. El esquife llegó a la orilla y no sucedió nada.

Jesús se aproximó hasta los recién llegados y les ayudó a subir al muelle. ¡Fue entonces cuando comprendí que eran socios!

- El bueno de Hugo ha intentado avisarte –comentó con sarcasmo mi amigo de la infancia- ¿Creías que lo iba a matar? –me consultó- No, hombre, no, Juan es uno de los nuestros.

Aquello sí fue un verdadero mazazo para mí, hasta ese extremo habían logrado engañarme. Yo, en mi estupidez, había introducido a un espía enemigo dentro de nuestro propio servicio secreto. Me sentí

un completo fracasado.

- Hola, Hugo. Gracias por tu generosidad –su tono me gustó aún menos que el de Jesús- Que te conste que me lo debías. Yo no te maté haya en la bahía de Corrientes, el día de los filibusteros. Con tu ayudante no pude evitarlo, ¡él era español!

La cara de odio de Juan no me sorprendió tanto como lo que me contaba. ¡Estaba ante el asesino de Murillo!

- Sí, yo fui el que avisó a los filibusteros esa noche. Estuvo muy bien que contases conmigo para que te ayudara, fue un acierto. Cuando os acercasteis no me quedó otra salida que matar a tu sargento y casi hacer lo mismo contigo, pero eras más útil vivo.

No dije nada, mi cara debía ser lo suficientemente expresiva. Juan decidió no hacer más bromas con la muerte de José.

Me pusieron en pie y me hicieron caminar alejándonos de la orilla. Confirmé que no había ni un solo soldado en el puerto. Temí con acierto que algo muy grave iba a suceder.

- Estuve también muy bien el día de la manifestación, ¿no? Sabía que estabas con aquellos borrachos, conocíamos tu presencia. Me fue muy fácil disimular y así hacerte creer que yo era un patriota. ¡Qué inocente eres!, ¡te lo has creído todo!

Llegamos hasta un carruaje cerrado, mis captores se detuvieron y miraron en dirección al Maine. ¡Algo iba a suceder de manera inminente!

- Atento, amigo, ya queda muy poco –me dijo Jesús.

Un segundo más tarde, cuando apenas pasaba un minuto de las nueve y media, sonó una tremenda explosión, seguida de varias más. Surgían del interior del acorazado. La noche se iluminó completamente y yo vi como el Maine saltaba por los aires. En ese momento más de doscientos sesenta marineros estaban muriendo en su interior. Mis ojos se poblaron de lágrimas.

Cuando las explosiones concluyeron, sin comentario alguno, me hicieron subir a la calesa. Una vez estuvimos todos en ella, el coche se puso en marcha, salimos por calles nada transitadas alejándonos del lugar.

- Mañana todos los periódicos dirán que se debe a un atentado de los españoles. Es más, habrá varios testigos que reconozcan a un oficial español que, tras departir con los americanos en el buque, salió huyendo de la zona en el momento del atentado. Me temo que acabas de matar a muchas personas, Hugo. Creo que es mejor que te escondamos una temporada –Jesús acababa de explicarme qué hacía yo allí. Me iban a responsabilizar de la explosión del Maine y por tanto del asesinato de sus ocupantes.

Reaccioné. Con mi codo derecho propiné un golpe contundente al maxilar de mi acompañante, luego me proyecté contra la puerta del

carruaje, que cedió al choque de mi cuerpo. Un segundo más tarde estaba rodando por el suelo, ligeramente magullado. Me levanté de inmediato y corrí. Mis perseguidores habían bajado y me seguían.

Oí a Juan dar órdenes, se le notaba asustado:

- ¡Que no escape!, ¡que no escape!

Alguno de sus hombres debió tomar sus propias decisiones, ya que, inmediatamente después de los gritos, escuché dos detonaciones, me temí que se trataban de disparos contra mi persona. Fue lo último que logré oír, puesto que acto seguido perdí completamente la noción del tiempo. ¡Las balas sí me habían alcanzado!

Capítulo 12

EL FIN DE LA CONTIENDA

Mis recuerdos de aquel calvario son vagos. Supongo que, debido a la gravedad de las heridas y su posterior infección, mi curación fue muy compleja. Por lo que llegué a saber tiempo después, sufrí persistentes accesos de fiebre, tantos como para llegar a tener tremendos delirios.

En mi cerebro, durante aquellas semanas, se agolparon ideas confusas.

Margarita aparecía tendiéndome la mano; cuando yo se la daba, un abismo se abría bajo mis pies y yo caía en él. Jesús se reía con estrépito y Juan gritaba y gritaba, clavando su mirada de odio en mí.

Volví a ver a José Lucio Murillo, a mi padre, a Ovelar y a Mendieta. A Mendoza y a mi viejo amigo el teniente Javier Robles.

Me animaron las dulces palabras que susurró en mi oído la maravillosa María Cristina. Ella fue seguramente la que logró que surgiera dentro de mí un tenue deseo de vivir. Me habló, me reconfortó y me animó a unir mi vida con la de Margarita.

Tuve largas conversaciones con ella, seguramente alguien le dio permiso para acceder a mí, e imbuirme nuevos argumentos que me mantuviesen vivo.

Desperté una mañana después de muchas otras. Me dolía todo el cuerpo y la cabeza, incluso diría que hasta el pelo. Sólo noté una zona de mi cuerpo que no me dolía, era mi brazo izquierdo.

Entreabrir los ojos me supuso un esfuerzo titánico, así que opté por hacerlo luego.

Al contrario de lo esperado, recordé perfectamente lo sucedido la noche anterior, eso me animo; el daño no debía haber sido muy grande.

Me sorprendió mi absoluta incapacidad para ponerme en pie, las piernas no me sostenían, aquello encendió alguna alarma en mi cerebro. En esa circunstancia, de forma mecánica, decidí apoyarme en mis brazos para incorporarme. El derecho si me obedeció, el izquierdo no hizo caso alguno.

Me di cuenta de que mantenía aún los ojos cerrados, en un cierto

ensoñamiento, con un acto de voluntad los abrí. Gracias a ello descubrí que me encontraba en una cabaña en absoluta penumbra, apenas pequeños haces de luz penetraban por entre algunas de las cañas del techo.

Cuando mis ojos se acostumbraron a vislumbrar algo entre aquellas sombras, miré a mi brazo izquierdo. Tuve que repetir esa inspección, concentrando todos mis sentidos, para confirmar lo que me había parecido descubrir. ¡Me faltaban la mano, el antebrazo y parte del brazo!

El resto de mis necesidades pasaron a segundo lugar, toda mi concentración se dirigió a investigar aquello, palpé con la mano derecha intentando confirmar la desgracia. No emití sonido alguno, no hacía falta, las lágrimas poblaron mis ojos. Definitivamente mi brazo izquierdo me había sido amputado, ¡estaba manco!

Miré el muñón y lo toqué, no me dolía. La cicatriz estaba completamente curada, eso me hizo sospechar que seguramente no había pasado sólo una noche, sino muchas más.

Exploré el resto del cuerpo tratando de descartar otras mutilaciones. Temí que mi dificultad para ponerme en pie se debiera a un origen parecido. Saber que mis dos piernas estaban allí, y sentir algo al tocarlas con la mano, me tranquilizó.

Con el corazón roto por mi desgracia, miré a mi alrededor intentando averiguar en qué lugar me encontraba.

Aquello era un humilde cuarto de alguna humilde cabaña. El techo de caña y las paredes, simples tablas de madera, no parecían un ejemplo de alta edificación; su suelo, no era otra cosa que la propia tierra cubierta por paja seca. Seguramente se trataba de un simple bohío, perdido en medio de cualquier bosque. Carecía de ventanas y sólo vi una puerta a mi derecha. Arrastrándome por el suelo me acerqué hasta ella. Como era de esperar estaba cerrada. Si continuaba en manos de aquellos traidores, yo debía ser su prisionero. Grité con fuerza pidiendo auxilio.

No pasaron muchos segundos hasta que escuché cómo alguien manipulaba cadenas y candados al otro lado de la cancela. Cuando se abrió, apenas se incrementó la luminosidad dentro de la estancia.

- ¿Por fin has despertado? –el acento cubano y la forma de expresarlo me informaron de que estaba ante un negro, seguramente un mambí.
- ¿Quién eres? –pregunté, con apenas un halo de voz.
- Tu carcelero, muchacho –aquel negro rondaría los cincuenta años, le vi delgado y nervudo.
- ¿Dónde estamos? ¿Cuánto llevo aquí?
- ¡Ya vale de preguntas, chico! –exclamó- Aquí tú eres el prisionero, aquí no puedes dar órdenes. Avisaré a los jefes que ya

despertaste, para que vengan a hablar contigo.

Dicho aquello cerró la puerta y puso de nuevo las cadenas y candados.

Pensé que los jefes que mencionara el negro vendrían de inmediato; pasadas varias horas comprendí mi error, esas personas no debían estar allí mismo. De hecho, tras las paredes de mi prisión no escuché nada que no fuesen graznidos y sonidos de diferentes aves.

Noté que anochecía porque los escasos halos de luz del techo fueron apagándose. Todo ese tiempo transcurrido lo empleé en tratar de ponerme en pie; después de varios intentos, lo conseguí.

Mi debilidad era extrema, me cansaba sólo con mantener la posición erguida. Tanto tiempo debía llevar allí encerrado e inconsciente, que al menos había perdido un tercio de mi peso. La completa oscuridad de la noche no me afectó en exceso, para entonces comenzaba a resurgir de mis cenizas como el ave Fénix; estaba dispuesto a luchar de nuevo para recuperar mi libertad, mi dignidad y mi vida.

Pasadas varias horas desde que hablara con el negro, escuché cascos de caballos acercándose, mis captores regresaban. Esperaba averiguar en qué lugar me encontraba y cuánto tiempo llevaba allí.

Por debajo de la puerta se filtraron las luces de los candiles. De nuevo retiraron candados y cadenas. Miré con atención a la puerta, deseaba ver la cara de mis enemigos.

- Hola, capitán –escuché al abrirse- ¡Ya iba siendo hora de que se despertara!

No tardé en reconocer a aquel que me hablaba. Se trataba de Bacallao, aquel negro inmenso, lugarteniente de Rius Rivera en el Occidente, en Remates. Ese al que traicioné, acompañado de Murillo, para atrapar a los filibusteros, el día en el que el brigada murió. No esperé de aquel hombre un trato amable.

- La anterior ocasión en que nos vimos, usted me la jugó. Por su culpa nos quedamos sin armas y murieron varios de los míos. A mí casi me atrapan, me salvo Juan.

- Ya, lo imagino, son situaciones que se dan en la guerra. Yo también perdí a un hombre aquella noche. ¡A mi mejor hombre, además de un gran amigo!

La respuesta hizo mella en el negro, como soldados ambos, en ocasiones padecíamos los mismos problemas en una guerra.

- Bueno, capitán. Ahora está usted en inferioridad de condiciones –aquella mención a mi mutilación me ofendió, me hubiera gustado estar fuerte para enfrentarme a él- Debe saber que ha estado a punto de morir, durante mucho tiempo deliró moribundo. Yo no daba ni un céntimo por su vida y, ¡mire!, aquí está de nuevo entre los vivos.

- ¿Cuánto tiempo hace que me hirieron?
- No lo sé. Hoy es veinte de abril, es lo que le puedo decir.

¡No podía ser! ¡Llevaba más de dos meses allí!

- ¿Estás seguro?

El negro no contestó, allí era él quien daba las órdenes y hacía las preguntas. Mi desolación no le agradó, no me apreciaba, pero me tenía por un guerrero como él.

- Capitán, tú ya has terminado la guerra. No estás muerto, porque el coronel Espínola nos ordenó que te mantuviéramos vivo. Eso sí, por indicación suya debes permanecer aquí hasta el final de la guerra. No queda mucho. Los yanquis están a punto de venir en nuestra ayuda.

Lo decía con ilusión, realmente pensaba que los norteamericanos desembarcarían sólo por ayudarles a ellos. No pasó por su imaginación que el desembarco americano pudiese tener otros intereses, entre ellos los económicos.

Miré mi brazo ausente con cierta desolación, el mambí comprendió mi disgusto, en eso compartió mi dolor.

- No se pudo hacer nada, amigo. Uno de los disparos te dio de lleno y lo destrozó. Si no te lo hubieran cortado, a estas alturas estarías muerto. No te has ido por muy poco, ¡se nota que eres cubano! –concluyó con sentido patrio.

Logré sonsacar algunos datos más al lugarteniente sedicioso. Me confirmó que se sospechaba de mí como autor del atentado contra el Maine. El ejército me buscaba para interrogarme sobre el atentado y por una acusación de deserción. Los americanos también deseaban preguntarme por el desastre del acorazado. Hubiese querido defenderme, explicar que aquel desastre era responsabilidad de gentes que tenían que ver con los propios americanos, con los rebeldes y no con España a la que se acusaba.

El negro me explicó que en la explosión del Maine habían fallecido más de doscientos sesenta marineros. Desde que tuvo lugar, los yanquis habían aumentado sus amenazas hasta llegar a la situación actual, de inevitable confrontación armada.

- Los españoles han detenido su ofensiva en oriente, y eso que estaban a punto de derrotarnos. Ahora se tendrán que enfrentar a los americanos, mucho más poderosos. ¡Eso sí es un ejército! –concluyó con orgullo el mambí.

Una vez terminó la entrevista todo volvió a su lugar. Yo permanecí encerrado y Bacallao partió.

Durante los siguientes días me mantuvieron sin novedad en aquel cautiverio. Se turnaban vigilándome cuatro hombres con cara de pocos amigos. Me advirtieron que sus órdenes consistían en matarme, si trataba de escapar y dejarme en libertad una vez finalizase todo.

Salía a las mañanas y me movía por un pequeño vallado para el

ganado, que se encontraba en la parte posterior del bohío. Hubo momentos en que llegué a sentirme una vaca.

Aproveché aquella situación para intentar recuperarme. Me alimentaban dos veces al día; opté por comerlo todo, era el único sistema para recuperar mis fuerzas. El resto de la jornada lo empleaba en hacer ejercicios, que fortalecieran poco a poco mi musculatura. Pasadas tres semanas más me encontraba algo recuperado. Mi brazo derecho no suplía aún la falta del izquierdo, pero iba camino de ello.

Con bastante retraso, me enteré de la declaración de guerra de los Estados Unidos. Luego supe que se declaró el veinticinco de abril con efecto retroactivo desde el día veintiuno de ese mismo mes. Los cubanos que me vigilaban estaban eufóricos, según ellos, ahora sí, los españoles saldrían de la isla.

Planeé mi fuga, no estaba dispuesto a permanecer sin hacer nada; debía intentar algo, aún con el riesgo de perecer.

Observé que mis carceleros, confiados con el paso del tiempo, se habían relajado un poco. Al anochecer nadie me vigilaba, debían irse a cenar a algún lugar cercano y, mientras, me dejaban solo. Me propuse aprovechar ese detalle para intentar escapar.

A primeros de junio tuve una agradable visita. Nada más y nada menos que Domingo, el viejo sirviente de Margarita, apareció por allí.

Tal y como lo recibieron mis vigilantes, no dude que lo conocían desde hacía tiempo y que se fiaban de él. Pidió permiso para entrevistarse conmigo y se lo concedieron.

Venía sonriente, pero tornó su gesto al verme. Mi aspecto debía dar verdadera lástima, nada que ver con el de aquel aguerrido y apuesto oficial español. Su mueca se tornó aún más al darse cuenta de la ausencia de mi brazo izquierdo.

- Lo siento, señorito –manifestó de inmediato- no lo sabía.
- No pasa nada, Domingo. Dime, ¿cómo está Margarita? ¿Dónde?
- Está bien, me envía ella. La señora le creía muerto hasta hace tres días, en que supimos que se encontraba aquí, preso.
- ¿Dónde estamos, Domingo?
- Me han prohibido que se lo diga –me respondió casi en falsete. Luego, miró a su alrededor y, al ver a los vigilantes distraídos, añadió- En la provincia de Pinar del Río. Cerca de Remates.

Eso me decía que me encontraba en la parte más occidental de la isla, seguramente muy alejado de cualquier posible zona de conflicto.

- Señor, he venido con la idea de ayudarle –me confesó.
- Es arriesgado, Domingo. Ellos no te van a dejar –respondí, en referencia a mis cuatro carceleros; por su aspecto se trataba de gente bregada en la guerra.
- Buscaré ayuda. La señora quiere que lo liberemos y lo

conseguiré –añadió con severidad y decisión. Aquel viejo estaba sacando de lo más profundo de su ser su antigua fortaleza.

Apreté con mi única mano su brazo en gesto de agradecimiento y le expliqué en qué momento descuidaban la vigilancia. Me escuchó con atención, al concluir se dispuso a salir de mi prisión.

- Dile a tu señora que le amo y siempre le amé. Si muero, quiero que lo sepa.

- ¡No puede morir, ellas le necesitan! –dijo al tiempo que salía por la puerta.

No pude preguntarle qué había querido decir, la ilusión de una posible fuga me obcecó. Desde ese momento aceleraría mi preparación, para estar dispuesto a escapar en cuanto se diera la ocasión.

Pasaron diez días sin que nada ocurriera. Un anochecer, cuando los carceleros se hubieron ido a cenar, noté ruido en una de las paredes del bohío. No tarde nada en descubrir que alguien excavaba tras las tablas. La arena en la que asentaba la edificación era fina y suelta, así que no les costó mucho llegar hasta mí.

Primero lograron un pequeño túnel del diámetro de un brazo, luego con pico y pala fue fácil ancharlo hasta poder pasar un cuerpo entero.

- ¡Animo, señorito! Pronto estará usted libre –reconocí a Domingo. Le ayudaba alguien más.

Cuando el tamaño del túnel fue suficiente como para pasar, intenté atravesarlo, el negro me lo impidió.

- Espere, antes debo entrar.

No dije nada, debía tener algún plan, aunque el tiempo apremiaba. El anciano se introdujo en mi prisión arrastrándose por el suelo, llevaba una cuerda sujeta en su mano derecha. Una vez estuvo dentro jaló de ella. Unos segundos más tarde el cuerpo sin vida de un viejo nos hacía compañía, alguien le había cortado el brazo izquierdo de un machetazo.

- Tranquilo, señorito. Murió de enfermedad, nosotros no lo hemos matado.

No entendí para qué iba a servir. Domingo lo rodeó de paja y me invitó a que saliera de allí. Le obedecí y, con cierta torpeza dada la ausencia de mi brazo, me arrastré hasta el exterior.

Una vez fuera mi sorpresa fue mayúscula. Ante mis ojos apareció el rostro de otro viejo amigo. ¡Antonio Manchao blandía una pala y sonreía! Le abracé con verdadero sentimiento, él me lo devolvió.

Cuando Domingo salió y noté las llamas dentro de la cabaña, comprendí para qué querían el cadáver. Pretendían simular mi muerte en un incendio, intentando escapar yo mismo había provocado mi desgracia. Me gustó el plan, de esa forma evitábamos que mis captores

me persiguieran.

- Fue idea de la señora –me aclaró Antonio, refiriéndose sin duda a Margarita.

Tapamos el túnel mientras las llamas comenzaban a ascender, unos minutos más tarde nos perdimos entre la vegetación cercana. ¡Al fin era libre de nuevo!

Anduvimos casi toda la noche. Noté que aún mi cuerpo no se había recuperado completamente. Cuando llegamos a una choza al amanecer me encontraba agotado. Fue en ese lugar en el que recogimos unos caballos; con ellos, sin demora alguna, nos encaminamos al lugar en el que me esperaba mi amada.

Tuvieron que ayudarme a subir, pero una vez encima del animal descubrí que no había olvidado mis conocimientos ecuestres, supe manejarme bien con una sola mano.

Desde allí nos dirigimos al valle de Viñales.

Conocía el camino y sabía que iba a ser largo y duro, al menos tendríamos que recorrer unos sesenta kilómetros. A media jornada nos detuvimos y cambiamos los caballos. Los dos negros, grandes conocedores de la zona, lo tenían todo previsto.

Ya echada la noche sobre nosotros, distinguí la silueta de la casona de Margarita. ¡Por fin habíamos llegado!

El sonido de los cascos alertó a los ocupantes de la mansión que salieron de inmediato, iban armados. Detrás de ellos llegué a vislumbrarla; después de muchos meses, casi un año, lograba verla otra vez. Margarita sonrió al tiempo que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Salté del caballo, no con mucho acierto, pues las piernas me fallaron y caí al suelo. Me apoyé en mi brazo derecho para levantarme. Miré en dirección a Margarita y noté la desolación en su rostro al descubrir mi mutilación. Seguramente Domingo ya se lo debía haber contado, aun así, la visión de mi brazo ausente le dolió en lo más hondo.

Los muchachos se hicieron a un lado y le abrieron paso a su señora, permitiéndola acercarse. Esperé en el suelo. Mis ojos también se inundaron de lágrimas.

Cuando apenas distaba de mí dos metros, logré incorporarme. Deseaba abrazarla con el único brazo del que disponía. En el momento en que lo hice ella me devolvió el gesto. Lloraba como una niña.

Acercó sus labios a los míos y me besó con amor, no hubo pasión, pero sí un intenso deseo. Al final lográbamos unirnos de nuevo. Permanecimos así por espacio de varios segundos; luego, al separarnos, sequé sus lágrimas con mi mano. Ella sonrió.

- Te quiero, Margarita. Siempre te he querido y siempre te querré.

- Yo también, Hugo. En este momento soy la mujer más feliz del mundo.
- Creí que te había perdido, el día que te despediste de mí, me dijiste...

No pude continuar. Proveniente de la casa, en ese momento escuché el llanto de un niño que logró silenciarme. Ella me miró y volvió a sonreír. Algo me anunció que aquella sonrisa tenía que ver conmigo. Escruté sus bellos ojos verdosos y comprendí lo que sucedía. Mi pechó se hinchó, mi corazón latió con fuerza y mis ojos sintieron la emoción del momento.

- La llamé María Cristina. Podemos cambiárselo, si quieres.
- Es... -titubeé
- Sí.
- ¿Tengo una hija?
- Sí. Ya casi tiene un año.

En ese momento rompí a llorar como un niño. Sentí una tremenda emoción, pero también un gran disgusto. Todos aquellos avatares me habían conducido hasta allí. ¡Tenía una hija y lo desconocía! La guerra, casi, podía habérmelo quitado todo.

- ¡Nunca más te dejaré! –sentencié- ¡Nunca más os dejaré! –corregí.

Margarita me condujo ante la criatura de inmediato. Contemplar la belleza de mi pequeña me compensó aquella larga espera; de inmediato descubrí que sus ojos eran idénticos a los de su madre, profundamente verdes.

Todo el cansancio de mi cuerpo desapareció estando al lado de las dos. Ya nada que no fuese aquello tenía importancia para mí, ni tan siquiera mi brazo perdido. ¡Me sentí el hombre más feliz del mundo!

Aquella noche, después de ser tratado como un rey, volví a hacer el amor con Margarita; aquella noche, todo volvió a ser como antes. Definitivamente, para mí, la guerra había terminado.

No hablamos de la situación de Cuba hasta la mañana siguiente. Margarita me explicó lo que ella conocía.

- Te estuvieron buscando para inculparte de un delito de alta traición, Hugo. Si te encontrasen, seguramente te someterían a un consejo de guerra y, salvo que tengas pruebas que demuestren tu inocencia, me temo que te condenarían. Necesitan un chivo expiatorio y, si es cubano, mejor.

Aquello me dolió, pero me pareció acertado. Margarita prosiguió narrándome los primeros sucesos de aquella loca y predecible guerra con los norteamericanos.

- Los yanquis, después de intentar desembarcar en diferentes puntos de la isla, incluso aquí, en Pinar del Río, lo han logrado en el oriente, en Guantánamo hace unos días. El nueve de junio.

No me gustó aquello, aun desconociendo la disposición de nuestras tropas, supuse que una gran parte se encontrarían en la zona occidental, cubriendo La Habana, Matanzas y Pinar del Río. Eso desprotegería el oriente.

- Sé –continuó- que el Almirante Cervera, con toda su flota, llegó a la isla y se ha protegido en Santiago.
- ¿Cómo? –recordaba aquel puerto y no entendía cómo podía refugiarse allí.
- Te digo lo que sé. Al menos eso es lo que me han dicho. Creo que los americanos lo tienen allí encerrado, esperando a que salga.

No parecía misión fácil salir de Santiago con el enemigo esperando fuera. Supuse que podía convertirse en una tarea de titanes.

- El caso es que la isla está siendo sometida a un completo bloqueo, que apenas nadie logra atravesar. Si la situación se mantiene, supongo que tanto los españoles como nosotros nos quedaremos sin víveres en uno o dos meses.

No quise saber más, Para mí todo eso estaba terminado. Sólo una última frase posteriormente logró que demostrase nuevo interés.

Yo le conté todo lo sucedido. Ya lo sabía, se le había escapado a Jesús antes de partir definitivamente hacia los Estados Unidos, ella dudaba si había sido una casualidad, o un último favor. Calculé que al menos Juan se encontraría en el oriente, asegurando que los rebeldes lograran la victoria, en una palabra, traicionando una vez más al ejército español.

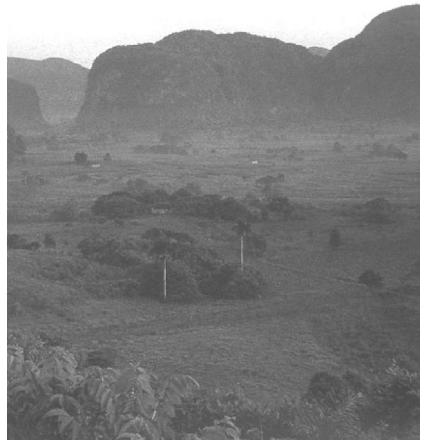
- Creo que deberías decirle a tu padre que estás vivo. A él y a un comandante que me ha mandado infinidad de recados intentando saber de ti, un tal Arnaldo Ovelar. ¿Se trata de aquel con el que tanto hablabas?

Afirmé. Esa apreciación me hizo regresar a mi pasado. Ella, una vez más, tenía razón. Antes de retirarme de forma definitiva, debía dejar claras algunas cosas.

- Bien, creo que tienes razón. Mañana mismo partiré para La Habana e intentaré hablar con ambos.

Noté su cara de disgusto y preocupación. Después de nuestro reencuentro volvíamos a separarnos.

- Debes tener cuidado, si te atrapan...
- No te preocupes, pasaré entre los militares sin que se den cuenta. Te recuerdo que conozco los caminos mejor que ellos, ¡Yo hice gran parte de sus mapas!



Eso me pareció que le tranquilizaba. Aun así, me obligó a ir acompañado de uno de los dos negros mayores. Antonio haría de niñera conmigo. La reconcentración había mermado mucho sus facultades y nunca había vuelto a ser el mismo, aun así, podía serme de gran ayuda. Era un hombre de muchos recursos, seguramente el más zorro que yo conocía, además de un gran guía.

Atravesamos el occidente siguiendo los pasos de Maceo, incluso atravesamos la trocha por el mismo sitio. Dado que las hostilidades se estaban produciendo en el oriente, y que las guarniciones de la zona estaban dispuestas sobre todo de cara a repeler una invasión, apenas nos topamos con unidades militares en nuestro camino. Cuando esto sucedió, prevenidos como íbamos, lográbamos oírlos mucho antes de que ellos lo hiciesen y por tanto no tuvimos problemas para pasar de largo sin que nos descubrieran.

Los barrios periféricos de La Habana estaban muy vigilados; nos costó, pero conseguimos llegar hasta la mansión de mi padre ya entrada la noche. Al oírnos, tres de los sirvientes salieron de la casa armados. Tuve suerte porque reconocieron a Antonio y no a mí ¡Así de demacrado debía estar!

Me avisaron y con ello evitaron que me entristeciera más. Mi padre estaba muy mal, se hallaba enfermo y consumido por la pena. Mi pérdida lo estaba matando.

Entré en la gran biblioteca, aquella de la que tanto disfrutara María Cristina mientras vivió, allí estaba él, absorto en sus pensamientos. No se giró al oír mis pasos.

- ¿Padre? –le dije, justo en el momento en que me ponía frente a su mirada.

Vi como unos ojos perdidos, tristes, profundos y sin interés, se

trasformaban. Primero fueron las lágrimas, que les dieron brillo; luego su atención, que les otorgó viveza, al final fue el movimiento de su cabeza, comprendiendo lo que estaba viendo.

- ¡Hijo! –fue la única exclamación entrecortada que emitió, acto seguido lloró como yo nunca le había visto- ¡Hijo! – volvió a repetir.
- Hola, padre –le saludé.
- ¡Te creía muerto!
- No, no es tan fácil terminar conmigo.
- ¡Hijo! –repitió otra vez, al tiempo que me abrazaba y gimoteaba igual que un niño. Ese sentimiento de amor profundo logró que yo también me emocionara.
- Tranquilo, padre, siéntese.
- Te acusaron de cosas terribles, hijo.
- Lo sé, no se preocupe, pienso explicarle todo.

Le vi que se quedaba petrificado, acababa de reparar en la ausencia de mi brazo izquierdo. Con mi mano derecha apreté el suyo y le animé.

Con todo tipo de pormenores le conté lo que me había sucedido. Odió profundamente a Jesús y a Juan Espínola, al tiempo que adoró a Margarita. Saber de la existencia de una nieta fue el máximo placer al que pudo llegar, hasta la elección del nombre le pareció perfecta.

Los sirvientes le vieron volver a la vida aquella misma noche. Comprendí que realmente estaba enfermo y que aquello podía ser sólo una ilusión temporal, deseé que aquel espejismo durase mucho tiempo.

A la mañana siguiente el propio Antonio Manchado llevó un recado manuscrito de mi padre a la Capitanía General, iba dirigido al comandante Arnaldo Ovelar.

Le costó casi todo el día localizarlo, pero al final lo logró. En aquel recado mi progenitor le solicitaba que acudiera a su casa con urgencia, debía hablarle de un asunto de suma trascendencia.

No sólo la notoriedad de mi padre logró que Arnaldo accediese a la cita, también influyó la posibilidad de saber algo de mí. Le recibió mi progenitor personalmente, de nuevo todo ocurrió en la biblioteca.

Ovelar saludó con un taconazo al entrar.

- Gracias por acudir, comandante Ovelar. No sabe cuánto se lo agradezco.
- He venido en cuanto he recibido su recado, ya sabe que estos días estamos con muchos problemas. Supongo que conocerá el extremo de que los norteamericanos han desembarcado en la isla y nos presentan batalla en Santiago.
- No me interesa ya mucho. Pero sí, estoy al tanto de las últimas noticias.
- Usted dirá, ¿qué necesita de mí?

- Siento hacerle perder su tiempo, pero deseo saber qué opina usted sobre lo ocurrido con mi hijo.

Arnaldo permaneció de pie frente a mi padre, antes de hablar le miró directamente a los ojos.

- La verdad es que no sé qué opinar. Su hijo, para mí, es todo un héroe. Todo eso que se dijo cuando desapareció, nunca me lo he creído, aunque tampoco he podido demostrar lo contrario.

- Gracias. Por favor, siéntese –le ofreció mi padre, él lo hizo y continuó.

- Su hijo, yo estoy seguro, jamás trabajo para los rebeldes, de eso puede usted estar convencido. Él no traicionó a España, convénzase. No sé qué le sucedió, por desgracia siempre he sospechado que alguien lo asesinó aquella misma noche. Eso explicaría su ausencia. Seguramente descubrió algo que no debía...

No quise que continuara, salí de detrás de uno de los butacones del fondo. Miré con fijeza a los ojos de mi amigo y superior, allí estaba la verdad.

Tardó unos instantes en unir mi aspecto con el de aquel que en otro tiempo había conocido.

- ¿Hugo?

Afirmé con la cabeza. Arnaldo recorrió la biblioteca yendo a mi encuentro; cuando estuvo a mi lado me abrazó con verdadera fuerza, de verdad sentí su amistad.

Nos separamos, me miró y reparó en el brazo.

- Por favor, Hugo, cuéntame ¿qué te ha sucedido?

Sonreí al verme querido una vez más. Con pelos y señales expliqué por tercera vez lo acontecido la noche del quince de febrero de 1898. Cuando terminé, Ovelar intervino.

- Amigo, yo te creo, puedes estar seguro. Pero también te digo que no lo podrás demostrar nunca.

Me sorprendió aquella afirmación. Él se explicó.

- Jesús ha desaparecido, creemos que está en Nueva York y considera como imposible que él testifique nunca a tu favor. Piensa que los propios norteamericanos son los primeros interesados en mantenerle al margen. Su Comisión llegó a unas determinadas y necesarias conclusiones, que nadie querrá discutir.

- ¿Y Juan?

- El capitán Espínola, hasta hace tres días, se encontraba combatiendo en el Oriente.

- ¿Se encontraba? -pregunté

- Sí. Estuvo con una columna nuestra que acudió desde Manzanillo en ayuda de Santiago. Se trataba de la columna del coronel Federico Escario, casi tres mil quinientos hombres. Juan Espínola hacía de enlace y guía suyo.

Recordé que aquel camino lo elaboramos él y yo mismo.

- Le traicionaría. Seguro que pretendía venderle a los rebeldes.
- Eso me temo. El caso es que las cosas le salieron mal. Como te digo, hace tres días los emboscaron y el capitán Juan Espínola murió bajo fuego mambí. ¡Juan es un héroe de los Voluntarios de Cuba, Hugo! Su propia traición le ha costado la vida.

Tenía su gracia que Juan, un coronel sedicioso, hubiese muerto como un héroe españolista.

Llegado a este extremo, comprendí que realmente ya nada tenía que hacer. No podía demostrar ni un detalle de la conjura del Maine, nadie me creería. Lo mejor era dejar las cosas como estaban, esa era la triste realidad.

Ovelar lo notó y me animó apretándome el brazo.

- No merece la pena, amigo. Nos quedan los días contados. Has de saber que ayer, tres de julio, toda la escuadra de Cervera sucumbió bajo el fuego enemigo.
- ¿Cómo?
- Sí, Hugo. Todos los barcos se han perdido. La noticia nos llegó por la noche y pronto se sabrá en toda la isla. Estamos solos. Sin la escuadra de Cervera ya nada podemos esperar.
- ¿Y las fuerzas de infantería? Tenemos un ejército mucho más numeroso e importante, además con experiencia en el campo de batalla.
- Sí, pero sin comida, ni posibles abastecimientos. La escuadra americana ya hace semanas que nos tiene sometidos a un férreo bloqueo. Apenas cuatro vapores han logrado burlarlo. La isla, después de tres años de revuelta no tiene suficiente para todos.

Noté que mi amigo hablaba en serio, siempre había estimado mucho su criterio, solía acertar en sus planteamientos. Lo que anunciaba era una pesadilla para cualquiera que, como yo, hubiese combatido por una Cuba española.

- Hugo, hemos perdido la isla. Los americanos se van a hacer con ella, sólo es cuestión de meses. ¡Pensar que hace apenas tres meses pudimos vendérsela por trescientos millones de dólares!

Le pregunté a qué se refería y me lo explicó.

Hacía tres o cuatro meses, cuando la tensión entre España y los EE. UU. llegó al máximo, el presidente Mc Kinley envió una oferta al gobierno español. Estaban dispuestos a comprar la isla por trescientos millones de dólares, respetando todas las posesiones españolas o de españoles. La reina, con buen criterio, no se conformó con escuchar la opinión de los miembros del gobierno de Sagasta y consultó a todos los partidos uno por uno, incluso a los no monárquicos. Todos estuvieron de acuerdo, ¡Cuba no estaba en venta!

- Fue esa época patriotera en la que creímos que podíamos

vencerles con facilidad. Cuando pensamos que sus marineros, al no ser en su mayoría norteamericanos, iban a rajarse una vez entraran en combate. Todos nos equivocamos, Hugo.

Afirmé con la cabeza. Yo también hubiese pensado que podíamos vencerles. Tampoco conté con su bloqueo, con la proximidad de su país y la lejanía del nuestro. Sólo valoramos a nuestros soldados: sufridos, disciplinados, valientes y combativos, pero también hambrientos, enfermos y cansados.

- Como suponíamos hace tiempo, lo tenían todo previsto y dispuesto. Mientras nosotros luchábamos contra los sediciosos aquí y en Filipinas, ellos se preparaban. ¡Han atacado en Cuba, Filipinas y Puerto Rico al mismo tiempo!

Me vio la cara de sorpresa y se reafirmó.

- Sí, Hugo. Me temo que España va a perder sus últimas posesiones allende los mares. Es el fin del imperio colonial. Conformémonos con conservar las Canarias y las posesiones de África.

Continuamos hablando un buen rato. Arnaldo no estaba derrotista, simplemente sincero. Su consejo fue claro: de nada me servía enfrentarme a un consejo de guerra, y menos ante el de un ejército derrotado, que necesita cabezas de turco a quien responsabilizar.

- Yo te defenderé en Madrid, con la ayuda de Mendieta. Te daré por muerto y trataré de lavar tu nombre por todos los medios. ¡Tú eres un héroe, no un villano!, amigo.

Nos separamos a altas horas. Supuse que nunca más nos volveríamos a ver, y estuve seguro de que, si existía alguna posibilidad de rehabilitar mi nombre, él la lograría.

Muerto yo, mi padre se quedaba sin herederos. Sin dudarlo, una vez logré hacerme con una nueva identidad, iniciamos los trámites para que me vendiera todas sus posesiones.

- Cuando pasen unos días me gustaría conocer a mi nieta –me dijo emocionado, con lágrimas en los ojos.
- Por supuesto. Antonio te llevará.
- Gracias, hijo.
- Gracias a ti, padre.

Volví a separarme de él pasados cuatro días, una vez todos los papeles estuvieron en regla. Deseaba regresar con mi amada cuanto antes, necesitaba disfrutar de su compañía y de su amor. Además, ardía en deseos de ver y tocar de nuevo a mi hija. Mi vida a partir de entonces se desarrollaría al lado de ambas.

Pasados dos meses nos casamos y reconocí a la niña. Durante ese tiempo logramos que también se diera por muerto en la guerra a Jesús. En la boda apenas hubo nadie, mi padre, nuestros sirvientes y nosotros mismos.

El conflicto armado con los norteamericanos, como previera

Arnaldo, duró apenas setenta días reales. Una vez que Santiago se rindió, los dos ejércitos dispusieron un alto el fuego y se iniciaron los primeros intentos para llegar a una paz.

España intentó llegar a una rendición honrosa que los norteamericanos no consintieron, aun así, no se quedaron con todo.

Fue en París, el diez de diciembre de 1898, donde se firmó el tratado de paz, fue "La Paz de París". España cedía a EE. UU. la isla de Puerto Rico, y las demás que estaban bajo su soberanía en las indias occidentales y la isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas o Ladrones. Así mismo se le otorgaba la libertad a Cuba que, de esa manera, aunque ocupada durante un tiempo, gracias a ese tratado nunca llegaría a ser norteamericana. También cedíamos el archipiélago conocido por las Islas Filipinas.

Aquel acuerdo contempló que, los españoles residentes en la isla, pudieran conservar todas sus pertenencias y posesiones para siempre; además, se les concedió el plazo de un año entero para decidir qué nacionalidad querían adoptar.

La paz pactada en la capital francesa entró en vigor el uno de enero de 1899. En esa fecha las tropas de España abandonaron definitivamente aquella isla que, descubierta por Cristóbal Colón en 1492, era española desde 1509, fecha en que la conquistara en su nombre Diego Velázquez.

* * *

Pasado un año del final del conflicto, en febrero de 1900, continuábamos residiendo en aquel maravilloso valle de Viñales, en la finca de Margarita. Mi padre, envejecido y enfermo, aún estaba dispuesto a disfrutar de lo que le quedase de vida al lado de sus únicos seres queridos (y sobre todo de su preciosa nieta). Desde mi libertad vivía con nosotros. Mantenía la esperanza de lograr un descendiente varón de nuestra unión, tanto Margarita como yo deseábamos lo mismo.

Una mañana llegó a la hacienda un gran paquete, provenía de España, concretamente de Madrid y venía dirigido a mi nombre. Margarita hizo que un sirviente me lo acercara al porche en el que yo disfrutaba bebiendo un ron frío con hierbabuena.

Lo abrí con verdadera curiosidad.

En su interior encontré un sobre y un antiguo uniforme de rayadillo de la caballería española con la graduación de capitán. Estaba completo, incluidos los correajes y el sombrero de jipijapa. Llevaba las estrellas y galones correspondientes a un capitán de caballería. Prendida en su pecho, aparecía la Cruz de la Orden Militar de María Cristina, la máxima condecoración existente, una medalla

creada únicamente para premiar grandes hazañas en tiempo de guerra. Después de contemplarlo durante unos momentos, decidí abrir el sobre. Se trataba de una misiva de Arnaldo Ovelar.

La leí con avaricia:

Estimado amigo:

Con la presente acompaño un regalo para usted, que sé que conservará y apreciará debidamente.

Se trata del uniforme de un viejo amigo mío, un valiente capitán de caballería que murió en la isla de Cuba en la guerra contra los mambises.

Pasado un año, después de una profunda investigación llevada a cabo por nuestro Estado Mayor y una vez comprobados los datos, se ha procedido a conceder al capitán de caballería D. Hugo Martínez Torres, perteneciente al regimiento Pizarro de caballería destinado en la isla de Cuba, la Cruz de la Orden Militar de María Cristina, valorando para ello las innumerables situaciones en las que participó arriesgando su vida para la mayor gloria de España.

Fallecido en acto de servicio, entregando su vida para evitar la pérdida de otras, el capitán se ha hecho merecedor de la más alta condecoración que otorga nuestro ejército...

Continuaba resumiendo las conclusiones de la Comisión y los méritos alcanzados para lograrla.

Me emocioné, aquel era un premio a todo lo sufrido. En el bando acertado o en el equivocado, yo había combatido con valentía y con honor, y no merecía ser considerado un traidor.

¡Por fin mi nombre estaba limpio!

Le enseñé a mi mujer la misiva y ella se la leyó a mi padre. Cuando la terminaron, emocionados, se me acercaron y me abrazaron. Aquel fue el último acto de mi experiencia militar, recibir esa medalla por los servicios prestados. ¡La más alta condecoración que entrega el ejército español en tiempo de guerra!

Desde aquel día, uno de los salones de la casa está destinado a alojar tanto la carta, como el uniforme con la medalla prendida en su

pecho.

Cuando me siento cansado o triste entró y los contemplo. Gracias a eso comienzo a recordar, tanto lo bueno, como lo malo.

Eso me hace sentirme vivo y feliz por el resultado final de mi experiencia. Aquella que adquirí en esos revueltos años en que viví con intensidad, con amargura y con valentía. ¡Aquellos años en los que luché en la guerra de Cuba!

FIN

Nota final

Según diferentes estudios, entre los años 1895 y 1898 el ejército español sufrió en Cuba la pérdida de más de 40.000 hombres y repatrió alrededor de 160.000 soldados, una vez finalizado el conflicto.
De los más de 40.000 fallecidos, **sólo lo hicieron como consecuencia del fuego enemigo en combate cerca de 3.500** (menos del 10%).
…El resto cayeron presa de las enfermedades tropicales, que no se lograron combatir.